

~~747~~

2035 AS

IMPIENTA,  
librería y almacén de papel  
de  
**DON E. BAEZA,**  
*calle Real, n. 42, Segovia.*





PLÁTICAS VARIAS

37681

Sig.: 2035 AS

Tít.: Pláticas varias

Aut.: González, Juan Antonio (Canóni.

Cód.: 51047347



NO. 15347



PLÁTICAS VARIAS.



PLATINAS VARIAS



R<sup>o</sup> 298

# PLÁTICAS VARIAS

DEL

Dr. D. Juan Antonio Gonzalez,

CANÓNICO PENITENCIARIO QUE FUÉ DE LA SANTA IGLESIA  
CATEDRAL DE SEGOVIA, PREDICADOR DE S. M., &c. &c;

QUE DA A LUZ

EL LIC. D. TOMAS BAEZA GONZALEZ,

BAJO LA INSPECCION

DEL SEÑOR GOBERNADOR ECLESIASTICO DE ESTA DIOCESI.



SEGOVIA

IMPRESA DE D. EDUARDO BAEZA

PLATONIC VARIETY

1881

ESTADO LIBRE ASOCIADO DE PUERTO RICO

COMISIONADO EJECUTIVO GENERAL DE LA ISLA

SECRETARÍA DE ESTADO, DEPARTAMENTO DE ECONOMIA

BOLETIN A N. 103

EN LOS OFICINAS DE T. J. BARRA, GOVERNADOR

---

*Es propiedad de su Editor, y está bajo la salvaguardia de las leyes.*

---



IMPRESA DE LA OFICINA DE ECONOMIA

# BIOGRAFIA DEL AUTOR

POR EL MISMO EDITOR DE LA OBRA.



## INTRODUCCION.

Voy á hacer una ligera descripcion de la vida y hechos de un venerable sacerdote á cuyo lado he pasado los años de mi infancia y juventud, en cuyos labios he bebido el espíritu de la religion y de la sana moral, y á quien debí siempre el cariño de un padre tierno y amante. Suma es, pues, la gratitud que debo á su memoria, y creo tributar á esta un debido homenaje publicando los acontecimientos mas notables de su vida con el fin de grangearle la admiracion y los elogios de los que sepan apreciar el mérito verdadero. Para esto no necesito prevalerme de esas armas vedadas, pero que tan en uso estan en el dia por desgracia; la verdad será el carácter principal de esta biografía. La pluma del historiador del Dr. Gonzalez, ya que esté mal cortada, no se teñirá en la oscura tinta de la adulacion. ¡Oh! ¡cuánto detestó aquel este vicio en su vida, y cuán ardientemente le combatió en la tribuna sagrada! Demas de eso, allá en la tenebrosa mansion do reposan sus preciosos restos no se siente la

voz de la lisonja. Mercedos elogios, el obsequio de una justa veneracion, un sentimiento puro de afecto á su memoria, hé aqui lo que ambiciono; esto es lo que pretendo alcanzar de quien lea estas líneas: y para eso es mas que suficiente describir su carácter tal cual era, dar una nocion de sus talentos, de sus estudios, de sus tareas pastorales, de su infatigable celo por la gloria del Señor y por el bien de sus hermanos.

Nada digo que no pueda comprobar con documentos auténticos, ó de que no haya sido testigo ocular. Protesto que de ningun modo es mi ánimo herir la susceptibilidad de persona alguna que en este escrito se suponga aludida; no tengo mas objeto que el Dr. Gonzalez; cuando hablo de este ser benéfico para mí, de nadie mas me acuerdo. Por último, sujeto á la correccion todo cuanto digo; y quedaré agradecido á quien se sirviere ilustrarme en cualquier punto en que por olvido ó ignorancia, nunca con intencion, se falte á la exactitud de la historia.

## I.

El presbítero D. Agustin de Marcia bautizó solemnemente en la iglesia parroquial de San Miguel de la villa de Cuellar, diócesis de Segovia, el día 16 de Junio de 1776 á un niño que habia nacido el 12 de los mismos, y le puso por nombre JUAN ANTONIO: este es precisamente el Dr. GONZALEZ.

Sus padres, Nicolas Gonzalez y Angela Montero, mas conocidos en la villa por su honradez que por su fortuna, se esmeraron en la educacion de aquel niño cuyos talentos conocian por experiencia propia, y de cuya aplicacion les informaban sus maestros: estos, atendido su bello carácter, su estremada docilidad y sus rápidos progresos en el estudio de las primeras letras, le profesaban un singular afecto.

Desde su mas tierna edad manifestó una inclinacion decidida por el retiro; y hasta en sus pueriles entretenimientos predominaba esta tendencia, siendo su mas grata diversion la caza de pajarillos en puntos distantes de la poblacion.



A la edad de once años poseía con perfección el idioma latino, cuyo profesor le dió la oportuna certificación; mas no principió el estudio de la filosofía por parecerle al P. Lector de esta facultad, que debía explicársela en el convento de San Francisco de la misma villa, que era demasiado jóven al efecto. Con este motivo esperó otros dos años, y no dió principio á este estudio hasta el de 1789.

Su aplicacion fue tal que al punto se grangeó la predilección del P. Lector, quien le profesó despues un afecto tan tierno por toda su vida que rayaba en locura. Y decia que era tal el júbilo que sentía al oírle predicar que no podía contener las lágrimas.

Aquí debo advertir por evitar alguna mala inteligencia, que aunque en las diversas relaciones de méritos del Dr. Gonzalez se dice que habia cursado en el Seminario de Segovia los tres años de filosofía, es sin duda por haberles incorporado en él; por lo demas, aunque no se conservan las certificaciones, es indudable que estudió en Cuellar esta facultad.

## II.

Era llegado el tiempo de que el autor de sus días oyera de su boca lo que habia leído tantas veces en su conducta irrepreensible, y en su vida retirada. No podía dudar que estaba inclinado por la carrera eclesiástica, y esta idea lisongeaba demasiado á su religioso espíritu. No obstante, cuando un dia en que resolvió exigirle una franca manifestacion de sus sentimientos, le respondió que queria ser sacerdote, tuvo gran dificultad en reprimir el indecible júbilo que abrigaba en su corazon para oponerle, á fin de probarle aun mas, que ocasionando esta carrera unos gastos excesivos, se vería tal vez imposibilitado de acceder á su buen deseo. Pero su gozo llegó á lo sumo cuando con el acento del candor le contestó el jóven "ya lo conozco, pero asi como algunos, por no ser gravosos á su familia, han hecho su carrera sirviendo de criados, del mismo modo podría hacerlo yo; y á último recurso, continuó, tomaré el hábito de religioso." Mas de

una vez cuando el venerable anciano me refería este lance renovaban sus ojos el llanto de placer que entonces vertieran. Su respuesta fue estrecharle cordialísimamente en su seno paternal y decirle: “mañana, hijo mio, partimos á Valladolid: tu vocacion es verdadera, y á un padre solo le corresponde obedecer las órdenes del cielo: descuida que nada te faltará.”

### III.

El año de 1792 se matriculó en la universidad de Valladolid en primer año de teología; mas habiendo vacado al siguiente en el Seminario conciliar de Segovia una de las becas del Colegio Teólogo de San Ildefonso, optó á ella, siendo el resultado que el Ilustrísimo Cabildo, á quien pertenecía su provision, se la confiriera, á la que se hizo acreedor por la superioridad de su censura. Tomó posesion de ella en el mes de Diciembre de 1794, y permaneció cursando teología nueve años en el mismo Seminario.

En este tiempo ejerció los cargos de pasante de gramática latina, filosofía y teología: obtuvo y desempeñó por espacio de cuatro años una cátedra de filosofía en propiedad, y en sustitucion las dos de teología, mereciendo en todos sus actos el aprecio de sus superiores y de sus discípulos. Por todo este espacio de nueve años asistió al gimnasio de teología de San Frutos del mismo Seminario, en el que tan solo el primero permaneció en clase de actuante sosteniendo un acto mayor y cuatro menores; en el segundo, previos los ejercicios de oposicion y demas requisitos, ascendió á la silla de clásico: desempeñó despues dos veces el honorífico destino de fiscal, y otras dos el de gimnasiarca, sin que haya ejemplar de que este último fuera servido mas de un año por un mismo sugeto, y con la circunstancia de que esta escepcion se hizo por orden espresa del Sr. Rector que conociendo su mérito le juzgó el mas digno para aquel cargo. Siendo clásico sostuvo dos actos mayores y muchos menores, y predicó cinco veces sobre diversos testos del evangelio.

## IV.

Ya se conocerá que la vida de seminarista era la mas adecuada á su carácter puesto que le proporcionaba la tranquilidad y el silencio á que era tan inclinado, y que tanto contribuyen á formar un buen ministro de la religion. Sin dejar de ser social y de mantener íntimas relaciones con varios de sus colegas (algunos de los cuales viven aun dedicados al honroso ministerio pastoral, y recordando con placer y aun con entusiasmo los dias que en su compañía pasaran en el Seminario), permanecia en su cuarto la mayor parte del tiempo destinado al recreo, ocupado ya en el estudio, ya tambien en ciertas labores de mano que ejecutaba con bastante habilidad; gusto que conservó hasta su muerte. Por esto, sin duda, conversando familiarmente conmigo en sus últimos años, solia decirme mas de una vez, que indudablemente sabria mucho si hubiera sido mas estudioso en su juventud. Se lamentaba del tiempo que habia malgastado, pues fiándose en la extraordinaria facilidad con que mandaba á la memoria cuanto oía ó leía, descuidaba el estudio hasta última hora. Esto mismo asegura uno de sus dignos colegas, añadiendo que muchas veces se admiraba al verle ocupado en dichas labores la víspera de actuar en el gimnasio, pero que era mayor su admiración cuando presenciaba el acto y le oia discurrir con el mayor acierto, como si en las veinte y cuatro horas no hubiera interrumpido el estudio. Mas esto, lejos de perjudicar á su aplicación, manifiesta que el hombre, por mas procaz que sea su ingenio, no puede dedicarse tan exclusivamente al estudio que no se permita algunos momentos de desahogo y distracción. Ello es indudable que, no solo no mereció jamás la nota de inaplicado, sino que así sus maestros como sus condiscípulos le reputaban por uno de los colegiales mas estudiosos y de mejor disposición. Prueba de esto es que cuando en el año de 1797 recibió el grado de Bachiller en teología en la universidad de Valladolid fue en gran manera aplaudido

de los doctores. No conduce menos á demostrar su mérito literario la provision del curato de Ontalvilla que en él se hizo el año de 1803 en virtud de oposicion en concurso general con preferencia á varios párrocos que optaron por este pueblo, entonces de término.

## V.

Tomada posesion del curato, é iniciado en el sacerdocio el 10 de Agosto del mismo año 1803, se dedicó con el mayor ahinco al desempeño del ministerio parroquial. Interminable seria si hubiera de hacer una relacion minuciosa de lo que trabajó en procurar á sus feligreses todo género de bienes así espirituales como temporales; pero no dejaré pasar desapercibido un hecho que da una alta idea de la capacidad del digno párroco, y del tino con que se condujo en su ministerio.

Efecto de circunstancias particulares eran la discordia y la animosidad que de algunos años reinaban entre aquellos habitantes, y que les conducian á una lamentable relajacion de costumbres. El prelado á cuya noticia habia llegado se lo advirtió, encargándole muy particularmente que se ocupara sin intermision en reparar tanto mal. El resultado correspondió á sus deseos: su celo infatigable y su heróica constancia consiguieron lo que no era de esperar. Desaparecieron en gran parte los rencores; el nuevo párroco era el ídolo de sus feligreses, á algunos de los cuales todavia arranca lágrimas de gratitud su memoria. Él por su parte los amaba con un afecto paternal. Entre otras puedo aducir como prueba de este recíproco cariño el siguiente hecho: cuando posesionado de la penitenciaría de Segovia llegó el dia de salir del pueblo, se reunió una porcion considerable de personas de ambos séxos con el objeto de impedirle la salida: manifestacion que le conmovió extraordinariamente, y que le obligó á partir sin despedirse tomando el camino opuesto para burlar así su vigilancia.

Su predicacion fue continua, sin que dejara un solo dia fes-



tivo de explicar el evangelio á los fieles. En los vespertinos que predicaba en la cuaresma se detenía una hora por lo menos: cuando recordaba esto solía decir que no sabía cómo no se fastidiaban los oyentes pues veces había de estar hablando hora y media. Siempre que le era posible desempeñaba por sí mismo el ministerio de la predicacion, cuyo gusto se advierte en el hecho de haberse encargado diez y seis años del sermón del misterio de la Asuncion de N. Sra. como se dijo en el principio de esta coleccion. Seguramente me es sensible no ofrecer al público todos sus sermones, pero el descuido que tenía en conservarlos y las instancias con que se los pedian algunos de sus amigos han hecho desaparecer la mayor parte.

No se crea por eso que abandonaba el estudio de la teología y de la sagrada escritura; en este pueblo coordinó, por decirlo así, los inmensos materiales que había acopiado en el Seminario y se dispuso formalmente á recibir los grados de Licenciado y Doctor en teología, lo que verificó el año 1817 en la universidad de Avila. Y es notable que uno de los doctores no acertó á manifestar lo satisfecho que quedaba de sus ejercicios sino diciendo que aquel estudio no se había hecho en pocos años.

Las labores de mano, el paseo por el campo, y un moderado ejercicio en la caza eran las distracciones en que se ocupaba para descausar de sus tareas pastorales. Estaba en buena armonía con todos sus feligreses quienes hallaban siempre franca la entrada en su casa, pero no conservaba relaciones íntimas con alguno por evitar la envidia de los otros.

El pueblo de Ontalvilla le debe en mucha parte el hermoso campanario que tiene, y acaso la iglesia. Hallábase esta muy mal parada, y aquel ruinoso, de suerte que las campanas estaban á la puerta de la iglesia sobre un tablado de madera, de lo que se seguía que muchos fieles dejaban de asistir al santo sacrificio de la misa en los días de precepto por no oír la señal de la campana. Sin fondo, pues, alguno existente, y contando solo con los créditos que la iglesia tenía á su favor, y

principalmente con la providencia, emprendió esa obra colosal atendidas las circunstancias: la emprendió y llevó á cabo, si bien venciendo obstáculos casi insuperables, y adelantando de su propio caudal todo aquello de que podía disponer, y de que no llegó á reintegrarse. De las cuentas que conservo formadas por él, certificadas por el maestro director, y aprobadas en santa visita de 18 de Enero de 1821 resulta que el importe total de dichas obras fué el de 77191 rs. y 18 mrs.

Tambien favorecia á sus feligreses necesitados con repetidas limosnas, adelantándoles en varias ocasiones los granos necesarios para hacer las siembras; y se prevaleia de aquellas circunstancias para exhortarles mas particularmente á la templanza, á la sobriedad y al trabajo.

## VI.

El año de 1819 hizo oposicion á la penitenciaría de la santa iglesia de Avila para cuya provision entró en votos; y en el siguiente, habiendo hecho igual oposicion á la misma prebenda de la catedral de Segovia, fue electo canónicamente por su Ilmo. Cabildo el dia 5 de Febrero, y tomó posesion el 23 de Marzo.

Desempeñó con la mayor exactitud tan árduo ministerio por espacio de veintiun años, empleándose continuamente en el confesonario, en la predicacion, en la asistencia á los encarcelados y enfermos de la ciudad, y en todo cuanto le creian útil sus prelados y las autoridades civiles, por lo que se grangeó el aprecio y respeto de todos los habitantes.

En 1823, sin que él lo solicitase de modo alguno, y sin tener mas noticia que la que le comunicó un amigo de la corte, fue nombrado predicador supernumerario de S. M. «El Srio. de la Patriarcal, decia este, me ha encargado dirija á V., como lo hago, el adjunto oficio cuyo recibo no dudo sorprenderá á V..... Las gracias, pues, por este título honorífico debe V. dar al señor Patriarca, cuya justificacion se ha propuesto dispensarlo á los que, sin solicitarlo, conoce que lo merecen, desatendiendo los

deseos de muchos que lo solicitan con ansia." Desempeñó varias veces este ministerio en la real capilla, predicando tres años sobre el evangelio de San Mateo *quare discipuli tui transgrediuntur traditiones seniorum?*

En 1824 predicó por encargo del Ilmo. Sr. Obispo (alternando con el canónigo Lectoral de la misma santa iglesia) las misiones que de real orden se hicieron en todo el reino.

Su predicacion fue igualmente continua en la ciudad que en el pueblo á pesar de llamar su atencion otros varios asuntos, y algunas veces subió al púlpito por mañana y tarde. Comunmente era buscado con empeño para las funciones mas solemnes y extraordinarias. Jamás se negó sin una causa muy grave á ejercer este ministerio; y espontáneamente se encargaba todos los años de una parte considerable de sermones en la santa iglesia.

Por lo regular no pasaban de ocho dias los que invertía en componer sus discursos, y aun solía disponerse en menos tiempo, llegándose á verificar que lo hiciese en cuatro horas. Siempre los escribía, pero no podia concluir muchos de ellos, en cuya disposicion los conservo. Segun los escribía los retenia en la memoria; asi es que sucedia con frecuencia estarles escribiendo cuando llegaban á su casa los encargados de acompañarle al templo, y por una razon inconcebible los llevaba siempre en el bolsillo como si hubiera de servirse de ellos.

Su persuasiva era grande, y de tal suerte gozaba el don de escitar los afectos que asi arrancaba al auditorio lágrimas de alegría como de dolor. Su voz era dulce y sostenida, y hasta que perdió la dentadura se dejaba oír en el mas vasto recinto: su accion noble y natural: su presencia firme y magestuosa: su estilo sencillo y enérgico á la vez: su language puro y sin afectacion. Su celo por el bien de sus hermanos le infundia en la sagrada cátedra una libertad verdaderamente evangélica; lo que obligaba á decir á algunos que eran acres sus discursos. En la real capilla, en presencia del Ilmo. Cabildo, en su parroquia, en todas partes hablaba del mismo modo, pues en sus oyentes, de

cualquiera clase y categoría que fueran, no veía otra cosa que unas almas redimidas con la sangre del cordero, y encomendadas, al menos por entonces, á su cuidado. Por lo comun improvisaba en el púlpito, especialmente al fin de la oracion, de donde proviene la diferencia que los que le oyeron advierten entre sus sermones predicados é impresos. No por costumbre, sino por cierta razon que no es del caso explicar aqui, cerraba la vista al subir al púlpito, y no la abría hasta bajar de él.

Ejerció muchos años el destino de secretario capitular, en los que desempeñó la secretaría del gobierno eclesiástico en tres vacantes.

Fue nombrado por sus prelados juez y examinador sinodal de la diócesis en diferentes concursos; y en el año de 1832 se le confirió el título perpetuo de examinador sinodal por el Ilmo. Sr. obispo D. F. Joaquín Briz.

Fué igualmente nombrado individuo de la junta inspectora de escuelas de la provincia, cargo que desempeñó con conocida utilidad.

Ejerció por espacio de dos años el destino de rector del seminario conciliar á satisfaccion del Señor Briz que le habia nombrado en 1833: al propio tiempo estuvieron á su cargo las cátedras de sagrada escritura é historia eclesiástica.

Estuvo interinamente á su cargo por algun tiempo el gobierno eclesiástico de la diócesis.

El Ilustrísimo Señor Orellana, obispo de Avila, le concedió el año de 1819 licencias absolutas para celebrar en su diócesis el santo sacrificio de la misa, predicar, y confesar personas de ambos séxos. Dióle tambien el título de examinador general. El afecto que este venerable prelado le profesaba, y el concepto que le merecía desde que presenció los ejercicios de oposicion á la penitenciaría de aquella catedral, puede conocerse en parte por las siguientes cartas autógrafas.

*“Avila 21 de Diciembre de 1819.—Sr. D. Juan Antonio Gonzalez, y mi estimado amigo: apruebo que haga Vd. oposicion á la*



*Penitenciaria vacante de esa Santa Iglesia, aun cuando ese Ilustrísimo no prometa el mejor éxito, pues al fin se ha de decidir por votos, y no dudo que muchos podrán decidirse por Vd., sin que esto sirva de obstáculo para mi intento sobre el curato de la Calzada, aunque será bueno que me avise Vd. cuando empiezan y concluyen esos ejercicios.*

*Han dado una Racion de aqui al Arcipreste de S. Pedro de esta ciudad, y otra al cura de S. Vicente del Palacio: este está cerca de Medina, y me aseguran que es de los buenos curatos de este obispado, lo que podrá Vd. averiguar para si le acomoda no estraviarse tanto de su tierra. El Arciprestazgo seria mejor porque es pieza de mas honor, y por estar en esta ciudad, que era lo que mas me acomodaba por tener á Vd. á mi lado, quedando á mi cargo el hacer porque se le agregue algun Beneficio ó Préstamo en la primera ocasion que se presente. Y es todo cuanto puedo y debo decir á Vd., como el repetirle que aprecia su distinguido mérito, este su devoto capellan Q. B. S. M.—Rodrigo obispo de Avila."*

*"Señor Penitenciario, y amigo: gracias al Señor que tengo la gran complacencia de ver á Vd. colocado en esa Santa Iglesia Catedral, á cuyo Ilmo. Cabildo daría mil gracias y parabienes por el justo aprecio que ha sabido hacer de la ciencia y virtud del cura de Ontavilla, cuyo curato quedará honrado para siempre con la buena memoria de un Párroco tan benemérito. Será esta noticia igualmente plausible al Sr. Vallejo, y á cuantos han formado de Vd. el concepto en que este Señor le tuvo siempre. A la verdad yo tenia á Vd. destinado al pronto para el curato de la Calzada, que aun no ha vacado porque el nuevo Penitenciario de aqui no ha tomado posesion de su canongía; segun dicen está para salir de allá, y parece que ha dicho á las monjas recoletas de allí que le sucederia un eclesiástico superior á él en mérito; así me lo escribe la Presidenta, á quien habia yo prevenido que tuviera en suspension la capellanía mayor para que recayera en Vd. como la tenia Ruiz: con esto, y el curato se podia formar una buena renta, muy superior á la de la canongía; pero mejor es lo que Dios ha dispuesto, ya que tuve la desgracia de no tener á Vd. á mi lado, como mucho lo deseo, y aun lo necesito, porque realmente son muchos mis émulos y adversarios, y muy poquitos los que me ayudan para lo bueno. Encomiéndeme Vd. muy de ve-*

ras al Señor, y no dude que en todo tiempo es muy suyo con deseos de complacerle su afectísimo y devoto capellan Q. B. S. M.—Rodrigo obispo de Avila.—Avila 9 de Febrero de 1820.”

“Señor Penitenciario, y amigo de mi mayor estimacion: el poco sosiego con que me hallo desde que emprendi la santa visita no permite el remitir á Vd. sin pérdida de correo el título de Examinador sinodal; pero se mandará estender y se remitirá en primera ocasion, y ojalá que Dios abriera camino para que Vd. se trasladára á esta Santa Iglesia, para que yo contára con un coadjutor de toda probidad y confianza, de lo que estoy muy escaso.

El ataque del tufo del carbon que padeci en la noche del 11 al 12 de Febrero fue casi momentáneo, pero los constipados, y fluxiones me han tenido sin provecho todo el invierno por los estremados frios de Avila; por lo que solo he logrado alivio saliendo de aquella ciudad; y es cuanto por ahora puede decir á Vd. su apasionado amigo que se encomienda á sus santas oraciones y sacrificios, y que B. S. M.—Rodrigo obispo de Avila.—Sta. Visita del Tiemblo á 15 de Abril de 1820.”

En 1826 le fueron concedidas licencias en el arzobispado de Toledo hasta para confesar religiosas.

Las mismas se le concedieron en 1828 en el obispado de Palencia.

Varios provinciales de órdenes religiosas le dieron todas sus facultades al mismo efecto. En su virtud y de las concedidas por sus prelados dirigió por espacio de muchos años las conciencias de muchas religiosas; lo que le ocupaba mucho tiempo porque estaban precisamente extramuros de la ciudad y muy distantes entre sí los conventos de Santa Isabel, la Encarnacion y San Vicente, á que simultáneamente asistia.

Fué tambien hasta su muerte director espiritual de todas las Hijas de la Caridad á cuyo cargo está la asistencia de los enfermos del hospital general: motivo porque confesaba á varios de estos, les preparaba para el trance terrible de la muerte, y se encargaba de cumplir su última voluntad.

Tenia licencia especial para leer libros prohibidos; y además de las facultades anejas á su prebenda, tenia otras particulares concedidas por el Nuncio de S. S.

Sus prelados le consultaban en casos árduos; pero era tal su delicadeza en esta parte que para corresponder dignamente á aquel acto de deferencia consultaba él á personas en quienes reconocia mas práctica y sabiduría.

El Ilustrísimo Cabildo le honró en diferentes ocasiones con comisiones difíciles dentro y fuera de la ciudad; á las que jamás se negó no obstante la repugnancia que para su ejecucion encontraba.

El Señor gefe político D. Nicomedes Pastor Diaz, le exigió un informe en 1838 acerca de si sería ó no conveniente la continuacion del diezmo tal como habia existido, ó con algunas modificaciones, ó bien la imposicion de otras contribuciones en dinero ó en frutos &c. Entre sus papeles se hallaron fragmentos de la respuesta que sin duda pondría en manos de dicho Señor.

En el propio año, con motivo de aproximarse á la ciudad una division carlista, le dirigió el mismo Señor gefe político un oficio en el que entre otras cosas le decia "no se me oculta que á pesar de los partidos en que desgraciadamente nos dividimos, hay en todos ellos personas de sensatez y virtud, é interesadas por consiguiente en que se conserve siempre en lo posible el orden, y sean respetadas las leyes de la justicia que son unas é invariables y pertenecen á todos los partidos. Tengo motivos para creer que V. se cuenta en el número de estas personas &c." Tal concepto merecia á esta autoridad.

## VII.

Sus numerosas tareas, sus continuadas vigiliias, el estudio, la predicacion y la asistencia al confesonario nunca interrumpidas le habian ocasionado habituales dolencias que le disponian lentamente á su término. Tal vez se aceleró este por los repetidos disgustos que le ocasionaron motivos de grande trascen-

dencia. El 27 de Abril de 1841 sintióse indispuerto por la mañana; fué sin embargo al coro, al que era tan asistente que solo por ausencia, por enfermedad, ó por ocupaciones gravísimas, faltaba á él. Fué igualmente por la tarde, mas agravóse de tal modo la indisposicion que le precisó á marchar á casa, á donde llegó con mucha dificultad acometido de unos dolores cólicos tan fuertes que le tuvieron en la mayor agitacion hasta las 7, hora en que se acostó para jamás levantarse. La enfermedad tomaba cada vez peor aspecto; el peligro aumentaba, así que el primero de Mayo recibió el sagrado viático por disposicion de los facultativos. Conociendo ser llegada su última hora se preparó á esperarla con aquella calma hija de una conciencia tranquila. No desmintió en esta ocasion su carácter sufrido; á pesar de los agudos dolores que sentia no exhaló una queja. En fin, conforme con la voluntad divina, llenó de una prudente esperanza en la misericordia del Señor cuya honra y gloria habia promovido por espacio de 38 años, y fortalecido con los sacramentos y demas auxilios espirituales, dejó de existir á las ocho de la noche del día 7 de Mayo de 1841, á los 65 años de edad.

#### EPÍLOGO.

Fue su vida en extremo laboriosa: sin cesar gravitaban sobre él numerosas y diversas atenciones: por esto y por su carácter se habia acostumbrado á no emplear el tiempo en visitas ni en tertulias. De las primeras solo hacia aquellas cuya omision le hubiera grangeado la nota de insocial y desatento; respecto á las segundas, ni aun tomaba parte en la que formaba entre sí su familia. Dejábase ver poco de esta, pues ocupaba el dia en el coro, en el confesonario y demas asuntos de su ministerio, empleando los pocos momentos de que algunas tardes podia disponer en dar un paseo, al que siempre iba solo y á puntos retirados, ó en labores de mano; y la noche la pasaba en su habitacion dedicado al estudio y á los ejercicios de devocion. No le

eran extraños la disciplina y el cilicio. Ayunaba con alguna frecuencia. Era en extremo sufrido así en las dolencias que habitualmente padecía, como en las faltas de asistencia doméstica: tal era su carácter en esta parte que jamás pidió cosa alguna, y se iba al coro sin tomar el desayuno si no se le servían á tiempo; y así en todo lo demás. No solo modestia, aun negligencia se advertía en su traje, y era preciso recordarle algunos días que la solemnidad exigía más esmero.

Su aspecto era magestuoso y aun imponente á primera vista, pero en sociedad su genio era franco y jovial. Véasele comunmente sério, pero no enfadado; y sus reprensiones iban acompañadas de dulzura y suavidad. No abrigaba odio ni resentimiento contra sus enemigos. Dedicó también algunos momentos de ocio á la poesía; villancicos y felicitaciones familiares eran su objeto. En su juventud habíase inclinado por la música, pero hizo pocos progresos por el corto tiempo que para este ejercicio le quedaba: no obstante; así en esto como en todo lo demás, por cortos que fueran sus conocimientos, los comunicaba á cuantos se lo exigían. Pasaba por proverbio entre su familia y amigos, que no sabía decir *no*. Entre sus objetos de recreo puede contarse el cultivo de flores y arbolillos.

Su frecuente asistencia al confesonario le hacía conocer las verdaderas necesidades, las que socorría liberalmente con preferencia á las comunes: conservo datos acerca de esta circunstancia que ignoraba en parte hasta después de su fallecimiento. En verdad la época era muy apropiada. Y como la coincidencia de hechos suele dar ocasión á suponer que provienen unos de otros, creo ser un deber declarar aquí en obsequio á su reputación, que la prosperidad que después de su muerte se atribuye á una parte de su familia tiene otro origen que sus ahorros.

Diré por conclusión que no pretendo de modo alguno colocar al Dr. Gonzalez en el número de los que serán un día venerados en los altares; quede esto reservado al que de un golpe penetra el interior del hombre: lo que sostengo sí es que desde sus

mas tiernos años observó una conducta irrepreensible; que cultivó con fruto los talentos que le concediera la providencia; que fué un hijo cariñoso y obediente, un jóven aplicado y modesto, un pastor vigilante y celoso de su rebaño, un orador no menos humilde que elocuente, un apóstol activo é infatigable, un sacerdote ejemplar, un superior prudente, un súbdito respetuoso, un vasallo benemérito, un buen amigo.

Estas son las virtudes que reclaman para su memoria la admiracion, la veneracion, y la gratitud pública.







# PLATICA PRIMERA (1)

## SOBRE EL SACERDOCIO.



INFLUENCIA DE LA CONDUCTA DE LOS SACERDOTES EN LA VE-  
NERACION QUE LES DAN LOS FIELES.



*Noli negligere gratiam quæ in te est..... Hæc meditare.... Atten-  
de tibi.*

No tengas en poco la gracia que hay en tí..... Medita estas cosas.....  
Vela sobre tí mismo.

1. *ad Tim. c. 4. vv. 14, 15 et 16.*

Ilustrísimo Señor:

Cuanto mas apreciable ha sido para mí el honor que V. S. I. me ha dispensado encargándome el árduo ministerio de exhortar á la virtud al venerable clero que compone esta ilustre cor-

---

(1) Pronunciada en la sala capitular de esta santa Iglesia en la vacante de Magistral, cuyo ministerio le encargó el Ilmo. cabildo.



poracion, tanto es mas difícil su desempeño por los escollos que en todas partes se presentan. Si arrebatado de celo me propongo declamar con alguna vehemencia contra el desórden, se me figura descubrir retratada al vivo en todos los semblantes una justa indignacion, y que cada uno me dice con su severa mirada; "en dónde estan esos desórdenes contra los que dirige sus tiros la maledicencia?" Si acobardado pretendo evitar esta reconvencion, creo amenazarme los profetas, como si de intento buscára blandas almohadas para proporcionar al pecador un tranquilo funesto sueño, por el que de una muerte aparente y deleitable pase á una muerte real y desventurada. Discurriendo yo los medios de huir al mismo tiempo una vil é indigna adulacion, y una mordacidad insolente, luego me ocurrió que semejantes temores deben ser en gran manera injuriosos al ilustrado auditorio á quien se dirigen mis palabras; pues no puede ocultársele que la exhortacion á la virtud no siempre supone los vicios en los sugetos á quienes se dirige; y que los justos mismos son exhortados á justificarse mas, y los santos á perfeccionar su santidad.

En esta suposicion, y confiado en que el espíritu del Señor me asistirá, como se lo ruego, para el desempeño de un ministerio tan interesante, daré principio á esta breve exhortacion repitiendo el importante documento que el Apóstol dió á su discípulo Timoteo. Mira, le decia, si haces el aprecio debido de la gracia que se te ha dado por la imposicion de las manos: medita con atencion y frecuencia el elevado destino en que la misericordiosa providencia de Dios se ha dignado colocarte; y cuenta con que por este medio asegurarás tu salvacion y la de todos aquellos que reciban con fruto tus instrucciones.

Y cierto, Señor ilmo., que si tuviéramos siempre á la vista la dignidad de nuestro estado, no era posible que nos diéramos por satisfechos con poseer una justicia y una santidad ordinarias; cada dia, cada momento procuraríamos adelantar en la perfeccion. Somos sacerdotes. Pudiéramos nosotros aspirar á un destino mas honorífico y sublime? nos resolveríamos á entrar en el sacer-

dócio si con una madura reflexion hubiéramos comparado la bajeza, y acaso la positiva indignidad propia, con la elevacion y nobleza del ministerio sagrado, y la debilidad de nuestros hombros con el peso de aquella carga? Somos sacerdotes. En donde quiera que ha habido alguna idea de la divinidad, por mas imperfecta y errónea que haya sido, el ministerio sacerdotal se ha mirado justamente como el mas noble y elevado á que puede llegar el hombre en esta vida mortal; como una cosa superior á toda la naturaleza criada; como un estado medio entre el criador omnipotente y la criatura misérable, y que por tanto el sacerdote debe únirse con esta solo para conocer sus miserias, y vivir siempre con aquel, de modo que pueda asegurar á los demas sus infinitas misericordias.

El mismo Dios parece que determinadamente quiso fomentar esta idea del sacerdocio, y con ella la sumision, el respeto, la veneracion al sacerdote vinculando á los Levitas tantos derechos, y tan sublimes prerrogativas. Mas, no habiendo lugar á comparacion alguna entre la mentira y la verdad, entre la realidad y la sombra, ni debe, ni puede compararse con el nuestro aquel sacerdocio: en vista de lo cual no pienso detenerme á declarar las funciones propias de un ministerio tan superior á la dignidad de los reyes, de los emperadores, de los mismos ángeles; ni á referir los elogios que de él han hecho los SS. PP. que han escrito en diversos siglos; ni á pintar la veneracion con que le respetaron los fieles, y aun los príncipes católicos en todos los tiempos y paises, y que en nuestro siglo no faltaria tal vez quien la reputase de idolatría. Ay! para qué renovar una memoria que solo puede ya servirnos de confusion y de oprobio?

El sacerdote en aquellos dias de gloria no podia olvidar el sublime honor que Dios le habia dispensado: entonces eran mucho mas estrechas las puertas del santuario: no se ambicionaba como ahora, se miraba con un respetuoso terror el ministerio santo. Las pruebas rigurosas, los cánones severos, la incompatibilidad del orden con la penitencia, hacian á todos palpable la

suma pureza, la virtud heróica, la perfeccion sublime, la santidad extraordinaria de que indispensablemente habian de estar adornados los que se consagraban al ministerio del altar. Por desgracia pasó el tiempo de aquel fervor: en su lugar se introdujeron la relajacion y el escándalo: se alteraron las ideas de las cosas: se empezó á mirar el sacerdocio bajo muy distinto respecto que en el que hasta entonces se le habia considerado: no solo se le tuvo por uno de los medios mas eficaces para poder vivir con alguna comodidad; se le solicitaba ya determinadamente para gozar por su medio del regalo; para poderse entregar al ocio y al descanso; para adquirirse riquezas inmensas; para conseguir una autoridad sobre sus semejantes reprobada por el mismo Jesucristo. Para esta clase de personas perdió el sacerdocio todo su brillo, toda su dignidad, toda su nobleza: no podia ya llenar los deseos soberbios, ambiciosos, y aun sensuales de los sacerdotes. Estos se lamentaban de no poder entregarse á las diversiones del comun de los fieles; de no gozar sus riquezas, sus placeres y acaso sus vicios mas detestables: estos desacreditaron el sacrosanto ministerio; convirtieron en un desprecio positivo la profunda veneracion que hasta entonces se le habia tributado: el desprecio vino á degenerar en odio; de aquí se pasó á la persecucion; y para poder continuar ésta con mas seguridad se impugnaban las verdades infalibles en que estaban consignados sus derechos.

No podré yo asegurar que en efecto el desarreglo del clero, y la desestimacion positiva en que cada uno de los individuos que componen tan respetable clase empezaron á tener su ministerio, haya sido la causa única de los males que al presente deploramos; aseguraré si, y nadie puede poner en duda que á proporcion que han ido dando al olvido la dignidad excelsa del estado sacerdotal, tambien los legos han empezado á mirarlos con indiferencia, con menosprecio, con aversion y encono. Y cómo podria no ser así? Si viéramos á un monarca que se ocupaba en buscar con ahinco los entretenimientos de los niños, las diver-

siones indecorosas del bajo pueblo; si le viéramos descender del sòlio, huir del palacio y de la grandeza que en él ostentaba, para buscar los lugares de ignominia, y asociarse á los hombres que la sociedad declara por infames por su profesion y costumbres; qué aprecio haríamos de la dignidad real? Si aquel á quien tanto interesa conservarla en todo su esplendor la vilipendia; se sacrificarán por atraerle la veneracion y el respeto los que no la miran sino como una carga odiosa é insoportable? Si el monarca mismo pisa el cetro que la providencia ha colocado en sus manos, es regular que los vasallos mismos se ocupen en reunir sus trozos para conservársele al que tan indigno se hace de él? Pues apliquemos todo esto á nosotros mismos: qué concepto formarán los legos del ministerio sacerdotal si ven á los sacerdotes mezclarse en los negocios seculares, entregarse á los placeres mundanos, ansiar las distracciones, los espectáculos, los vicios mas groseros del pueblo? Cómo darán asenso á las palabras de que se valen para exhortar á los otros á la mortificacion de sus pasiones y deseos, si ven que ellos se proponen siempre satisfacer los suyos? Qué juicio formarán de la religion que los sacerdotes predicán desde la cátedra del Espíritu Santo, si les ven obrar contra las máximas que procuran inspirar á los fieles, y que deben ser conformes á sus sentimientos?

No ignoro que Jesucristo encargó á los judíos que abrazáran la doctrina que les predicaban los pontífices, sin imitar sus escándalos y locuras; mas, atendida nuestra miseria, es muy seguro el efecto que producen los escándalos de los sacerdotes, y el poco fruto que reportan sus exhortaciones. Qué nos fatigamos, pues, en averiguar la causa de la persecucion que se ha suscitado contra nosotros, y en buscar todos los medios posibles para impedir la? mientras que nosotros demos á los pueblos lecciones prácticas de menosprecio hácia nuestra dignidad, estemos ciertos de que no la apreciarán jamás. Si nosotros, al mismo tiempo que defendemos el honor, las prerrogativas y los derechos del sacerdocio, no cuidamos de conservar la pureza, la santidad y la

perfección que exige, siempre trabajaremos en vano: la misma religion, que manda al pueblo honrar á los sacerdotes, prescribe á estos la obligacion indispensable de edificar al pueblo por medio de una vida ejemplarísima, irreprochable, del todo espiritual.

Si queremos, pues, que se remedien en gran parte los males que nos afligen, es preciso que hagamos nosotros el aprecio debido de la gracia que se nos ha dado en la consagracion. *Nolite ergo*, os diré como el Apóstol á su discípulo Timoteo, *negligere gratiam quæ data est vobis*: manifestemos á todos los fieles que el Dios omnipotente es nuestra heredad, y que todos los placeres, todas las criaturas juntas no pueden acrecentar en lo mas mínimo la gloria que disfrutamos con su posesion. Hagámosles ver que, consagrados esclusivamente al culto y servicio del Señor, no trabajamos sino por su gloria, y de ningun modo por la nuestra. Obliguémosles á respetar el sacerdocio respetándole nosotros: para lo que, *hæc meditare*: tengamos ocupada siempre nuestra imaginacion en la nobleza del ministerio á que hemos sido llamados, y en la irreprochable conducta con que debemos corresponder á un don tan apreciable. Meditemos cuál era la vida de aquellos sacerdotes que admiraron y convirtieron á los mismos gentiles; que su vida era por lo comun la vida de un héroe que atraia con seguridad la persuasion á sus palabras, el amor á sus personas, el respeto á su estado: recordemos que la elevacion de nuestro destino debe ser la regla por donde se mida nuestra santidad. Tengamos presente que es una impiedad mezclarse en los negocios del siglo los que estan destinados exclusivamente á cuidar de los eternos. No olvidemos que se permiten á los legos muchos desahogos que á nosotros se nos prohíben; que lo que en estos suele ser un defecto leve, es en nosotros un enorme sacrilegio; y que lo que en ellos puede disimularse como una palabra indiferente, puede ser en nosotros una blasfemia horrible. Demos con nuestras costumbres un auténtico testimonio de la santidad de nuestro ministerio; y este será apreciado, honrado de los fieles; y por su medio *et nos metipsos salvos faciemus, et eos qui nos audiunt*. Amen.



## PLATICA SEGUNDA (1)

### SOBRE EL SACERDOCIO.

#### DIGNIDAD Y PODER DEL MINISTERIO SACERDOTAL.

*Hoc facile in meam commemorationem.*

*Quaecumque alligaveritis super terram, erunt ligata et in caelo.*

Haced esto en memoria de mí.

Todo aquello que ligáreis sobre la tierra, será ligado tambien en el cielo.

*Luc. 22. v. 19. et Matth. 18. v. 18.*

Ilustrísimo Señor:

**P**or mas que esté persuadido de que la predicacion sea la parte del ministerio á que me siento mas eficazmente inclinado, no tendria la temeridad de ejercerla en el seno de una corporacion

(1) Pronunciada en la sala capitular de esta santa Iglesia en la vacante de Magistral, cuyo ministerio le encargó el ilmo. cabildo.



tan respetable, á no ser una obligacion aneja al honor que V. S. I. se ha servido dispensarme. Al encargarme de ella no se me han ocultado las dificultades que ofrece tener que hablar con este caracter á un auditorio instruido; pero como tampoco desconozco que una sencilla expresion de un ignorante, dirigida por la providencia, suele hacer mayor impresion en el corazon de los sabios, me determino á recordar á V. S. I. algo de lo mucho que hallamos en los escritos mas recomendables por la santidad y sabiduría de sus autores sobre el justo aprecio que debemos hacer del honor á que hemos sido elevados por el ministerio sacerdotal que ejercemos.

Ciertamente, él es lo mas grande, lo mas admirable, lo sumo á que pudiera llegar el hombre mortal. Si le comparamos con los que tan poderosamente arrebatan los deseos del ambicioso; con el alto honor de la magistratura, del ministerio supremo, de la misma soberanía; el aparente brillo de todas estas dignidades temporales queda oscurecido, y el del sacerdocio adquiere con la comparacion un nuevo y extraordinario realce. Cuanto excede el espíritu á la materia, el cielo á la tierra, la eternidad al tiempo, Dios á la criatura; tanto se aventaja la dignidad del sacerdocio á todas las dignidades del mundo, como lo testifican unánimes San Efrén, San Juan Crisóstomo, San Ambrosio, San Agustín, que escribieron de intento sobre esta materia; San Dionisio, San Ignacio, San Gregorio Nacianceno, San Lorenzo Justiniano, San Bernardo, todos los PP. y DD. que han tenido precision de tocarla como de paso en sus escritos.

Mas qué! necesitamos el testimonio de los santos PP. para convencernos de lo que no podemos dudar de modo alguno? Consideremos el poder de que en virtud del ministerio sacerdotal nos hallamos revestidos; la facultad, la especie de dominio que se nos ha dado sobre el cuerpo místico, y aun sobre el cuerpo material del hombre-Dios: consideremos todo esto, como tambien que á nuestro arbitrio renovamos sin oposicion ni dificultad alguna el prodigio de los prodigios; que al impulso de nuestra

voz el hijo del Eterno desciende indefectiblemente á nuestras manos desde el excelso trono de su infinita grandeza; que se somete, por decirlo así, á nuestra voluntad; que se ofrece por víctima en el mas augusto sacrificio en que nosotros tenemos tanta parte; que con su propia sustancia nos alimenta, y alimenta á todos cuantos nosotros queremos hacer participantes de tamaño beneficio: que al eco de nuestra palabra se arrancan de las manos vengadoras de la divina justicia las presas que estaban destinadas para aplacar su furor é indignacion; los abominables hijos de maldicion y de ira se transforman en hijos de amor y de misericordia; el mismo Dios infinitamente celoso de su honra se ve precisado á deponer y depone con efecto el odio que justamente habia concebido contra sus enemigos los pecadores; los admite de nuevo á su gracia; los comunica su misma naturaleza, y los concede un derecho de rigurosa justicia á la posesion de su mismo reino.

Yo no sé que puedan llegar á mas alto grado el poder, el honor, la elevacion de la débil criatura, ni que haya fuera del hombre ser alguno dotado de una facultad y nobleza que con esta pueda compararse. Nadie, nadie absolutamente, sino los sacerdotes, ha tenido el honor de que el omnipotente le diga por sus propios labios: vosotros hareis lo mismo que yo he hecho en la cena misteriosa. A nadie sino á los sacerdotes se ha dignado dirigir su palabra para decirle: lo que vosotros hicieris en la tierra será hecho en el cielo: serán perdonados aquellos á quienes vosotros perdonáreis sus pecados; y no se les concederá el perdon á los que vosotros no le concediéreis.

Despues de oir estas palabras, sería una temeridad la mas imperdonable tener por hiperbólicas las espresiones de los P. P. que nos aseguran, que los ángeles que asisten ante el trono del Señor admiran y reverencian á los hombres á quienes aquel ha elevado á la dignidad de sacerdotes de su amantísimo hijo: sería la mayor imprudencia estrañar que nos aseguren, que la dignidad y el poder del sacerdote son superiores á los de la misma Virgen madre

natural del hombre-Dios. Qué mas! la verdad infalible parece que trata de confundir, de hacer una sola dignidad la dignidad del sacerdote y la del mismo Jesucristo, cuando dice: quien desprecia á vosotros á mí me desprecia. No se crea por esto que yo trato de igualar estas dos potestades y honores; confieso que hay una diferencia notable, una distancia suma entre ellas: la potestad de Jesucristo es esencial, es inseparable de su naturaleza; el poder de los sacerdotes es un don gratuito, infinitamente superior á sus méritos, y aun á sus fuerzas naturales.

Es un don puramente gratuito, es verdad; mas por lo mismo es indudable que estamos en la obligacion de estimarle mucho mas. Es un beneficio infinitamente superior á nuestros méritos; pero esto mismo debiera estimularnos á manifestar al Señor nuestra gratitud por habérselos concedido. Cuando vemos que el poder de que nos hallamos revestidos no es apreciado y respetado de algunos; cuando oímos que no le prestan las consideraciones que como á un honor incomparablemente superior á todas las potestades de la tierra le pertenecen, nos sentimos penetrados de un sentimiento tan agudo como justo, y prorrumpimos en unas quejas tan amargas como fundadas; esto es cierto; pero tambien lo es que nosotros por desgracia autorizamos al pueblo con nuestro ejemplo para que forme de él un concepto tan depresivo de su honra. Qué imprudencia! Si con una especie de abandono de sus principales funciones damos nosotros á entender que su ejercicio nos envilece y degrada; cómo podremos persuadir á los fieles que efectivamente nos engrandece y eleva de un modo extraordinario sobre todas las criaturas? Si apesar de las renunciaciones hechas en el sagrado bautismo, ampliadas con mayor solemnidad al recibir los sagrados órdenes, entregamos nuestro corazon á las vanidades del mundo, á los placeres del sentido, á los miserables tesoros de la tierra; y si para colmo de nuestra desgracia nos dejamos arrastrar hácia el desórden y el escándalo de que, usando de este mismo poder, procuramos retraer al pueblo cristiano; podrá este persuadirse á que la po-

testad sacerdotal llena todos los deseos de nuestro corazon? Ayl era preciso para esto suponer que carecia de sentido comun. No, examinada nuestra conducta no puede menos de conocer que nosotros buscamos con ahinco otros objetos fuera de nuestro ministerio. Y cuán fácil es que de aquí pase á sospechar si nuestro poder es tal cual nosotros le decimos?

Cuántas veces, Ilustrísimo Señor, hemos censurado con sobrado fundamento la grosera ignorancia de los sacerdotes judíos que esperaban un Mesías que deslumbrase con el brillo de una soberbia dominacion, y nadase é hiciese nadar á los suyos en el oro y en los deleites? Y nosotros, que estamos predicando siempre la humildad, la pobreza, la austeridad que le caracterizaron; nosotros, que no podemos ignorar que nuestro reino no es de este mundo; que nada debemos apetecer en él sino un alimento y vestido moderados; que incorporados en la milicia sacerdotal, nos envilecemos por mezclarnos en negocios puramente seculares; que cuanto es mas sublime el poder que nos da nuestro ministerio, tanto mas heróica es la santidad de vida á que somos obligados, y mas severo el juicio que se nos prepara; nosotros, digo, á pesar de todo esto olvidamos con frecuencia nuestros deberes; manifestamos tener en poco este ministerio que nos faculta nada menos que para hacer lo que nadie sino nosotros puede en el cielo ni en la tierra; empleamos en la murmuracion ó en las conversaciones profanas estos labios que están autorizados para perdonar al pecador; para reconciliarle con su Dios; para reponerle en los derechos que habia perdido respecto á la bienaventuranza.

Reflexionemos todo esto con detencion: consideremos la inmensa responsabilidad que pesa sobre nosotros desde el momento en que fuimos adornados del poder sacerdotal: tengamos presente que no se nos ha conferido en vano, y sí para que usemos de él con prudencia, con decoro y dignidad. Estemos bien persuadidos de que las persecuciones de la impiedad que tanto tiempo hace sufrimos son efecto de nuestra negligencia, de nuestra disipacion,

del espíritu del siglo á que nos hemos acostumbrado; y que si queremos que vuelvan los gloriosos días del cristianismo es indispensablemente necesario que hagamos renacer en nuestra vida la santidad y el celo de los primeros sacerdotes. No se borre jamás de nuestra memoria lo mucho que nos ennobleció el Señor cuando nos concedió la facultad de consagrar su cuerpo sacramentalísimo, y de atar y desatar segun nos pareciere; y hagamos siempre como si estuviéremos oyendo de su divina boca estas palabras. Este es el medio de corresponder á los designios de la providencia; y de asegurarnos la recompensa prometida en el cielo á los obreros celosos de la viña del Señor. Amen.





# PLATICA (1)

## DEL PERDON DE LAS INJURIAS.



### OBLIGACION ESPECIAL DE LOS SACERDOTES DE PERDONAR LAS INJURIAS.



*Cum stabitis ad orandum, dimittite si quid habetis adversus aliquem: ut et Pater vester.... dimittat vobis peccata vestra.*

Cuando estuviéreis para orar, si tenéis alguna cosa con alguno, perdonadle: para que vuestro padre... os perdone tambien vuestros pecados.  
*Marc. 11. v. 25.*

**Ilustrísimo Señor:**

**P**arece cosa bien estraña que, despues de la conducta que José observó con sus hermanos en el Egipto, tuviera Jacob tanto cuidado de suplicarle, estando ya para morir, que olvidase la injuria que le habian hecho: no lo parece menos que el evangelista San Juan, despues de haber empleado todo el tiempo de su pron-

(x) Pronunciada en la sala capitular de esta Santa Iglesia.



gada vida en exhortar á sus hermanos á la caridad mutua, repetiese este precepto en sus últimos dias con tanta frecuencia que sus discípulos se fastidiasen ya de oirlo. Sin embargo, en esto mismo se manifiesta la suma importancia, la necesidad indispensable de cumplir este precepto, pues llama la principal atencion de aquellos justos en los momentos en que las pasiones callan y se dejan oír solamente las voces de la verdad. Instado aquel apóstol de sus discípulos para que les digese el motivo por qué repetía tantas veces el mismo documento, respondió, dice San Gerónimo, con unas palabras dignas de su sabiduria: porque es una obligacion tan esencial, que en solo su cumplimiento se cifra de algun modo el cumplimiento de toda la ley. No hay, pues, motivo para que nos disgustemos al oír las exhortaciones que todos los años se nos hacen en este dia al amor de los enemigos, á quienes no podemos ménos de mirar como nuestros prójimos y hermanos; y al perdon de las injurias que con mayor fundamento debieramos llamar agradecimiento de los beneficios.

Muy doloroso es oír hablar de enemigos y de injurias entre cristianos; pero lo es mucho mas en un cuerpo de sacerdotes llamados por su estado á la santa perfeccion, semejante en cuanto lo permita nuestra debilidad, á la perfeccion de nuestro padre celestial. Mas, como en ninguno de los estados de la vida se desnude el hombre de su naturaleza y de sus pasiones, en todos ellos necesitamos que se nos recuerden nuestros deberes en esta parte. La soberbia, triste origen de todas las miserias que tanto nos afligen; hé aqui el único enemigo que debemos aborrecer sin perdonarle jamás, porque ella es la raiz funesta de la enemistad; ella enjendra la ira; ella fomenta el odio. La soberbia nos persuade, ó nos hace obrar como si estuviéramos en la persuasion de que todo nos es debido. Pero sujetemos á un enemigo tan formidable, para poder despues reflexionar libremente. Qué es lo que de justicia se nos debe? El Apóstol nos dice que por naturaleza somos hijos de ira como lo son todos los descendientes de Adán; de donde infiere San Agustin que de justicia somos acreedores al

castigo, á la venganza, á la indignacion eterna del Señor. Nuestra conciencia nos testifica cuánto se aumentan diariamente nuestras culpas; y el evangelio nos enseña que con ellas atesoramos nuevas iras. Y qué! deberán las criaturas mirar con indiferencia las ofensas de su criador? Será justo que el hombre ofenda á su Dios impunemente; y que él no haya de ser ofendido de otros hombres sin que al punto tome una rigurosa venganza? Por qué no ha de mirar en sus enemigos los fieles ministros, ó por mejor decir, la mano misma de la providencia, que le impone una pequeña parte que tiene bien merecida?

Esto es indudable; el iracundo dirige sus venganzas contra la providencia. Qué delirio! entremos en razon: pesemos en una justa balanza cuantas injurias podamos recibir de nuestros prójimos, y la menor de las que nosotros hemos hecho á nuestro Dios. No cabe proporcion, como no la hay entre Dios y la criatura; por cuya razon tampoco puede haberla entre la satisfaccion que pudiera y debiera exigir de nosotros, y la que en efecto exige por este medio la divina justicia. Y no es una imprudencia lamentable asegurarnos una pena insufrible, y acaso sin fin, pudiendo redimirla con tanta facilidad con una mortificacion levísima, momentánea y llena de gloria? Y quién duda que este debe ser el efecto del amor del enemigo, y del perdon de las injurias?

Si no temiera ser molesto acumularia los innumerables testimonios de las escrituras y de los PP. que positivamente lo aseguran: repetiria lo que tantas otras veces se nos ha dicho en este mismo lugar con mucha maestria: referiria por estenso todo el libro del Eclesiástico, y con especialidad el capítulo veintiocho en el que apenas hay versículo que no lo espese: *relinque proximo nocenti, et tibi peccata solventur: qui vindicari vult à Domino inveniet vindictam, et peccata illius servans servabit*: reproduciria el precepto de Jesucristo en que terminantemente nos recomienda el amor del enemigo como el medio mas eficaz de atraernos la gracia, la dichosa filiacion del mismo Dios: recor-

daria lo que tanto inculca nuestro divino maestro; á saber, que la conducta que nosotros observemos con nuestros ofensores será la única regla que deba dirigir su providencia con respecto á nosotros. Pero, como mi objeto no es hacer una erudita disertacion académica, si solo una eficaz exhortacion á la virtud, me ocuparé en demostrar, sin apartarme de mi principal intento, que el perdon, el amor del enemigo nos hacen seguramente dignos del perdon, y del amor de nuestro Dios.

Con efecto; pues por este medio le damos la satisfaccion mas agradable y mas justa: por él le restituimos, ó procuramos restituirle su honor y el dominio completo de nuestro corazon: por él resistimos, violentamos, arrancamos del todo la funesta raiz de nuestra rebelion, que es la soberbia. Por eso se nos hace tan duro su cumplimiento. La naturaleza se resiste: el bruto naturalmente se vuelve contra quien le daña: es verdad; mas tambien lo es que el bruto no ha viciado su naturaleza; que la conserva en el estado mismo en que la recibió de su criador; que no ha merecido el daño que se le hace; y esta consideracion lejos de fomentar, debiera por el contrario vencer del todo nuestra resistencia y nuestra soberbia. El bruto sin la menor culpa padece y muere por la constitucion de su misma naturaleza: el hombre impásible é inmortal por un beneficio de su criador se vé esclavo del dolor y de la muerte en justo castigo de su ingratitude. Aquel podrá resistir con algun derecho; este ninguno tiene sino para humillarse mucho mas. No es la naturaleza, si solo el vicio quien nos conduce á la discordia y enemistad. Este monstruo nos hace mirar como indecoroso no tomar venganza de la injuria recibida; nos presenta como una vil debilidad dejarnos vencer de nuestros enemigos. Y lo será menos, pregunto yo, rendirnos á nuestra pasion? á una pasion que tanto nos ha degradado? á una pasion cuyo ímpetu destruye la razon, acaba con la libertad, turba los sentidos, impide la respiracion, transforma al hombre en una furia? Cuánto mas glorioso sería vencernos á nosotros mismos? El David que derribó al temible gigante es

muy pequeño comparado con el David que con tanta generosidad perdonó al rencoroso Saul. Y de qué modo pudiéramos triunfar mas completamente de nuestros enemigos que perdonándolos, olvidando sus injurias, y amándolos como si fueran amigos verdaderos? Esta sola conducta les desarma, templa sus iras, y les obliga á reconocerse vencidos. Aun el mundo, enemigo regularmente de la verdad y de la justicia, se vé precisado á tributar el homenaje de admiracion y alabanzas al héroe que, venciéndose á sí mismo, mira con indiferencia las injurias que se le hacen, y reprueba la conducta del vengativo que trata de apagar el fuego de la ira en la sangre de sus hermanos.

Siendo esta una monstruosidad en el hombre; qué será en el sacerdote, en el ministro de aquel Dios de paz que amó tan de veras á sus enemigos; que rogó tan fervorosamente por sus perseguidores; que murió con tan ardiente caridad por sus verdugos? Qué será en el sacerdote que cada dia debe acercarse á las aras rociadas, teñidas, inundadas en la sangre de un Dios que se sacrifica por el hombre que le ofende? Qué será en el sacerdote obligado por su ministerio á interceder continuamente para que el Señor deponga sus iras contra el hombre; á reconciliar al hombre con su Dios: á celebrar el incomprendible misterio del amor y de la misericordia; á comer él, y distribuir á los otros la carne del cordero celestial, de aquel Dios que, tan ignominiosamente injuriado por el hombre, se digna darle su propia sustancia en alimento? Teniendo en sus manos la llama del amor divino, cómo es posible que no se inflame su corazon? Es preciso que sea de hielo; que sea del todo insensible; que esté ya desgraciadamente muerto conservando aun algun resentimiento contra sus hermanos. Parece que ninguno debiera atreverse á celebrar los sacrosantos misterios de un Dios que, pudiendo condenar á todos sus enemigos, se ofrece por salvarlos á los tormentos, á la ignominia y á la muerte. No es fácil que convengamos en todas nuestras opiniones; lo conozco, tampoco convinieron los dos apóstoles; mas no dejaron de amarse por eso. San Agustin y San Ge-

rónimo se impugnaron mutuamente con ardor y aun con acrimonia; pero se amaron con sinceridad é intension. Y San Bernardo nos dejó establecida esta máxima: *in necessariis unitas: in dubiis libertas: sed in omnibus charitas*. Es, pues, constante que nada nos dispensa de la obligación de amarnos, de sufrirnos, de perdonarnos mutuamente. El cumplimiento de este deber nos adquiere mucha gloria entre los hombres, y el aprecio del mismo Dios. Amando á nuestros enemigos, somos amados de Dios: perdonando á nuestros enemigos, somos perdonados de Dios: pagando con beneficios las injurias, obligamos á Dios á que nos remunere con una gloria inmortal. Por eso decía yo que debíamos mirar como verdaderos amigos á los que mas nos injurian; y sus ofensas como los mayores beneficios.

Concluyo con las palabras del P. San Leon: *non exactor, dice, sit vindictæ qui petitor est veniæ*: como concluyó Jesucristo la causa de la muger adúltera: en hora buena que no perdone á sus enemigos el que no necesite ser perdonado de Dios; mas el que piense pedir á Dios perdon de sus culpas, no puede menos de perdonar de corazon las injurias que ha recibido de los hombres.



---

---

# PLATICA (1)

## DEL RESPETO EN EL TEMPLO.

---

VENERACION QUE DEBEN TENER EN EL TEMPLO LOS SACERDOTES.

---

*Domus mea domus orationis vocabitur, vos autem fecistis illam speculam latronum.*

Mi casa, casa de oracion se llamará; mas vosotros la habeis hecho cueva de ladrones.

*Matth. 21. v. 13.*

**Ilustrísimo Señor:**

**S**i las costumbres de los clérigos nada conformes á su ministerio pudieron contribuir en gran parte á la decadencia, al desprecio, á la persecucion de los ministros del santuario y aun de la religion cristiana, por el contrario, la vida del sacerdote que se conforma en un todo á la doctrina evangélica, edifica aun á los mas impíos; arrabata su admiracion, arranca de sus labios los elogios y apro-

(1) Pronunciada en la sala capitular de esta Santa Iglesia.



bacion, y embota el filo de las principales armas que dirigen contra la religion sus enemigos mas encarnizados. Tal es el imperio que ejerce la sólida virtud sobre el corazon de los hombres.

Un solo escándalo en el sacerdote basta para esterilizar, y aun para desacreditar toda su doctrina, porque la perversidad del corazon humano suele persuadir á los ignorantes que no puede ser divina una ley que desprecia el mismo que la promulga, y que no cumple aquel á quien mas interesa su cumplimiento. Pero las exhortaciones prácticas, el ejemplo de un celoso sacerdote que sacrifica todas sus pasiones por la mas exacta observancia de la ley que predica, da seguramente una fuerza irresistible á sus palabras, porque el hombre inclinado por la naturaleza á la propia comodidad no sabe violentarse sino cuando está seguro de que la violencia le proporciona mayores ventajas. Es, pues, sin duda alguna una obligacion indispensable del sacerdote dar con su conducta el testimonio de su religion. Este deber le sigue indefectiblemente á todas partes; pero se hace mas sagrado, mas esencial, sin comparacion alguna mas fuerte en el templo del Señor.

Este lugar santo que un Dios omnipotente ha elegido para que sea su morada especial en la tierra; este lugar que ha santificado, destinándole despues para recibir en él el culto y la adoracion de los mortales, y para dar á estos los testimonios mas auténticos de su poder, de su sabiduría, de su bondad, de su amor; este lugar santo, lo diré de una vez, preparado y edificado por el mismo Dios para trono de su magestad, para poder publicar y demostrar que es el Dios verdadero, y todos nosotros unos seres miserables que nada éramos hace un momento, y que ahora somos porque así lo quiere él.....cuántas y cuán poderosas reflexiones se agolpan en la imaginacion al considerar el profundo respeto con que debemos presentarnos en este sagrado lugar! Si no temiera, Señor Ilustrísimo, abusar de la paciencia con que V. S. I. se digna escucharme, me dilatara con suma complacencia en la esplicacion de un asunto de tanto interes como necesi-

dad: por otra parte conozco, que por mas tiempo y trabajo que consumiera, jamás llegaría á descubrir razones mas eficaces y persuasivas que las que acabo de proponer.

El templo es el s6lio magnifico en que de un modo especial reside la magestad suprema del Se6or entre los mortales; el trono en que recibe sus oraciones y s6plicas, y en el que todo debe ser exclusivamente consagrado á la manifestacion de su divinidad. En esta suposicion, deberá el hombre, deberá el sacerdote llevar al templo otros afectos y sentimientos que los que inspira una sincera y humilde religion? podrá dirigir sus pasos hácia 6l sin que se apodere de todos sus miembros un temor saludable, un pavor respetuoso? Si llamado el reo á la presencia de un juez tan miserable como 6l, tiembla, se estremece, procura recoger toda su consideracion, y pone todo su estudio en hallar medio de moverle á compasion; el hombre, que por mas justo que sea nunca seré mas que un abismo de inmundicias comparado con su Dios, se podré presentar ante el s6lio de su magestad sin estremecerse? tendré libertad para pensar en otra cosa que en la grandeza, en la justicia, en la bondad y demas infinitas perfecciones del Se6or? seré tan osado que venga á insultarle de nuevo y en su misma casa?

Al acercarse Mois6s á la zarza misteriosa, una voz irresistible le acobarda en t6rminos que ni aun se atreve á levantar los ojos para mirar á quien le habla. Deténte, así oyó decirle; deténte, no te aproximes á este lugar; desata primero la correa de tu calzado, porque el parage en que te hallas esté santificado; y en 6l reside, aunque oculto entre densas nubes, el Dios de Abrahá, de Isaac y de Jacob. El pueblo todo de Israel, at6nito y pasmado al oír que el Se6or va á promulgarle su ley, ni aun se atreve á subir al monte en que ha de verificarse esta escena magestuosa; y da el encargo á Mois6s de que la reciba de Dios para que despues se la comunique 6l mismo. Los id6latras, cualesquiera que fuesen sus costumbres, luego que entraban en sus templos, testificaban hallarse delante de su Dios

por el recogimiento, por el respeto, por el silencio, por la devoción que manifestaban. Los paganos, dice San Justino, guardaban un profundo silencio en el templo, y jamás le rompían aun para los asuntos de mayor interés: luego que entraban en él se cubrían el rostro con un velo para no poder fijar la vista en objeto alguno que fuese capaz de distraerlos, ó de disminuir su atención á las oraciones que dirigian á sus ídolos.

Y qué! nos atreveremos á comparar la santidad y la gloria de aquellos templos con la de los nuestros? no creo que llegue á tal punto la locura de algun cristiano. No obstante, si se compara la conducta que por lo comun observamos en nuestros templos con la que observan ellos en los suyos; podremos persuadir con esta diferencia que nosotros estamos en la presencia del verdadero Dios, y que ellos no tienen delante sino un ídolo infame, sin poder, sin sabiduría, sin razon y sin sentido?

Ay, Señor Ilustrísimo! no tendré yo la osadía de decir, ni aun de sospechar que alguno de nosotros llegue á profanar en tiempo alguno con unas abominaciones positivamente sacrílegas la santidad de los lugares consagrados al Señor; mas, quien vea el aire distraido é indevoto que observamos por lo regular; el que oiga las continuas conversaciones que nada tienen de sagrado; el que presencie los cuidados que nos ocupan fuera y acaso durante los oficios divinos; qué idea formará de la magestad y grandeza del Dios á quien adoramos? No tratemos de dejarnos alucinar por la pasión: seamos jueces imparciales en nuestra misma causa: nos atreveríamos á permanecer en la casa y presencia de un monarca, de un prelado, de un grande, del mismo modo que estamos en la casa del Señor?

No se me diga que los hombres, no pudiendo penetrar el interior, necesitan que les manifestemos esteriormente nuestro respeto: bien sé que llegó ya el tiempo en que los verdaderos adoradores solo agradan al Señor tributándole un culto espiritual como lo es él mismo. Esto es indudable; mas, reprobaremos por eso el celo con que en todo el cristianismo se esmeran los fieles

en la magnificencia, en el adorno de los templos? No declamamos justa y constantemente contra las determinaciones de los que se han empeñado en despojar á nuestros templos de sus alhajas y vasos sagrados cuando con razon les decimos que para nada necesita el Señor de la plata, del oro y los diamantes; pero que empleándolo nosotros en su culto, testificamos de un modo bien expresivo que es el soberano árbitro de todo el universo; que á sola su bondad somos deudores de todos los bienes; que todo lo esperamos de sola su mano; y que es el único verdadero Dios? Y qué! no somos deudores á este Señor omnipotente de nuestra existencia como de nuestras riquezas? Esta misma consideracion deja sin excusa alguna la falta de reverencia con que estamos en la casa del Señor. Muy poca necesidad tendríamos de adornar los templos con tan costosos y magníficos muebles para fomentar en el corazon de los hombres los sentimientos de la religion verdadera, si nosotros asistiéramos á ellos con la compostura, con el silencio, con la humildad, con el recogimiento, con el respeto y devocion propios de una alma cristiana que se halla en la presencia de su Dios. Por el contrario, la inmodestia, la disipacion, las conversaciones mundanas, la falta de moderacion y de compostura, son un argumento práctico, y de una fuerza casi irresistible, contra la verdad de nuestra fé. Qué idea podremos dar al pueblo cristiano del Dios á quien adoramos, si en su misma casa le hacemos un desprecio, un insulto, que se nos harian insufribles en nuestros criados respecto á nosotros mismos? Qué idea daremos de él, sino la de un Dios de metal, de madera ó de barro, que ni ve, ni conoce, ni premia, ni castiga nuestras obras?

Ay de mí! yo creo dirigirse á nosotros el salvador cuando, lleno de una santa indignacion, levanta el azote contra los profanadores del templo de Jerusalem, y les dice: mi casa es casa de oracion; y vosotros la transformais en cueva de ladrones. En cueva de ladrones, dicen unánimes los espositores sagrados; porque arrebatan del corazon de los hombres la idea verdadera de su Dios; porque, haciendo despreciable la divinidad, roban á la re-

ligion sus hijos, á Dios sus adoradores, á la virtud sus partidarios, y á las almas su salvacion. Tengamos siempre á la vista esta conducta de Jesucristo: reflexionemos que si este Señor humildísimo despliega tal rigor con los que solo en el átrio del templo se ocupan en ejercicios de suyo indiferentes, y aun necesarios, si se quiere, para el culto, no le desplegará menor contra los que en el interior del santuario, al pie mismo de los altares, y acaso en el tiempo del mas adorable sacrificio, no solo tienen distraida su imaginacion, sino que manifiestan un exterior indovoto, y tal vez se ocupan en ejercicios ajenos, sino son positivamente contrarios á la religion que profesan. No olvidemos, por último, que asi como amenaza el Señor por el Apóstol (1. Cor. c. 3) á los que violarea su templo; asi nos asegura por Isaías (c. 56.) que le son muy agradables los holocaustos y las victimas que le ofrecemos en su altar; porque su casa se llamará casa de oracion en todas las naciones del universo.





## PLATICA PRIMERA (1)

### PARA UN INGRESO RELIGIOSO.

#### DEBERES ESPECIALES QUE IMPONE EL ESTADO MONACAL Á LOS QUE LE PROFESAN.

*Obsecro itaque vos ego vincitus in Domino, ut digne ambuletis vocatione qua vocati estis.*

Y así os ruego yo el prisionero en el Señor, que andeis como conviene á la vocacion, con que habeis sido llamados.

*Ephes. c. 4. v. 1.*

Si hay algun motivo justo para congratularse los hombres y dar á sus hermanos un sincero parabien por su colocacion, este es seguramente, Señora, la aúgusta y misteriosa ceremonia que acabamos de presenciar. Alégrese en buenhora los imprudentes amadores del siglo cuando ven crecer y neciamente piensan asegurar una sombra de bienes que, como en un sueño lisongero, los envuelve por un momento, y en realidad los conduce á una

(1) Pronunciada en esta Ciudad.



completa y eterna desgracia; el cristiano debe solo alegrarse cuando ve que se le proporcionan los medios infalibles de asegurar los bienes sólidos que nos promete la religion divina. Y qué medio mas eficaz al efecto que la vida religiosa? Mil y mil veces feliz el alma que, inspirada del Señor, tiene la fortaleza necesaria para romper las cadenas con que sus pasiones pretendian esclavizarla bajo el yugo de un mundo seductor en que tantos y tan astutos enemigos conspiraban de comun acuerdo para perderla.

Bendiga V. eternamente las misericordias del Señor, que por caminos extraordinarios la conduce á este puerto venturoso de salud, librándola de los frecuentes escollos que los demas hallamos á cada paso en el tempestuoso mar del siglo en que nos vemos precisados á navegar, amenazados siempre del inminente riesgo de un funesto naufragio. No me es posible numerar y mucho menos hacer manifiestas las felicidades de que debe V. participar ya desde este dia. Las delicias suavísimas del espíritu sucederán á los placeres siempre amargos del sentido: la paz envidiable del alma ocupará el lugar del tumulto, de la turbacion, de la guerra desastrosa que se experimenta sin cesar en el siglo: las inteligencias celestiales reemplazarán la compañía de las criaturas que como terrenas pretenden siempre tenernos sepultados entre la tierra: y lo que es mas, un Dios inmenso llenará el vacío que en el corazon de V. pueda causar la privacion de cuanto deja en el siglo. Dios es el padre, el hermano, el amigo, el esposo, el tesoro, la gloria de los que por solo su amor renuncian generosamente á todas estas cosas en la tierra.

Qué esperanza mas consoladora; qué felicidad mas completa pudiera V. prometerse, ni yo anunciarla, para celebrar este dia que siempre deberá mirar como el venturoso de su nacimiento para Dios y para el cielo? Pero, hija mia, seria yo demasiado criminal en la presencia del Señor, si hablando como ministro suyo, y á su nombre, tratára solo de lisongear á V. presentando á su vista lo suave y delicioso del término, y ocultando lo áspero

y escabroso de la carrera. Esta felicidad que V. con fundamento se promete viene á ser como una rosa bella y de mucha fragancia, pero cercada de agudas espinas que ni aun permiten tocarla sin herir y ensangrentar la mano. Es tan delicada que un pequeño vapor la marchita, enteramente la destruye. Y qué desgracia no sería para el alma en quien el Señor habia depositado tan preciosa joya, si la dejase perecer por falta de vigilancia? Cuanto fuera mas elevada la cumbre de la gloria en que Dios la habia colocado, tanto mas dolorosa y funesta habia de ser la caida. Por esta razon no estrañará V. que, en fuerza del interés que no puedo menos de tomarme desde ahora por su salvacion, la dirija las palabras con que el Apóstol procuraba exhortar á la perseverancia á los de Efeso convertidos por su celo á la religion santa. Yo os ruego encarecidamente, les decia, que vuestra conducta sea en todo conforme á la dignidad excelsa de hijos de Dios para que el mismo Dios se ha dignado llamaros.

El corresponder con una pronta docilidad á la vocacion divina es una de las señales menos equívocas de la predestinacion para la gloria; asi como, por el contrario, el cerrar los oidos á las voces con que Dios nos llama es un indicio claro de una funesta reprobacion. Que es Dios quien ha llamado á V. á la vida religiosa no debemos dudarlo; y vemos con mucha satisfaccion la prontitud con que á semejanza de los apóstoles se ha prestado á seguir ciegamente los impulsos de la gracia.

Dios ha llamado á V. á la vida religiosa. Y en qué consiste la vida religiosa? esta, hija mia, es el objeto que debe fijar por ahora toda nuestra atencion. La vida religiosa no consiste en la diferencia del vestido, en el encierro de los claustros, en la observancia exterior de las leyes ó constituciones particulares de cada comunidad; consiste, sí, en obligarse á cumplir, y en cumplir por obligacion los consejos del evangelio. Ardua empresarial los meros preceptos nos parecen insoportables á nuestra debilidad; qué fortaleza no será necesaria para colocar sobre nuestros hombros el peso de los consejos? San Juan Crisóstomo quiere que el

religioso sea no solo igual, sino superior á los mismos ángeles en la pureza; y esta es en mi concepto la obligacion, cuyo cumplimiento presenta menos dificultades. Qué diremos del desprendimiento de las cosas terrenas? el dinero, las posesiones, los regalos, las comodidades, la patria, los amigos, la casa, los hermanos, los padres, todo se acabó para el religioso desde el momento en que empieza á serlo: las puertas del monasterio son como la losa del sepúlcro que pone un muro impenetrable de separacion entre el religioso y el mundo. Doloroso es, á la verdad, este sacrificio, pero aun es mayor la abnegacion absoluta de sí mismo. El principio de la vida monástica debe ser el término y la muerte de la propia voluntad. No digo bien cuando la llamo muerte de la voluntad propia; vive esta en el monge, pero vive solo para ejercicio de su virtud; para tenerle empeñado en una guerra cruel é interminable; para obligarle á reprimir, á violentar siempre sus deseos. Guerra cruel! aun la mortificacion mas austera, la misericordia mas heroica, la humildad mas profunda, si se hacen por eleccion propia, podrán ser, y serán muchas veces un crimen en la persona religiosa que por su profesion se obligó á dirigirse siempre y en un todo por la voluntad ajena.

Esta, Señora, es la vida para que Dios ha llamado á V., y á la que V. da principio en este dia; y esta, repito con las palabras del Apóstol, es la regla á que en lo sucesivo debe conformar su conducta. Supongo estará bien persuadida de que el cláustro es un asilo demasiado fuerte contra los enemigos que pudieran conducirla á la violacion de estos sagrados deberes; que en él no tienen entrada los escándalos; que son rarísimos los peligros; y que, en lugar de las tentaciones que la acometerian por todas partes en el siglo, se ofrecerán aquí á su vista continuados ejemplos de virtud con que la edificarán sus hermanas; sin embargo, el mortal lleva consigo á todas partes su soberbia; y esta es el origen de todas nuestras miserias, y la causa primordial de todas nuestras caidas en la culpa. Este enemigo es tan sagaz y poderoso que por mil rodeos se insinúa como la vívora, é introdu-

ce su veneno aun en la práctica de las mas sólidas virtudes. Por esta razon el Apóstol recomienda en primer lugar á los efesios el cuidado de la humildad y mansedumbre. Estas mismas virtudes nos recomienda repetidas veces el salvador, dándonosos á sí mismo por modelo. Estas virtudes indispensables á todo cristiano son, por decirlo así, el alma de la vida religiosa: estas las que con mayor esfuerzo han procurado inspirar á sus hijos todos los fundadores de las religiones; quienes para que la soberbia no pudiera levantar la cabeza, acordaron unánimes que los religiosos tengan siempre á la vista, y estén continuamente palpando un objeto que no pueda menos de humillarlos; este es el vestido que los distingue de los seculares.

Desde el momento en que una persona se consagra á la religion, mira ya su cuerpo como un cadáver, que lleva cubierto con la mortaja con que ha de bajar al sepúltero. Este mudo predicador le dice incesantemente y con la mas enérgica elocuencia: "hé aquí el fruto de la soberbia." Por mas que cierre los oídos para no escuchar esta leccion tan interesante; y aunque por una monstruosidad intolerable forme empeño de conciliar la molice con la mortificacion, el vano deseo de agradar á los hombres con el desprecio que ha jurado al mundo, y el lujo mundano con la pobreza evangélica, el orador mudo no calla. "Eras inmortal como los ángeles, le dice, y por tu soberbia te has degradado hasta igualarte con las bestias: morirás como ellas: tu paradero será el sepúltero, y el hábito que vistes ha de cubrirte hasta que la tierra y los insectos acaben á un tiempo con él y con tu cuerpo. Morirás en pena de tu orgullo; la muerte se acerca: ya está próxima: y tú la esperas dispuesto con la mortaja."

Aqui sin duda está escrito el aviso importante que San Bernardo desea que tengan siempre á la vista sus monges, y que les diga sin cesar: "á qué has venido al monasterio?" El hábito que les figura ya difuntos les dice que han venido á morir para siempre al mundo, á sus bienes, á sus deseos, á sus glorias, á sus placeres, á sus regalos, á sus obras. Nada, na la absoluta-

mente debe quedar del hombre viejo, dice el Apóstol en el mismo lugar, en aquellos que llamados del Señor se renuevan y consagran enteramente á su santo servicio. La memoria, ó por mejor decir, la presencia de la muerte que el hábito les pone á la vista, es un estímulo eficacísimo para que con la práctica de una sólida virtud eviten los funestos resultados de una muerte desgraciada. Hé aqui porque San Gerónimo llama vestido de santidad al hábito monacal, asegurando que le deshonor la conducta de los que vestidos de monges conservan los afectos, y acaso los vicios del siglo.

*Obsecro vos*, concluyo con el mismo Apóstol: yo ruego á V. encarecidamente y por las entrañas de Jesucristo, que, no contenta con habitar la casa y vestir el hábito, observe la vida de una verdadera religiosa: que en la mutacion de trage vea siempre la obligacion que contrae de mudar de costumbres y de afectos: que, despedida del mundo, este debe ser como si ya no fuera para V.: que para V. ya no hay tierra; y que su vida debe ser semejante á la que viven los moradores del cielo: que debe abandonar del todo el cuidado y el regalo de su cuerpo, y atender solo á la santidad de su alma: que ni puede ni debe conversar sino con los ángeles y con el mismo Dios: y finalmente (lo que debe animarla para no desistir de su santo propósito) que desde hoy toma ya para siempre á Dios por padre, por hermano, por amigo, por esposo; de suerte que conservándole fidelidad, la acompañará en todos los momentos de su vida, hasta conducirla á su gloria y colocarla en el coro de las vírgenes. Amen.

---



# PLATICA SEGUNDA (1)

## PARA UN INGRESO RELIGIOSO.



### APOLOGÍA DEL ESTADO MONACAL.



*Mortui enim estis, et vita vestra est abscondita cum Christo in Deo.*

Porque estais ya muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.

*Colos. 3. v. 3.*

Como perplejo me hallo, mi amada hija en Jesucristo, para resolver si debo dar á V. el parabien por la dicha, ó tratar de consolarla y entrar á la parte que la causa la desgracia que para V. tiene principio en este dia. Por lo común veo retratado al vivo el dolor en el semblante, y humedecidas con lágrimas las mejillas de cuantos se interesan en el bien estar de las vírgenes que se consagran á Dios; y no lo estraño, pues es muy patética la escena que acabamos de presenciar. Qué tristes ideas no debe causar en todos la repentina transformacion exterior de que somos tes-

(1) Pronunciada en esta ciudad.



tígos! Alejar de sí con tanta resolución los adornos, las joyas y galas que tanto aprecia el mundo, y conmutarlos en....

Disimulad, Señores, que lo diga aunque hayan de costaros nuevas lágrimas mis expresiones. Conmutarlos en la triste mortaja con que esa misma virgen debe bajar al sepúlcro! Melancólica y funesta consideracion! Qué! en lo mas florido de su juventud; en los mas alegres y apreciables de sus dias; cuando debiera fundar las esperanzas mas lisonjeras, ha podido la muerte inexorable cortar de un solo golpe...? Sí, Señores: la jóven que hace un momento visteis brillar con todos los primores de la naturaleza y del arte, y caminar llena de fortaleza y de espíritu, dirijia sus pasos al sepúlcro; y es la misma que veis colocada en brazos de la muerte, y cubierta con el tosco vestido con que su cuerpo ha de ser depositado en el atahud.

Mas no debemos abandonarnos por esto al sentimiento: lejos de ser esta noticia funesta, es sumamente satisfactoria. Ella debe fomentar nuestro júbilo: y en ella sola me fundaré para darla y darme en cierto modo á mí mismo el parabien por haber llegado al destino verdaderamente feliz para que la tenia reservada la providencia. Ha muerto á un mundo de vanidades y engaños, de tentaciones y peligros, de miserias y pecados; y adquiere una vida de verdad y de sosiego, de seguridad y de virtud, de satisfacciones y de gloria. Ha desaparecido su existencia á los ojos de un mundo ciego é incapaz de percibir otra cosa que sombras y mentiras; pero disfruta realmente de una existencia feliz y gloriosa aunque oculta en el seno amoroso del Señor; de una vida celestial y divina que es la misma con que vive el unigénito de Dios. Me valgo de las palabras que empleó el apóstol San Pablo para felicitar á los habitantes de Colosas por la venturosa transformacion que habia obrado en sus almas su tránsito de la infidelidad á la verdadera fé; *mortui estis, sed vita vestra abscondita est cum Christo in Deo.*

Sí, cristianos: el honor, las delicias, la felicidad y la gloria de la vida religiosa, son un misterio escondido para los impru-

dentes é insensatos amadores del siglo. Por eso manifiestan un empeño tan decidido por desacreditarla y fomentar su desprecio y aversion. Al efecto propalan en todas partes con una jactancia, que aparenta nacer de la mas evidente demostracion, que estos asilos los mas seguros de la inocencia en cuyo recinto se reune lo mas escogido, la porcion mas noble, la mas pura, la mas preciosa de la iglesia militante; que los claustros, digo, y en especial los de religiosas, no son mas que unos horribles calabozos destinados para morada de la desesperacion y de la violencia; y en donde con amargas é inconsolables lágrimas se llora por toda la vida la debilidad é imprudencia de un momento.

Hé aquí el pretexto de que se valió su compasion filantrópica para franquear en nuestros aciagos dias las puertas por donde tantas infelices esclavas saliesen á recobrar su libertad y sus derechos primitivos. Se franquearon, sí; porque la sábia providencia quiso confundir por este medio á la impiedad, y vindicar el honor de sus hijas predilectas, de las mas amadas esposas del cordero. Las puertas se franquearon; pero se oprimió el corazon de tantas esclarecidas vírgenes penetradas de horror y de consternacion al ver el peligro que las amenazaba, no ya de abusar de tan escandalosa licencia, sino de ser arrancadas violentamente del santo retiro que las servia de un escudo impenetrable á los tiros de la seduccion y del escándalo; del santo retiro en que se cifraban en este mundo todos sus deseos, y en que tenian todas sus delicias.

Los incesantes suspiros, los tiernos ayes con que unas almas enteramente vuestras os pidieron que cerrara la muerte sus ojos antes que la impiedad consiguiera un triunfo tan indecoroso para la religion como perjudicial para sus alumnos, inclinaron, Dios mio, vuestra piedad. Cesó el peligro, se restableció el órden; y á pesar del estado de indigencia a que redugeron las circunstancias á los monasterios, de todas partes corren á millares víctimas inocentes ansiosas por ofrecer el sacrificio de sí mismas en las aras de la religion. Acaso nunca se manifestaron deseos mas

comunes, mas eficaces, mas sinceros. No parece sino que la providencia formó el desigño de desmentir la calumnia, y hacer la apología de la vida en que se profesa la perfeccion del evangelio. Sus enemigos entonces se vieron precisados á variar el plan de sus ataques; y en lugar del horroroso cuadro de la esclavitud, de la desesperacion y violencia en que presentaban antes la vida religiosa, ofrecieron al incauto vulgo la pintura de la desidia, del egoismo, de la molicie. En sus lenguas no son los claustros otra cosa que la morada del ocio indolente, del regalo y la opulencia, de la comodidad y del egoismo: un lugar en que todo se disfruta sin trabajo alguno, y en donde al abrigo de una austeridad hipócrita, se cometen impunemente los delitos mas vergonzosos.

Atroz calumnia! si los que la profieren esperimentáran por algun tiempo aquella soledad eterna, aquella necesidad indispensable de asociarse siempre á unas mismas personas aunque sean de caracter y afectos encontrados; aquel silencio que apenas se interrumpe sino para entonar los cánticos de alabanzas al cordero celestial; aquella oracion incesante, segun el precepto del Apóstol; aquella frugalidad con que de un escaso alimento, del que esten siempre desterrados el regalo y la delicadeza, se ven precisadas en cierto modo á cercenar una buena parte para socorrer á otros que padecen mayores necesidades; si á pesar de su robustez y fortaleza, esperimentáran el estímulo del cilicio y el dolor de la disciplina, que atormentan, desangran, debilitan el cuerpo de unas personas naturalmente delicadas y tímidas por su séxo y complexion, y tal vez acaban con su vida; si se vieran privados de cuanto puede lisongear á los sentidos; precisados á desempeñar en público los oficios mas bajos, y en los que mas tiene que sufrir el orgullo del hombre; si vieran y pasaran por todo esto, qué diferentes serían sus ideas!

Sin embargo, Señora, este es un debilísimo bosquejo de la vida á que V. se consagra: una vida pobre, laboriosa, humilde, austera y continuamente mortificada: una vida en que de todo

se carece, y en que el solo deseo es un delito acreedor al castigo: una vida en que se desconocen las diversiones del siglo, y en que se hace una cruel y continuada guerra á todos los deleites del cuerpo: una vida para la que es necesario morir de veras al mundo, y romper todo comercio con el siglo. Ni la naturaleza, ni la amistad, ni la sangre, nada debe interrumpir la comunicacion íntima y continua con el esposo divino á quien se constituye dueño absoluto y único del corazon, de todas las potencias y de todos los momentos: una vida que exige irremisiblemente la absoluta renuncia de todos los intereses, placeres, honores y comodidades: una vida, en fin, en que es preciso desprenderse de la mayor prerrogativa que se recibe de la naturaleza; del dominio de sí mismo, del derecho de disponer de su propia libertad. Duro sacrificio por cierto! la religiosa no puede poner en ejercicio su libertad sino para obedecer con mérito. Quién es capaz de comprender, y qué espíritu no se necesita para cumplir una obligacion de esta naturaleza? La iglesia santa á ninguno permite contraerla sin pasar al menos en el discurso de un año por las pruebas que le hagan palpar si tiene el espíritu y la fortaleza necesarios para desempeñarla, para evitar por esto que por falta de prevision tome sobre sí un yugo insoportable, y un lazo cruel con que méjor le aprisione Satanás. Esta es, repito, la vida que V. abraza; y que con mas propiedad debiera llamarse una cruel y prolongada muerte: *mortui enim estis*.

No obstante, esta es la felicidad de que con indecible júbilo de mi alma doy á V. el mas cumplido parabien. *Sed vita vestra abscondita est cum Christo in Deo*: aquello es lo que se permite ver á los miseros y ciegos mortales; mas, qué perspectiva tan distinta, tan satisfactoria, tan deliciosa no se presenta á la vista de Dios y de sus ángeles? Si me fuera dado delinearlo aunque confusamente; si el Señor se dignara descorrer el misterioso velo que nos oculta la dulce paz, la alegría pura, la encantadora satisfaccion de una alma que sacrifica cuanto tiene, cuanto espera, cuanto desea en las aras del amor divino; y que pareciéndola

poco todo esto se sacrifica á sí misma..... Pero me dilato demasiado, y no debo ser mas molesto.

Concluyo. Las obligaciones que V. se impone en este dia no son fáciles de cumplir atendida la propia miseria; pero son facilísimas y en gran manera deliciosas á quien se halle asistido de la gracia del Señor. Tenga V. buen ánimo, hija mia: sinceramente humillada ponga sus esperanzas en Dios; no hay dificultad que por su amor no sea vencida. Ninguna de las hermanas á quienes V. se une quiso retroceder del camino que habia emprendido, por mas que á todas se facilitó y estimuló á que lo hiciesen. El mas cruel sacrificio para ellas hubiera sido verse precisadas á mudar de hábito y de vida, porque acostumbradas á la práctica de la virtud nada tenia ni podia tener para ellas el menor atractivo como advertiesen la mas leve esposicion de perder esta preciosa joya. Anímese V., repito, porque Dios no puede menos de llenar de consuelos en esta vida al alma que como V. tiene la fortaleza de abandonarlo todo por su amor, y de recompensarla en la otra con las delicias de una eternidad. Amen.





## PLATICA TERCERA (1)

### PARA UN INGRESO RELIGIOSO.



#### PARALELO ENTRE LA VIDA DEL JUSTO Y DEL PECADOR.



*Deponite et vos omnia: iram, indignationem, malitiam, blasphemiam, turpem sermonem..... induite vos sicut electi Dei, sancti..... humilitatem, modestiam, patientiam.*

Dejad vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia, palabra torpe..... como escogidos de Dios, revestios de humildad, de modestia, de paciencia.

*Colos. 3. vv. 8. et 12.*

Los mundanos, que ni conocen otra felicidad que la del tiempo, ni atienden á otros consejos que á los de su pasión, suponen incompatible con la prudencia y aun con la racionalidad la conducta de los que se consagran esclusivamente al servicio de Dios. No juzgan así los que miran la vida presente como el camino de la eternidad; y que, palpando el desórden de la naturaleza, sin poder descubrir en esta el remedio, le buscan con ansia en

(1) Pronunciada en esta Ciudad.



la fuente del verdadero bien, en el universal y poderoso recurso de la religion divina. En esta es en la que descubrimos los secretos que mas nos interesan. En ella aprendemos que todos estos bienes que tan ciegamente ama el mundo son una carga pesada que, si no destruye del todo, debilita al menos en gran manera las fuerzas; y de consiguiente, que cuanto mas libres nos veamos de ella, tanta mayor facilidad tendremos para subir al reino de la bienaventuranza. Todo cuanto pudiera poseer el hombre sobre la tierra, todo sin escepcion, dice la sabiduría de Dios, se debe renunciar y aun aborrecer para hacerse acreedor á la felicidad sólida que unicamente en el cielo puede gozarse.

Esto es precisamente, hija mia, lo que V. acaba de hacer: ha renunciado al mundo. Pero no importa; otro mundo incomparablemente mas perfecto, mas feliz va á reemplazar esta pérdida, si asi puede llamarse. El destierro se acaba, y se acerca la suspirada patria que la convida con todos sus bienes. Deja V. de ser peregrina en una tierra incapaz de producir otra cosa que abrojos y malezas, para asegurarse la posesion de un cielo en que todo es delicias y tesoros. Esto es lo que nos descubre la religion en la solemne ceremonia que acabamos de presenciar: y esto es lo que el apóstol S. Pablo declara en las palabras que dirige á los Colosenses, y lo que yo explicaré con alguna estension.

Desde que por la misericordia de Dios tuvimos la dicha de ser incorporados por el bautismo en la milicia de Jesucristo, nos declaramos con toda solemnidad enemigos del mundo y de sus glorias, de la tierra y de sus riquezas, de la carne y de sus placeres; y renunciamos á la posesion de todas estas cosas. La iglesia, cubriéndonos con la cándida vestidura de la inocencia, nos puso ya entonces á la vista nuestra dichosa trasformacion; sin embargo, esta religion que conoce nuestra debilidad, y desea prestarnos todos los auxilios que, atendida nuestra flaqueza, puedan sernos necesarios, nos permite el uso moderado de las mismas criaturas á que habiamos renunciado. Nos le permite, sí; pero nos aconseja su privacion absoluta si nuestras fuerzas auxiliadas

de la divina gracia pueden soportarla. Nos lo aconseja, porque sabe bien que este mundo es un enemigo irreconciliable de nuestro Dios; que la posesion de sus bienes por necesidad divide nuestro corazon y nuestro afecto entre el criador y las criaturas; y que solo desprendiendo completamente de estas nuestro corazon, y llevando siempre y con gusto sobre nuestros hombros la cruz del salvador, podemos coger en abundancia el fruto de la redencion.

Hé aqui, mi amada hija, la ocupacion, el objeto, y el fin del género de vida que V. abraza. Vida, no como falsamente la llama el mundo, descansada, llena de comodidades, enemiga del trabajo, y dedicada á una indolente ociosidad; sino una vida pobre, humilde, austera, laboriosa, mortificada: una vida en que todo sin excepcion ha de sacrificarse; la comodidad, la hacienda, la honra, y hasta el dón tan precioso como funesto de la libertad que todos recibimos con la naturaleza.

Siendo el abuso de la libertad el origen de todas nuestras desgracias, para recobrar perfectamente los derechos de que ella despojó al hombre, renuncia el religioso el dominio de sí mismo. No contento con estar dependiente de la voluntad de su Dios, se somete ciegamente á la voluntad de otros hombres; para lo que renuncia su libertad en términos que aun la mortificacion mas austera será en él un delito, si quiere tomarla contra la voluntad de sus preladados. El que se entrega á la vida religiosa, lejos de sacudir el yugo, toma sobre sí otro mas pesado, mas duro; yugo cuyo solo nombre acobarda, aterra á los miserables hijos del siglo que, inconsiguientes siempre, y en manifiesta contradiccion consigo mismos, despues de propalar que la tal vida es la mas regalada, la mas ociosa, la mas propia de un verdadero egoista, se figuran y tratan de persuadir á los demas que cuantos la profesan, pero en especial las religiosas, están todas miserablemente sumergidas en el abismo de una cruel desesperacion; fieramente atormentadas de continuas y violentas pasiones á que las es del todo imposible resistir; abrumadas con un peso incompar-

rablemente superior á la capacidad de la naturaleza. Miserable! lo que el vicio ha hecho ya necesidad en ellos es superfluo, despreciable y aun odioso al justo por la gracia.

Repito, Señora, que es difícil á la humana debilidad poner exactamente por obra los consejos evangélicos; pero no es imposible, no es insoportable. La verdad eterna nos asegura por su misma boca que esta carga es en gran manera ligera, y demasiadamente suave este yugo. Si la vida monástica es pobre, mortificada y hu milde, es tambien una vida llena de honor, de satisfacciones y de gloria. Los ángeles la admiran y colman de elogios: complacido el omnipotente allana las dificultades, dulcifica los trabajos, derrama sus bendiciones sobre el justo, y como que le pone de manifiesto la corona de gloria que tiene ya preparada para remunerar su virtud: y este venturoso mortal, arrebatado al paraíso de las delicias celestiales en las alas de una fundada esperanza, embriagado anticipadamente con la bienaventuranza que ve tan próxima, experimenta una suavidad, una dulzura inefable en todo aquello que se le prepara y acerca.

Examinemos ahora al loco mundano, cuando satisfecho ya de correr alegre por los floridos prados de los deleites, de las glorias y felicidades del siglo, se ve precisado á entrar dentro de sí mismo; es decir, cuando impedido de obrar como bruto empieza á contemplar y reflexionar como racional. En tal estado no hay verdugo mas cruel que su memoria; no hay un torcedor tan inhumano como su conciencia. En vano pretende huir de sus reconvenções; este juez severo, inexorable, á nada teme, nada le acobarda; los remordimientos atraviesan sin cesar su corazón. Cuán amargos son entonces para él los placeres! incapaz de llevar el miserable todo el peso de su vergüenza, de su ignominia, de sus temores, busca ya un degradante lenitivo, pretendiendo igualarse con el perro y con el jumento: suspira por morir como ellos: se vuelve contra su criador: niega la verdad de sus palabras: renuncia á todas sus promesas por echar de sí el temor de sus amenazas: llega furioso á desear que no haya Dios, y á proferir

que no le hay. Todo en vano; la idea de Dios y de sus juicios, el gusano inmortal de su conciencia le sigue á todas partes, le importuna, le atormenta, le martiriza: no le queda otro arbitrio que un sincero arrepentimiento, una detestacion verdadera, un deseo efficacísimo de deshacer lo hecho, si le fuera posible; y una resolucion firme de alejar de sí para siempre aquellos deleites, aquellos intereses y vanidades que han desterrado de su alma la paz, aquella bienaventurada paz que solo se halla donde reside la virtud.

Cuán al contrario sucede al justo! Figurémosnos una alma religiosa que fiel á su vocacion, y no contenta con los ejercicios á que la obliga su instituto, cercena el descanso á su cuerpo, y consagra á la oracion el tiempo que pudiera emplear en el sueño y en las diversiones; que no satisfecha con las mortificaciones que prescribe su regla, macera ocultamente su delicada carne con unas rigurosas penitencias cuyo solo nombre intimida, aterra á los mas robustos amadores del siglo; que teniendo por muy pequeñas las humillaciones que exige su estado, se ocupa en los mas viles ministerios; se gloria como el Apóstol en los desprecios, en las injurias y en todo género de abatimientos; que no vive sino para su amado, y que todo lo sacrifica por su amor: euando esta alma bienaventurada entra dentro de sí misma, fija sus ojos atentos en el espejo fiel de su conciencia, examina todas sus obras, y recuerda las espresivas y afectuosas palabras con que todo un Dios se la manifiesta complacido, agradecido, si se me permite decirlo, obligado y deseoso de remunerar sobre abundantemente tantas virtudes..... qué placer, qué satisfaccion, qué delicias, qué gloria puede compararse con las que aquella alma disfruta? Y el mundano, el pecador, qué idea podrán formar jamás de aquella encantadora embriaguez?

Ah! ilustres vírgenes; vosotras por dicha podreis manifestar lo que el corazon experimenta en tan felices circunstancias, pero la lengua no es capaz de describir una dicha tan inefable. Yo solo aseguraré que en llegando una alma á tan feliz estado toda

la diligencia y esmero de un prudente director apenas puede cortar ni moderar el rigor de sus austeridades: todo cuanto hace comparado con lo que debe hacer se la figura demasíadamente poco; y á no tirarla de la rienda parecería víctima de su virtud. Tal es la satisfaccion, tanta la delicia, tan sólido el placer que la causa su ejercicio. Eh! no puede dudarse: las privaciones anejas á la vida religiosa son incomparablemente mas dulces al justo que todas cuantas satisfacciones pueda prometer el mundo al pecador. Añadamos á esto el mérito que contrae, y el galardón que se asegura para la eternidad en la presencia del Señor....

Pero dónde voy á parar? Bendigamos, hija mia, bendigamos reconocidos al Señor por el inapreciable beneficio que ha dispensado á V. en este dia verdaderamente feliz. No hay que desmayar, mi querida hija; el Señor perfeccionará sin duda alguna la obra que ha comenzado. *Deponite omnia*: deje V. con alegría la miseria, la ignominia, el inmenso vacío, los peligros, los escollos y precipicios de este abismo de apariencias, engaños, trabajos y lágrimas; *et induite vos sicut electi Dei, sancti... humilitatem, modestiam, patientiam*; y entréguese V. con satisfaccion á los ejercicios de humildad, modestia y paciencia que la asegurarán por una duracion interminable la alegría, la paz, el sosiego, la felicidad verdadera. Amen.





# PLATICA

## DE LA PENITENCIA.

### DELICIAS DE LA PENITENCIA.

*Quasi morientes, et ecce vivimus..... quasi tristes, semper autem gaudentes.*

Como muriendo, y hé aqui que vivimos..... como tristes, mas siempre alegres.

2. Corint c. 6. vv. 9 et 10.

**P**or muy poco favor que os haga, amados míos, no puedo menos de persuadirme á que vuestros sentimientos son en un todo conformes á los que, tomando por guía al apóstol San Pablo, procuré manifestaros en la noche anterior. No podeis dudar, puesto que es una verdad de fé, que sin la penitencia ningun pecador puede salvarse; que la salvacion es el bien mas interesante para el hombre; que siendo la vida un beneficio que depende solo de la libre voluntad de Dios, y espuesto á continuados peligros, es una imprudencia el arriesgarse dejando pasar el único tiempo con



que podemos contar que es el presente, y dejar el mas importante de los negocios para un tiempo que ni merecemos, ni podemos esperar confiados. Diré mas: no creo que haya uno solo entre vosotros que, al oír hablar de este asunto, no se sienta interiormente movido, aficionado y casi resuelto á emprender con sinceridad el áspero camino de la penitencia. Sin embargo, hermanos míos (lo digo con dolor de mi corazón), son raros los que de veras la emprenden. Cuando somos exhortados á ella, nos presenta un aspecto demasiado agradable; pero en tratando de practicarla se nos figura tan espantosa que sola su idea nos aterra. Esta funesta preocupacion pretendo desvanecer esta noche siguiendo al mismo Apóstol en los preciosos documentos que dió á los fieles de Corinto.

Por mas áspera, por mas cruel é inhumana que se quiera suponer á la penitencia, nunca podrá escusarse el pecador que deja de hacerla. Cruel es muchas veces la cirujia, y no por eso deja el enfermo de sujetarse á sus preceptos. Si solo el ver los preparativos para hacer la amputacion de un dedo, de una pierna, y de otros miembros aun mas delicados, atemoriza, llena de horror, aterra aun á los meros espectadores; cuánto mas aterrará al paciente? No obstante, si los facultativos convienen en que es irremediable la muerte no haciéndose la amputacion, se sufre el dolor, y se pierde uno de los miembros por salvar la vida de todo el cuerpo. Y qué! Señores, para hacer una condigna penitencia es necesario que la sierra atraviese las piernas ó los brazos; que el cuchillo separe con inhumanidad un miembro delicadísimo de todo el cuerpo; que espongamus la misma vida? Y aunque así fuera; no es mas apreciable la vida del alma que la del cuerpo; la existencia de la eternidad que la del momento: la bienaventuranza del cielo que la miseria del mundo? Y hay un solo ministro del evangelio que enseñe al pecador otro medio que el de la penitencia para conseguir su salvacion? no á la verdad: es del todo inexcusable la imprudencia del pecador que continúa en el desórden. Se me dirá que la cirujia misma sabe preparar al en-

fermo, adormeciéndole, embotando sus sentidos para que no perciba toda la intensidad del dolor. Convengo en ello; pero en esta réplica se descubre todo el fundamento de mi exhortacion.

Qué lenitivo son capaces de ofrecer el arte y la naturaleza que pueda compararse nunca con el que ofrece la religion á los penitentes? La vista de un Dios enfurecido y armado ya de la espada de su indignacion, que depone su enojo, apaga el fuego de sus iras; mira ya placentero y risueño al pecador; abre amoroso su seno para estrecharle en él; suelta la espada vengadora de su mano y derrama gracias, favores y bendiciones; la vista de un Dios que cierra fuertemente las puertas del abismo que estaban abiertas para devorar al pecador, y dilata la entrada del cielo para recibir al penitente; la vista de un Dios todopoderoso que se declara su protector, su amigo y su padre; que descendiendole amoroso á fijar en su alma la residencia como en un templo de su magestad y trono de su gloria, cuando para el pecador es un juez severo, un enemigo indignado, un Dios terrible que le arroja lejos de sí sin dignarse siquiera dirigir hácia él su vista consoladora; la vista de un Dios que con una preciosa corona de gloria en la mano se descubre al penitente, le llama, le anima, y presentándole una prodigiosa multitud de almas binaventuradas; he aqui, le dice, el término feliz de la penitencia; este dura para siempre, y la penitencia pasa en un instante: he aqui la corona y la silla con que mi justicia remunera seguramente tu constancia; la vista de este Dios bueno y amoroso, qué tiene de comun con los placeres inmundos y groseros del pecador? Este ni ve, ni puede ver otra cosa que un Dios armado de persecuciones, de rayos, de muerte; y que presentándole con una terrible violencia en medio de sus placeres las voraces llamas del infierno, mira, le dice, la suerte que te espera, que está proxima, que va á caer sobre tí; y lleno de indignacion levanta el brazo para impelerle, para precipitarle en aquella horrible sima de todas las desgracias.

La vista de este Dios que en las austeridades de la penitencia presenta la fé á los hombres en una disposicion tan favorable,

en una actitud tan amorosa, no diré ya que es un lenitivo para los dolores; diré sí, que es un objeto de consuelo, de satisfacción, de júbilo, que absorbe todas las potencias y sentidos; que no deja lugar á los padecimientos; que derrama la mas apreciable dulzura sobre todas las heces del cáliz de la vida, una suavidad inefable sobre todos los rigores y austeridades, una especie de regocijo bienaventurado en medio de los mas crueles tormentos. Por qué se alegraba tanto el Apóstol en las tribulaciones que sufría, como el mismo nos asegura? Quién producía la dulce serenidad que llenaba de admiración y sorpresa á los tiranos; aquella envidiable serenidad con que confundían á los verdugos tanta multitud de mártires, tantas doncellas delicadas, tantos ancianos debilitados en extremo, y hasta los niños en la mas tierna edad, y todo esto al mismo tiempo que les hacían sufrir unos atroces tormentos que horrorizaban á los mismos ejecutores? Por qué el mismo Apóstol, exhortando á la penitencia, decía á los cristianos que debían estar muriendo siempre y siempre gozando una vida feliz: *quasi morientes, et ecce vivimus*: recibiendo siempre fuertes golpes, castigos, aflicciones, tormentos, y sin experimentar en ellos ningun género de mortificación: *castigati et non mortificati*: oprimidos al parecer de una tristeza insoportable, y gozando en la realidad una alegría deliciosa: *quasi tristes, semper autem gaudentes*? Por qué? Ah! preguntadlo á tantos austeros anacoretas: preguntadlo á los Gerónimos, á los Franciscos de Asís, á los Pedros de Alcántara: preguntadlo á tantas almas penitentes como acaso existen entre nosotros mismos, y que son tal vez el objeto del desprecio, de la execración de los miserables egoistas que, teniendo mayor necesidad, y estando robustos para padecer por el mundo, por sus placeres, por sus intereses, se asustan al oír el nombre de ayuno; se asombran á vista del cilicio; quedan aterrados al pensar en la disciplina. Preguntadles, y todos y cada uno os responderán con el mismo Apóstol: *quia non sunt condignæ passionis hujus temporis ad futuram gloriam*. La esperanza, la seguridad de adquirirse una gloria tanto mayor cuanto sea mas rigurosa su mor-

tificacion; la esperanza segura de una gloria inmortal, de una vida bienaventurada; la seguridad de gozar eternamente la felicidad del mismo Dios, los embriaga; los hace como insensibles al dolor: no les deja libertad para gustar, ni aun para conocer otras delicias que las que perciben en la mortificacion. Maceran su carne como el Apóstol; la desangran, la despedazan; y entonces es cuando rebosan de placer y de júbilo. No habiendo para ellos otro objeto mas digno, ni otro motivo de gloria que la cruz, no conocen otro tormento que el de verse privados de sus austeridades ó contenidos en sus rigores. Esta es la única circunstancia en que halla dificultades el director; pues en todo lo demas se prestan con alegre docilidad á sus mandatos. Humillaciones, desprendimiento de todo lo terreno, limosnas considerables, austeridades, á todo estan prontos, pero se resisten fuertemente, ó se desconsuelan por lo menos cuando se les ordena mitigar el rigor, ó suspender por algun tiempo la mortificacion.

Ah, hermanos mios! son de otra naturaleza que nosotros los que de este modo se conducen? no sienten las mismas inclinaciones; no les aquejan las mismas necesidades; no se aman á sí mismos como nosotros? Serian tan insensatos que por sus propias manos descargaran sobre su cuerpo golpes tan repetidos, tan crueles si no estuvieran íntima y eficazmente persuadidos de que en cambio les espera un cúmulo de dulzuras que conciben de algun modo allá en su interior, pero que jamás podran explicar, y menos á los que no hayan probado la mortificacion?

Ya veis, pues, que no es tan cruel é insoportable la penitencia como nuestra delicadeza se lo figura: es mas deliciosa que los mas halagüeños placeres del miserable pecador. Asi estos como aquella duran un instante, en cuyo concepto son iguales; mas pasado este, el pecador es fieramente atormentado con la memoria de sus gustos; y el penitente lleno de una dulce satisfaccion con el recuerdo de su penitencia. Y siendo esta tan interesante y necesaria, decidámonos por ella; padezcamos un momento y nos regocijaremos por toda una eternidad. Amen.



## PLATICA (1)

### SOBRE LA RESIGNACION CRISTIANA.

#### FUNDAMENTO Y TÉRMINO DE LA RESIGNACION.

*Patientia enim vobis necessaria est: ut voluntatem Dei facientes, reportetis promissionem.*

Porque os es necesaria la paciencia, para que haciendo la voluntad de Dios alcanzeis la promesa.

*Hebreor. 10. v. 36.*

**A**madós hermanos míos, qué amable, qué consoladora, qué satisfactoria no es para todos nosotros la divina religion que profesamos! esta religion santa que por el asombroso nacimiento del unigénito de Dios nos eleva, nos engrandece, nos hace participantes de la naturaleza divina, y herederos del reino de Dios! Esta dulce esperanza hace al hombre superior á los enemigos que le combaten, y aun á sí mismo. La religion de Jesucristo mitiga los dolores mas agudos del cristiano; le consuela en las

(1) Pronunciada en la cárcel de esta ciudad.



aflicciones mas penosas; alivia el peso de las mayores adversidades; dulcifica los trabajos mas insufribles. Palpando estais, hermanos mios, esta verdad consoladora: sola la religion del Dios verdadero era capaz de proporcionaros el lenitivo de que al presente gozais en vuestras penas: sola la religion divina puede calmar vuestras inquietudes, asegurar vuestras esperanzas, aligerar el peso de vuestras prisiones, y suavizar el rigor de vuestra suerte. Considerad con atencion sus máximas sublimes y sus interesantes promesas; y yo os aseguro que sin necesitar de otra cosa vereis renacer la paz en vuestros corazones; descansareis tranquilos en el amoroso seno de la providencia; adorareis reconocidos los justos juicios del omnipotente; y sufrireis con resignacion, y acaso con alegría, los trabajos é incomodidades que os afligen al presente.

Este es, queridos hermanos mios, el deseo que me anima al hablaros por la primera vez en esta triste mansion. Pluguiese á Dios que estuviera en mis manos el proporcionaros una justa libertad, y poneros enteramente á cubierto de las aflicciones que os aquejan al presente, y de los temores que os asaltan para lo futuro! todo lo conseguiriais con seguridad al momento. Mas siéndome esto imposible, como vosotros mismos conoceis, me esmeraré en serviros del modo posible, cual es el de aplicar á las dolorosas heridas de vuestro corazon el bálsamo saludable del consuelo, y disminuir la amargura de vuestra suerte poniéndoos á la vista las dulces esperanzas que nos inspira la religion. La religion, repito, y sola la religion es capaz de poner fin á todas nuestras penas. A ella sola debeis cuantos desahogos, alivios y consuelos experimentais en esta ocasion, y habeis experimentado antes; y ella sola os proporcionará los que se os preparan. Si los jueces, si los curiales, si los agentes y ministros de los tribunales se muestran tan humanos con vosotros; si toman algun interés en el buen éxito de vuestra causa; si os dispensan su proteccion, y os conceden algunas gracias particulares... todo, todo sin escepcion alguna lo debeis á los sentimientos de humanidad y compasion



que la religion les infunde. Si los particulares, condolidos de vuestra situacion, hacen continuados sacrificios y diligencias extraordinarias para que seais corporal y espiritualmente socorridos, la religion sola los estimula, los dirige, los pone en movimiento. Fuera de la religion hallareis promesas halagüeñas, proyectos á millares de humanidad, de misericordia, de amor y de beneficencia; proyectos pintados con los colores mas vivos, espresados con una belleza encantadora; pero no encontrareis obras que demuestren la sinceridad de aquellas promesas. El egoismo, identificado esencialmente con la impiedad, es incapaz de hacer el mas mínimo sacrificio en favor de los infelices reducidos á un estado en que les es como imposible dar motivo de esperanza ó de temor. Solo aquellos que tienen fija siempre su consideracion en la eternidad de una vida futura; solo aquellos que saben con certeza que depositan en el cielo por mano de los ángeles todo el bien que hagan á los infelices y menesterosos en la tierra para disfrutarlo eternamente; solo estos tendrán la generosidad (no os sonrojeis, Señores; disimuladme: preciso es hacer este obsequio á la religion); solo estos tendrán la generosidad de escasearse tal vez á sí mismos el alimento; de acrecentar su trabajo; de privarse de la diversion y del recreo; de humillarse hasta pedir por amor de Dios una limosna que no les era necesaria para consagrar sus desvelos, sus cuidados, sus fatigas en aliviar las vuestras; cifrar su gloria y su alegria en visitar con frecuencia estas lóbregas habitaciones del horror y de la desesperacion.

Ay! si nuestras leyes lo autorizáran (no me cabe de ello la menor duda), se reproducirían entre nosotros los prodigios de caridad que tan justamente admiró la Francia; y viérais, sí, viérais héroes que como Vicente de Paul y Pedro Nolasco, se ofrecerían á padecer por vosotros; harían pasar á sus pies las pesadas cadenas que oprimen los vuestros; pedirían con ánsia que se les concediese ser encerrados en los calabozos por alcanzar para vosotros la libertad.

O amable religion! ó religion divina! amadla entrañablemen-

te, pobrecitos, y dejareis de serlo: amadla, miserables, y seréis felices. Yo no quiero, ni Dios permita que pretenda en tiempo alguno exacerbar vuestro dolor: prescindo por ahora de que hayais ó no cometido delitos. Aunque por desgracia fuera así en la realidad, y os hubierais entregado á los mayores desórdenes, la religion para el efecto todo lo olvida, todo lo desprecia; se acuerda solo de que padecéis, de que sois desgraciados; y hace todos los esfuerzos posibles para favoreceros, y poner fin á vuestras desgracias. Y para qué?

Ahora es cuando yo deseo que me oigais con atencion y con interes, para que podais formar una idea mas exacta, que la que tal vez habreis formado hasta aqui, de la amabilidad de nuestra religion. Esta religion que no es de este mundo; que nos exhorta á mirar con desprecio y aun con odio todos los bienes temporales, no puede dirigir sus miras solamente á la tranquilidad y al bienestar de esta vida momentánea; su objeto es mas noble, mas elevado; quiere asegurarnos la libertad, la alegria, la gloria por una duracion interminable de siglos. Al presentaros los socorros que se ha proporcionado la caridad de los cristianos, os recuerda, como lo estais viendo, que los sacrificios, las incomodidades, las humillaciones á que por vuestro bien se sugetan estos voluntariamente, no proceden de otro principio que de la esperanza de ser eternamente remunerados en el cielo por el Dios de las misericordias y autor de toda bondad. Y en esto mismo no os recuerda con el modo mas enérgico que vosotros podeis gozar el mismo galardón? que vuestra alma es tan inmortal como la suya? que habeis sido criados para el mismo cielo; y que debeis trabajar del mismo modo para conseguirle? Y quién puede alcanzarle con mas facilidad que vosotros?

Oid á la religion, y llenaos de consuelo, de fortaleza, de alegría. Ella os dice que los trabajos y las adversidades son la senda derecha, el camino seguro para el cielo. Los primeros maestros de la religion tenian todas sus complacencias en verse presos, azotados, cubiertos de ignominias, oprimidos de tormentos, y

aun muertos en los cadalsos. Y por qué? porque habian aprendido de boca del mismo Dios, que las tristezas y penalidades de esta vida, que por mas dilatada que sea no pasa de un instante comparada con la eternidad, conducen seguramente á las delicias, á los placeres inefables de la gloria que dura por siempre. Los discípulos verdaderos de Jesucristo, á falta de tiranos que los atormenten, buscan ellos mismos los trabajos; se hacen verdugos desapiadados de su mismo cuerpo; se castigan con rigor y aun con crueldad á todas horas, en todos tiempos, de todos modos, porque saben que así se aseguran el descanso inalterable de la bienaventuranza. El hijo mismo de Dios, tan bueno, tan santo y tan omnipotente como el padre, se deja prender, azotar, coronar de espinas, enclavar en una cruz, porque ve que este era el medio que le convenia para entrar en la posesion de la gloria.

Qué dicha la vuestra, hermanos míos; tener por donde asemejaros en algun modo á un modelo tan perfecto de resignacion! Alegraos en el Señor. La paciencia, os dice el Apóstol, es indispensable para conseguir el galardón que todos esperamos. Y os exhortaré yo á resignaros en vuestros trabajos, á conformaros con los severos designios de la providencia? es muy poco: yo quiero que os lleneis de satisfaccion y de alegría en medio de vuestros padecimientos. Porque (os hablo con las palabras de la religion), porque vuestra tristeza se acaba luego, y el gozo que os proporciona es interminable; y estas penas imperceptibles por su pequeñez y duracion os aseguran unos tesoros inmensos, unas delicias inagotables, una bienaventuranza completa. Es verdad que el apóstol San Pablo y el gran Tertuliano aseguran que no es cristiano verdadero el que padece por otro delito que por la defensa de su religion; pero no lo es menos que el Señor que nos ha criado conoce demasiado nuestra debilidad y miseria; que misericordioso como lo es por esencia está siempre pronto á perdonarnos por mas numerosos y enormes que sean nuestros delitos; y que el primer fruto de la redencion fue un insigne facineroso que sufrió con paciencia el castigo de sus crímenes.

Y aunque los vuestros no puedan compararse con los suyos, yo os exhorto á que le imiteis en su arrepentimiento y resignacion para que participeis algun dia de su gloria. Ofreced al Señor las privaciones de todo género que sufrís en satisfaccion por vuestras culpas: considerad que infinitas veces le habeis ofendido sin que jamás hasta ahora os haya impuesto castigo alguno, y conoced la inmensidad de sus misericordias que por una ofensa infinita se contenta con penas de tan corta duracion. Estas reflexiones no pueden menos de producir en vosotros una paciencia y resignacion en los trabajos, una confianza en la misericordia divina, y un amor á la bondad de Dios, que os hagan acreedores al premio que está reservado á los virtuosos, y que á todos os deseo. Amen.



Hacer hoy otro día que se trata el imperio en el presente la  
exposición clara y sencilla de la doctrina cristiana del modo  
que se ve y por el modo que me parece más apropiado para  
que todos los que se interesan en ella se acuerden, aludiendo al  
fondo de nuestra religión, a la verdad que todos manifestado  
y á la frecuencia con que me habéis oído en otras ocasiones;



# PLATICA (1)

## SOBRE LA INSTRUCCION CRISTIANA.



DEBERES RELATIVOS EN EL PÁRROCO DE INSTRUIR Á LOS FIELES, Y EN ESTOS DE APROVECHAR LAS INSTRUCCIONES.



*Ecce ego ipse requiram oves meas, et visitabo eas..... In pasuis uberrimis pascam eas.*

He aqui yo mismo iré á buscar mis ovejas, y las visitaré..... En pastos muy fértiles las apacentaré.

*Exech. 34. vv. 11 et 14.*

Hace hoy ocho dias que os prometí empezar en el presente la explicacion clara y sencilla de la doctrina cristiana del modo mas fácil, y por el método que me parece mas apropósito para que todos podais entenderme. Creia yo entonces, atendiendo al fondo de vuestra religion, á la devocion que habeis manifestado, y á la frecuencia con que me habeis oido en otras ocasiones;

(1) Predicada en su iglesia parroquial de Ontulvilla.

creia, digo, daros una noticia sobremanera agradable y que llenara de júbilo vuestro corazon, como que podriais fundar en ella la esperanza de ver cumplidos los grandes deseos que teneis de instruiros en la mas interesante de todas las ciencias, en el mas necesario de todos los conocimientos, en la mas sólida de todas las doctrinas, en las verdades inefables de una religion sacrosanta que os descubre el dichoso fin para que habeis sido criados; que os hace ver el principio de todos los males con que sois afligidos; que os enseña á ser superiores á todas las desgracias que os molestan: de una religion que es el fundamento de toda vuestra esperanza; que os ofrece un remedio seguro contra todo género de calamidades, una fuerza irresistible contra todos vuestros enemigos, y unos medios eficacísimos para conseguir toda suerte de bienes y prosperidades: de una religion que os dá á conocer al mismo Dios que os ha criado; que os aproxima á él; os le regala, os convida y aun os lleva por la mano á los eternos palacios de su gloria: de una religion, en fin, sin la que de ningun modo podeis ser felices, y con la que para serlo nada puede faltaros mas que vuestra propia voluntad.

Quando, pues, prometí hablaros de una religion tan excelente, tan santa, tan útil, tan necesaria; quando ofrecia enseñaros á ser miembros suyos, á conocer sus misterios, á conseguir todos sus beneficios; podia dudar de que os hablaba del modo mas conforme á los deseos de vuestro católico corazon? necesitaba para ello haceros la mayor injuria: era necesario persuadirme á que no abrigabais en vuestros pechos la brillante antorcha de la fé, ó á que destituidos ya enteramente de la razon y del conocimiento, y degradados de la perfeccion de la naturaleza, os habiais colocado en la clase de las bestias mas estólicas é ignorantes. De otra suerte es del todo imposible que no recibais con la mayor ansia los conocimientos mas profundos, los mas dilatados en esta ciencia tan interesante, y que no les procureis con un anhelo inexplicable.

Porque si sois cristianos, con qué fin lo sois? Qué interés ó



motivo os ha traído á la religion de Jesucristo? Qué vinsteis á buscar en su iglesia santa? La vida eterna? Asi lo digisteis al entrar en ella, y asi es á la verdad: ninguna otra cosa era capaz de exigir de vosotros las molestas renunciás, las repugnantes promesas, los sacrificios dolorosos, bajo cuya condicion fuisteis admitidos en su gremio. La vida eterna! Pero qué idea es la que habeis formado de una vida tan dichosa, de una eternidad tan apetecible? La vida eterna! Pero qué! pensais acaso que para conseguirla no se necesita mas que ser cristianos? Cuál es sino el camino que os ha de conducir á ella; ó por qué medios entraréis en su dichosa posesion? La vida eterna! Mas qué es lo que os impide conseguirla? ó quién os priva del derecho que habeis adquirido para ella? La vida eterna! Mas qué diferencia hay entre esta y la temporal, entre el cielo y la tierra, entre la realidad y la jímagen, entre Dios y las criaturas? Hablad; respondedme á todas estas preguntas. Qué! enmudeceis? estais bien enterados en todas estas materias que sin la menor duda son de primera necesidad? En esta ocasion quisiera yo que me respondierais sinceramente; porque si llenos de orgullo y de amor propio os atreveis á decir que sabeis todo lo que es de vuestra obligación en esta parte, yo os confundiré bien presto con la horrible monstruosidad de vuestra conducta: yo os aterroraré con la terrible sentencia del Apóstol que asegura que vuestros pecados no serán perdonados en este mundo ni en el otro: yo os llenaré de confusion haciéndoos ver que sois peores aun que los sayones que crucificaron á Jesucristo, pues él mismo les escusaba con la ignorancia que vosotros no teneis.

Pero me equivoco; vosotros os hallais envueltos en las tinieblas de la mas crasa ignorancia. La ignorancia de vuestros deberes principales; la falta de conocimiento de la divinidad y de sus gloriosos atributos; el defecto de instruccion en el asombroso misterio de un Dios hombre, de un Dios muerto, de un Dios que reside en el sacramento para alimentaros con su preciosísimo cuerpo y sacratísima sangre; la ignorancia de las grandes

prerrogativas que os concede la iglesia santa al admitiros en su dichoso gremio, y de las indispensables condiciones con que os admite; la ignorancia..... sí, la ignorancia universal es la causa única de vuestros desórdenes: esa funesta ignorancia es la que os tiene sumergidos en el abismo profundo del vicio: esa perniciosa ignorancia es la que sin que vosotros lo conozcais os hace despreciar al Dios omnipotente, á sus leyes justísimas, á su religion veneranda, á su gloria inefable. No supongo tan depravado al corazon humano que estando bien instruido en los dogmas saludables de la religion verdadera se arroje con tanta frecuencia á violar las leyes sagradas, y permanezca en el lastimoso estado á que reduce al hombre la culpa; solo le creo capaz de esto suponiéndole ciego por su ignorancia. La ignorancia ha introducido en los actos de religion esas groseras supersticiones con que la deshonrais, y os atraeis el odio y la indignacion de Dios. La ignorancia os hace quebrantar el precepto de la santificacion de las fiestas por los pretestos mas frívolos. La ignorancia os hace homicidas crueles de vuestros hijos, privándoles ya de la asistencia al santo sacrificio de la misa, ya del saludable alimento de la divina palabra sin motivo alguno que pueda cohonestar semejante conducta.

La ignorancia, sí; y sea este uno de los primeros desengaños. Qué causas podreis alegar para tenerlos distantes del templo del Señor en estos dias? Ay! yo no diré que lo hagais, al menos siempre, por motivos positivamente malos; digo sí que os proponéis siempre razones de puro interes temporal; siempre por aumentar los falsos bienes de la tierra. Ignorantes! cuando llegárais á haceros dueños de todos los tesoros de este mundo, pudiérais con ellos rescatar una sola alma que por esta causa se haya perdido? Y aunque pudiérais, qué derecho os asiste para serviros de vuestros hijos con tanto detrimento? el que os da la naturaleza? Pero cuánto mayor y mas fundado es el que en este concepto tiene el Señor á quien mas que á vosotros deben la formacion de sus cuerpos, y que es único autor de sus al-

mas, de su vida y de todo su ser? El que os da la naturaleza? Ignorantes! vuelvo á decir: qué! al entregarlos á Jesucristo por el bautismo no le trasladásteis todo el poder, todo el derecho, todo el dominio que sobre ellos teníais? No consentisteis en que se les hiciera cristianos? No sabéis que ser cristiano es lo mismo que ser ya de Jesucristo todo cuanto hay en el hombre sin que nadie pueda alegar derecho alguno sobre la menor parte de él? Por qué, pues, juzgáis poder usar libremente del derecho que sobre vuestros hijos os ha dado la naturaleza cuando este uso está en contradicción con el que de ellos quiere hacer el mismo Jesucristo?

La ignorancia tiene desterradas enteramente de vosotros la reconciliación de los enemigos, la satisfacción de las injurias, la reparación de los males, la restitución de los hurtos. La ignorancia hace no solo inútil sino también positivamente perjudicial el uso de los sacramentos. Creedme; os hablo con toda ingenuidad: de cien confesiones temo con mucho fundamento que haya dos buenas: de cien comuniones casi puedo asegurar que las noventa y nueve son sacrílegas. La ignorancia, para decirlo de una vez, os aparta del cumplimiento de vuestros deberes; llena de vicios las obras mismas de las virtudes; os hace creer que agradáis á Dios con el pecado; conserva en vuestras conciencias una seguridad tan perniciosa como falsa; y lo que es aun más terrible y digno de llorarse, en la hora de la muerte os hace perder el miedo al tremendo juicio que os espera, y llenándoos de satisfacción y de serenidad consigue que vuestras almas sean trasladadas del lecho del dolor al fuego interminable del infierno.

Y no creáis que esa misma ignorancia os escusa en la presencia del Señor; os escusaría si no tuvierais medio alguno para salir de ella; mas cuando teniendo proporción para instruiros no lo hacéis por desidia, por ocuparos en las cosas percederas de este mundo y aun acaso por más depravados fines, entonces de ningún modo os exime de la culpa ni de la pena que por ella mereceis. Esta consideración me hacía creer que sería de vues-

tro agrado el que yo procurara desterrar de vosotros esta ignorancia del modo que me era posible, pues viene á ser lo mismo que enseñaros el camino derecho del cielo haciéndoos abandonar el que os lleva seguramente á vuestra perdicion. Pero por desgracia me he engañado en mi juicio. Yo veo que todos procurais cada dia perfeccionaros mas y mas en el oficio que os proporciona el sustento del cuerpo: veo el ánsia con que anhelaís averiguar los medios de que se han valido los otros á este fin: veo la sagacidad con que preguntais sin descubrir vuestra ignorancia, y sin que se os pueda negar la respuesta. Esto está bien, pero la religion ha sido en vosotros el primer ejercicio; antes que labradores ó jornaleros habeis sido cristianos; ninguna ciencia, pues, os interesa tanto como esta. O quereis cambiar la gracia de Dios por el alimento corruptible, el alma por el cuerpo, la eternidad por el tiempo, el cielo por la tierra?

Lo digo con el mayor dolor, pero lo he visto con igual sentimiento: apenas empecé á hablaros el dia pasado cuando como si mis palabras fueran rayos disparados contra vuestra existencia os salisteis muchos del templo con la mayor precipitacion. Sabiais ya mi designio, y el último dia festivo no vino un solo niño y poquísimos grandes, estando llenos el juego, la plaza y los demas lugares semejantes. Qué podré yo inferir de tales principios? No creais que yo me tomo este trabajo por molestaros ó por divertirme. Deseo acomodarme á vuestro gusto en todo cuanto me sea permitido. Una sola vez que tenga que hablaros me cuesta mas trabajo y acaso mas sudor que á vosotros uno ó muchos dias de vuestras tareas; pero las terribles amenazas que veo fulminadas en el evangelio contra los pastores poco vigilantes; los cargos terribles que les hacen los sagrados concilios, y el ahinco con que en esta materia nos exhortan todos los preladados celosos, me hacen estremecer y emprender á toda costa estos deberes de mi ministerio. Por las entrañas de Jesucristo os pido que con vuestra asistencia y atencion procureis hacerme agradable mi trabajo.

Echad, Señor, vuestra bendicion sobre él. Concededme salud,

fuerzas y talento para promover la honra de vuestro nombre es-  
puesto ya por nuestra desgracia á un completo abandono. Ben-  
decid tambien á este pueblo que me habeis encomendado; á este  
pueblo que será siempre el objeto principal de mis desvelos, y á  
quien sabeis que amo con un afecto verdaderamente paternal.  
Inspirad á cada uno de los que le componen gusto para oír vues-  
tra divina palabra, docilidad para creerla, luz para comprenderla,  
y gracia para aprovecharla. No queráis, Dios mio, cargarme con  
sus culpas sobre el peso enorme de las mias; no permitais que  
tenga un dia que responderos por sus almas miserablemente per-  
didas, porque si ellos se pierden, ay de mí! cierto estcy de que  
no ha de caberme mejor suerte. Y puesto que en vuestra mano  
están todos nuestros corazones, disponedlos de modo que llegan-  
do á conocer y cumplir los deberes que vuestra ley nos impone,  
en el terrible dia que ahora nos recordais tengamos la dicha im-  
ponderable de vernos juntos todos á vuestra diestra, y oír de vues-  
tra boca aquellas dulcísimas palabras "venid, benditos de mi pa-  
dre, poseed el reino que os está preparado desde el principio del  
mundo." Amen.





cristo su conducta para con los hombres bajo el símbolo de un hacendado que en todas las horas del día estuvo llamando jornaleros para que fuesen á labrar su viña, pagando despues el mismo estipendio á los que llegaron á ella al ponerse el sol que á los que empezaron su trabajo al amanecer. Todos los años me habeis oido proponerla y esplicarla, por cuyo motivo no me detengo al presente á repetirla. Mas aquel Dios omnipotente que por los caminos ordinarios de su providencia empieza, continúa, y lleva á su fin los movimientos de todas sus criaturas, ha fijado, sin que yo pueda borrarla de mi memoria, una nueva esplicacion que hace ya tiempo me trae lleno de inquietudes, y que me obliga á declarároslo aunque mil veces antes os he descubierto mi recelo.

Entendiendo generalmente los intérpretes de la sagrada escritura la iglesia de Jesucristo por la viña, el reino de los cielos por el jornal ó estipendio, y las virtudes por el trabajo, solo resta declarar, qué deberá entenderse por las distintas horas del dia en que el Señor nos ha llamado á los hombres á este trabajo espiritual. Y esta es precisamente la declaracion que me confunde y llena de sobresalto. Apenas se obraron los inefables misterios de nuestra redencion cuando los apóstoles por sí y por medio de los siete primeros obispos que enviaron á la feliz España hicieron amanecer en ella el claro y hermoso dia de la fé y de la religion, llamando á todos los españoles al culto del verdadero Dios. Iluminado ya este reino con los rayos de tan brillante antorcha, habia una multitud de españoles holgazanes que alucinados con la idolatría de sus gefes, con las imposturas de varios herejes, y con el escándalo de los carnales judíos y de los crueles sarracenos, despreciaban las voces amorosas de Jesucristo, y continuaban sepultados en el ocio deplorable del gentilismo, del judaismo, de la herejía y de la impiedad; pero el Señor siempre misericordioso envió en diversos tiempos varones santos, obispos celosos, oradores elocuentes por cuyo medio consiguió desterrar enteramente de nuestro suelo las densas tinieblas del error, y hacer

que nadie habitara en esta nacion sin trabajar algun tanto en el cultivo de la viña misteriosa de su alma. Mas ay! que iluminada ya toda la península por el brillante sol de justicia, y habiendo sido tan apreciada y cultivada la religion por tantos siglos, en el infeliz en que vivimos nosotros ha empezado á decaer: los crasos vapores de la impiedad se van esparciendo y oscureciendo nuestra España: el sol parece correr con demasiada celeridad hácia el ocaso: casi empieza ya á desaparecer el hermoso dia, y la oscura noche del error y de la infidelidad nos va ya envolviendo en sus horribles tinieblas. Quiero decir, que la luz de la fé se ha debilitado mucho entre nosotros. La vehemencia de nuestras pasiones, el frecuente trato con los impíos, el humo negro de los vicios que tanto cunden por todas partes, tienen amortiguada nuestra fé: la mayor parte somos cristianos en las palabras pero gentiles en las obras. Todo amenaza una próxima ruina, el fin de la religion santa; pero condolido de nuestra desgracia el rey soberano de los cielos, y cuidadoso siempre de salvar las almas que ha rescatado á costa de su preciosísima sangre, hace un esfuerzo, tal vez el último, para arrancarlas de las crueles garras de su enemigo, y ponerlas en el camino derecho de la salvacion. Al efecto se nos presenta hoy lleno de amor, y por el órgano de todos los ministros de su iglesia nos dice con la voz de su misericordia paternal: *quid hic statis tota die otiosi?* qué haceis ahí entregados todo el dia al ocio mas deplorable? qué haceis ahí perdiendo miserablemente el tiempo precioso que os concede mi amor para que le empleeis en el mas interesante de todos los trabajos?

O Dios justo! á quién dirige vuestra sabiduría sus palabras? quiénes son los ociosos de quienes se queja? Los cristianos que me oyen viven por la mayor parte sujetos á un trabajo casi intolerable: apenas hay para ellos un momento de descanso: dia y noche trabajan sin cesar, y yo puedo asegurar en su nombre que comen casi todos el pan amasado con el sudor de sus cuerpos; que desprecian las intemperies, arrostran los peligros, y

aun atropellan las leyes humanas y divinas para proporcionarse un escaso alimento.

Sin embargo, Jesucristo en el evangelio presente nos llama holgazanes y ociosos; cuál pues será la causa? Porque no trabajamos en el cultivo de su viña: porque no nos empleamos en beneficio y utilidad de nuestras almas: porque nuestros desvelos no tienen por materia la virtud y la gloria por objeto. Qué imprudencia la nuestra! hacer unos sacrificios tan dolorosos, cuales son violentar nuestras inclinaciones, contrariar la voz de nuestra naturaleza, sujetarnos á un improbo trabajo cuyo paradero es seguramente la muerte y el sepúlcró, y con mucha probabilidad la reprobacion y el infierno, y rehusar un trabajo suave, delicioso, conforme á los deseos primitivos de nuestra naturaleza, y que infaliblemente nos conduciria á la venturosa eternidad de la gloria!

Este es el ejercicio á que nos llama; este el trabajo á que nos destina; este el premio que nos ofrece. Id vosotros también á mi viña, nos dice; nada importa que hasta ahora hayais vivido en el ocio de la culpa; que hayais malgastado en buscar los bienes terrenos y los deleites carnales el tiempo que os concedí para que pudiérais haceros acreedores á las riquezas celestiales y á las delicias del espíritu; que hayais empleado la niñez, la juventud, toda la vida en el ocio y en el desórden; nada importa todo esto, id á mi viña: sujetaos al trabajo de la penitencia: cultivad esas almas que yo planté con tanto sudor en el seno de mi iglesia, y regué tan abundantemente con la sangre de mi cuerpo: producid en el corto tiempo que os resta de vida sazonados frutos de las virtudes, *et quod justum est dabo vobis*, y yo os prometo el justo premio, el competente galardón, la eterna bienaventuranza.

Ay, cristianos! qué llamamiento y qué promesas! Las voces son del mismo Dios, de un Dios omnipotente, de un Dios justo, de un Dios amorosísimo: lo que se nos promete son los tesoros de la eternidad, las delicias de los ángeles, la gloria del

Señor. Los llamados somos todos sin escepcion alguna: todos somos convidados: á todos se nos abren al presente los tesoros de la gracia y las puertas de la gloria.

Todos... mas ay! que segun el testimonio de la verdad eterna son muy pocos los escogidos. Yo bien sé que el espíritu del error introduciéndose en el corazon de los pecadores tiene alucinados á muchos, y tal vez vosotros sois víctimas de este error creyendo que ningún cristiano se condena. Ojalá fuera así! pero San Juan Crisóstomo se daba por satisfecho con saber que de cada diez mil cristianos se salvase uno, y se deconsuela porque aun de este lo duda; y San Agustin lo reduce á un número mucho menor. No puede dudarse que los juicios de Dios son impenetrables, pero es igualmente cierto que la verdad eterna por medio de las figuras mas terribles y de las palabras mas expresivas nos asegura que los llamados somos muchos y muy pocos los escogidos. Yo no pretendo aterraros ni conducir os á una funesta desesperacion; no quiero que os empeñeis en averiguar los secretos de la divina providencia; solo deseo que mediteis con la seriedad que pide un asunto tan interesante, que los llamados son los muchos y los escogidos los pocos. Reflexionadlo con atencion: jamás se aparte de vuestra memoria: los muchos son los llamados, y los pocos los escogidos. Volved luego la reflexion sobre vosotros mismos y sobre el resto de los hombres, y examinad los motivos que teneis para ser contados entre los muchos ó los pocos. Mirad si vuestra vida es semejante á la del comun de los hombres, ó si es singular y rara: mirad si vuestras costumbres son las mismas que generalmente se advierten en el mundo, ó si son tan diferentes y contrarias que llamen por lo extraordinario la atencion de todos los otros.

Para pertenecer á los pocos no es bastante no pasar una vida desenfadada y monstruosa: semejantes ejemplos son raros y acaso no llegarán á tres los que puedan contarse en este pueblo. Estos infelices son señalados con el dedo, y mirados con aborrecimiento, con desprecio, ó mejor con lástima de todos los demas.

El comun de los cristianos pasa una vida exenta de tan graves desórdenes. Los juegos poco decentes en los niños, las diversiones peligrosas en los jóvenes, el excesivo anhelo por los bienes de fortuna en los ancianos, la torpeza y murmuracion en las conversaciones, la poca fidelidad en los tratos, las maldiciones en boca de los padres, la desobediencia en los hijos, la discordia entre los casados, el descuido en los superiores, y en todos el empeño de seguir las máximas del mundo y evitar las singularidades, esto es lo mas comun, esto es lo mas general; esto es lo que hacen los muchos, y los muchos segun el evangelio se condenan. Ved, pues, si os hallais comprendidos en este número, ó si por el contrario huís del bullicio, despreciais los intereses, aborreceis la torpeza, detestais la murmuracion, frecuentais los sacramentos, cumplís esactamente las obligaciones de vuestro estado: ved si amais la penitencia, si llevais con gusto la cruz de la mortificacion, si condenais las máximas del mundo, si os oponéis á ellas con firmeza, si sufrís con resignacion y con gusto las censuras de los mundanos; en una palabra, si sois de aquellos raros portentos de virtud que á pesar de su empeño en ocultar sus buenas obras, llaman necesariamente la atencion, escitan la admiracion, y arrebatan las alabanzas de los mismos mundanos y pecadores. Felices vosotros si asi lo haceis! en tal caso sois de los pocos, sois de los escogidos, indudablemente sereis de los bienaventurados.

Mas, ó dolor! cuántos de estos imaginais que habrá entre nosotros? dónde hallaremos uno solo aunque como el otro filósofo le busquemos auxiliados de la luz natural y artificial? Ay! ay! que sin duda somos de los muchos, y los muchos no se salvan: los muchos van por el camino ancho que guia á la perdicion: los muchos estan destinados para el infierno. Nosotros somos de los muchos! Pero esta consideracion no es suficiente para que nos abandonemos al rigor de nuestra desgracia: no nos autoriza para que sigamos el torrente del mundo: no nos pone en el caso de desesperar de nuestra salvacion y de que soltemos

en consecuencia la rienda á todas las pasiones. No, no permita Dios que lleguemos á tal estremo. Consideremos que él mismo nos llama hoy con un amor inesplicable; que hoy nos quiere sacar del número desventurado de los muchos; que hoy nos abre las inmensas puertas de su misericordia; que desde hoy quiere que seamos de los pocos, de los elegidos para sí, de los trabajadores celosos de su viña; que aunque demos principio al trabajo al terminar el dia de nuestra vida, al ponerse el sol de nuestra fé, supliendo el fervor de nuestra caridad la falta del tiempo, seamos los privilegiados en el premio, los primeros en la gloria, los mas señalados en su amor, los mas grandes en su reino. Entremos, pues, en cuentas con nosotros mismos: no despreciemos una oferta de tanto interés: separémosnos por el momento de nuestra vida de esa multitud de necios que corren alegres por el camino de la muerte, y gozaremos para siempre en la compañía del Señor las delicias de la vida verdadera. Amen.







## PLATICA (1)

### DE LA PALABRA DE DIOS.

#### DISPOSICIONES INDISPENSABLES PARA QUE SEA PROVECHOSA.

*Quod autem in bonam terram: hi sunt, qui in corde bono et optimo audientes verbum retinent, et fructum aferunt in patientia.*

Mas la que cayó en buena tierra; estos son los que oyendo la palabra con corazon bueno y muy sano la retienen y llevan fruto en paciencia.

*Luc. 8 v. 15.*

**E**l oír y aprovechar los documentos que se nos dan en la predicacion evangélica es seguramente una de las señales mas ciertas de la predestinacion dichosa; asi como el despreciarlos ó inutilizarlos es una prueba dolorosa de la funesta reprobacion. Mil veces os he anunciado esta verdad, no como parto falible de mi débil ingenio, sino como un interesante desengaño que os dá en su evangelio el mismo Jesucristo. Mil veces os he anunciado esta verdad sin haber producido otro efecto que un agudo dolor que

(1) Pronunciada en su iglesia parroquial de Oñativilla.

atraviésa fieramente mi corazón. Ay, cristianos! el manjar más dulce y delicado se os ha hecho insípido y amargo. La verdad, esta preciosa joya que con tanto empeño é inquietud han buscado todos los hombres recorriendo los anales de todos los siglos, viajando por todos los países habitados del globo, y desentrañando en todas partes los arcanos de la naturaleza; esta verdad santísima es odiosa para vosotros; la negais la entrada en vuestro corazón; la volveis la espalda cuando se presenta voluntariamente á vuestros ojos; y para dispensaros de admitirla despreciáis, censuráis y procuráis hacer también odiosos á los que la anuncian en nombre del Señor. Un deseo vehemente de dar satisfaccion á vuestras desordenadas pasiones, un empeño insensato de conformaros con el mundo corrompido, un desmedido apego á las felicidades lisongeras de la vida presente, sufocan en vosotros los interesantes gritos de la conciencia; os hacen olvidar que fuisteis criados para el cielo, y engendran en vuestras almas un funesto fastidio de las delicias del espíritu.

El mejor de los maestros, Jesucristo, procuró con sus exhortaciones, amenazas y promesas sacarnos de un error que indefectiblemente nos conduce al abismo más horroroso: la iglesia santa dispone con el mejor orden las verdades que éste su sapientísimo fundador depositó en su seno; y sus ministros cuidamos de acomodarlas á la capacidad del vulgo de los cristianos para que no obstante su falta de instruccion puedan sacar de ellas el fruto intentado por nuestro amorosísimo salvador. Estas disposiciones de la providencia se manifestaron hace hoy ocho dias que los dichosos elegidos para compañeros de la gloria del Señor son pocos si se comparan con el número casi infinito de los infelices que en justo castigo de sus culpas arderán eternamente en las llamas del infierno. Entonces vísteis que vuestra vida es muy semejante, la misma que la que vive el mayor número, y de consiguiente que es muy temible que vuestra suerte sea la que ha de caber á la multitud desventurada. Pero ya sabéis que nuestro destino depende de nuestra vida; que aunque desde la eternidad

esté dispuesto por una sabiduría inefable, por una irresistible voluntad, y por una inmutable providencia, nosotros debemos arreglar nuestra vida como si creyéramos poder invertir el órden ya establecido.

Es constante que la providencia infinitamente sábia del Señor ordenó desde la eternidad todos y cada uno de los sucesos correspondientes al órden de la naturaleza y de la fortuna, y sin embargo, todos vivimos como si no creyéramos las disposiciones de esta misma providencia. Ninguno deja de alimentarse para conservar la vida: ninguno deja de recurrir á los auxilios que presta la medicina para recobrar la salud: nadie deja de sembrar si se propone tener cosecha de granos: nadie arroja el dinero por las calles si pretende hacerse rico. Del mismo modo, dice el Apóstol, la elección para la gloria se asegura con el ejercicio constante de la virtud. Del mismo modo, dice San Agustín, aunque no seamos del número de los predestinados, vivamos bien y nuestros nombres serán sin duda alguna escritos en el dichoso libro de la vida.

Pero de qué sirve molestarse en hablar á los que se han obstinado en no dar oídos á la verdad? qué efecto producirá la luz, por mas brillante que sea, en un ciego, ó en aquellos que se empeñan en tener siempre cerrados los ojos? qué atractivo tendrá la verdad misma para los que ni quieren entenderla, ni se dignan oirla? El que oye la voz de Dios es oveja de su rebaño; el que no la escucha jamás será admitido en su aprisco. Vosotros quereis todos sin duda ser ovejas de este pastor divino; quereis ser hijos de este amoroso padre; quereis sentaros á la mesa de este glorioso rey: quereis participar de la gloria de este Dios omnipotente; y no quereis recibir su doctrina celestial, os empeñais en despreciarla, en borrarla de vuestra memoria; la llegais á aborrecer si apesar vuestro teneis alguna vez la precision de oirla: qué contradiccion es esta?

Este monstruoso enigma es el que aclara Jesucristo por su misma boca en el evangelio presente, comparando su doctrina con

el grano y el alma de los oyentes con la tierra en que se siembra. El grano que cae en los caminos dice que no nace porque lo pisan los pasajeros y lo comen las aves: el que cae sobre las piedras, ó no nace ó se seca poco despues porque no le deja arraigar la dureza y sequedad de las mismas piedras: el que cae entre las zarzas y malezas si llega á nacer aunque con dificultad, siempre se sufoca, se agosta antes de granar porque aquellas se llevan todo el jugo ó sustancia de la tierra, y las influencias de los astrós. Solo el grano que cae en la tierra buena, en la tierra cultivada y libre de estos enemigos es el que tan prodigiosamente se multiplica y produce al labrador copiosos y sazonados frutos en recompensa de las fatigas que le ha costado su cultivo. Asi mi doctrina celestial cuando es oida con fastidio por algunos, luego se la arrebatan de su memoria los infames ministros de Lucifer: otros la oyen con cierto gusto, pero teniendo su corazon obstinado en el mal, endurecido en el vicio, no la dejan arraigar en él porque no está regado con el benéfico humor de la virtud: otros la oyen con placer y tal vez la reciben con ánsia, pero engolfados en las delicias de la carne, en los intereses de la avaricia, en esos groseros placeres que á cada paso les ofrece el mundo seductor, tienen que sufocarla por emplear todos sus cuidados, todas sus fuerzas, todas sus potencias y sentidos en proporcionarse aquellos bienes que nunca pasan de ser un fantasma de felicidad. Otros finalmente la oyen y la reciben con indecible complacencia, con un verdadero interés; meditan en ella continuamente; la consultan para dirigirse en todos sus negocios; acomodan á sus máximas todos sus pasos, todas las acciones de su vida; y estos, estos son los dichosos mortales en quienes produce un fruto tan abundante que no puede encarecerse con palabras.

El mas sabio de los hombres, Salomon, para dar principio á los libros en que dirigido por el Espiritu Santo comunicó á los mortales la verdadera sabiduría bajada del cielo; este gran sabio para exhortar á sus hijos y á todos los fieles al estudio conti-

nuado, á la meditacion profunda y á la práctica constante de aquella sublime doctrina, hace de ella los mas completos elogios; por su medio nos promete todo género de bienes y prosperidades, y atribuye á su defecto todos los males y desgracias que puedan sobrevenirnos: repite mil veces unas mismas espresiones como si ninguna le pareciera suficiente para demostrar los tesoros que se encierran en la sabiduría del Señor. "Hijo mio, dice, repite é inculca innumerables veces en cada página; hijo mio, escucha con atencion la doctrina bajada del cielo y grábala fuertemente en tu corazon, cuélgala de tu cuello, escríbela en tu pecho, átalala á tus dedos, tenla siempre delante de tus ojos. Cuando caminares haz que te sirva de guia; cuando durmieres que sea tu guarda vigilante; cuando despertares que sea la primera que se recuerde á tu memoria. La palabra del Señor es la luz mas hermosa, el camino mas derecho y la fuente mas pura de la vida. Ella es indudablemente la hermosura mas completa, el adorno mas precioso. Ella es el tesoro mas inagotable, el escudo mas fuerte, el arma mas terrible. Quien tenga la dicha de recibirla y conservarla en su corazon vivirá tranquilo, dormirá sin susto ni sobresalto alguno, gozará de la mayor abundancia en todo: su vida será prolongada y feliz, su muerte dulce y gloriosa: ni le asustarán los peligros, ni le aterrarán los adversarios, ni le acobardarán las desgracias, ni le oprimirá la pobreza. Dios será su guarda, su defensor, su amigo, su confianza, su proveedor y todas las cosas. Pero el insensato que la desprecia, ayl este será en todas partes perseguido, infamado, aborrecido: no dará paso alguno sin tropezar con un enemigo terrible; continuamente se verá enredado en sus mismos lazos: será abominable á los ojos del Señor: la pobreza, la miseria, la calamidad, fijarán en su casa la morada: los mismos bienes que posea se convertirán en motivos de su ruina y perdicion: su vida será miserable y su muerte horrorosa. Entonces abriéndose sus ojos al desengaño que ya no le servirá sino para aumentar su desesperacion, cómo es, dirá, que desprecié la verdad, aborrecí la doctrina, huí del conse-

jo y de la reprension; no creí á los maestros que me enseñaban; no conocí los caminos de la virtud, y corrí ciego y desbocado por el de los vicios? Pero tú, hijo mio, oye mis palabras; recibe la doctrina; ama la verdad, mírala como hermana, como amiga, como fuente de tu verdadera gloria. Ella será para tí el árbol de la vida que te comunique la mas dichosa inmortalidad."

Asi se espresa el Sabio: yo ignorante en extremo nada puedo añadir á unos documentos tan preciosos é interesantes. Os exhortaré, sin embargo, á que si quereis veros libres de los males que amenazan al insensato que desprecia la palabra de Dios, y participar de los inefables bienes que gozan los que la reciben con docilidad y acomodan á ella sus acciones, imiteis el ejemplo de estos últimos. Solo asi, como habeis oido á Salomon, será prolongada y feliz vuestra vida, y dulce y gloriosa vuestra muerte. Amen.





---

---

**PLATICA PRIMERA (1)**  
**DEL AMOR DE DIOS.**



**MODO DE AMAR Á DIOS.**



*Si quis venit ad me, et non odit patrem suum, et matrem, et uxorem, et filios, et fratres, et sorores, adhuc autem et animam suam non potest meus esse discipulus.*

Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre, y madre, y muger é hijos, y hermanos, y hermanas, y aun tambien su vida no puede ser mi discipulo.

*Luc. 14. v. 26.*



Siendo mi único objeto en estas exhortaciones procurar la salvacion eterna de vuestras almas, no quisiera esponeros á padecer alguna equivocacion que tal vez pudiera causar perjuicios considerables. Dige el dia pasado que lo mas perfecto de la penitencia consiste en el amor de Dios; que sin amor de Dios no hay penitencia, y que al amor de Dios sigue indefectiblemente el perdon de todos nuestros pecados cualesquiera que sean. En

---

(1) Pronunciada en esta ciudad.

ello asenté una verdad que se halla espresa en las sagradas escrituras, y me persuado á que me hareis la gracia de creer que en el desempeño de mi ministerio no aseguraré jamás proposicion alguna de que no tenga una completa certeza. Mas, si solo con amar á Dios se consigue el perdon de los pecados, quién será tan insensato que abrigue un solo momento el pecado en su corazon? Será posible hallar un solo cristiano que no ame á su Dios, á no ser que carezca del uso de la razon? Es posible conocer á Dios y no amarle? Si al tiempo mismo que el hombre está cometiendo el pecado se acuerda de que Dios le ha criado, de que le conserva, y de que está pronto á perdonarle sus culpas, es del todo imposible que no le ame de algun modo en su corazon; pero este amor que le consiente entregarse al pecado no puede merecerle el perdon: no es este amor el que constituye la penitencia: no es este amor el que justifica á los pecadores. Para que procuremos, pues, adquirir este amor es de suma importancia que nos ocupemos en averiguar cuál debe ser.

Para conocerlo no necesitamos mucho estudio, no se requiere mucha reflexion, no es preciso mucho trabajo; basta solo que recordemos la solemne promesa que hicimos á Dios con juramento al tiempo de ser admitidos á su gracia por el sagrado bautismo: promesa cuyo olvido es el fatal origen de todos nuestros desórdenes y desgracias. Prometimos entonces amarle con todo nuestro corazon, con toda nuestra alma, con todas nuestras fuerzas. El mismo Jesucristo declaró ser indispensable este modo de amar para cumplir el primero de los preceptos en que está comprendida toda la ley. En el amor de Dios deben consumirse todo nuestro corazon, toda nuestra alma, todas nuestras fuerzas; de consiguiente ni quedan fuerzas, ni alma ni corazon para entregarse al amor de las criaturas. Cuanto diéremos al amor de las criaturas todo lo robamos al que debemos profesar al criador. Entended que hablo del amor desordenado de las criaturas, porque el amor á estas con subordinacion al amor de Dios en cuanto nos conducen al conocimiento y amor de sus in-

finitas perfecciones, en quanto son hechuras de su mano omnipotente, y en quanto él las ama como cosa suya; el amarlas, digo, de este modo, como no es amarlas por sí mismas sino por amor de aquel que las ama porque las ha formado, lejos de ser un crimen es una obligacion indispensable de todo racional, y mas particularmente de todos y cada uno de los cristianos. Lo que se opone directamente al amor que Dios exige de nosotros es el amarlas por sí mismas con preferencia á Dios, con peligro de ofender á su magestad divina, ó de quebrantar su sacrosanta ley. En este sentido nos puso la condicion indispensable de renunciar al mundo entero para amarle de modo que nos hiciéramos acreedores á su infinito amor: y para declararnos mas expresamente lo que exige de nosotros, nos dice nuestro maestro y salvador Jesucristo en las palabras en que fundo la exhortacion presente, que no merece ni de modo alguno puede ser llamado con razon su discípulo quien no aborrece al padre, á la madre, al hermano, á la muger, y aun á la misma vida: *si quis venit ad me, et non odit patrem..... adhuc autem et animam suam non potest meus esse discipulus.*

Todo esto está espresísimo, y desvanecidas las dificultades que pueden ocurrir en la inteligencia de estas palabras en la explicacion del primero de los mandamientos por el P. Astete. Amar á Dios sobre todas las cosas, se dice allí, es querer perderlas todas antes que ofenderle. En este sentido no solo se nos manda no amar, sino aborrecer hasta las cosas mas amables; es decir, que estemos resueltos á abandonarlas enteramente, á renunciar su posesion siempre que sean motivo de escándalo para nosotros. Y en este mismo sentido deben entenderse las palabras de la verdad eterna, "si tu ojo es para tí motivo de escándalo, sácale y arrojále de tí: si el pie ó la mano son en tí causa de ofender á Dios corta uno y otro, sepáralo de tu cuerpo, que mejor te será subir al reino de los cielos, ciego, cojo y manco, que caer en el infierno adornado de todos tus miembros y sentidos."

Duro, me direis, parece este precepto. Convengo por ahora con vosotros en que lo sea; mas aun asi, no es impuesto por quien tiene un derecho inviolable á ser obedecido en cuanto ordena? De dónde nos han venido el cuerpo con sus sentidos, y el alma con sus potencias? de dónde pueden venirnos todos los bienes que seamos capaces de gozar en lo sucesivo? no es por ventura de la mano del Señor? Y al concedérmolos, se desprende del absoluto dominio que le compete sobre todos ellos? Era necesario para esto que se desprendiera de la cualidad de criador, y lo que es lo mismo, de la misma divinidad. Y por qué ha de parecernos duro y cruel privarnos de una cosa que no es nuestra cuando la pide su dueño legítimo?

Abran, Job, los apóstoles, los cristianos de los primeros siglos se desprendieron sin resistencia, con una completa generosidad de cuantos bienes poseian en el mundo en el momento que llegaron á saber que no podian ya retenerlo sin contradecir á la voluntad de Dios. Por qué sufrieron con tan inimitable constancia los mártires la privacion de sus haciendas, de sus honores, de su libertad, de su misma vida, sino porque amaban á Dios mas que á todos estos bienes terrenos? todos debemos hallarnos dispuestos á renunciarlos del mismo modo si queremos que el amor de Dios sea verdadero, y nos sirva de penitencia.

Por lo comun no exige ya de nosotros el Señor unas pruebas tan rigurosas. Infelices si las exigiera! yo no me atrevo á decir si las resistiria ó no nuestra estremada debilidad. Ay hermanos míos! si á cada uno de nosotros se nos preguntase cual seria nuestra conducta en el caso de que un tirano nos pusiera en la alternativa de negar la fé de Jesucristo, ó de sufrir los tormentos y la muerte, la mayor parte responderia con firmeza y resolucion que perdiera la vida con mucho gusto en semejante apuro por conservar en su corazon el tesoro inestimable de la fé. Dios quiera que su corazon esté perfectamente de acuerdo con sus palabras! Sin que pueda atribuirseme á injusticia me parece que se vé muy de lejos, y se tiene por imaginario el peligro de

que aquí se habla. Si el Señor no se hubiera compadecido de nosotros; si por un efecto de su infinita misericordia no hubiera suspendido la calamidad con que se dignó oprimirnos; si hubiera llegado el tiempo en que la impiedad triunfara de la religión de Jesucristo; cuántos habría en el día que tuvieran la fortaleza de profesar esta en público, sabiendo que por ello se esponía al desprecio, á la infamia, á la persecucion, á los sufrimientos, á la indignidad, á la muerte? Ay! no permita Dios que lleguemos á ver unos tiempos tan desgraciados.

Estoy bien persuadido á que apreciáis en gran manera la fé en cuyos misterios habeis sido educados por la gracia del Señor; pero desengañaos; la fé mas grande, la mas viva, la mas firme que pueda tenerse, de nada vale, dice el Apóstol, para nada sirve sin la caridad. Y á qué sacrificios nos sujetamos, á qué peligros nos esponemos por conservar esta nobilísima virtud? Hable nuestro corazon: pregúntese cada uno á sí mismo allá en el interior de su conciencia; cuántas veces un despreciable respeto humano, un consejo imprudente, la petición injusta de uno que pasa por amigo, el miedo de ser censurados si no seguimos las máximas y costumbres del mundo, el impulso menos violento ó mas tibio de una pasión..... cuántas veces por estas causas y otras acaso mas miserables que deberán tenernos siempre llenos de rubor, atropellamos por todo, nos rendimos á la tentacion, arrojamos con infame vilipendio de nuestros corazones á Dios nuestro criador, y admitimos el pesado é ignominioso yugo del pecado y del demonio? Y diremos todavía que amamos á Dios sobre todas las cosas? que le amamos con todas nuestras fuerzas? que aborrecemos todo cuanto hay en el mundo sin escluir nuestra propia vida por no faltar en un ápice á las leyes inviolables de aquel amor? Cómo engaña el amor propio! Diremos con propiedad que ama las riquezas el comerciante que por acrecentar su fortuna hace largos é incómodos viages, se espona muchas veces á los peligros, se arroja en el mar á merced de los vientos inconstantes; mas si los marineros, conociendo ser excesivo el peso de la embarca-

cior, aseguran que no hay otro arbitrio para salvarse del furor de la tempestad que arrojar la carga á las aguas, el mismo comerciante se desprende de ella aunque con mucho dolor y sentimiento; por su propia mano se apresura á sepultar en su seno aquella carga que es el objeto de sus esperanzas, pero que de ningun modo puede preferir á la vida. Del mismo modo nosotros amamos á Dios, por lo comun, y no podemos menos de amarle por que en él se cifra la esperanza que abrigamos de conseguir ese bien que nos haga verdaderamente felices, y porque de sola su mano pueden venirnos los auxilios que para ello se necesitan; asi es que sacrificamos gustosos en las aras de su amor las pasiones que nos inquietan menos: pero si nos acomete la mas poderosa, la mas conforme á nuestro gusto, entonces..... Es una vergüenza decirlo, pero de qué serviria ocultarlo? somos cristianos solo en el nombre; amamos á Dios cuando no nos cuesta trabajo amarle; cuando su amor no se opone á nuestra pasion; en una palabra, cuando ningun mérito tiene porque no es verdadero.

Aprendamos de una vez lo que tanto nos interesa. Renunciémoslo todo con generosidad, todo absolutamente por Dios si queremos ser discípulos de Jesucristo. El padre, la madre, el consorte, los hijos, nuestra propia vida, si son para nosotros motivo de escándalo, si nos ponen en peligro de pecar, si son capaces de robarnos el amor que debemos á Dios; todo debemos renunciarlo sin dificultad, sin repugnancia, con sumo placer por Dios. Amemos á Dios porque es digno de ser amado, porque nos ha criado y nos conserva, porque nos colma de bienes temporales; pero amémosle principalmente porque nos concede su gracia en esta vida para que consigamos la gloria en la otra. Amen.





# PLATICA SEGUNDA (1)

## DEL AMOR DE DIOS.



### CONDICIONES DEL VERDADERO AMOR DE DIOS.



*Qui amat patrem, aut matrem plus quam me, non est me dignus. Et qui amat filium, aut filiam super me, non est me dignus.*

El que ama al padre ó á la madre mas que á mí, no es digno de mí. Y el que ama al hijo ó á la hija mas que á mí, no es digno de mí.

*Matth. 10. v. 37.*

**E**l poco ó ningun fruto que produce en vosotros mi predicacion me persuade á que tal vez teneis mas necesidad de ser instruidos en vuestros deberes religiosos que de recibir exhortaciones para cumplirlos. Por tanto será el principal objeto de mi trabajo en esta cuaresma enseñaros los que teneis para con Dios y para con el mundo. Ya antes de ahora y mas de una vez os he dicho que debemos amar á Dios, á nosotros mismos y á nuestros prójimos; que el amar á Dios consiste en adorarle, en no profanar su santo nombre con la blasfemia ó el perjurio,

(1) Pronunciada en su iglesia parroquial de Oñativilla.

y en emplear en su obsequio los días que al efecto ha destinado. Sabeis del mismo modo que el amor del prójimo nos prohíbe la injuria, la desobediencia, el escándalo, el adulterio, el hurto, la murmuracion y todo daño en la persona, en la honra y en la hacienda. Sabeis por último que el amor de nosotros mismos nos prohíbe el suicidio, la embriaguez, la intemperancia, la sensualidad y generalmente todos los pecados. Es decir que sabeis lo que prohíben estos preceptos, pero ignorais que es lo que mandan. Qué os parece que deberemos hacer para cumplir con el primero de estos preceptos que es amar á Dios sobre todas las cosas? Esta será la materia de vuestra atencion en esta noche: oidme con cuidado, que no seré molesto.

Aquel ama á Dios que guarda sus santos mandamientos. Esto es lo que á todos se nos enseña desde la niñez; y el mismo Jesucristo lo dijo por estas palabras: si me amais, poned en ejecucion mis preceptos. Sin embargo, el soberbio Fariseo se jactaba de observar con escrupulosidad toda la ley: no dice Jesucristo que mintiese en medio de su jactancia, pero nos da á entender, ó mejor dicho, nos asegura que no amaba de veras al Señor cuando dice que no era justo. De aquí podeis inferir que es indispensablemente necesario observar los nueve últimos mandamientos para cumplir el primero; pero que no es bastante, pues en este precepto se nos manda una cosa que no está declarada en los otros; esto es, se nos ordena especialmente que amemos á Dios sobre todas las cosas, con todo nuestro corazon, con toda nuestra alma, con todas nuestras fuerzas. Y no creais que este deber se cumple diciendo simplemente con la boca que amamos al Señor: nuestra lengua no está siempre en conformidad con nuestro corazon: nuestras palabras suelen declarar lo contrario de lo que sentimos. Bien sabeis cuan frecuentes son en el mundo las protestas de amor, de sumision y de respeto para con aquellas personas á quienes se menosprecia y contra quienes se abriga tal vez un odio encarnizado. Cómo es posible, pues, que se dé por satisfecho con unas espresiones de mero cumpli-

miento, acaso hipócritas y fingidas, aquel Dios que escudriña lo mas recóndito de nuestro corazon, y ve con la mayor claridad sus mas íntimos pensamientos, como dice muy bien el profeta?

Cada uno de los sentidos del cuerpo, del mismo modo que las potencias del alma tiene su peculiar ejercicio: pertenece á la lengua el hablar, pero el amar es acto propio del alma, de la voluntad, de lo que nosotros llamamos el corazon. Por tanto no amaremos á Dios si no deseamos con sinceridad que su nombre sea adorado en todo el mundo y engrandecido por todas las criaturas; si no nos complacemos interiormente de su gloria y de sus infinitas perfecciones; si no nos esmeramos en contribuir á su gloria y bienaventuranza cuanto está de nuestra parte; si no le preferimos en el afecto á todas las riquezas, á todos los placeres, á todos los honores, al cúmulo de bienes que podamos gozar en la vida presente. Oid al mismo Jesucristo: si alguno, dice, ama al padre, al hijo ó á la hija mas que á mí no es digno de mí: ó lo que es lo mismo, el que ama alguna cosa de este mundo mas que á Dios no es digno de que Dios le ame. El sumo bien que es Dios, dice San Agustin, no solo debe ser amado, sino que ha de ser de justicia preferido á todos los bienes particulares aunque se reúnan en un solo punto.

O Dios mio! quién será tan feliz que llegue á amarnos como es debido? En tal caso ya podría asegurar con el Apóstol que nada en el mundo era capaz de apagar el fuego de su amor; nada, ni la vida ni la muerte, ni las amenazas ni las promesas, ni los bienes ni los males, ni la gloria ni el infierno.

Nosotros por desgracia no podemos hablar con esta seguridad: nosotros no podemos decir que cumplimos exactamente el primer precepto de la ley de Dios. Ay! el que á otro ama de veras no le desprecia, no le ofende, no le injuria, no le vilipendia; y no hace con Dios todo esto el que le pospone en su amor á las criaturas? el que está dispuesto á abandonarle por seguir los estímulos de su infame pasion? Amará de veras á Dios el que, olvidado de los infinitos tesoros de su omnipotencia y de su

gracia, tiene sepultado su corazón en el asqueroso cieno de las riquezas temporales? el que despreciando las incomparables delicias de su amor corre como bruto desenfrenado en pos de los groseros deleites de la carne? el que contrariando su mansedumbre é inimitable paciencia atropella por todo, á todo se arrojó por conseguir una completa venganza de su enemigo? el que desentendiéndose de que es la bondad y santidad por esencia se inclina á gustar la corrupcion del pecado, le repite, le frecuenta y cifra su felicidad en vivir de asiento en el vicio? el que, no sabiendo hacer un justo aprecio del honor inexplicable que nos resulta de ser hijos adoptivos de Dios, huye temerario de su casa, y deserta al infame bando de Satanás, enemigo irreconciliable de uno y otro?

Ay! ciegos idólatras del mundo y de sus bienes; sabios, celosos y diligentes para todos los negocios del siglo, y en extremo ignorantes, desidiosos é indolentes para los de la eternidad! la mas leve sospecha de una traición del marido contra la muger ó de esta contra el marido enciende esa tea infernal de los celos, turba la paz entre los consortes, destierra el sosiego de las casas, introduce la discordia en las familias, lleva consigo el desorden, acaba con todos los bienes, y llena de luto, de afliccion y de desgracias las sociedades domésticas. Y cuál os parece que será la causa de todos estos males sino la suposicion en que se está de no poder ser amados sinceramente de una persona que se cree haber puesto su amor en otro objeto? Y un Dios que nos asegura ser infinitamente celoso de su honra; que nos pide íntegro el dominio de nuestro corazón; que no admite compañero para la posesion de nuestra voluntad; que nos dice expresamente que es imposible servir á dos señores á un tiempo; este Dios infinitamente bueno, justo y sabio se dará por satisfecho de nuestro amor viendo que lejos de ser entero, es una pequeña parte, es nada en comparacion del que profesamos á las criaturas miserables? Al verse pospuesto en nuestra estimacion á los seres mas viles y despreciables, al considerar que le abandonamos

fácilmente por servir un poco de basura, una asquerosa inmundicia, y á veces por solo el impío placer de ofenderle, es posible que no se llene de indignacion contra nosotros, que no nos arroje de su casa, que no nos abandone á los corrompidos deseos de nuestro grosero corazon, que no retire de nosotros su amor, sus ojos, sus gracias, sus auxilios?

Ay cristianos! cómo nos ciegan las pasiones! cuán terrible es el desórden que introduce el amor propio entre el cuerpo y alma, entre la parte material y el espíritu! Para nosotros, á quienes nada, absolutamente nada se debe, exigimos la mas rigurosa justicia, y aun no contentos con eso pretendemos pasar sus límites; y para un Dios á quien por muchos conceptos le es debido todo no ha de haber ni aun la mas débil apariencia de esta virtud? O locura insoportable del pecador! tiemblo, amados míos, tiemblo seguramente al considerar esto despacio. Qué resultados tan funestos no deberemos esperar de tan loca imprudencia? Con el fin de evitarlos os dirijo mi voz con tanta frecuencia: escuchadme pues con atencion, y sed dóciles á mis exhortaciones: con este mismo fin os hablan todos los ministros de Jesucristo que se dignan ayudarme en este penoso ministerio; escuchadles igualmente y acomodad vuestra vida á sus consejos. Es necesario desengañarse: aqui no hablamos de los pecados de los idólatras, de los hereges y de los malos cristianos que viven lejos de nosotros; hablamos solo de los vuestros; á vosotros se dirigen espresamente nuestras exhortaciones, solo á vosotros intentamos sacar del fétido sepúlcro del vicio á la preciosa vida de la gracia, y al presente vuestro corazon es el que busco para Dios, y solo para Dios.

Amad, pues, amados oyentes, amad al Señor que es vuestro Dios como merece ser amado: despreciad todas esas cosas que tanto os halagan, pero que llevan dentro de sí el veneno mas activo. Demos á cada uno lo que es suyo: amemos al único que merece ser amado por su bondad, y á lo sumo amemos las demas cosas por él, en cuanto nos conducen al conocimiento de sus in-

finitas perfecciones. Amemos á Dios que es nuestro padre, nuestro hermano, nuestro mejor amigo. Amemos á Dios que solo su amor puede hacer nuestra verdadera felicidad.

De nada sirve, Señor, nuestro trabajo ni los deseos de nuestros oyentes si faltan los auxilios de vuestra gracia poderosa. Plantaremos nosotros, ellos regarán, pero solo vuestro poder hará que fructifique esta dichosa semilla. Mirad, ó padre amoroso, con ojos compasivos á este pueblo: concededles una chispa siquiera de ese amor que os abraza para que amándoos de corazón, sobre todas las cosas, con preferencia á lo que mas amen en el mundo, se hagan dignos de vos, acreedores á vuestro amor y merecedores de vuestra gloria. Amen.







# PLATICA TERCERA (1)

## DEL AMOR DE DIOS.



### MOTIVOS QUE TENEMOS PARA AMAR Á DIOS.



*Qui diligit me, diligetur à Patre meo: et ego diligam eum.*  
El que me ama será amado de mi Padre, y yo le amaré.  
Joann. 14. v. 21.

Señor:

La presencia sola de ese adorable sacramento en que están cifradas todas las pruebas del abrasado amor que profesais á los hombres, me humilla, me llena de confusion y de oprobio, me representa con una viveza extraordinaria el abismo insondable de males y miserias en que desgraciadamente me hallo sumergido. Si los serafines que tan dichosamente experimentan cuán activa es la llama de vuestro amor inmenso no son capaces de hacerlo conocer á los hombres, cómo hablará, ó qué podrá decir de ese divino amor un miserable lleno de tibieza, de frialdad, de indiferencia.....?

(1) Pronunciada en Segovia en la congregacion de los sagrados corazones.

Ay! esta sola reflexion sellaria del todo mis labios á no reflexionar que me dirijo á los devotos de los sagrados corazones de Jesus y de María. Acostumbrados á oír con tanta frecuencia los prodigios de ese amor divino, sabreis dar el justo valor á lo poco que yo pueda decir de lo mucho que sobre la materia nos han dejado escrito los sabios piadosos, para obligarnos á corresponder del mejor modo posible. Pero qué necesidad teneis de palabras ni de otra excitacion alguna, teniendo á la vista esa hostia santa, ese monumento indestructible de un amor inmenso é infinito, y estudiando continuamente en el libro de los sagrados corazones, mas instructivo que cuantos puedan haber escrito los mayores sabios? Quién es capaz de fijar la vista en ese augusto tabernáculo sin que al momento se sienta inflamado por un volcan de caridad?

No hay ejemplo, no hay comparacion alguna de este amor. Se sacrifica generalmente la fortuna, la tranquilidad y hasta la vida por el padre, por la patria por el amigo; pero quién ha podido descubrir el secreto de sacrificarse por sus mayores enemigos, y recobrar su vida, y multiplicar hasta lo sumo su existencia para ser de nuevo sacrificado todos los dias, en todas partes, por todo género de necesidades? quién halló el secreto de morir siendo inmortal para que pueda vivir por toda una eternidad el hombre identificado por su naturaleza con la muerte? quién halló el secreto de alimentar con su misma sustancia tantos millones de hombres, y conservarla íntegra siempre para que nunca pueda faltar á tan miserable ser este alimento delicioso, saludable, celestial, divino, que le hace inmortal como el mismo Dios que le sustenta con su propia carne? quién ha imaginado si quiera un medio de poder comunicar á la mas miserable de las criaturas la vida bienaventurada de su mismo criador omnipotente, al modo que la vida del eterno padre se comunica á su eterno unigénito? quién..... pero será tanta mi temeridad que pretenda descubrir los tesoros inagotables de la sabiduria, del poder, del amor de todo un Dios?

Almas dichosas, devotos verdaderos de los sagrados corazones, mirad con atencion esas puertas que os abrió para el cielo no la lanza y el cuchillo, sino la saeta penetrante del amor divino: miradlas atentamente y entrad con la consideracion en lo mas recóndito de esa copiosa y deliciosísima fuente de todas las gracias: mirad bien y descubrireis lo que de ningun modo puede manifestaros mi lengua, ni orador alguno de este mundo por mas elocuente que sea. Ahí vereis y gozareis al mismo tiempo una dicha incomparablemente mayor que la que soberbios é imprudentes buscaron nuestros primeros padres, y cuyo deseo los precipitó en el abismo de todas las desgracias. Ahí se abrirán vuestros ojos y aprendereis una ciencia la mas sublime por cuyo medio llegareis á conocer hasta donde llega la dignidad de vuestra alma sin tomar ocasion para engreiros. Ahí adquirireis la sabiduria del mismo Dios en cuya comparacion es una ignorancia suma y grosera la ponderada ciencia de todos los filósofos. Ahí adquirireis la fortaleza del mismo Dios con la que triunfareis gloriosa y completamente no solo de los enemigos mas terribles del mundo, sino tambien de todo el poder del infierno. Ahí adquirireis el espiritu y la vida del mismo Dios, con los que de ningun modo pueden compararse el honor, la grandeza, la prosperidad, la gloria de todos los hombres y de los mismos ángeles. Ahí adquirireis, para decirlo de una vez, el amor puro y verdadero del mismo Dios, y con él las esquisitas dulzuras, los inefables consuelos, las inmensas riquezas, la apreciable inmortalidad, la bienaventuranza completa, la divinidad misma y la misma gloria del Señor.

Nada exagero, amados míos; nada os digo que no nos haya enseñado la verdad eterna; y esta misma nos dice que el amor de Dios es demasíadamente generoso y desinteresado. No hallaba de nuestra parte mérito alguno por el que pudiéramos exigir su amor, antes por el contrario no podia ignorar que por nuestro pecado solo eramos acreedores á su odio, á su indignacion, y á la severidad de su justicia inexorable; pero esto es pre-

cisamente lo que excita su compasion, su misericordia, su beneficencia. Nada espera, nada necesita de nuestra parte: su grandeza, su perfeccion y su gloria, que posee de un modo infinito, no pueden depender de nuestros obsequios y servicios; quiere, sin embargo, que le amemos porque solo amándole nos hacemos capaces de participar de su gracia y de poseer los inagotables tesoros de su gloria. Y será tanta nuestra miseria, tanta nuestra insensatez, tanta nuestra ingratitud que dejemos de amarle con el amor mas puro, mas afectuoso y ardiente? Ah! cuando considero esto despacio, al momento se presenta á mi memoria que sola una vez reclinó su cabeza el amado discípulo sobre el pecho amorosísimo de Jesus, y esto solo fué bastante para que por todo el discurso de su vida se sintiera en extremo abrasado del amor divino sin acertar á pensar en otra cosa, á hablar de otra cosa, ni á hacer otra cosa que amarle y procurar por todos los medios posibles que el mundo entero le amase, le sirviese, le adorase y promoviese su verdadera gloria. Y seria posible que vosotros que con tanta frecuencia, no solo estais reclinados sobre el pecho, sino internados tambien con la consideracion en los sagrados corazones, que son el centro y la oficina del casto amor; seria posible, digo, que vosotros dejárais de amar con todas vuestras fuerzas al Señor que os ama con tanto esceso?

Ah! cuando nuestro divino maestro nos imponia la obligacion de amar á nuestros enemigos, parecia darnos á entender que era como imposible dejar de amar á los amigos y bienhechores, mayormente cuando, obligados por la naturaleza y por el interés, los aman los gentiles, los ateos y hasta las mismas fieras. Qué cargos, pues, no tendríais que sufrir en el terrible juicio, si no amarais entrañablemente, de veras al Señor; si os contentárais con amarle de palabra, y no estuviera de acuerdo con las obras el amor que decís profesar á ese amantísimo y amabilísimo bienhechor, á quien debeis todo lo que sois, y de cuyo solo amor y benignidad esperais cuanto es capaz de desear vuestro codicioso corazon?

Pero yo haria una injuria á vuestra piedad si sospechara que no le amais, que no estais dispuestos á sacrificarlo todo en las aras de su amor; que no trabajais incesantemente á fin de conseguir que todos le amen; que no deseais con ansia desagraviarle de tantas ofensas, de tantas profanaciones, de tan horrendas injurias, de tan abominables blasfemias como en todas partes, á todas horas, y por todo género de personas se vomitan contra su adorable magestad. Cuándo insta mas el cumplimiento de la sagrada obligacion que jurásteis al pie de los altares al tiempo de ser admitidos en el dichoso seno de su religion santa? Cuándo podran ser mas agradables al Señor la accion de gracias, la publicacion de sus glorias, la vindicacion de su honor ultrajado, objetos todos dignos de esta piadosa congregacion? Cuándo seran mas interesantes los ejercicios de la verdadera caridad que puedan con una dulce violencia atraer á todos y cada uno de los hombres al ejercicio de esta sublime virtud en la que se hallan como en compendio todas las demas virtudes? Cuándo se os presentarán necesidades mas dignas de vuestra compasion, de vuestras lágrimas, de vuestras oraciones?

Clamad, clamad al Señor con las voces de un corazon puro y recto; clamad sin cesar y con todo el esfuerzo posible; clamad, bañados en lágrimas vuestros ojos, por tantos infelices que á todas horas profanan el nombre adorable del Señor prorrumpiendo y enseñando á prorrumpir á los inocentes parvulillos en blasfemias tan execrables, que una vez oidas hubieran horrorizado á nuestros piadosos antecesores hasta el punto de acabar con su existencia. Dad vosotros al Señor el culto que le niegan otros; amadle ya que otros no le aman. Si alguna vez advertís alguna tibieza recordad los motivos que teneis para amarle, y para dar por él mil vidas que tuviéreis; y no olvideis nunca la interesante promesa que nos hizo Jesucristo, y en la que he fundado esta exhortacion. El que me ama, dijo, será amado de mi padre y de mí mismo.

Concedednos, Dios mio, ese amor, ese amor mas precioso

que todos los bienes de este mundo; ese amor que tiene embriagados á los serafines; ese amor en que cifran sus esperanzas todos los justos de la tierra, y que hace las delicias de todos los bienaventurados del cielo. Dispensadnos una chispa siquiera de ese amor que respira en la mayor abundancia vuestro santísimo corazón y el de vuestra amorosa madre. Encended el nuestro con la llama que despidе, para que arda en deseo de amaros solo á vos, de serviros solo á vos, y de gozaros solo á vos para siempre. Amen.







PLATICA (1)

DEL

AMOR DE DIOS Y DEL PROJIMO.



EN QUÉ CONSISTA UNO Y OTRO.



*Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota anima tua, et ex omnibus viribus tuis, et ex omni mente tua: et proximum tuum sicut te ipsum.*

Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y de todas tus fuerzas, y de todo tu entendimiento: y á tu prójimo como á tí mismo.

*Luc. 10 v. 27.*

La religion no está reducida á solas esas prácticas exteriores que no pasan de ser unaş demostraciones de los sentimientos del corazón, porque si estos no se conforman en un todo con aquellas, todas nuestras exterioridades son un vano simulacro, una representacion falaz, una hipocresía verdadera, como tantas veces lo enseñó nuestro divino maestro y han repetido todos los

---

(1) Pronunciada en Segovia en la congregacion de los sagrados corazones.

fieles intérpretes de su doctrina. No creais por esto que yo reprobé vuestros ejercicios, al contrario, los apruebo porque sé que edifica seguramente al pueblo cristiano veros congregados con frecuencia en el templo del Señor, postrados ante las imágenes de los amantísimos corazones de Jesús y de María, y ocupados en publicar sus grandezas, en cantar sus alabanzas, en considerar sus glorias, y en dar á la oracion, á los sacramentos y á los ejercicios de misericordia el tiempo que busca el mundo con ansia para los intereses y placeres. Los apruebo con razon, y ojalá esta devocion se extendiera mucho mas! pero repito que no se limita á ellos solos la esencia de la religion.

Si descais saber cuál debe ser nuestra conducta para que sea sincera nuestra religion os diré en dos palabras, que debemos abrigar interiormente el mas profundo respeto, la sumision mas humilde, el amor mas acendrado, por cuyo medio protestamos la suma escelencia, el absoluto dominio de Dios sobre todas las criaturas, y nuestra entera dependencia y obediencia ilimitada á la mas leve de sus iusinuaciones; un reconocimiento de las singulares prerrogativas con que Dios tuvo á bien privilegiar á su bendita madre, y de las heróicas virtudes con que correspondió esta Señora á la predileccion que la manifestaba su hijo; y un deseo sincero, eficaz, verdadero de imitarlas en el modo posible.

Entremos ahora en cuenta con nosotros mismos; examinemos despacio cada una de estas circunstancias, y veamos si nuestro corazon abriga tan religiosos sentimientos. Reconocerá el dominio absoluto de que el Señor se halla revestido el siervo vil que le menosprecia, que viola sus leyes sacratísimas, que le ofende descaradamente, y que estima en mas la satisfaccion de sus pasiones desarregladas que el cumplimiento de los consejos y aun de los preceptos evangélicos? Qué juicio habrá formado de las sublimes virtudes de María Santísima el que las admira, las alaba y engrandece con las palabras, pero que en la práctica las desprecia, las reprueba y aun se mofa de ellas observando una conducta diametralmente opuesta á la de aquella purísima

Señora? Poca penetracion y discurso son necesarios para conocer la ficcion é hipocresía de semejantes cristianos; y aun el mundo ignorante no gradúa de hipócritas sus prácticas de devocion sino porque no estan por lo comun de acuerdo con las costumbres.

Ahora bien, toda la ley de Jesucristo está cifrada en la caridad. En su amantísimo corazon no podeis menos de ver escrita con letras de sangre la indispensable obligacion de amarnos mutua y sinceramente. Su corazon abrasado con el fuego de una caridad que escede infinitamente á todo encarecimiento, y comunicando en el mas alto grado el fuego del amor al corazon de su bienaventurada madre, nos dice con una enerjía verdaderamente divina, "todos los deberes del hombre están cifrados en la caridad." Dios quiere en realidad y espresamente manda que amemos á todos nuestros prójimos como debemos amarnos á nosotros mismos. Lo hacemos así? No quiero hablar de los odios, de las venganzas é injurias mas groseras de que os supongo exentos á todos; pero está nuestro corazon abrasado con el fuego de la caridad? Nos entristecen los males y llenan de alegria las prosperidades de nuestros hermanos? olvidamos las injurias, perdonamos las ofensas, profesamos un sincero afecto á los que, tal vez sin pensarlo y contra su voluntad, nos hicieron algun mal? Ya parece que os oigo decir que sí; que efectivamente no abrigais resentimiento alguno; mas qué indica la complacencia con que oimos si es que no nos atrevemos á publicar sus defectos? qué significa la incomodidad y disgusto que nos ocasiona todo cuanto hacen, las palabras ásperas, injuriosas acaso que les dirigimos; la acrimonia con que censuramos su conducta por mas criminal que sea; la tristeza que espirementamos al oir sus elogios, y lo poco que nos interesamos en su prosperidad? Diremos acaso que ofendiéndonos ofendieron á Dios, y que nosotros no les aborrecemos como hermanos nuestros sino como enemigos de Dios, ó que detestamos su pecado no su persona. Con qué sagacidad y astucia se conduce el enemigo de nuestras almas para

seducirnos. Y era su pecado mayor que los de todos los hombres, incluso el de Adán, el de Judas, el de los pontífices, el de los verdugos? pues por amor de estos está traspasado, exangüe y muerto el corazón divino de Jesús, y arde en deseos de su bien el corazón bendito de María.

Alegaremos por pretexto que muchas veces puede redundar en provecho del enemigo que le tratemos con alguna aspereza? porque también el Salvador usaba del látigo en algunas ocasiones. Pero ¡ay! nuestro divino maestro abrigaba una mansedumbre que desconocemos nosotros, y solo echaba mano del rigor cuando lo exigían las circunstancias. Cuando manifestaba tanta severidad por de fuera, su corazón no estaba menos lleno de amor y de dulzura; y nosotros por el contrario solemos tener la miel en los labios y el veneno en el corazón. Y aunque así no fuera, seremos tan insensatos que osemos poner en paralelo nuestro derecho, nuestra dignidad, con el derecho y la dignidad de Dios? la injuria que á nosotros nos irroga el enemigo con la que nosotros hacemos á Dios por la culpa? Solo pensar en ello debe llenarnos necesariamente de horror. Digámoslo de una vez: no, no es el celo, es la falta de caridad, es una oculta y refinada soberbia, es un desordenado amor de nosotros mismos quien nos inspira estos sentimientos respecto al ofensor; quien nos hace seguir la voz de la pasión y desobedecer á la ley; quien nos incita á saeudir el yugo de la dependencia y erigirnos en ídolo de nosotros mismos; quien nos impele á negar en nuestro corazón el homenaje que tributamos al Señor exteriormente.

Es una devoción farisáica la de aquellos que así se conducen, pues honran á Dios con los labios y le desprecian con el corazón. Y lo mismo digo con respecto á las demás virtudes cuyo objeto es rectificar el corazón. Las obras exteriores como que se dirigen á los demás hombres que son incapaces de oír otras voces: Dios atiende principalmente á los sentimientos del corazón. Aquí, en esta parte principal del hombre es donde quiere ejercitar con preferencia su dominio: esta parte nobilísima es

la que pide toda entera y exclusivamente para sí. Dándole íntegro el corazón; no prestando oídos jamás al amor propio que sin cesar nos inspira cavilosas interpretaciones acomodadas á nuestro gusto y especiosos pretextos con que dispensarnos del cumplimiento exacto de su voluntad soberana; anteponiendo siempre la fuerza y autoridad de la ley á nuestra satisfacción; por estos y otros medios semejantes le reconoceremos por dueño único y absoluto Señor de nosotros mismos y de toda la naturaleza criada; le miraremos á él solo como á Dios verdadero; le amaremos como á sumo bien; y nuestro culto tendrá todas las condiciones indispensables para ser religioso, espiritual y sincero.

Tratemos de aprender esta religion en la cátedra elocuentísima de los sagrados corazones de Jesus y de María. Examinemos atenta y detenidamente estos dos preciosos objetos, y los veremos siempre cerrados á los deseos de su naturaleza, y abiertos para la voluntad del padre celestial. *No se cumpla mi voluntad sino la vuestra*; hé aquí lo que, como suma de toda la ley, veremos escrito con los caracteres mas indecibles en el de Jesus; y esto cuando se trataba de morir el justo por los culpados, Dios por los hombres: en el mismo veremos aquella ingénua caridad con que pide el perdón y disculpa el delito de sus enemigos mas encarnizados enseñándonos por este medio el modo de conducirnos con los nuestros. En el de María veremos aquella incomparable espresion de humildad, *ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum*: aquí está Señor vuestra sierva, hágase en mí segun tu palabra; y veremos aquella caridad con que ofrecia su mismo hijo al eterno padre por la salud de los hombres. Venid á esta escuela y traed á ella á vuestros hijos y criados, contribuyendo á que segun se comunica de los padres á los hijos la perniciosa costumbre de profanar los dias festivos con los excesos de la intemperancia, de la embriaguez, de la vanidad, del lujo y de los desórdenes que son consiguientes á estos vicios y que tanto contrarían á la verdadera caridad, se propague la afición á estos ejercicios espirituales. Acaso sin necesidad de otras



pruebas quedaríamos todos convencidos de que la religion lejos de impedir la felicidad en la tierra es la única que puede proporcionárnosla. Inspirad, repito, estos devotos sentimientos á vuestros hijos, á vuestros hermanos, á vuestros amigos y aun á vuestros enemigos, que ellos y vosotros reportareis un dia los mas copiosos frutos. Amen.







## PLATICA SEGUNDA (1)

DEL

### AMOR DE DIOS Y DEL PROJIMO.



COMO DEBEMOS AMAR Á UNO Y OTRO.



*Finis præcepti charitas de corde puro.*

El fin del mandamiento es la caridad de corazón puro.

1 *Timoth. cap. 1. v. 5*

**H**abiéndose tomado de improviso la determinación de que yo dirija á VV. estas exhortaciones, y no teniendo en medio de mis muchas tareas mas tiempo para prepararme á ellas que los pocos momentos que en el mismo dia puedo robar á los demas negocios de igual ó mayor interes espiritual, no me ha sido posible coordinar las materias, ni fijar un plan metódico cuyo desempeño sería menos incómodo para VV., menos difícil para mí, y de mayor utilidad para unos y otros. En aquel caso me hubie-

(1) Dirigida á las Hijas de la Caridad de Segovia.

ra propuesto manifestar á VV. sus principales obligaciones, y exhortar á su cumplimiento hablando de las virtudes mas apropósito, y persuadiendo la necesidad de su práctica. Yo supliria gustoso este defecto compendiando en una sola exhortacion todas estas materias; mas no siendo esta empresa tan fácil de ejecutar como de concebir, lo haré en el modo que lo permita la cortedad de mis talentos y la debilidad de mis fuerzas, citándome particularmente á una virtud en que estan comprendidas todas las otras: tal es la caridad.

El fin de la ley, dice el Apóstol, es la caridad. El fin de los ejercicios espirituales, dicen todos los teólogos místicos que los aconsejan, es la caridad. Y el fin de la santa congregacion á que para gloria de Dios, para utilidad de la humanidad doliente, y santificacion de sus almas tienen VV. la dicha de pertenecer, es indudablemente la caridad; esta virtud preciosa, y como la reina de todas las demas que se las ha dado por divisa al ser agregadas á este santo instituto. En el amor de Dios y del prójimo, dice Jesucristo en el evangelio, está cifrada toda la ley antigua y la nueva. El que sabe amar á Dios cumple con exactitud los deberes que le impone la religion; y el que sabe amar á su prójimo desempeña fielmente todas las obligaciones que le imponen la razon, la naturaleza y la sociedad.

Amar á Dios; qué ejercicio tan santo, tan delicioso, de tanta utilidad! Cumplir los deberes que la religion prescribe; qué ocupacion mas agradable, mas dulce y provechosa! Miserablemente alucinados los amadores del mundo temen perder el tiempo si le consagran á la oracion y demas actos de esta sublime virtud: reputan este ejercicio por el mas árido, desabrido é insípido. Infelices! si llegarán una sola vez á gustar las delicias del espíritu; si esperimentáran las dulzuras inefables con que embriaga el Señor en la oracion á sus amigos cuando lo tiene por conveniente..... Oh! trasportados al cielo los mortales por una especie de prodigio ven al omnipotente sentado en el sόlio de su gloria: contemplan como atónitos su magestad y grandeza, su po-

der y justicia, su amor y su bondad: mezclados con los ángeles y serafines cantan las alabanzas del cordero celestial; se le acercan, le adoran, se arrojan en su amoroso seno, se embriagan en el torrente de sus mismas delicias; se aseguran de su amor, le juran una fidelidad eterna; y en retorno se atraen un raudal copiosísimo de gracias, de tesoros y bendiciones. De allí les viene la resignacion en los trabajos, la fortaleza en los peligros, la victoria en las tentaciones, la humildad en las prosperidades, la perseverancia en la virtud, y la paz inalterable del espíritu que los miserables mundanos buscan con ansia en todas partes sin que en ninguna puedan encontrarla.

Me engaño, hermanas mías? no lo experimentan VV. así en sus meditaciones cotidianas? Si la humildad las detiene para confesarlo, la gloria de Dios, decía el arcángel Rafael á Tobias, exige el sacrificio de que se publiquen estos secretos. El silencio, el rubor..... Qué! será posible, Señoras, que no haya demostrado á VV. una continua esperiencia lo mismo que sin la menor práctica aseguro yo con tanta confianza? Ay! si así sucediese, yo temería con sobrado fundamento que no llevaban VV. á la oracion las debidas disposiciones; que no conservaban en ella el espíritu, la atencion, la humildad, el recogimiento de sus sentidos y potencias; que no iban á esta interesante práctica conducidas solo por la religion, y si por algun otro motivo humano; y finalmente que discurriendo sus entendimientos y voluntades por la tierra en busca de las criaturas, obligaban al Señor á ocultarlas su afable rostro y privarlas de sus inefables delicias. Bien se que estas no se conceden á todos aunque se preparen con la mas esquisita diligencia, y aunque pidan con lágrimas y lleguen á conseguir una atencion continuada y fervorosa; pero si la misericordiosa providencia del Señor los priva de estos consuelos, su justicia los proporciona otros acaso mas apreciables y sólidos.

Si VV., hijas mías, aman de veras al Señor, y se aman á sí mismas, aqui en la oracion es donde han de manifestarlo. Cuidado con perder el tiempo mas precioso. El enemigo ofrece-

rá continuamente á la imaginacion de cada una objetos que la distraigan; pero VV. deben tener siempre presente que quien los ofrece es un enemigo, y que por tanto asi este como aquellos deben ser repelidos con desprecio, con ligereza, con eficacia. Su objeto es atraer sobre VV. la maldicion de Dios fulminada contra todos los que se ocupan con negligencia en los ejercicios de su religion, y hacer infructuosas sus oraciones, pues que el mismo Jesucristo que asegura en el evangelio que se nos concederá seguramente cuanto pidiéremos á su eterno padre en la oracion, nos dice en el mismo que muchos frecuentan la oracion y nada alcanzan en ella por no pedir como deben. Por tanto si VV. aman como deben al Señor nada les interesa tanto como su gloria, y nada podrá serles tan agradable como su amor.

118 Pero amando de veras al Señor no puede menos de amarse tambien á los prójimos que son imágenes de Dios; que son amados de Dios, y que Dios quiere que sean afectuosamente amados de nosotros. Supérflua parece desde luego semejante advertencia para las Hijas de la Caridad, para unas Señoras que han sacrificado con imponderable generosidad cuantos bienes y comodidades pudieran disfrutar en el mundo, y que estan esponiendo continuamente su vida por el amor de las personas menos amables á los ojos de los hombres. Con efecto, sería hacer á VV. una injuria solo imaginar que no aman entrañablemente á los miserables por cuyo servicio se han sacrificado; pero (permítaseme hacer esta pregunta) se aman VV. igualmente unas á otras?

Objeto era este demasiado acreedor á un detenido exámen, y digno de ser tratado con la mas esquisita diligencia; sin embargo, diré lo que permita la brevedad del tiempo. La caridad, dice el Apóstol, es paciente y benigna: no es envidiosa, precipitada ni soberbia: no es ambiciosa: no busca su propia utilidad: no se mueve á ira: de nadie sospecha ni juzga mal: cree y espera todo lo bueno de sus prójimos: sufre sin alterarse todas sus incomodidades, sus defectos, su condicion y hasta sus injurias: la cari-

dad, en una palabra, nos hace entrar á la parte de todos los bienes y males de nuestros prójimos, y conducirnos con ellos del mismo modo que en iguales circunstancias deseáramos que se condujesen con nosotros.

Este, Señoras, es un espejo sumamente fiel, como fabricado por la sabiduría infinita del Señor: mírenle VV. con atención, con imparcialidad, con despacio, y digánme ingénuamente si todas se hallan retratadas en él. Qué dicha para VV., y qué satisfacción para mí si así sucediera! pero yo no se que recelo me inquiete, no se que ligera nube ofusca mi placer. No quiero entrar en pormenores, porque para el ministerio que ejerzo son muy nocivas las personalidades; fuera de que yo las detesto como diametralmente opuestas á mi carácter, y sentiria fomentar por mi imprudencia el vicio mismo contra el que estoy al presente declamando. En obsequio de la verdad no puedo menos de decir que en esta santa casa son enteramente desconocidos los odios, los rencores, las enemistades, el espíritu de la discordia, que tantos males causan en otras sociedades; pero me interesa demasiado el bien de todas y cada una de VV. para dejar de procurar por todos los medios posibles que su caridad sea perfecta, y no se que es lo que advierto que me hace dudar si esta virtud tiene aqui toda la perfeccion que debia. El asunto es muy delicado: las consecuencias de mucho interés. El mismo Apóstol al describir los caracteres de la verdadera caridad asegura que sin ella la fé mas firme, la sabiduría mas admirable, los dones todos con que nos haya enriquecido el autor de nuestra naturaleza son inútiles: que aunque hiciéramos los milagros mas asombrosos, y aunque como los mártires nos arrojáramos en medio de las mas voraces llamas, de nada nos serviria faltándonos esta excelente virtud. El Salvador nos dice en el evangelio ( Matth. 5. vv. 23 et 24. ) que si al acercarse al altar alguno para presentar sus ofrendas, se acordare de algun resentimiento contra su hermano, se retire sin ofrecer, busque á su hermano, y se reconcilie con él de corazon; y que solo despues de practicar todas

estas diligencias se le permita llegar á ofrecer las víctimas para los sacrificios. VV. se acercan con mucha frecuencia á un altar sin comparacion alguna mas santo, no con el objeto de ofrecer sino de recibir el testimonio y la prenda del amor y de la caridad mas infinita, el vínculo de la mas íntima union, el símbolo de la paz y de la concordia mas inalterable, todo un Dios que generoso da su cuerpo y sangre, su alma y divinidad en alimento á los hombres aunque sean sus mayores enemigos. Si la llama de aquella caridad divina no abrasa el pábulo de la envidia, no consume el incentivo de la discordia y del resentimiento; si aun queda en el corazon algun leve vestigio de desafecto, de indiferencia; si no enciende en los pechos de VV. la caridad mas íntima, mas eficaz y poderosa, de nada servirán mis palabras; estas son un hielo comparadas con aquella.

Por las entrañas de Jesucristo encargó á VV. que al recibir tan saludable alimento del alma reflexionen detenidamente lo que aquel divino maestro nos encargó al instituir este sacramento. *Mandatum novum do vobis*; nos dijo á todos en persona de los apóstoles, *ut diligatis invicem sicut dilexi vos*. Quiere y manda expresamente que nos amemos como él nos ama. Qué mas puedo decir para excitar á VV. á la perfeccion de la caridad? Que nos amemos como él nos ama! Y solo su amor le condujo á las privaciones, á los tormentos, á las afrentas, á la muerte mas ignominiosa! Para amarnos, pues, como él nos ama, es indispensablemente necesario amarnos con toda perfeccion, con un amor puro y desinteresado, con un amor que escluya hasta el mas leve indicio de indiferencia. Huya para siempre de entre VV. todo lo que no sea caridad: no quieran hacer infructuosas esas obras de caridad para con los enfermos que tanto admiran los hombres en la tierra y que tan agradables son á Dios en el cielo.

Practiquemos en toda su perfeccion la virtud de la caridad: amemos á Dios sobre todas las cosas y al prójimo por Dios: cumplamos con exactitud los deberes que nos impone la religion, y



del mismo modo los que nos imponen la razon, la naturaleza y la sociedad. Este es el fruto que deben VV. sacar de estos ejercicios espirituales; purificar sus almas hasta de las mas leves manchas que puedan afeartas. En qué se distinguirían VV. del comun de los cristianos sino aspiraran á profesar las virtudes cristianas en un modo mas perfecto? Y cómo se harán acreedoras justamente al glorioso título de Hijas de la Caridad si no practicasen esta virtud con relacion á todos sus objetos? Fuera de que este es el medio seguro de agradar á Dios, y de atraerse su amor, su benevolencia, su gracia y su gloria. Amen.



PLATICA (1)

# DE LA DEVOCION.

## ESENCIA DE LA DEVCCION.

*Hæc oportuit facere, et illa non omitere.*

Esto era menester hacer y no dejar lo otro.

*Matth. 32. v. 23.*

**U**n medio seguro de atraernos la gracia del Señor, de acrecentar el mérito en su divina presencia, y de hacernos acreedores á su gloria es la devocion. Por esto ha sido tan recomendada en todos tiempos, en todas partes, y de todos los sábios en la ciencia de la religion; pero la debilidad, la ignorancia, el amor propio de los cristianos que quisieran hallar un medio de conciliar á Dios con el mundo, de servir á sus pasiones sin desagradar al Señor, y de ganar el cielo sin privarse de las satis-

(1) Pronunciada en Segovia en la congregacion de los sagrados corazones.

facciones pecaminosas que provocan sus iras; estos devotos, digo, cambiando las ideas de las cosas pretenden unir la virtud con el vicio, y la santidad con el pecado. Ellos nos ponen de manifiesto los sublimes elogios que los PP. todos han hecho de la devocion, y concluyen de aqui que todas las almas devotas pueden y deben vivir en cierto modo seguras de su salvacion.

Ni yo pretendo, ni Dios permita que diga lo contrario; sería reo de lesa magestad divina si pretendiera retraer á una sola alma de la práctica de la verdadera religion; pero sería infiel al ministerio sagrado de que sin mérito alguno de mi parte, y solo por una gracia del Señor me veo condecorado, si tratara de adormecer al pecador persuadiéndole á que unas prácticas que no rectifican el corazon puedan hacer su suerte feliz por toda una eternidad. Para poder, pues, ó fundar nuestra esperanza, ó procurar nuestro desengaño es preciso fijar el significado de la palabra devocion.

No consiste el ser devoto en frecuentar los templos, en asistir á las solemnidades religiosas, en entregarse por mucho tiempo á la oracion, en incorporarse en muchas hermandades ó congregaciones espirituales, ni aun en acercarse á menudo al tribunal de la penitencia, y al adorable sacramento de nuestros altares: todos estos son medios muy buenos, de mucha eficacia, muy apropósito para conseguir la verdadera devocion, mas no consiste en solos ellos. Los templos se ven por desgracia frecuentemente llenos de abominaciones; raro es el pecador que no recurre diariamente y acaso con una necia confianza y sin el menor fundamento al auxilio de la oracion vocal; los sacramentos se profanan, y el alma que se acostumbra á recibirlos con mas frecuencia que preparacion convierte sin advertirlo en mortal veneno el alimento de la vida, y se dá una desventurada muerte con las medicinas instituidas para proporcionarla la salud.

El mundo, sin embargo, llama devotos á los que así se conducen. Es verdad que lo son en cierto modo, porque se han dedicado, acostumbrado, y en alguna manera consagrado á la

práctica de ciertas obras espirituales y religiosas; mas considerando la devoción verdadera, según con Santo Tomás de Aquino lo declaran unánimes los sábios, en una intención decidida, en una voluntad dispuesta siempre á emplearse con alegría y prontitud en cuanto entendamos ser del agrado del Señor, claro es que ninguno de aquellos que no detestan y evitan la caída en el pecado, que no mortifican y resisten continuamente á sus pasiones, que no procuran con eficacia arreglar y conformar su vida con las máximas santas del evangelio; claro es, digo, que ninguno de estos debe llamarse con propiedad devoto, porque su voluntad no conviene con la voluntad de Dios que positivamente ama y quiere que todos hagamos siempre lo bueno; aborrece y nos impone á todos la obligación de apartarnos de lo malo: *diverte à malo et fac bonum*; porque, finalmente, no está resuelto con firmeza á emplearse en aquellas cosas que sabe ser del agrado de Dios, puesto que sirve á sus mayores enemigos, y se ejercita en lo único que le disgusta y ofende cual es el pecado.

Las que llamamos devociones particulares son medios muy apropiados para conseguir la devoción verdadera; porque ya tengan por objeto algún misterio, ya los héroes de la religión que sobresalieron en esta vida en la práctica de la sólida virtud; ya llamen poderosamente nuestra atención hácia los atributos de la divinidad, hácia las obras mas admirables del poder, de la providencia, de la misericordia divina, y hácia las demostraciones palpables de aquel amor infinito que quitan la libertad á quien las considera para dejar de amar á un Dios que con tal exceso nos ama; ó ya nos ponga á la vista el ejemplo de aquellos Santos que mas se esmeraron y que mayores sacrificios hicieron por agradar á su criador, y el inmenso cúmulo de gracias, de bendiciones y felicidades con que les ha remunerado, les remunera y les remunerará eternamente; de cualquiera de estos modos excitan nuestra emulación y nos colocan en una especie de necesidad de imitarlos. Pero este estímulo parece como característico de la devoción á los sagrados corazones de Jesús y de María.

En ellos se nos representan con extraordinaria viveza, se nos hacen palpables todas las perfecciones divinas, todos los misterios de nuestra adorable religion, las inefables finezas del amor divino, el modelo mas completo de todas las virtudes, y el infinito galardón que nos anima para emprender las obras y los sacrificios que deben acompañar á su ejecucion. Allí brillan con especialidad la sabiduría, el poder, la caridad, la providencia, la justicia, la misericordia del Señor, y proporcionalmente las mismas virtudes de su madre santísima. Allí se palpa la economía infinitamente sabia del omnipotente en orden á la salud de los hombres; el incomprendible misterio de la redencion, salvacion y glorificacion del género humano, á vista del abatimiento, de las ignominias y de la muerte del mismo Dios. Allí la meditacion, el culto, las oraciones que les dirigimos nos presentan en el corazón de María aquella prodigiosa expresion de la humildad: "hé aqui la esclava del Señor; hágase como el Señor lo tiene dispuesto;" expresion que llenó al mundo de consuelo, al cielo de regocijo, al infierno de terror, á los pecadores de esperanza y al universo todo de felicidad; y en el de su divino hijo todas aquellas palabras que demuestran que tan inocentísimo corazón se abre voluntariamente para todas las amarguras y penas para que se abrañ los nuestros á las dulzuras de la gloria; aquella inefable resignacion y conformidad con la voluntad de su eterno padre con que el mas inocente de los hombres, sin prorrumpir en la menor queja, sin oponer excusa alguna, carga sobre sí la pena á que se habian hecho acreedores todos los culpados, y como un manso corderito se deja conducir, ó mejor dicho, camina por sí mismo al lugar del sacrificio; toma en sus benditas manos el amargo caliz de la pasion, y apurando hasta la última gota de sus heces aun queda sediento de trabajos, de afrentas y sacrificios que proporcionen la vida á todos los mortales.

En aquella corona cruel que con sus agudas espinas rodea y penetra por tantas partes su delicada cabeza, nos representa el fiero dolor con que atormenta su corazón amantísimo la pérdida

de nuestras almas por el pecado, y los tormentos intolerables que tiene preparados su inexorable justicia á los infelices pecadores que no se acojan á su debido tiempo al sagrado de una condigna penitencia, y cual es el camino que despues del naufragio de la culpa ha de conducirnos al puerto de la salud y á las delicias de la gloria. Allí vemos grabado con suma perfeccion y claridad lo que nos dejó escrito por mano de un apóstol; á saber, que para tomar el unigénito de Dios la posesion de la bienaventuranza, fué necesario que precedieran las afrentas y los dolores de la pasion, y las agonías de la muerte.

En vista de esto, habrá todavía pecadores tan temerarios que pretendan subir al cielo por un camino sembrado de flores y placeres, siendo ellos los que con sus culpas hicieron brotar á la tierra los abrojos y las espinas? Y habrá cristianos tan insensatos que rehusen las amarguras de la penitencia y los trabajos de la mortificacion? y de hacerlo asi, tendrán aun la osadía de llamarse devotos, y de creerse por la práctica de su aparente devocion con derecho á los premios y frutos de la devocion verdadera? Bien funesta seria en verdad semejante creencia.

No permita Dios que la abriguemos nosotros en nuestro corazon! Si la soberbia de los hombres mundanos hace que miren con horror las humillaciones, los abatimientos, los desprecios, los sacrificios que necesariamente lleva consigo la práctica de una vida devota, mortificada y cristiana, vosotros que por la gracia del Señor sois llamados á este dichoso género de vida, gloriaos con el Apóstol en la tribulacion; alegraos en los trabajos; honraos en las ignominias; leed sin cesar en el libro instructivo de los sagrados corazones y no hallareis en él leccion mas repetida, mas inculcada, mas interesante que la de imitar su conducta; la de estar dispuestos siempre á hacer la voluntad del padre eterno, á conformar con ella nuestros deseos. Y puesto que en esto consiste la verdadera devocion conformaos siempre con la providencia si quereis ser felices para siempre. Amen.





# PLATICA SEGUNDA (1)

## DE LA HUMILDAD.

DE ELLA DEPENDE LA OBEDIENCIA.

*Humiliavit semetipsum factus obediens usque ad mortem.*  
Se humilló á sí mismo, hecho obediente hasta la muerte.

*Philip. 2. v. 8.*

**D**ije el dia pasado, y repito con sinceridad y sin adulacion que estoy persuadido á que por lo general se observa con bastante exactitud el voto de castidad en las comunidades de religiosas, pero que no es esto suficiente por sí solo para santificarse en la presencia de Dios. Los necios adoradores del mundo y esclavos miserables de sus pasiones tienen por imposible el resistir con firmeza los poderosos y halagüeños estímulos de la carne. Miserables! no pudieran demostrar mas completamente su falta de conocimientos saludables en la materia, y la vileza con que han hecho

(1) Dirigida á las Hijas de la Caridad de Segovia.

á su alma esclava de un cuerpo tan grosero y estúpido como el del insecto mas despreciable de la tierra, siendo ella tan noble como los ángeles del cielo. Si yo tratara de convencer á aquellos infelices, sobre el argumento irresistible que los hace San Juan Crisóstomo fundado en las palabras con que nos exhorta Jesucristo á conservar íntegra la pureza virginal, los remitiria á la feliz experiencia de tantas vírgenes consagradas á Dios que acaso jamás sintieron el menor estímulo, la mas leve inclinacion á unos placeres tan abominables; ó que si alguna vez llegaron á sentirlo, horrorizadas á vista del peligro, armadas con el escudo de la fé, pelearon intrépidas hasta conseguir de su enemigo la mas completa victoria. Les haria comparar el tedio, la inquietud, el remordimiento con que les atormenta su conciencia en medio de sus hediondos deleites, con la paz, con el gozo, con la dulce satisfaccion que experimenta una alma pura cuando á fuerza de mortificaciones, austeridades, abstinencias y oraciones triunfa completamente de sataná. Mas no es este el objeto de que me propongo hablar á esta venerable congregacion: no quisiera de modo alguno cooperar con alguna indiscrecion al fomento de otro vicio no menos terrible; al del orgullo, al del envanecimiento que pudiera proporcionar al enemigo una victoria mas segura: por el contrario, deseo hacer á VV. amable y deliciosa la práctica de la humildad, que debe ser el móvil y la causa de la obediencia que VV. han jurado en su profesion.

Algo mas difícil es adquirir y conservar esta virtud que la de la castidad. Es sin comparacion alguna mas sagaz, más disimulado, mas fuerte el enemigo cuando nos acomete por este lado. El orgullo se disfraza, se oculta bajo el velo de la mas sublime de las virtudes: para descubrir y evitar las asechanzas es necesaria una vigilancia incesante, una precaucion la mas esquisita. Por lo mismo es del mayor interés, de la mas indispensable necesidad que trabajemos, que oremos, que lo sacrifiquemos todo por conseguirlo. La victoria es seguramente la mas gloriosa.

Para que podamos penetrarnos de una verdad tan importan-

te debemos subir hasta encontrar el origen verdadero de estas instituciones. Apenas el hombre sale del abismo de la nada por un puro efecto de la bondad y beneficencia del criador cuando al contemplar la dignidad, la nobleza, la perfeccion de su naturaleza incomparablemente superior á la de todas las criaturas materiales, y la sublime cualidad de hijo predilecto del mismo Dios y heredero de su reino á que le habia elevado el Señor por su gracia, debiera postrarse en su adorable presencia con el mas profundo respeto y con el reconocimiento mas humilde, y no contentándose con reconocer su divinidad y tributarle sus obsequios, protestar y obligar á todas las criaturas á que reconozcan y confiesen el poder infinito, la suma bondad, el cúmulo inmenso de perfecciones de que se halla revestido, y el absoluto dominio que ejerce sobre todo lo criado; cuando asi debiera conducirse, digo, desgraciadamente seducido por el espíritu de la soberbia se ocupa solo en contemplar su propia grandeza, y envanecido con ella, olvida la mano bienhechora que se la ha dispensado; se llena de orgullo sin tener presente que nada ha podido merecer; se cree con un derecho de justicia á una exaltacion mucho mayor; tiene por indecorosa y muy agena de su perfeccion toda dependencia; sacude temerario el yugo; se rebela contra el omnipotente; quiere ser en un todo igual á él, y con una soberbia verdaderamente diabólica se niega insolente á obedecer un solo precepto que su Dios tuvo á bien imponerle.

Este es el único principio de todas las miserias á que vivimos sujetos; el hambre, el dolor, la enfermedad, la muerte, la ignorancia, la guerra de las pasiones, los pecados, el infierno, todo es efecto desventurado de aquella soberbia con que el hombre se atrevió á negar á su Dios y Señor la obediencia que le debia. Infeliz! quiso igualarse al omnipotente, y el omnipotente para confundir su desmedido orgullo le hizo súbdito, inferior, esclavo de las criaturas mas viles; y lo mas deplorable es que quedó completamente despojado de las fuerzas y de los medios para poder recobrar su perfeccion antigua. Su desgracia hubie-

ra sido absolutamente irremediable si el Dios de las misericordias compadecido de él no hubiera determinado por un puro efecto de su infinita bondad sacarle del profundo abismo en que por su culpa se habia sumergido. El mismo Dios á quien tan alevosamente habia injuriado, le ofrece y proporciona el remedio mas eficaz contra todo género de males. Pero de qué medios se vale al efecto?

Ahora, Señoras, es cuando desearia yo hallarme adornado del espíritu de un ángel para poder hablar con toda la enerjia que exige un asunto en que tanto se interesa nuestra felicidad. Para hacer al hombre feliz elige Dios, como sabio en sumo grado, un medio diametralmente opuesto al que habia empleado Lucifer para someter al hombre á su despótico imperio y hacerle esclavo de todas las miserias. Este desventurado padre de la mentira le inspiró el orgullo y la soberbia mas abominable. Engreido el hombre pretende igualarse al mismo Dios, hacerse semejante á él; y Dios le confunde humillándose hasta el extremo de hacerse no solo semejante, sino igual, una misma cosa con el hombre. El hombre se desdeña de someterse y prestar su obediencia al Dios todopoderoso que le ha criado; y Dios hecho hombre obedece sin la mas mínima repugnancia á su eterno padre y aun á los hombres. El hombre orgulloso se resiste, absolutamente se niega á cumplir un precepto el mas razonable, el mas justo, el mas fácil; y Dios humillado se presta con la mayor resignacion y docilidad á cumplir una ley, la mas absurda, la mas injusta, la mas repugnante á nuestro modo de pensar. Para sacar al hombre de un error que tanto le perjudicaba, cuanto fué mas profunda la humildad y mas humilde la obediencia del unigénito de Dios, tanto mayor fué la gloria y el honor á que le ensalzó su eterno padre.

Viendo nuestro divino maestro con su sabiduría infinita, y palpando por su propia esperiencia los interesantes y extraordinarios efectos de la humildad profunda y de la mas ciega y exacta obediencia, procuró por todo el tiempo de su vida exhor-

tar con las palabras y con el ejemplo á su observancia, y con tan buen éxito, que la mayor parte de los primeros cristianos se resolvió á practicarla con toda la perfeccion posible. Ojalá que imitáramos nosotros aquel modelo! no contentos con observar escrupulosamente cuanto se les mandaba se obligaban ellos mismos á poner por obra las mas leves insinuaciones, los meros consejos que el evangelio da á cuantos quieran aspirar á la perfeccion, sin pretender obligar á alguno á cumplirlos.

Hé aqui, Señoras, el origen, el compendio, la suma de la vida monástica á que han tenido VV. la dicha de ser llamadas por el Señor. Toda ella está cifrada en la humildad y en la obediencia que son como sus polos. Todo su objeto es precisamente contrariar la conducta orgullosa de Adán pecador, y tomar por modelo la de Jesucristo que es el santo de los santos, el santo por esencia: privarse del todo el hombre de obrar con arreglo á la voz de su apetito, renunciar á las satisfacciones y placeres de la carne y negarse á seguir su propia voluntad, pues que por obrar de otra suerte nuestros primeros padres se atrajeron sobre sí y sobre todos sus descendientes los enormes perjuicios y las tremendas desgracias que al presente deploramos; y finalmente someterse ciega y completamente á la voluntad de Dios, ya les hable por sí mismo, ya por medio de los superiores en quienes ha depositado una parte de su autoridad, que es lo que elevó á Jesucristo al supremo grado del honor y de la gloria, y se comunica en la debida proporcion á todos cuantos se decidan á seguir el ejemplo de este maestro celestial. El sacrificio es costoso y duro, y lo mas árduo y difícil que se conoce. Despojarse el hombre de la mas noble prerrogativa que ha recibido de la naturaleza! renunciar aquel don precioso de la libertad en que excede á todos los brutos, es igual á todos los ángeles, es semejante al mismo Dios! ponerse á sí mismo la dura ley de contradecirse, de violentarse, de sufocar todos sus sentimientos, y de obrar contra sus mas poderosas, aunque inocentes inclinaciones por obedecer la voz de su superior que muchas ve-

ces parece no tener otras miras que las de mortificar y contradecir á la voluntad del súbdito! Es muy duro, repito, pero es indispensable; es absolutamente necesario. Esta es la esencia toda de la vida religiosa. En el momento mismo en que consagrándose á Dios hace uno el voto de obediencia, consuma el sacrificio completo, queda para siempre despojado de su libertad sin poder usar de ella para otra cosa que para obedecer con mérito. Si al súbdito se le resiste la práctica de una obediencia tan ciega, si le parece impracticable ó muy difícil lo que se le manda por las leyes ó por el superior, mire con atención á nuestro amantísimo Jesus en el huerto de las olivas, postrado en tierra con la mayor consternación, cubierto su rostro y todo su cuerpo con el sudor copiosísimo de sangre que le arranca la sola consideración del sacrificio que se le exige, colocado en una mortal agonía como si creyera insostenibles los tormentos de la pasión; y escuche al mismo tiempo la humilde, pero fervorosísima súplica que dirige á su eterno padre por aquellas memorables palabras: *pater mi, si possibile est, transeat à me calix iste*: padre mio, si es posible dispénsame de cumplir un precepto cuyas consecuencias me horrorizan, siendo tal que solo su recuerdo me pone á punto de perder la vida; si es compatible con tu justicia y misericordia no me obligues á padecer una muerte tan afrentosa como inhumana.

He aquí lo único que es permitido al súbdito en aquellos casos en que el cumplimiento de la ley le parece superior á sus fuerzas, nada conforme á la razón ó á la justicia, y aun perjudicial á su estado. Se le permite, digo, esponer con sencillez pero con humildad los motivos que juzga suficientes para eximirle de la obligación de cumplir la ley; mas si oidas sus razones por el superior, este no cede, no le queda otro recurso que someterse respondiendo como el mayor de los maestros: *non quod ego volo*: no se haga mi propia voluntad, sino la del superior que me manda en nombre del mismo Dios. El súbdito debe tener una segura confianza en el Señor en quien ni cabe



la menor ignorancia, ni la mas leve malicia, ni el mas pequeño vicio de la aceptacion de personas.

Sí, hijas mias; pongan VV. en Dios toda su confianza. No puedo persuadirme á que los superiores impongan á VV. leyes injustas, perjudiciales, imposibles; mas si por desgracia asi sucediese, no por eso hay que desmayar que el Señor las dará fuerzas, cargará sobre aquellos esa tremenda responsabilidad á que han de responder un dia, y aunque sea á fuerza de milagros hará que no se lleve á efecto lo mandado. Un ángel del cielo bajaria si asi lo exigiesen las circunstancias, como sucedió para impedir el golpe mortal que el patriarca Abran iba á descargar sobre su inocente hijo por obedecer al Señor que le habia mandado sacrificarle. Pero repito que esto no es de temer pues los superiores descan el acierto y se dirigen á Dios en sus disposiciones. Encargo, pues, á VV. la práctica de la humildad como el fundamento de la obediencia, y como indispensable para las demas virtudes cuyo ejercicio ha de hacerlas preciosas á los ojos del Dios omnipotente.





## PLATICA PRIMERA (1)

# DE LA HUMILDAD.

SU ESENCIA, Y SU PREMIO.

*Humiliavit semetipsum.... propter quod et Deus exaltavit illum.*  
Se humilló á sí mismo..... por lo cual tambien le ensalzó.

*Philip. 2. vv. 8 et 9.*

Cada vez que tengo que hablar á esta piadosa confraternidad, que tan graciosamente me ha honrado admitiéndome por uno de sus miembros, me veo confuso y lleno de perplejidades para elegir el asunto de que he de tratar. No sé si os hable como á pecadores obstinados, como á unos cristianos que empiezan á gustar la devocion, ó como á unos devotes ya perfectos. No sé si os exhorte al odio del vicio, á la práctica de las máximas saludables de la perfeccion, ó á la perseverancia en los ejercicios de la vida devota. Es difícil el acierto. Yo quisiera un asunto de que

(1) Pronunciada en Segovia en la congregacion de los sagrados corazones.

todos pudierais sacar algun provecho; y para ello pienso hablaros de una virtud de que todos tenemos tanta necesidad; de una virtud que es como el fundamento de todas las demas; de una virtud tan delicada que muchas veces se disminuye, se marchita, se deshace y acaba en la práctica misma de las otras virtudes: de la humildad sin la que ni puede haber penitencia, ni justicia, ni perseverancia.

Ya veis cuánta utilidad puede resultaros si prestaís atención á mis palabras y si aprovechais los preciosos documentos que en ellas se contienen.

No creais que la humildad consiste en ciertas exterioridades de obra ó de palabra. No somos humildes porque bajemos la cabeza y los ojos, porque nos postremos en presencia de los superiores y manifestemos en general que somos pecadores indignos de la vida: estos suelen ser á las veces los medios viles de que nos valemos para atraer hácia nosotros la estimacion, los elogios y el buen concepto de nuestros hermanos, en cuyo caso es una soberbia tanto mas perjudicial cuanto mas oculta. La esencia de la humildad está en que cada uno forme de sí mismo un concepto verdadero y justo. Para ser humildes debemos separar la consideracion de las prendas ó cualidades que nos adornan, y fijarla solo en nuestro mérito. No hemos de considerar sino lo que somos, lo que tenemos de nuestra propia cosecha, por decirlo así, y lo que debiamos ser atendida nuestra culpa. Para ser humildes es necesario persuadirnos con sinceridad que, todo cuanto bueno hay en nosotros nos ha venido de la mano generosa de un Dios que nada nos debe, y que tiene un inviolable derecho para despojarnos de todo segun el beneplácito de su voluntad soberana, y sin hacernos la menor injuria. Para ser humildes es preciso tener á la vista que si poseemos mas y mayores bienes que otros, lejos de gloriarnos por eso, debe ser mucho mayor nuestra humillacion, mayor el reconocimiento de nuestra indignidad, y mayor nuestro temor por ser mas severos los cargos que se nos harán un dia. Por último, para ser humildes debemos considerar

que puesto que en nosotros nada hay sino ignorancia, debilidad, corrupcion, miseria, pecado, enemistad de Dios, no merecemos otra cosa que todo género de tribulaciones.

Ahora bien, podrá engreirse el hombre que se mire en este espejo fidelísimo? tendrá la osadía de apetecer por medio de la culpa la satisfaccion que le prohíbe el autor de su naturaleza? creyéndose indigno de la vida, de la salud, del alimento absolutamente necesario para su conservacion, alegará todavía derecho alguno al regalo, á la comodidad, á la opulencia, á los placeres? podrá no vivir contento en el estado en que le coloca la providencia por mas penoso que le parezca? se creará autorizado para exigir del Señor, ó tomarse contra su voluntad sacratísima lo que la divina ley le prohíbe?

Este, sin embargo, es el origen verdadero de todos los pecados. Por estos infames medios sedujo Lucifer á nuestros primeros padres, y este orgullo funesto que todos heredamos con la naturaleza es el que nos arrastra siempre al desórden: este orgullo fatal es el que disminuye, llega á extinguir el fervor de la caridad, y nos aparta de la penitencia. La soberbia detiene al pecador para que no se humille delante de un Dios que considera como injustamente ofendido. El pecador mira su pasion como un objeto mas digno de todos sus cuidados que la justicia infinita de su Dios; y cuando la fé le representa la ira del Señor que le amenaza con el último golpe, su orgullo le hace contar seguramente con la vida, con el entendimiento, con la gracia para arrepentirse cuando quiera, como si todo esto se debiera de justicia á quien ademas de no poder exigir nada en tiempo alguno, se ha hecho por su culpa indigno de todo. Miserable! no advierte que el Señor puede abatir su soberbia entregándole por medio de una muerte para él imprevista al dominio tiránico del príncipe orgulloso de las tinieblas, ó por lo menos abandonarle á los deseos de su corrompido corazon, hasta que llegue el dia destinado por su justicia á hacerle ver cuanto ha perdido por dejarse arrastrar de tan iufame pasion.

Mas, no son estos solos los que obedecen á este infame vicio: muchos aborrecen los pecados mas groseros, detestan los desórdenes de una vida licenciosa, pero se impacientan con facilidad y se dejan dominar de la ira cuando se ven despreciados, injuriados, ó sufren cualquiera reves por pequeño que sea, y atribuyen á la debilidad de su naturaleza lo que procede solo del amor desordenado de sí mismos. Ninguno hay en el mundo que no haya sido en algun tiempo esclavo miserable de la culpa, y que no cometa á cada paso pecados por lo menos veniales. Con uno solo mereceria que Dios le afligiese por todo el curso de su vida con todo género de tribulaciones, pues por mas leve que sea es una ofensa infinita por razon de la infinita magestad á quien ofende; pero el ignorante olvida todo esto y se conduce como si toda la naturaleza no tuviera otro destino ni otra inclinacion que proporcionarle las comodidades posibles. Y si no se atreve á prorrumpir en mil imprecaciones contra aquellos á quienes atribuye en parte ó en todo los males que le aquejan y los bienes de que se halla privado, en su impaciencia misma, en sus quejas imprudentes, en su desagrado manifiesta claramente el veneno que contra ellos oculta en su corazon. Tal vez por no atreverse á dirijir sus quejas temerarias contra el mismo Dios suele exclamar que recibiria con resignacion y aun con gusto los trabajos que este Señor se dignára enviarle, pues conociendo su infinita justicia ya sabe que los habria merecido; pero que no le es posible sufrir los males que le causan los hombres injustos las mas veces en sus acciones. Insensato! ignora que todas las criaturas son instrumentos de la providencia, y que acaso el Señor, siempre acertado en sus disposiciones, permite los defectos en aquellos solo para que sean los ministros de su justicia con respecto á él. Tal vez asegura que el motivo de su tristeza y aun de su enfado no es la injuria ó desprecio que recibe de los hombres, sino la culpa y ofensa de Dios en que ve envueltos á sus enemigos.

Examinemos esto con alguna detencion: es efectivamente la

ofensa de Dios y no la nuestra la que en tales ocasiones excita nuestra indignacion contra nuestros hermanos? Ah! la soberbia nos ciega para que no lleguemos á descubrir la verdad: si nos desnudáramos de la pasion, veriamos claramente y conoceriamos sin la menor duda que buscamos mas bien que la gloria del Señor la propia nuestra; ó por mejor decir, esta es la que nos proponemos esclusivamente. Si en la realidad sintiéramos la ofensa de Dios, recurririamos á la oracion como al único medio de desagraviarle; buscariamos con la mas esquisita diligencia á nuestros hermanos; sacrificariamos voluntariamente la vanidad, el orgullo, humillándonos delante de nuestros ofensores, disculpándolos en el modo posible, y atribuyéndonos á nosotros mismos toda la culpa. La ofensa de Dios ni se repara, ni se deshace con acriminar la conducta del enemigo, que es lo mismo que ofenderle nosotros de nuevo.

No se me diga que pido demasiado, y que si Jesucristo en su evangelio nos manda perdonar las injurias, no nos impone la obligacion de humillarnos para pedir la reconciliacion siendo solos nosotros los ofendidos. Sea asi en hora buena; mas, no merecerá la gloria de Dios que hagamos en su obsequio este sacrificio cualquiera que sea? Y si en lugar de hacerle nos quejamos, ponderamos la injuria, procuramos darla toda la publicidad posible por desacreditar á nuestros enemigos, no dudemos que por mas que se cubra nuestra conducta con el velo de la piedad, la piedad será falsa y verdadera la soberbia.

Pero quiero antes de concluir daros una idea del premio reservado á los verdaderamente humildes. Considerando que Jesucristo por haberse humillado tanto fué exaltado tan gloriosamente, no sé como hay un solo cristiano que se deje dominar de la soberbia. Los cielos y la tierra, los astros y los elementos, le reconocen por su criador y dueño. Los ángeles, las potestades, los serafines, los hombres, y los mismos espíritus infernales se postran en su adorable presencia, y le rinden el homenaje que es debido á su excelsa magestad. Se humilló hasta lo sumo por



obedecer á su padre, y en recompensa por orden de su padre le obedecen á él sin la menor oposicion las criaturas todas violentando los sentimientos de su naturaleza. Manda á las enfermedades mas difíciles de curacion, y en el momento desaparecen: manda á la muerte y al punto le restituye sus presas: manda á los sepúleros y en el acto le presentan los cadáveres vueltos á la vida: manda al infierno y sin la menor dilacion deja á sus esclavos en la mas completa y preciosa libertad. Se humilló obedeciendo, dice el Apóstol, aunque se le manda morir entre las mayores ignominias, y en recompensa de su humildad le ha elevado Dios á la mas alta cumbre de la gloria. Le ha dado á conocer al universo por verdadero Dios, pero con unas pruebas tan convincentes, tan espresivas, que ninguno que no cierre voluntariamente los ojos podrá dudar de su verdadera divinidad.

No creo tener necesidad de deciros mas en apoyo de la humildad. La exaltacion de Jesucristo es el modelo de la nuestra, pero tambien es preciso que lo sea su humillacion. En qué nos detenemos? el deseo mismo de nuestra elevacion exige de nosotros el sacrificio mas completo de la soberbia, siendo como lo es indudable que la humillacion voluntaria es el fundamento de la verdadera grandeza, y que cada uno será exaltado y enoblecido en la presencia del Señor en proporcion á lo que se humille delante de los hombres. Sed todos humildes pues á todos es necesaria la humildad. Aprendedla en los sagrados corazones de Jesus y María que es en donde brilla mas esta virtud excelente. Aprended de mí, os dirá nuestro salvador, que soy manso y humilde de corazon. Todas mis glorias, os dirá su Madre santísima, son efecto de la humildad que en mi vida fijó las atenciones del Señor. Seamos, pues, todos humildes si queremos ser exaltados como estos dos preciosos objetos. Amen.





**PLATICA** (1)  
**DE LAS AFLIGIONES DE ESTA VIDA.**



**MOTIVOS POR QUE DIOS NOS AFLIGE.**



*Si mandata mea non custodierint: visitabo in virga iniquitates eorum..... misericordiam autem meam non dispergam ab eo.*

Si no guardaren mis mandatos, visitaré con vara sus maldades....., mas no esparciré de él mi misericordia.

*Ps. 88. vv. 32, 33 et 34.*

No he podido menos de participar del sentimiento y amargura de que supe estar penetrada esta religiosa corporacion, viendo que á la tribulacion con que la divina providencia se digna ejercitar y acrisolar la virtud de todos los españoles, pero con especialidad de los que se han obligado á seguir los consejos del evangelio enviando sobre ellos tantas calamidades corporales, se añade tambien la privacion de los medios conducentes á la perfeccion del espiritu; que á la escasez de alimentos necesarios para

(1) Dirigida á unas religiosas de esta Ciudad.

conservar la vida del cuerpo, se junta la del alimento de la divina palabra necesaria para conservar y perfeccionar la vida del alma. Cuando el espíritu de las tinieblas, viendo á nuestro amable redentor aflijido del hambre despues de cuarenta dias de privacion, tuvo la osadía de tentarle para que se proporcionara el pan por medios nada conformes á la ley, el Señor le contestó con resignacion y confianza: el hombre no vive solo de pan, sí principalmente de la palabra de Dios. Cuán deplorable, pues, no será la situacion de los cristianos á quienes escasea el primero de estos alimentos y falta del todo el segundo!

Esta sola consideracion me conmueve, me contrista, y á pesar de mis continuadas y serias ocupaciones me precisa á hacer un sacrificio para procurar á VV. algun pequeño consuelo. Ojalá estuviera en mi mano hacerle estensivo á todo género de necesidades! Creo, pues, que en la situacion presente será muy oportuno ofrecer á su consideracion las causas que generalmente mueven á un Dios de amor y misericordia á descargar sobre sus hijos el terrible azote de la tribulacion, y los principales medios que podrán usar para que cese ó sea provechoso el castigo.

No nos es permitido dudar que todos los trabajos, todas las desgracias y aflicciones de este mundo á escepcion del pecado nos vienen por disposicion de la providencia divina. Los hombres, los espíritus infernales, las criaturas todas son meros instrumentos de que se vale el Señor para realizar sus planes siempre justos; pero el universo entero nunca seria capaz de causarnos el mas leve disgusto sino lo ordenara aquel Dios que cuida con tal exactitud de todos nosotros, que nos asegura por su misma boca no ser posible que caiga un solo cabello de nuestra cabeza sino en el tiempo, en el modo y en las circunstancias en que lo dispone su providencia no menos justa que sabia. Pero un Dios que nos ama tan tiernamente, que tanto nos ha privilegiado entre todas las obras de sus manos, que solo por nuestro amor se anonadó hasta el extremo de hacerse hombre mortal, tomar sobre sí todas las miserias de nuestra naturaleza pecadora, sufrir la

muerte mas ignominiosa y cruel; cómo es posible que no solo permita, sino que positivamente quiera y disponga que sus amadas hijas sean oprimidas con el peso de una tribulacion que parece insoportable?

El Señor nos ve privados de los bienes temporales, perseguidos, hechos objeto del desprecio, de la censura, del odio de nuestros hermanos: nosotros sin reflexion lo atribuimos á la ambicion, á la avaricia, al desórden, á la impiedad de los que miramos como enemigos; pero nos engañamos; Dios solo es quien envia sobre nosotros el azote de la tribulacion. Este padre amorosísimo nos ama demasiado, pero por esta razon nos castiga algunas veces. A primera vista parece esto una contradiccion; es, sin embargo, una verdad de que no puede dudar el cristiano. El amor que nos profesa es infinito, pero no lo es menos su justicia: esta le obliga á castigar con penas eternas nuestras infidelidades; aquel le dicta que no siendo suficientes las inspiraciones, los llamamientos, los preceptos, los beneficios, se valga de la severidad, de la reprehension y del castigo para corregirnos y poder volver á su gracia.

Abramos en tiempo los ojos: reflexionemos con imparcialidad sobre nuestra conducta: examinemos atentamente la obligacion que contrajimos con el Señor en el tiempo en que nos consagramos al estado de santidad y perfeccion que hemos abrazado, y cómo cumplimos lo que con tanta solemnidad le hemos ofrecido en nuestra consagracion. Ay, Señoras! yo me estremezco al considerarlo. Comparemos nuestra vida con la de los monges y sacerdotes de los primeros siglos: comparemos nuestro fervor, nuestro retiro, nuestra oracion, nuestra humildad, nuestras mortificaciones, nuestro amor á Dios, con los de aquellos hombres inimitables de quienes puede decirse que vivian en el mundo como los ángeles en el cielo. Qué notable, qué enorme diferencia descubriremos para nuestra confusion! Si por una disposicion extraordinaria de la providencia volvieran al mundo los Benitos, los Basilio, los Gerónimos, los Bernardos, los Brunos,

los Pedros de Alcántara, las Claras, las Teresas..... en dónde hallarian uno solo de sus hijos animado de su mismo espíritu? uno solo que pueda considerarse fiel retrato de su vida? Bien sé que han variado mucho los tiempos; pero es igualmente cierto que no han variado las obligaciones: lo mismo que aquellos juraron hemos jurado nosotros al pie de los altares; y lo cumplimos como ellos?

Cuán apropósito es esta pregunta para humillarnos y confundirnos! Bien penetrado estoy de que por lo comun se observa exactamente en los cláustros el voto de castidad; pero es un error muy perjudicial á las personas religiosas creer que nada mas se necesita para llenar los respectivos deberes. Un error, digo, demasiado perjudicial: la castidad es sin duda muy agradable á los ojos del Señor: es una de las virtudes por cuyo medio adquiere el hombre un mérito muy relevante en su presencia, se hace semejante, igual, y segun las palabras del Crisóstomo, superior á los ángeles del cielo; pero esto se verifica solamente cuando acompañan á esta las demas virtudes, pues por sí sola de nada sirve; ni conserva el caracter ni merece el nombre de virtud. De las diez vírgenes que nos refiere el evangelio, siendo todas iguales en la castidad, las cinco perecieron sin remedio, porque faltándolas la humildad y la caridad, no podia conservarse la castidad sino como un efecto del amor propio, por lo que ni era propiamente virtud, ni las adquiria mérito alguno en la presencia del Señor. Es, pues, indispensable para agradar á Dios y merecer en orden á la vida eterna, no contentarnos con cumplir una sola de las obligaciones que hemos contraido, sino esforzarnos cuanto nos sea posible para cumplirlas todas: una sola que abandonáramos nos privaria irremediabilmente de la amistad de Dios y de su gracia en esta vida y de la bienaventuranza en la otra. Es necesario que nos penetremos á fondo del espíritu de nuestro estado, del objeto que se propusieron los fundadores, y del fin con que nos ha llamado á él nuestro Dios.

Somos llamados á la perfeccion. Si no podemos arribar, es-

tamos estrechísimamente obligados á aspirar á ella: la perfeccion es incompatible con los defectos; y para evitar estos los santos fundadores inspirados de Dios dictaron las leyes, las reglas, las medidas mas conducentes y eficaces. Observémoslas todas sin escepcion y sin excusa. Esto es lo que nos advierte la providencia por medio de las tribulaciones con que nos aflige. No tengamos la imprudencia de cerrar los oidos á sus voces: atendamos á lo que nos dice una esperiencia continuada; tres persecuciones hemos sufrido en pocos años, y en cada una de ellas nos ha hecho ver el Señor ser algo mas pesada la mano que nos aflige por no haber producido las anteriores el efecto que deseaba. Si la relajacion no ha ido en aumento, es seguro que por lo menos no se ha disminuido. Desengañémosnos una vez: la situacion en que nos hallamos es en extremo crítica: un diluvio universal acabó con toda la descendencia de Adan, á escepcion de solas ocho personas, por no haber apreciado los avisos paternales con que los llamó el Señor al cumplimiento de sus deberes. Por igual razon fueron reducidas á cenizas por un fuego bajado del cielo cinco ciudades enteras con todos sus habitantes. Por la misma fué reprobada toda la nacion judáica que el mismo Dios habia escogido, y á quien por espacio de tantos siglos estuvo colmando de los mas prodigiosos favores. No queramos obligar al Señor á que observe con nosotros una conducta semejante. El aviso que nos está dando es demasiado eficaz. Será el último? no me atreveré á asegurarlo, pero es mucho de temer que asi suceda. En medio de la misericordia con que nos llama se descubre una especie de furor é indignacion que parece tocar ya en el término. Ay de nosotros!!!

Aprovechemos, señoras, este aviso amoroso de padre, si queremos evitar la terrible sentencia de juez. Consagrémosnos esclusivamente, repito, al estudio y cumplimiento de todas y cada una de las obligaciones que hemos contraido al abrazar nuestro estado. No aleguemos la excusa de que los superiores, las casas, los ministerios no nos proveen de todo lo que necesitamos para



el alimento del cuerpo: esta respuesta es muy agena, es indigna no solo de una persona religiosa, sino aun de los seculares que tengan alguna idea de religion. Fuera de que no es cumplir nuestros deberes, sino satisfacer á nuestro orgullo y amor propio, el hacerlo por fines puramente temporales. David, excitándonos á confiar en la providencia, nos asegura en su mas avanzada edad, no haber conocido un solo justo que haya tenido razon para quejarse de la falta de sustento; y nuestro divino maestro Jesucristo, despues de las mas eficaces exhortaciones á la misma confianza, nos dice, que si buscamos con sinceridad el reino de Dios y su justicia, se nos darán en abundante moderacion las cosas conducentes á la vida temporal. No temais, pues, pequeña grey (concluyo con las palabras del salvador á sus discípulos), porque á vuestro padre plugo daros el reino de los cielos. Asi sea.



---

# PLATICA (1)

## DEL RETIRO.

---

### DELICIAS DEL RETIRO.

---

*Ora Patrem tuum in abscondito: et Pater tuus, qui videt in abscondito, reddet tibi.*

Ora á tu padre en secreto; y tu padre que ve en lo secreto te recompensará.

*Matth. 6. v. 6.*

No es posible que llegue nadie á la perfeccion en esta miserable vida. El evangelista San Juan nos dice terminantemente que no habla verdad cualquiera que asegure estar sin pecado. Cuando estamos mas persuadidos de la pureza de nuestra conciencia es esta en la presencia de Dios un inmenso depósito de inmundicias. Tal es por desgracia el estado á que nos vemos reducidos. Verdad es que nuestro divino salvador, cuando nos encarga que seamos perfectos como lo es nuestro padre celestial, conoce mejor que nosotros la imposibilidad en que nos hallamos de realizarlo;

---

(1) Dirigida á las Hijas de la Caridad de Segovia.

pero nos manifiesta bien en estas palabras cuanto nos interesa el emprenderlo.

— He aquí, Señoras, el objeto, el carácter y la divisa de nuestro estado. Nosotros, á diferencia de los simples fieles, estamos estrechamente obligados á aspirar incesantemente á la perfeccion, á minorar cada día el número y gravedad de nuestros defectos, y á adelantar en la virtud y en la vida espiritual. Este fin debe proponerse todo el que piense ejercitarse en las prácticas devotas destinadas á los santos días de retiro. Nada mas razonable; nada mas solidamente fundado en la autoridad, en la razon y en la esperiencia. Elías se separa enteramente del comercio del mundo: el Bautista desde su niñez escoge un desierto para su morada: nuestro amantísimo Jesus emplea cuarenta dias continuados en oraciones y austeridades en la mas retirada soledad: un Pablo, un Hilario, un Antonio, un Pacomio, estos y otros santos anacoretas, dónde sino en el retiro adquirieron aquellas sublimes virtudes que han sido y serán la admiracion de todo el universo? En el retiro..... quién será capaz de separar alli el alma de su Dios? En el retiro no hay escándalos, no hay peligros. En el retiro parece que por una especialísima providencia calman las pasiones, cesan las inquietudes. En el retiro, por mas volentas que fueron las tentaciones que sufrieron San Antonio Abad y San Benito, puede afirmarse sin el menor recelo que el enemigo de nuestras almas teme y se atreve con dificultad á presentar la batalla. Y esto no debe estrañarnos pues siempre las ve cubiertas y defendidas por un escudo impenetrable á sus tiros: las ve siempre familiarizándose con su Dios en la oracion, meditando detenidamente los deplorables efectos del pecado, las inefables delicias de la virtud, el insondable abismo de la eternidad, las perfecciones, las gracias y los beneficios del Señor, la vanidad é inconstancia de todas las cosas del mundo, y su propia fragilidad, su estremada miseria, su dependencia absoluta. Ahora bien, qué atractivo puede tener el mundo, ni qué influjo las sugestiones del enemigo en una alma entregada á semejantes consideracio-

nes? El profeta David nos asegura de sí mismo que el recuerdo de la eternidad hacia que se estremeciera su corazón, que se turbaba su espíritu, y que quedase imposibilitada su lengua para pronunciar una sola palabra. Y en los mismos ó muy semejantes términos se espresan generalmente todos los profetas, los evangelistas, los PP. y todos los sabios en la ciencia de la religion.

A la verdad, si creemos ingenuamente lo que en estas consideraciones se hace presente á nuestro espíritu, ó hemos de conducirnos como el bruto mas estólido, ó es imposible dejarnos vencer de la tentacion por violenta y continuada que sea. Para mí es una prueba demostrativa de esta verdad ver que la iglesia que pone todo su conato en proveerse de ministros formados segun el espíritu de Dios, á ninguno admite por lo comun al ministerio sin prepararle antes dignamente por medio de los santos ejercicios. Los institutos religiosos, donde seguramente se halla escondido lo mas sublime de la virtud, y cuyos fundadores han obrado siempre por inspiracion del cielo, jamás conceden la gracia de la profesion á hombre alguno sin que precedan los ejercicios espirituales. Los prelados de la iglesia, cuando tienen el desconsuelo de ver disipado el espíritu, relajadas las costumbres y abandonada la conducta de algun eclesiástico, no hallan un arbitrio mas poderoso y mas suave al mismo tiempo para reducirle á su deber, que los ejercicios espirituales en que le ocupan los dias que creen convenientes en proporcion á sus extravíos ó ligerezas.

Y unos remedios á cuya actividad y eficacia se ablandan los corazones mas empedernidos, resucitan los muertos á la vida, y salen llenos de robustez y vigor los miserables que, como el difunto Lázaro, estaban atados y corrompidos ya de mucho tiempo en el hediondo sepulcro de los vicios; unos remedios tan eficaces, digo, no reestablecerán el verdadero fervor en las almas que por mas que sean enemigas de la culpa, pero puede decirse de algun modo que se ejercitan con tibieza en la práctica de la piedad y virtud? no es posible.

Ahora, Señoras, no llevareis á mal que yo os recuerde lo que todos los predicadores dicen en circunstancias semejantes á esta; á saber, que quien no sale mejorado de los ejercicios espirituales, ó no los emprendió con gusto, de buena voluntad, con una intencion verdaderamente piadosa, ó no supo continuarlos como debia, ó los hizo con miras en la apariencia espirituales pero mundanas en la realidad. Yo, Señoras, haré siempre justicia á vuestro estado é instituto: confesaré francamente que en él toda la vida es un continuado ejercicio espiritual; y sin embargo, vuestro glorioso fundador y padre, que seguramente es uno de los mas sabios maestros de la vida espiritual, ordena que os retireis todavia mas algunos dias en cada un año; que interrumpais en cierto modo las ocupaciones comunes de vuestra profesion, por otra parte activa en extremo y laboriosa, y que os consagreis esclusivamente á los deliciosos ejercicios de una vida quieta y contemplativa. Es decir, que dejéis á Dios por Dios; que suspendais por pocos momentos el ejercicio de alguna virtud para adquirir la perseverancia en todas ellas; que dejéis de atender al cuidado y remedio de las enfermedades que padecen en su cuerpo los pobres, y os empleeis únicamente en procurar el remedio á las enfermedades de vuestras almas.

Sí, pues, todos los dias, todos los momentos de vuestra vida son debidos á Dios y á la práctica de la virtud, cuál deberá ser vuestra conducta en este tiempo santo de propiciacion? Enteramente retiradas del bullicio del mundo, no debéis tener mas compañía que los ángeles del cielo: ninguna criatura será suficiente á interrumpir aun por un leve instante vuestra continuada y familiar conversacion con el Señor.

A esto os exhorto, hijas mias, en este limitado discurso: que todas vuestras obras, todos vuestros deseos, todos vuestros pensamientos sean dignos de ocupar las atenciones de ese Dios grande y amorosísimo que ahora mas particularmente que en otras ocasiones habita en medio de vosotras al ver que vosotras os ocupais exclusivamente de él. Que empleando como los após-

toles estos dias criticos en una oracion continua, fervorosa y humilde, consigais del Espiritu Santo la plenitud de sus dones con los que vuestras almas sean lo mas precioso a sus ojos, y vuestra vida sea en lo sucesivo, como la de aquellos santos varones, dechado de lo mas precioso de las virtudes. En fin, que continueis con un sincero deseo de aprovechar esta obra interesante que habeis emprendido sin duda con una intencion recta, para que se os hagan naturales y en extremo apetecibles los ejercicios del retiro y de la oracion, consiguiendo en recompensa esas delicias inseparables de la conversacion con Dios, esos auxilios eficaces para desempeñar con perfeccion las dificiles tareas de vuestro caritativo instituto, y una buena muerte signo infalible de una vida bienaventurada. Amen.







## PLÁTICA (1)

### DEL CONOCIMIENTO PROPIO.

NECESIDAD DE REFLEXIONAR SOBRE NOSOTROS MISMOS.

*Desolatione desolata est omnis terra: quia nullus est qui recogitet corde.*

Enteramente ha sido desolada toda la tierra, porque no hay quien considere en su corazón.

*Jerem. 12. v. 11.*

Los ejercicios espirituales tan justamente recomendados como la práctica mas útil y provechosa para los cristianos, como el medio mas eficaz para conseguir la conversión del pecador, la perseverancia del justo, el fervor del tibio, el adelantamiento y perfección del fervoroso, y en una palabra, como el camino mas derecho para el cielo; estos mismos ejercicios, si no se hacen con el espíritu con que deben hacerse, degeneran en una mera esterilidad inútil, estéril, y acaso en gran manera perjudicial.

(1) Dirigida á las Hijas de la Caridad de Segovia.

Tal vez parecerá á VV. que inculco demasiado esta máxima, pero yo la creo tan importante que quisiera trasladarla á su corazón para que la tuvieran siempre presente. Para esto es preciso que no nos dejemos cegar de nuestra pasión, convirtiendo por nuestra desgracia en ocasión de nuevos pecados y causa de mayor ruina lo que debiera ser el fomento de todas las virtudes, y el medio de asegurar la salvación. No es tan fácil como á primera vista parece dar una regla general que pueda servirnos para precaver este daño, porque siendo tan distintas las complejiones, tan diversos los genios, tan opuestas las inclinaciones, tan varias las especies de enfermedades; cómo hallar un remedio que pueda aplicarse generalmente? No obstante, no fiándome de mis propias luces, y recurriendo al evangelio de Jesucristo como á la fuente mas pura y copiosa, me atrevo á proponer como regla segura para todo género de personas la meditacion atenta de las verdades que aquel contiene, y una detenida reflexion sobre nosotros mismos. Y dejando para otra ocasión tratar del primer punto me ocuparé en esta noche solo del segundo.

Nuestro celestial maestro Jesucristo atribuye á la falta de meditacion los males que experimentamos. Y cómo podria no ser asi, cuando no podemos ignorar que la meditacion atenta de las divinas perfecciones, de la justicia, de la misericordia, del amor, de la bondad, de las obras todas del Señor es una ocupacion tan de su agrado, y que tanto inflama en nuestras almas el fervor de la caridad, y la gratitud hácia un Dios que con tal exceso nos ama? Pero para que produzca sus copiosos frutos es necesario que la acompañe un exacto conocimiento de nosotros mismos, de nuestras debilidades, de nuestros vicios. Este conocimiento es sin duda uno de los mas excelentes, de los mas provechosos, de los mas indispensables, pero es al mismo tiempo de los mas difíciles para cada uno de nosotros. Aqui es donde mas padece nuestro amor propio pues tenemos que combatirle á cara descubierta.

No se exige para esto la mortificacion exterior, siendo asi que

el hombre tiene que combatir mas enemigos, y acaso mas terribles que la carne; aqui es necesaria la mortificacion interior que consiste en reprimir el orgullo y obrar contra los estímulos del amor propio. Por eso dice el mejor de los maestros en pocas y terminantes palabras, que es necesario negarse á sí mismo para seguirle. Y para esto es indispensable conocerse, y estudiar su naturaleza. Un solo precepto impuso el criador al hombre, cual fué el de que no comiera la fruta de un árbol determinado; y puede decirse que la primera accion del hombre fué comer la fruta que se le habia prohibido. La infraccion no parece muy considerable, pero bien examinada, hallaremos que su origen está en la falta de conocimiento propio.

Es en extremo desagradable la figura del vicio, y nadie se complace en verla grabada en su frente ó en su alma. La soberbia nos hace tomar un vivo interes en justificar, si nos es posible, hasta los mayores desórdenes; y esta funesta pasion que para cubrir nuestros defectos nos da ojos de lince y cristales de aumento con que vemos enormes culpas en el mas inocente, nos venda los ojos ó nos priva de la luz cuando se trata de los defectos propios. El detestable padre de las tinieblas conoce muy bien el modo seguro de enseñorearse de los miserables mortales; pero los verdaderos sabios, instruidos por el Señor en el arte de dirigir las almas, tienen descubiertos los ardides de tan pérfido enemigo, y convienen unánimes en que el conocimiento exacto de sí mismo es el fundamento de la verdadera humildad, y el que consolida el edificio de la virtud.

Hé aqui el punto de donde VV. deben partir si desean adelantar en el camino de la perfeccion: él es el principio de la senda mas derecha, mas breve, de la única que puede conducir las seguramente á su término. Las personas en gran manera deformes no quisieran que hubiera espejos en el mundo; pero qué mérito tendria la virtud si para su ejercicio no se opusieran obstáculos y dificultades? Por otra parte, si la vista de nuestros defectos nos incomoda; si sentimos que se les dé publicidad y se

hagan patentes á los otros, por qué no procuramos examinar á solas nuestra conciencia, y ponemos todo el esmero posible en corregirlos? Esto no pueden VV. negarme ser muy fácil, pero por desgracia no lo hacemos así porque las verdaderas raíces de los vicios se van insinuando con alguna suavidad hasta lo mas profundo del corazón, y nos retraemos de extraerlas por prever el dolor agudo que nos ha de ocasionar. Así es que si el médico sagaz empieza á descubrir lo que pretendemos ocultarle, alucinados nosotros, hacemos las diligencias para alucinarle también; apenas advertimos que descubre la raíz y echa mano para arrancarla, oponemos la resistencia mas vigorosa, la cubrimos de tierra, y regularmente negamos ser ella, atribuyendo el mal á una causa estraña.

Quisiera tener mayor libertad de la que tengo, y poder verme de ejemplos palpables en que cada una pudiera ser retratada; pero me he propuesto no tocar punto que pueda herir á ninguna en particular, y mucho menos ofender la santidad del ministerio que ejerzo sin mérito alguno de mi parte. Diré sin embargo en general que para perfeccionar una obra no es suficiente la buena intencion y el empeño decidido en los principios. Nuestro divino maestro ridiculiza en su evangelio la imprudencia de los que con estas disposiciones empiezan á fabricar un edificio, y por no haber examinado y averiguado los medios que necesitaban para concluirle, se ven luego precisados á desistir y abandonar el proyecto con mengua de su honor y reputacion. Lo mismo proporcionalmente se verifica en los edificios espirituales. Yo haria á VV. una injuria que no mereceria ser perdonada si dudara que su intencion al dedicarse á estos santos ejercicios es sana, y que sus deseos son puros y eficaces: sin la menor lisonja aseguro desde luego que no hay sola una que no desee adelantar en ellos, que no anhele por salir convertida en un prodigio de virtud y santidad; pero insisto y quiero concluir con la reflexion con que concluí una noche de estas. Estos mismos deseos han animado á VV. en los años anteriores y á pesar

de eso (es tiempo de mortificacion, y regular por tanto, que hagan VV, el sacrificio de oirlo, como en decirlo le hago yo) estos deseos por lo comun no han producido el efecto que era de esperar. Y por qué? *quia nullus est qui recogitet corde*: porque pensando solo en el fin, no se ha contado con los medios; y es consiguiente que faltando estos no podia conseguirse aquel. Se trata nada menos que de corregir defectos, de remover imperfecciones, y de cortar vicios: averigüese, indáguese cuál es la raiz de donde proceden unos y otras: córtese, arránquese esta y aquellos no volverán á levantar la cabeza. Si la herida está en el pie de nada sirve poner el bálsamo en la mano; y si el vicio tiene su raiz en el corazon imposible es que se corrija con apósitos exteriores. Los exámenes escrupulosos, las acusaciones públicas, las penitencias humillantes que con arreglo á las leyes de la congregacion se practican; qué otro objeto tienen sino el que cada una descubra el origen del mal para que alli precisamente se la aplique el remedio oportuno? Examinémosnos, pues, con madurez: veamos lo que somos, y hasta donde alcanzan nuestras fuerzas: reflexionemos sobre los escollos que á cada paso se nos presentan; fijemos la atencion en los enemigos que nos combaten: procuremos sobre todo hallar la raiz de donde proceden todos nuestros males, y arranquémosla sin dejar la partícula mas imperceptible. No queramos aumentar el número de insensatos por falta de reflexion, inutilizando estas prácticas que adornadas de esta indispensable circunstancia rectificaran nuestro corazon y nos harán preciosos á los ojos del omnipotente.



---

---

# PLATICA (1)

## DEL PECADO MORTAL.

---

### SUS TERRIBLES EFECTOS.

---

*Peccatum vero cum consumatum fuerit general mortem.*

Y el pecado cuando es consumado enjendra muerte.

*Jacob. 1. v. 15.*

**D**e lo que propuse en el dia de ayer se puede inferir cuán ageno sea de una criatura racional, y cuán indecoroso á un cristiano el llegar á consentir en la culpa. Él viola seguramente las leyes de la equidad, de la gratitud, de la justicia, de la razon, de la naturaleza, de la religion. El mismo Dios, á pesar de su infinita sabiduría y fortaleza, parece que estraña tan monstruosa ingratitud en el hombre, y como si ya no la pudiera llevar en paciencia le dirige unas quejas amorosas y tiernas, pero las mas enérgicas y penetrantes al mismo tiempo. Así has podido conducirte con tu Dios! le dice: esta vil correspondencia has podido

---

(1) Pronunciada en esta Ciudad.



tener con tu mismo criador! de este modo satisfaces el esmero con que mi providencia te ha preservado de tantos peligros, y te ha colmado de beneficios tan imponderables! Si ese fiero golpe que tan cruelmente atraviesa mi corazon viniera disparado por la mano de un enemigo, no lo estrañaria, podria no hacer caso de él; mas un amigo á quien yo amaba tan de veras, y en quien yo tenia depositada mi confianza tratarme con tal desprecio, con tan monstruosa inhumanidad, eso no puedo soportarlo. Y como si esto fuera poco, continúa recordándonos sus liberalidades. Amado mio, dice, qué motivo de queja puedes tener contra mí? qué me has pedido que no te haya otorgado al momento? qué pudieras echar de menos en mi amistad y compañía? cómo habia yo de temer que los beneficios que te he dispensado te hicieran ingrato, insolente, y un enemigo cruel?

Si grabáramos en nuestro corazon estas tiernas reconvencciones de nuestro amorosísimo Jesus, y las meditáramos todos los dias con detenida reflexion, aquel se ablandaria, se enterneceria aunque fuera de pedernal ó de bronce; y nosotros concebiriamos por necesidad un odio irreconciliable al pecado. Mas para aborrecerle no necesitamos estos estímulos: basta solo conocer su deformidad, oir su odioso nombre. Jamás vió la naturaleza un monstruo mas abominable, mas horroroso, mas perjudicial. Si fuera posible hacer de él un verdadero retrato sería insoportable su vista; huiríamos por no mirarle á los desiertos mas áridos é inaccesibles; nos arrojaríamos, si otro remedio no habia, á lo mas profundo del abismo, ó tal vez quedaríamos repentinamente muertos.

Pero estoy hablando con poca exactitud; la aversion que tengo á este monstruo me hace suponerle como un ser real, cuando no es sino la privacion de la rectitud debida. El retrato que debo presentar á vuestra vista es el del alma manchada con este feisimo borron. Ay! quien será capaz de mirarla en estado tan lamentable sin sentirse oprimido del mas profundo dolor? Privada de vida, destituida de toda relacion con Dios, esclava

de Lucifer..... desfallezco al contemplar tan inmensa desgracia. Y sin embargo el hombre mismo busca el pecado que la produce; el hombre mismo se desvela, y á costa de los mas penosos sacrificios se entrega á ese monstruo que todo lo trastorna, que todo lo destruye, que lo devora todo! el hombre insensato le da entrada en su corazon, le abriga en su mismo seno, se hace vil esclavo suyo.....!

Tengo la satisfaccion de hablar á unas personas que le aborrecen como deben, y que han tenido y tienen la fortaleza de sacrificar todos los intereses, todos los placeres, todos los honores, todas las comodidades, y hasta su misma libertad por no verse miserablemente presas en sus redes. A no estar persuadido á esto no podria contenerme, pues confieso con ingenuidad que es una de las materias que encienden en mi pecho el celo, la indignacion, el furor..... Disimulad, mis amadas hermanas, este ligero trasporte, y estad persuadidas á que el cristiano y verdadero afecto que á todas profeso me impele á inspiraros la aversion, el horror que se merece este enemigo del género humano; porque es tal nuestra debilidad, nuestra miseria, que estamos espuestos á cometerle por mas empeño que formemos en alejarle de nosotros: me conozco á mí mismo, y como sé que la naturaleza es igual en todos no tengo inconveniente en hablar asi.

No, Señoras, ni la vida mas austera, retirada y penitente, ni la educacion mas sana, ni la mas buena índole, ni los mas santos pensamientos, ni la conducta mas arreglada, nada nos pone á cubierto de sus tiros. Enemigo obstinado, astuto, seductor, siempre está en acecho; por todos lados nos observa; en todas partes nos acomete. Le cerramos una puerta y en el mismo momento trabaja en introducirse por otra: y como ereo haber dicho antes de ahora, en la práctica misma de la virtud suele hallar ocasion de insinuarse sin que podamos advertirlo; la vanagloria, la soberbia y la propia satisfaccion son los medios de que generalmente se vale. Ninguna precaucion es, por tanto, suficiente, nada está demas para impedirle la entrada. Infeliz de

aquel que seducido, ciego, insensato no le cierra obstinadamente su alma! A la manera que un jardín hermoso matizado de flores, cargado de sazonados frutos, esparciendo á todos lados los aromas mas fragantes y deliciosos, y cuya sola vista distrae, alegra, enagena á cuantos le miran, pero que herido de la piedra, del rayo y de la lluvia es repentinamente trasformado en un árido y espantoso desierto; del modo que..... pero toda comparacion es corta cuando se tratan de describir los estragos que el pecado hace en nuestra alma.

Asi como nunca podemos llegar á conocer la hermosura, el honor, el poder, la satisfaccion, la gloria de un alma adornada con la preciosa joya de la gracia, tampoco es posible formar idea de la horrible fealdad, de la ignominiosa vileza, de la impotencia miserable de un alma degradada por el pecado. En el primer estado era amiga, hija de Dios; en el segundo es vil esclava de Lucifer: entonces tenia por compañeros y hermanos á los ángeles del cielo, y luego se entrega á los espíritus infernales: antes era la alegría y hermosura de los cielos, y ahora es un negro y feísimo carbon del infierno: de templo vivo del Espíritu Santo se ha convertido en morada de dragones, áspides y basiliscos: la sangre del cordero celestial de que entonces estaba bañada, la producía una robustez y agilidad extraordinarias; por la mas breve oracion, por la mortificacion mas suave, por un suspiro imperceptible, por un ligero pensamiento, por la mas mínima de estas cosas se grangeaba las complacencias del todopoderoso, se atraía sus gracias y bendiciones, adquiría un derecho de justicia á la corona de la gloria; luego que alejó de sí aquel precioso baño de salud quedó reducida á un estado el mas triste de debilidad, de agonía, de muerte que la impide merecer lo mas mínimo en orden á la vida eterna, y que hace que sus oraciones, sus lágrimas, sus ayunos, sus cilicios, sus peregrinaciones, todo sea infructífero, estéril, de ningun valor en la presencia de Dios. En una palabra, el alma que es esclava del pecado nada puede hacer por sí ni para sí porque en realidad no vive.

No, Señoras, no vive; está verdaderamente muerta. Pero ay! qué muerte tan funesta y tan justamente sensible! La muerte mas desastrosa del cuerpo no tiene comparacion alguna con la del alma. Su vida consistia en la gracia, y en el amor de Dios, y su muerte consiste en el odio, en la execracion de este mismo Dios. Frutos de su vida eran todos los méritos que adquiria por sus buenas obras; y efecto de su muerte es la pérdida de todos estos méritos, pues todos quedaron sepultados en el olvido, todos pasaron, al menos permaneciendo en el pecado, como si jamás hubieran existido en la realidad. Y lo mas lamentable de todo es que en tal estado no puede contraer de nuevo mérito alguno por estar privada de la gracia que es principio de todo mérito; ó por estar muerta como acabo de decir. Y todo esto lo hace el pecado! Y sin embargo no abrigamos contra él el aborrecimiento que se merece! todavia nos manifestamos poco solícitos en huir las ocasiones y evitar el peligro de cometerle! todavia prestamos oídos á la tentacion y nos detenemos á examinar el deleite! todavia.....!

Pero dónde voy? Almas justas, almas virtuosas, temed el pecado como el mayor mal que puede sobrevenirnos: huid de él como del áspid mas venenoso y del mas horrendo dragon. Recordad los males que ocasiona: tened presente que en apoderándose del hombre destruye todo lo bueno que hay en él, empaña la hermosura y resplandor de su alma, la despoja de todos sus derechos, la hace la mas infeliz y despreciable de las criaturas, y la da una muerte horrorosa. Huid del pecado que nos inhabilita para caminar en busca de esa felicidad á que se dirigen todas y cada una de nuestras acciones. Huid del pecado que nos hace esclavos de sataná, nos sujeta á su tiránica dominacion y conduce á un precipicio inevitable. Huid del pecado.....

Dios bueno! en vuestra mano está el corazon del hombre: vos, Señor, penetráis sus mas ocultos senos: vos mejor que yo sabeis la tranquilidad, la dicha envidiable que gozan estas almas inocentes, y conocéis igualmente que el pecado daría en tierra

al punto con un estado tan feliz. Preservadlas, pues, Señor, de este mal tan terrible: no las abandoneis en el peligro, antes comunicadlas esos auxilios eficaces con los que se vencen completamente las mas formidables tentaciones. Haced en ellas ostentacion de vuestro ilimitado poder sobre el enemigo comun, y ya que con tanto gusto se han consagrado á vuestro servicio, y que todas y cada una cifran su gloria en pertenecer al número de vuestras esposas, conservadlas puras é inmaculadas para que nada haya en ellas que pueda desagradaros. Haced que nunca, nunca habite en ellas el pecado, para que en su muerte vuelen sin el menor obstáculo á unirse con vos en la gloria. Amen.



---

# PLATICA (1)

## DEL PECADO VENTIAL.

---

DESPRECIO QUE POR ÉL HACEMOS Á DIOS, Y LA FACILIDAD  
CON QUE NOS CONDUCE AL PECADO MORTAL.

---

*Qui spernit modica paulatim decidet.*

El que desprecia las cosas pequeñas poco á poco caerá.

*Eccli. 19. v. 1.*

Visto el estado de debilidad y de muerte á que se halla reducido el pecador, es constante que solo la bondad y misericordia de Dios pueden sacarle de tan miserable abismo, pues para ello ningun mérito puede alegar el infeliz por su parte. Asi es; aunque en tiempos venturosos hubiera practicado todas las virtudes y adquirido todos los derechos posibles á la gracia y amistad de Dios, todo, todo lo perdió, de todo quedó despojado en el triste momento de su caída. El Señor, sin embargo, le mira con ojos compasivos, le ama como á hechura de sus ma-

---

(1) Dirigida á unas religiosas de esta Ciudad.



nos, se conduce de su desgracia, le infunde el conocimiento de ella, el deseo y las fuerzas para poder librarse de un mal tan grande; le alarga su mano amorosa; vence las dificultades que oponen su ceguera, su obstinacion, su insensibilidad; y aunque sea necesario un milagro singular de la gracia le obra con indecible gusto volviéndole otra vez á la vida, admitiéndole de nuevo á su amistad, restableciéndole en el goce de todos sus derechos.

Esta generosidad no nos demuestra un amor, una ternura mas que de padre? no nos hace palpar una bondad sin medida, sin limites? no exige de nosotros, no arrebatá, por decirlo así, la mas fina correspondencia? Qué sería de nosotros si Dios no nos amara de esta suerte! Y quién tendrá la temeridad de gloriarse, de poder asegurar que ni ha perdido, ni perderá en lo sucesivo su gracia y amistad? Y sin embargo todos esperamos confiados que volveremos, si es que ya no hemos vuelto, á ser mirados como verdaderos hijos suyos y herederos de su gloria inmortal; y aun así podremos no amarle? y no le amaremos con todas nuestras fuerzas? y no le amaremos mas que á todo el universo, mas que á nosotros mismos? Pero si de este modo le amamos, en qué consiste que tenemos la imprudencia de darle tan continuados disgustos?

No hablo de aquellas caidas lastimosas de que es inseparable, á que es aneja una desventurada muerte, porque no quiero renovar las heridas que acaso habrán abierto mis palabras en unos corazones compasivos por caracter: de esas ya me ocupé otro dia. Hablo solo de las faltas que se llaman ligeras ó veniales, sin duda porque Dios está siempre pronto á perdonar, pues por lo demas nunca deben reputarse leves unas culpas que ofenden á la magestad infinita, al poder infinito, al infinito honor de Dios omnipotente.

En buena teologia es indudable que la ofensa es tanto mas ó menos grave cuanto mayor ó menor es la dignidad ó grandeza de la persona ofendida: y siendo Dios ofendido en todos nues-

tros pecados, cualesquiera que ellos sean, todos por esta razón deben ser no solo graves, si no de una gravedad enorme, inconcebible, infinita. No obstante, muchos se llaman con propiedad veniales ó leves, porque atendida la situación de nuestra naturaleza es tan facil, tan espuesto cometerles que es poco menos que imposible el no incurrir en algunos. Por lo mismo el Señor, inclinado siempre mas bien á favorecernos que á castigarnos, nos ofrece el perdon con la misma facilidad. Aunque digo que casi son inevitables, no por eso doy á entender que nos sea permitido mirarlos como cosa de poca consideracion, con indiferencia, con desprecio, ni que podemos dejar de temerlos, detestarlos mas que á todos los males y perjuicios que pueda causarnos toda la naturaleza criada; nada de eso, pues por pequeños que sean ofenden á un Dios de quien dependemos en todo; desagradan á un Dios que puede exijirnos por un derecho inviolable el buen uso de todos nuestros talentos; insultan á un Dios infinitamente celoso de su honra, y que no puede menos por tanto de aborrecer y detestar todo aquello que perjudique á su honor y á sus derechos; injurian á un Dios que por lo mismo que nos ama demasiado, y está siempre dispuesto á perdonarnos con suma facilidad estas debilidades, por eso mismo quiere y exige de nosotros mismos que sacrifiquemos todos los placeres por evitarlas.

Son pequeños los defectos! acaso por eso son en cierto modo mas desagradables al Señor. Porque de un defecto leve por lo regular poco interes, poca satisfaccion, poco provecho puede resultarnos; y es evidente que trata con mas desprecio al Señor, que le vilipendia mas quien le ofende con pequeño ó ningun motivo, que aquel que le injuria impelido por alguna causa muy poderosa. Son faltas ligeras que no nos separan enteramente de Dios, que no nos privan de su gracia, que no causan la muerte á nuestras almas! es verdad; pero qué poco honor se hace á sí mismo quien recurre á semejantes arbitrios para excusar sus debilidades! cómo descubre á pesar suyo que se halla dominado

del amor propio! Con que sabiendo que no amenaza una desventurada muerte podremos entregarnos sin temor ni freno alguno á cometer cualesquiera pecados? Cuál es la disposicion en que nos encontramos si nuestro corazon abriga tan viles y funestos sentimientos? Si solo tememos pecar cuando al pecado se sigue la muerte, no podemos manifestar mas claramente que no tememos ofender á Dios, que no nos desagradan las acciones que él reprueba, que positivamente queremos obrar contra su voluntad sacratísima, y que estimamos mas la conservacion de nuestra vida que su honor y su gloria. Son faltas leves! De ningun modo podrá servir de excusa su levedad á los seglares ó simples fieles. Por mas leves que sean no dejan de ser pecados, y por lo mismo severamente prohibidos por la ley: los cristianos estan obligados á cumplir los preceptos de su maestro y redentor Jesucristo. Y una persona religiosa, una persona que ha pactado con su Dios aspirar á lo mas perfecto de su religion, cómo podrá manifestar su fidelidad en las promesas sino procura con el mayor esmero evitar unas caidas que cuanto mas se repitan, tanto mas la alejan de esa elevada cumbre á que dice caminar? Son faltas ligeras! no dan la muerte al alma! no apagan del todo la llama de la caridad! Convengo en ello; pero vosotras tampoco podeis menos de convenir conmigo en que la debilitan, la resfrian, la van preparando una pronta y completa muerte.

Por mas que en lo que llevo dicho se demuestre la ofensa que hacemos á Dios con el pecado venial, pero siendo de tanto interés el aclarar esta materia quiero valerme de algunos ejemplos que son el medio mas apropiado. Ya conozco que con esto voy sin duda á llevar á vuestro corazon la tristeza; pero constituido en este caso creo ser obligacion mia valerme de todo aquello de que pueda sacar mayor fruto. Voy, pues, á exponer dos solos de los terribles ejemplares que nos ofrecen los libros santos que no pueden faltar á la verdad.

El apóstol San Pedro castigó con una muerte repentina y milagrosa en dos personas una sola mentira que á nadie perju-

dicaba, y que todos reputarian por leves: Ananías y su muger Saphira cayeron á los pies del príncipe de los apóstoles por haber ocultado su propio dinero. El evangelista San Juan nos asegura haber sido reprobados de Dios varios obispos solamente por ser tibios en el desempeño de sus deberes.

Los pecados veniales no dan por sí la muerte al alma, pero la disponen á ella, y si no se trata con seriedad de corregirles, la llaman, la aceleran, la hacen inevitable. Una pequeña gotera no es capaz por sí sola de arruinar un edificio, pero si se la deja, van cundiendo las humedades, pudren las maderas y techumbres, ablandan las piedras, llegan á introducirse hasta los cimientos, y por último el edificio se resiente, se desploma, viene al suelo sin otra causa que este leve agujero. Una pequeña chispa por sí sola no parece capaz de hacer muchos estragos, pero en pocos momentos se aumenta el fuego, se estiende, se comunica á todas partes, y reduce á cenizas una casa y aun un monte por muy dilatado que sea. Una pequeña herida, un leve rasguño no dan cuidado á primera vista: nadie se persuade por el pronto á que hayan de producir resultados muy funestos; pero mas de una vez sucede que se enconan, vician los humores, comunican su malignidad á la sangre, acaban con la vida.

Bien quisiera poder detenerme á esplicar mas esta materia tan interesante á todos los cristianos, y con especialidad á los que se consagran á un género de vida mas perfecto; pero por una parte temo molestaros, y por otra no es posible que me detenga mas. Los tristes ejemplares que acabo de presentaros no pueden menos de haceros conocer que es preciso ser cautos, vigilantes y celosos si queremos adelantar en el camino de la perfeccion. El pecado venial nunca pasará de venial, pero es es indudable que disminuye el fervor de la caridad; y cuanto este mas se disminuye tanto está mas cerca de apagarse completamente. El pecado venial no priva al alma de la gracia, pero va debilitando poco á poco su eficacia, y cuanto esta es mas débil tanto menos resiste el hombre á la tentacion, y está tan

espuesto á caer en el abismo del pecado mortal que caerá sin remedio si no trata de fortificarse evitando las faltas leves. El pecado venial no da la muerte al alma, no nos separa de la amistad de Dios, pero con él le hacemos un insolente desprecio, tanto mayor cuanto mas despreciable es el asunto que apetece- mos y que preferimos á su ley sacratísima. *Qui spernit modicá paulatim decidet*, nos dice el Espíritu Santo; sentencia que nunca debe apartarse de nuestra memoria, pues se trata nada menos que de evitar un pecado mortal. Apreciemos lo que valen esas faltas que llamamos leves, y es seguro que si no las evitamos completamente, pues esto es como imposible á nuestra fragilidad, pero al menos nos iremos acostumbrando á evitar algunas, para que de este modo no se resfrie nuestra caridad, y nos hagamos dignos de que el Señor nos continúe su gracia para por ella conseguir luego la gloria. Amen.



---

---

# PLATICA (1)

## DE LA CONVERSION.

---

### PELIGRO QUE HAY EN DILATARLA.

---

*Non tardes converti ad Dominum, et ne differas de die in diem: subito enim veniet ira illius, et in tempore vindictæ disperdet te.*

No tardes en convertirte al Señor, y no lo dilates de día en día; porque su ira vendrá de improviso, y en el tiempo de la venganza te perderá.

*Eccli. 5. vv. 8 et 9.*

**T**an cierto es, como dice el profeta David, que el ímpetu de la ira é indignacion de Dios no le permite olvidar, ni menos contener los impulsos de su misericordia, que antes de dar el mas leve indicio de su enojo contra el primer pecador, ya le tenia preparado el remedio de su desgracia. Le llama, no con el terrible furor de un juez indignado que amenaza lanzando rayos en lugar de palabras, sino con la ternura de un padre que, oprimi-

---

(1) Pronunciada en esta ciudad.



mido de sentimiento por la pérdida de su hijo, está pronto á sacrificarlo todo por restituirle á su antiguo estado de salud y de felicidad. Le llama, le hace pasar el rubor de comparecer como reo en su presencia, pero antes le habla ocultamente allá en lo interior de su corazón; le infunde el conocimiento de su delito; hace que avergonzado de su desnudez se retire, se oculte, tema la justicia, se crea indigno de la presencia de Dios, para que luego reconocido, palpando su clemencia y su bondad, se anime á esperar, pida con fiado el perdón, y detestando un crimen que le ha separado de la fuente inagotable de todos los bienes, alcance la reconciliación y la gracia.

Y ved aquí ya el retrato de una verdadera penitencia. La penitencia! digo; el único recurso que, una vez perdida la gracia, le queda al pecador para evitar la muerte eterna de su alma, y conseguir la bienaventuranza de que ya estaba excluido para siempre. La penitencia! esta venturosa tabla que la misericordia, sola la misericordia divina pudiera presentar al miserable pecador arrojado por su desgracia en el abismo de todas las miserias para que pueda salvar su vida, y llegar felizmente al puerto de gloria que de otro modo le era ya inaccesible. La penitencia! este compendio de las bondades, este superior esfuerzo de la caridad de Dios para con el hombre, este único asilo del miserable, fuente única del consuelo, único fundamento de su esperanza, única puerta de su felicidad.

Alabemos sin cesar las divinas misericordias, y postrados con toda sumisión en la adorable presencia del omnipotente ofrezcámosle con humilde reconocimiento el completo sacrificio de nosotros mismos en acción de gracias por un beneficio tan imponderable. Alabémosle todos los momentos de nuestra vida, sin que haya ocupación alguna que nos distraiga de estas respetuosas alabanzas.

La penitencia! Cuál sería sin este asilo nuestra suerte por toda una eternidad? Ay! penetre cada uno el interior de su conciencia: examine diligentemente todos sus senos: pese sus obras,

sus palabras, sus deseos y pensamientos en la balanza fiel de una rigurosa justicia, y verá lo que podría prometerse para después de la vida si el Señor no se hubiera dignado concederle el recurso de la penitencia. Los infelices ángeles prevaricadores cometieron un solo pecado, y perecieron sin remedio: le lloran, le detestan, le maldicen, le pagan, pero para ellos están del todo cerradas las puertas de la misericordia porque les está interceptado el camino de la verdadera penitencia. Solo para el hombre tenía reservado el Señor este misterio de sus bondades. Y el hombre tan privilegiado tendrá la insensatez de abandonar, de perder un privilegio tan excelente y apreciable?

Repugnante es el decirlo, y al espresarlo las lágrimas ahogan la voz, pero no por esto es menos cierto que los hombres tan solícitos por unas vagatelas como son todas las cosas temporales están muy descuidados en este asunto tan serio como que en él se interesa su eterna suerte. Cometido una vez el crimen suelen hallarse tan bien en este estado que no se apresuran ni practican diligencia alguna para salir de él. Contando siempre con un tiempo incierto permanecen de asiento en el vicio lisongeándose con que siendo infinita la misericordia de Dios no ha de permitir que se condene una alma redimida con la preciosa sangre del cordero. Funesta preocupacion! Tan infinita como su misericordia es su justicia, y esta no puede menos de exigir una pena eterna por una ofensa infinita. Pero no es esto lo que trato de recordaros hoy, sino que es la mayor locura dejar la conversion para mas adelante, siendo así que no hay la menor probabilidad por una parte de que ese mas adelante llegue; y que aunque llegara no sabemos si el Señor nos concederá los auxilios que ahora nos ofrece.

No puede dudarse que el pecado es lo único que Dios aborrece y detesta, porque ese mismo pecado le arroja con el mas indigno desprecio del alma en que por su gracia se había dignado habitar como en el trono de su gloria: es igualmente cierto que el pecado provoca la ira y el furor de Dios, y le hace

violentar en cierto modo su amor y misericordia para obrar solo con arreglo á lo que exigen su honor y su justicia. Por esta razon parece muy claro que solo un hombre sin juicio, del todo ciego por su pasion, ó entregado por el Señor en manos del error y de sus perversas inclinaciones, puede dudar de que solo en la penitencia encontrará el medio de restituirse á su antiguo estado de esplendor, y que cuanto mas continúe en su desorden, en sus vicios, en sus pecados, en una palabra, sin acogerse á esta misteriosa tabla de salvacion, tanto mas excita contra sí el justo furor de la divina venganza; tanto hace mas difícil, por no decir imposible, el estupendo prodigio de su conversion.

No me arguyais con mis propias palabras: no me digais que Dios llama en todo tiempo al pecador como llamó á los primeros padres. Es verdad que en todos tiempos le llama Dios; pero cómo le llama? os son por ventura patentes á vosotros los arcanos de la divina sabiduría?

Por qué, Señor, no se han de manifestar al delincuente aquellos juicios de vuestra providencia que sean mas propios para sacarle del abismo en que se halla? por qué.....? No añadamos la blasfemia á la temeridad: prosigamos.

En todos tiempos llama Dios al pecador, mas no á todos llama de un mismo modo. A unos llama con las voces de su amor, y á otros con las de su justicia: á unos infunde al tiempo de llamarlos una gracia eficaz con la que les hace responder obedientes y prontos á su vocacion, y á otros endurece con su justicia en castigo de sus anteriores desórdenes para dejarlos sin excusa en manos de una funesta reprobacion. Llamó á nuestros primeros padres de la manera que os he dicho, y se convirtieron; llamó á Faraon del modo que plugo á su voluntad soberana, y se obstinó en su pecado. Llamó al príncipe de sus apóstoles con una sola mirada, y lloró arrepentido su delito; llamó á su compañero Judas con las demostraciones mas espresivas de la ternura y predileccion, y desesperado se dió la muerte. Dios llama á todos, pero ni les llama del mismo modo ni está obligado

á ello. Ni con qué razon pretende ser llamado el pecador que ha despreciado el tiempo, los avisos, las gracias que le ha dado para que haga penitencia, del mismo modo que otro que se estravió por un momento? Cómo merece ser llamado cada uno de estos puede conocerse al parecer; mas cómo les llame Dios efectivamente es un misterio incomprendible á la razon.

He llegado á un punto en que me creo obligado á desengañaros. Las apariencias os alucinan y os mantienen en una confianza que tiene mas de vana y temeraria que de cristiana y razonable. Despues de haber permanecido muchos meses, muchos años, toda una dilatada vida en el pecado, en el vicio, en la impenitencia, veis que si no todos los pecadores, al menos la mayor parte de ellos confiesa, llora sus pecados, es absuelta de la pena, muere con las señales de una verdadera penitencia; veis todo esto y no dudais de su salvacion; pero, gran Dios! sabiduría infinita! se habrán salvado todos cuantos han muerto con estas señales? Bien sé que no es permitido al hombre escrudinar los arcanos de la providencia; mas, ay! el mismo Dios nos asegura que se burlará de las oraciones, de las lágrimas y penitencias de aquellos que no han hecho caso de sus avisos, que han desoido sus llamamientos, que han despreciado sus gracias: él mismo nos asegura que de nada sirvieron el dolor y las lágrimas con que los desventurados Esau y Antioco le pedian el perdón de su pasados yerros: él mismo se nos representa en el evangelio bajo la figura de aquel esposo inexorable que cerró tras de sí las puertas para no permitir que entrasen á la celebridad de las bodas las vírgenes fatuas que no estaban dispuestas para cuando fuesen llamadas. *Clausula est janua*. Terrible símbolo! verdad espantosa! *Clausula est janua*. En el momento en que el pecador completa el número de pecados que habia resuelto sufrirle la divina paciencia, *clausula est janua*; yase cerró enteramente para él la entrada de la gloria; ya no tiene remedio alguno. Que ruege, que inste, que llore, que se mortifique, que se apresure, que clame al Señor, todo es perdido porque nunca lo hará ya del

modo que debe hacerlo. Aquellas vírgenes imprudentes se levantaron, se dieron prisa, prepararon sus lámparas, fueron á la casa de las bodas, llamaron á grandes voces, repitieron sus llamamientos; *sed clausa est janua*: el esposo divino se las presenta lleno de furor é indignacion y las dice, *nescio vos*: vosotras no conocisteis la voz de mi divinidad cuando os advertí que debiais estar dispuestas; pues yo os juro que jamas os reconoceré por mias aunque os halleis adornadas de todas las disposiciones imaginables.

Terrible sentencia para el pecador! pero demasiadamente cierta por desgracia. Si alguna duda nos pudiera quedar de esto oyendo las palabras del Señor, la desvanecen del todo las esposiciones de los PP. El que no quiso hacer penitencia en el tiempo que para ello se le concedia, dice San Gregorio, jamás conseguirá el perdon de sus pecados aunque le pida con abundantes y tiernas lágrimas. Tertuliano, San Cipriano, San Basilio, San Agustin, Inocencio III, todos tienen por muy dudoso el perdon de los que tardan en convertirse porque todos dudan ya de su sinceridad. Ellos, dice San Agustin, mueren muy seguros de su salvacion, pero nosotros estamos muy lejos de creer que se salven. La vejez, la enfermedad, el miedo de la muerte, los arrancan unas espresiones semejantes á las que usan los verdaderos penitentes; mas no arrancan de su corazon el afecto al pecado: su conversion no es verdadera: su dolor no es obra de la divina gracia. Si por una casualidad salen del peligro regularmente vuelven luego al bómite; prueba clara de que su conversion no era tan sincera como pensaban ellos. Y lo será mas la que aparenten en el último peligro?

Ay! ay! si los áridos huesos que descansan debajo de vosotros pudieran manifestaros el estado verdadero de las almas á que estuvieron unidos; qué horrores se presentarían á vuestra vista! Mas yo no quiero entristeceros con la noticia de unas desgracias que son ya irremediabiles; deseo sí evitar la que á vosotros amenaza. Si permitiera Dios á los difuntos volver al mundo para que



desengañasen á los vivos, cuántos de aquellos que tuvieron con vosotros una conexión íntima desearían venir á proporcionarnos tan interesante desengaño! Pero la providencia no permite que reciban este los que no quieren desengañarse con los testimonios de los profetas y del evangelio, con los que he procurado yo convencerlos.

Pecadores, sola la penitencia es capaz de salvaros: el Señor os llama á ella, y tal vez no vuelva á llamaros: por lo menos no hay tiempo seguro sino el presente. Cuanto mas tardeis en resolveros, tanto mas acrecentais las dificultades y os hacéis mas indignos de los llamamientos. Cada dia teneis ya menos tiempo. Cada pecado contribuye mas á acelerar vuestra muerte, á oscurecer vuestra razon, á esclavizar vuestra libertad, á alejar cada vez mas de vosotros las gracias y las misericordias del Señor, á atraeros su odio, su furor y su maldicion. Ay de vosotros si se pasa el tiempo, si llegais á cometer el pecado último que Dios ha determinado sufriros! nadie puede saber si este tiempo será el año en que ya estamos, el dia en que vivimos, el instante mismo en que ahora nos hallamos: nadie puede saber si el último pecado que Dios ha de sufrirle será el primero que cometa; pero todo debemos temerlo. El asunto es el mas interesante: el peligro es muy urgente. Ahora vivimos, tenemos entendimiento y libertad: Dios nos convida con su gracia: en nuestras manos tenemos las llaves de los cielos; mas para el dia de mañana nada de esto puedo aseguraros. Si ahora mismo os resolveis á convertirlos, aunque esteis cargados de enormes crímenes asegurais vuestra salvacion; si lo dejais para en adelante, acaso, por pocas que sean vuestras culpas, hareis irremediable vuestra condenacion porque aunque seais llamados pero no del modo que lo sois ahora. El aprovechar las inspiraciones del cielo es una de las señales de predestinacion, asi como lo es de reprobacion el despreciarlas. Qué hacéis, pues, miserables? Acaso este momento es el que decide vuestro eterno destino: á qué esperais? en qué os deteneis?



Pero, Señor, nada puede el hombre sin vuestra gracia, y nada con ella le es difícil. Ya que os dignais presentaros á tantos pecadores, manifestadles con vuestras lágrimas que su desgracia os es mas sensible que la de Lázaro; pero por lo mismo compadeceos de ella: llamadlos á todos con aquellas voces que tienen virtud para resucitar á los muertos: sacadlos del hediondo sepúlcro de los vicios, y volvedlos á la vida de la gracia para que nunca vuelvan á perderla. Amen.





# PLATICA <sup>(1)</sup>

## DE LA PAZ DEL CORAZON.

FELICIDAD DE ESTE ESTADO.

*Beati pacifici.*  
Bienaventurados los pacíficos.

*Matth. 5. v. 9.*

Con mucha razon se dice que la paz es uno de los mayores beneficios que puede dispensarnos la providencia: el mismo Jesucristo llamó bienaventurados á los que la abrigaban en su corazon. Asi es en efecto, porque los pacíficos son bienaventurados en la vida y en la muerte, en el tiempo y en la eternidad, delante de los hombres y en la presencia del mismo Dios. Son bienaventurados porque nada les molesta, nada les aflige, nada es capaz de turbar aquel apacible descanso, aquella deliciosa tran-

(1) Pronunciada en esta Ciudad.

quilidad que aun en la tierra es la mas viva imagen de la bienaventuranza de los cielos. Con mucha oportunidad anunciaron los ángeles la paz á los hombres en el nacimiento de ese divino pacificador; pero la anunciaron solo á los hombres de buena voluntad. No podian anunciársela á otros porque esta paz es compañera inseparable de la buena conciencia; la misma que segun el Salmista solo pueden poseer los que observan estrictamente la ley de Dios: asi es que los que llegan á conseguirla son verdaderamente felices.

Los gentiles que no conocen mas que una paz imperfecta, una sombra ligerisima de la que proporciona la religion cristiana, la ponderan y hacen de ella los mayores elogios; cuáles deberán ser en esta parte los sentimientos de los cristianos? Discurremos por todas las glorias y placeres que pueda ofrecernos el mundo; no hallaremos por cierto ninguno que pueda compararse con la pura satisfaccion de una alma que se arroja ciegamente en los brazos, y descansa tranquila en el amoroso seno de una providencia infinitamente sabia, poderosa, buena y abrasada de amor al hombre. Conjúrense contra esta alma todos los enemigos, todos los trabajos, todos los males; seguro es que no harán en ella la menor impresion por estar fortalecida con este sagrado escudo.

Esta es la paz del alma con su Dios, la sumision á su providencia, el amor á su bondad, la observancia exactisima de su ley: esta es por tanto la que todos debemos procurarnos, como se la procuraron los que en el dia gozan la paz eterna en la presencia de Dios.

Es un axioma de la política que el medio de asegurarse la paz es tomar todas las precauciones, y hacer todos los preparativos para la guerra: del mismo modo en la moral, en la religion no es bastante prepararse; es necesario ademas vivir en una guerra continuada con el mundo y consigo mismo para estar en paz con el Señor. Todos cuantos deseen gozar esta paz en la vida deben declarar antes, y mantener toda ella una guerra obs-

tinada contra el mundo y contra sus pasiones; y atrincherados en el muro inexpugnable de una fé viva, burlar todas las tentativas de Satanás, repeler sus infernales tiros, desbaratar sus fuerzas, tenerle siempre vencido. Si vuelto sobre sí les ofrece, pone á su disposición el cebo de unos placeres criminales, no hay otro recurso sino arrojarle de sí con heroica firmeza, renunciando gustosos todo aquello que se sabe ser incompatible con la paz que por entonces disfrutan. Si les acomete poniendo á su vista el incentivo de la soberbia, deben abatirse, humillarse, huir de la vista de aquellos objetos cuya posesion necesariamente ha de robarles la posesion de su alma; y ocultándose á la vista de los hombres, y puestos en la presencia del Señor, confesar su pequeñez, su indignidad para aquel estado de paz que disfrutaban; manifestar sus temores de perderle atendida su debilidad; atribuirse á sí mismos unicamente sus defectos; reconocerse deudores de todo á la misericordia del Señor, y con aquella santa sencillez que tan justamente recomienda San Gregorio, no solo buscar las ocasiones de humillarse, sino ademas; revestirse de la mas imitable obediencia y procurar ser despreciados y burlados cuando llegue la ocasion. Si la carne pretende levantar la cabeza, no hay sino volverse animosos contra ella; debilitarla con el ayuno, incomodarla con la aspereza, quitarla las armas de la mano con la disciplina y el cilicio; ponerla, como el Apóstol, en una vergonzosa esclavitud, en una negacion absoluta, con una obstinada contradiccion á todos sus deseos y apetitos.

Todas las armas de los enemigos se embotan, se inutilizan con la sumision á la divina providencia. Las desgracias, los dolores, el temor de la muerte, todas esas cosas que no pueden menos de asustar al pecador, é inducirle algunas veces al abismo de la desesperacion, son en las almas en quienes reina la paz verdadera nuevos motivos de alabar la sabiduria, la justicia, la misericordia del Señor, y de complacerse en el cumplimiento de sus adorables disposiciones. En ellas nada admira tanto como aquella igualdad y serenidad de ánimo por la que, como rocas

inmóviles, resisten á las olas, á las tempestades, á todos los enemigos. Los tiranos al acabar con la vida de los mártires, no podían menos de quedar asombrados á vista de la heroica fortaleza con que recibían el golpe fatal, pero les admiraba más su serenidad inalterable: tal era su ignorancia respecto á aquella paz preciosa que los mártires disfrutaban. Aun los cristianos que por fortuna la conocen y la han experimentado alguna vez se pasman al considerar los sentimientos verdaderamente pacíficos que para con sus mismos perseguidores conservaban aquellas almas inocentes tan injusta como inhumanamente perseguidas, sucediendo con mucha frecuencia, sino siempre, que á imitación de su redentor pacientísimo pidieran con el mayor interés por sus mismos verdugos, y como otro Esteban procuráran atraer á la participación de la verdadera vida á los impíos asesinos que les daban á ellos la muerte. Mas esto no debe estrañarse, porque la paz del alma con Dios produce necesariamente el amor y la paz con los hombres; y la conducta que observamos para con estos es un espejo clarísimo en que se pone de manifiesto el estado de nuestra alma para con Dios.

El iracundo, el colérico, el que lejos de perdonar á su enemigo, se enfurece al oír hablar de él, pondera sus injurias, y se complace en calumniarle y desearle mal; el que con sus chismes siembra ó atiza el fuego de la enemistad y de la discordia; el impaciente que no sabe sufrir los defectos de sus hermanos; todos los que no conservan y procuran la paz entre los hombres manifiestan indudablemente que en su corazón no mora la paz del Señor. El que es tan feliz que la disfruta, es amigo del orden; y este exige que los decretos de la divina providencia sean siempre preferidos á nuestros caprichos, á nuestras pasiones, á todos nuestros deseos aunque por otra parte parezcan prudentes y justos. La providencia de Dios dejaría de ser infinita si no se extendiera individualmente á todos los acontecimientos de la vida. Todas las desgracias y aflicciones son otros tantos ministros que envía sobre nosotros su diestra siempre bienhechora. Hasta

los defectos, y aun los pecados mismos con que nos ofenden los demas hombres, pasando como no pueden menos de pasar por la mano permisiva del Señor, se convierten en instrumento de nuestra virtud y de nuestra felicidad.

Hé aquí el motivo por que los verdaderos pacíficos son tan amantes de todos sus prójimos aunque estos sean díscolos, se declaren contra ellos, y les injurien y persigan de muerte. Por lo regular son buscados con ánsia por los que se hallan constituidos en algun peligro, ó amenazados de alguna desgracia: tal es el convencimiento en que están todos de que son bien recibidos cuando se acercan á pedirles un consejo, un recurso á la pobreza, ó un alivio en los trabajos. Asi se prueba el amor verdadero de la paz. Y por qué no hemos de observar nosotros esta conducta? No apreciamos á los que la observan? No veneramos la memoria de los que la observaron? No confesamos ingenuamente que las obras de unos y otros son laudables, virtuosas, y del agrado del Señor? No creemos que por este camino se aseguran los unos la gracia, y los otros la gloria? Pues emprendámosle nosotros, y gozaremos lo que gozan. Qué! con solo querer nos sustraeremos del orden de la providencia? las injurias recibidas dejarán de serlo porque conservando su memoria aspiraremos á la venganza? cortaremos los golpes de la persecucion con el odio de nuestros enemigos? serán menos las incomodidades porque sea mayor la impaciencia y la ira?

Reflexionémoslo, hermanos míos, con la detención y seriedad que se merece: apelemos al tribunal de nuestra propia razon. Figuraos un hombre pacífico oprimido como el santo Job de todas las calamidades, bendiciendo resignado la pesada mano que le affige; y un iracundo que arrebatado de furor por una ligera injuria, prorrumpe en imprecaciones y blasfemias, y desfigurado enteramente su semblante se abandona á la desesperacion, y busca una muerte azarosa; cuál de los dos os parece mas infeliz? cuál padece mas? nadie se detendrá á dar la respuesta. El primero en sus mismos padecimientos encuentra con-



suelos y dulzuras inefables; el segundo, lejos de dulcificar su tormento, él mismo le exaspera, le acrecienta, le hace intolerable: aquel no ve en los trabajos sino una bebida amarga, pero que solo incomoda un instante asegurando en cambio la vida, la salud y la gloria de una eternidad; este nada ve, nada gusta sino lo amargo, lo cruel: lo detesta y no puede evitarlo; se enfurece, se hace verdugo de sí mismo, y sin eximirse de los trabajos de la vida aumenta su crueldad, y se atrae otros mas terribles en la muerte: el uno sabe que por este medio consigue la bienaventuranza en donde el príncipe gloriosísimo de la paz le honra con el título y cualidad de hijo suyo, le constituye heredero de su gloria, le sienta á su mesa, le embriaga en sus dulzuras celestiales, le asegura de su amor y del gozo puro é inalterable que hace su misma bienaventuranza; el otro, esclavo desgraciado del orgulloso padre de la soberbia, no puede prometerse otra suerte que la del tirano á quien sirve; dolores, tormentos, rabia y desesperacion para toda una eternidad.

Yo haria un agravio conocido á vuestra fé y aun á vuestra razon si dudara cual de las dos suertes os agrada: en vuestra mano está la eleccion. Sea el resultado de estas prácticas de devocion el aficionarnos á la paz, el decidirnos por el partido de esta virtud que tanto nos admira en los otros. Pidamos ardentemente al Señor que restablezca la paz entre nosotros; la paz amable que tanto tiempo hace huyó de nuestro suelo; la paz que hizo nuestras delicias y cuya ausencia es nuestro mayor tormento; la paz sia la que no podemos ser hijos del padre celestial, Arránquese de entre nosotros el gérmen funesto de la discordia. Reconozcamos, confesemos, amemos el orden de la providencia; sometámonos humildes á sus soberanos decretos; adorémosla en todos los acontecimientos de nuestra vida; consideremos á todas las criaturas como instrumentos suyos: amemos á estas de corazon: olvidemos todos los resentimientos: perdonemos de corazon las injurias de nuestros enemigos: vivamos unidos con los vínculos de una misma fé, de una misma esperan-

za, de una sólida caridad. De este modo la paz del Señor, cuya delicia es superior á todo encarecimiento, será la salvaguardia de nuestras almas, evitará el que nos separemos del camino de la verdad y la justicia, y haciéndonos preciosos á los ojos de los hombres, y mucho mas aun á los del dispensador de la verdadera paz gozaremos dias tranquilos, y por medio de una muerte igualmente apacible volaremos á coger el fruto de nuestra paz en la gloria. Amen.



Una de las cosas mas comunes y al mismo tiempo mas graves del espíritu de nuestra religion es el entregarse en estos dias á la inobediencia á la autoridad, á la independencia, á la desobediencia, y á otras cosas que aun los gentiles no pueden menos de reprobar, considerando destruidos los rasgos como si fueran inofensivos, y los cristianos las cortas mortificaciones que la iglesia prescribe como el medio unico de dar alguna satisfaccion á la ingratia maldad de un Dios ofendido, y de hacerse mere-

---

---

# PLATICA

## DE LA LIMPEZA DE CORAZON.



EN QUÉ CONSISTE, Y SU RECOMPENSA.



*Quis ascendet in montem Domini? aut quis stabit in loco sancto ejus? Innocens manibus et mundo corde.*

Quién subirá al monte del Señor? ó quién estará en su lugar santo? El inocente de manos y de corazón limpio.

*Psalm. 23. vv. 3 et 4.*

Una de las cosas mas comunes y al mismo tiempo mas ajenas del espíritu de nuestra religion es el entregarse en estos dias á la inmodestia, á la intemperancia, á la embriaguez, á la disolucion, y á otros excesos que aun los gentiles no pueden menos de reprobear no estando destituidos de razon. Como si fueran intolerables á los cristianos las cortas mortificaciones que la iglesia les prescribe como el medio único de dar alguna satisfaccion á la infinita magestad de un Dios ofendido, y de hacerse acre-

dores á su gracia y á la posesion de su gloria, parecen empeñados en reunir en sus brutales estómagos tal abundancia de comida y bebida que les impida sentir la molestia del ayuno, y en llenar la medida de sus carnales deleites de modo que harto ya y fastidiado su cuerpo de tantos gustos no les eche de menos en la cuaresma. Movidos de tan fatal escándalo aquellos para quienes no hay diferencia de tiempos, y que por razon de su trabajo, de su condicion, de sus particulares circunstancias, ni conocen el ayuno, ni frecuentan el templo, ni se entregan á la oracion, ni practican la penitencia, consumiendo con una indiferencia gentilica el tiempo de cuaresma en negocios puramente temporales del mismo modo que el resto del año, todavia se creen autorizados para acrecentar en estos dias sus escesivos desórdenes y su licencia desenfrenada.

La misericordia infinita por uno de los efectos de su amor nos ha librado en lo general de un contagio tan pestilente: pero esto no es bastante para atraernos las cariñosas miradas del Señor, y asegurarnos su gracia y su amistad. No os creo tan ignorantes é insensatos que supongais ser de este mundo los bienes que el Señor promete á sus fieles servidores; sabeis por la fé que hay despues de la vida una region feliz en que se recompensarán sobreabundantemente todas las privaciones, todas las molestias, todos los trabajos que hayamos sufrido por amor de Dios; que hay una morada de reposo y de bienaventuranza en donde se saciarán todos nuestros deseos sin lo que no es compatible la felicidad.

Però, ay! hermanos míos; quién será el afortunado mortal que logre un asiento en esta venturosa mansion? quién el que consiga trepar á esta elevada cumbre? Quién!!! todo el que quiera. Ved que cosa tan fácil; con solo querer nos aseguramos indefectiblemente la posesion del monte santo. No creais que digo una paradoja: son palabras del mismo Dios: el inocente, el que tenga el corazon limpio y puro este subirá sin obstáculo alguno.

Palabras divinas! palabras deliciosas! palabras que llenan el alma de consuelo! ya hemos hallado ese secreto que por tanto tiempo han desconocido los hombres mundanos: ya sabemos el medio de habilitar nuestros pies para que caminen por esa senda derecha é infalible que conduce á la posesion del sumo bien, *Innocens manibus et mundo corde*: aquel en cuyo corazon habite la inocencia, y que esté puro de todo afecto terreno; aquel que desprecie los groseros bienes que para seducirnos nos ofrece el mundo engañoso; aquel que desoiga los gritos alarmantes de la pasion, y se niegue á los estímulos de la carne corrompida, este subirá seguramente al monte del Señor.

Ya lo sabeis, pecadores; para vosotros está obstruida esta senda; vuestros pies inmundos no son dignos de pisarla pues la mancillarían con el contacto. Para vosotros no hay ni puede haber lugar alguno en donde no se respira sino pureza, y gloria. Qué tiene que ver con estos gozos inocentes vuestro corrompido corazon?

Vosotros, sí, los que abrigais un corazon recto, y libre de todo afecto mundano, vosotros subireis un dia á coger el fruto de vuestros trabajos en la elevada cumbre de aquel monte en que reside la verdadera gloria; vosotros subireis sin duda alguna porque vuestro corazon está exento de toda mancha. Esta es una verdad que nos descubre el Espíritu Santo por un profeta, y el mismo Jesucristo nos asegura en el evangelio que el padre de familias hizo atar de pies y manos, y arrojar á las tinieblas exteriores al que tuvo la osadía de presentarse con un vestido sucio en el convite con que se celebraban las bodas de su hijo; el mismo padre de familias que nos asegura serle del todo indiferente que el hombre en su exterior esté limpio ó poco aseado con tal que sea puro su corazon. Quién dejará por tanto de conocer que las inmundicias de que tanto abomina el Señor son las que resultan de la soberbia, de la avaricia, de la lujuria, de la injusticia, de la intemperancia, del pecado, en una palabra? Y eso, por qué? porque estas son las únicas que impiden

absolutamente al hombre la entrada en el reino de los cielos.

Ved aqui, amados hermanos míos, que todo nuestro esmero, todas nuestras atenciones deben fijarse en huir hasta el menor peligro de que nuestras almas contraigan una inmundicia intolerable al Dios de la santidad, é incompatible con su posesion. Qué diligencias, pues, serán suficientes para esto? Qué sacrificios por penosos que parezcan deberemos omitir para alejar de nosotros semejantes riesgos? Por mas que nos sea lícito usar de los bienes que la providencia nos dispensa, dariamos una prueba de la limpieza de nuestro corazon arrojando de él todo cuanto pueda halagar ó fomentar las pasiones; separando de nuestra vista esos objetos seductores á los mundanos y que son un funesto incentivo de la codicia; privando á nuestro cuerpo de esos placeres, de esas comodidades que sirven de cebo á la torpeza; y en fin resolviéndonos á no dar entrada en nuestra alma á la menor impresion que pueda excitar el ímpetu de la soberbia. Por este medio conseguiriamos colocarnos en aquel venturoso estado en que San Gerónimo quiere que consista la verdadera limpieza de corazon; aquella tranquilidad que ahuyenta todas las inquietudes, que disipa todos los temores con el solo testimonio de una conciencia que nada tiene que reprendernos.

Y quién de nosotros es tan temerario que crea poder asegurar con fundamento que ha llegado á una situacion tan dichosa y digna de envidiarse? Bien sé que á pesar de las renunciaciones hechas en el bautismo podemos usar lícitamente, como acabo de decir, los bienes de la tierra con que nos ha regalado la generosa diestra del Señor; sé tambien que no todos los placeres nos estan prohibidos, ni es un crimen recibir los honores proporcionados al mérito, siempre que conozcamos nuestra insuficiencia, y confesemos que todo lo debemos á la liberalidad del criador; pero buscar unos y otros con el ansia con que por lo comun los buscamos; entregarles el absoluto dominio de nuestro corazon; darles una ignominiosa preferencia á la práctica de la virtud; esponernos, por conseguirlos y continuar en la posesion,



á violar nuestros deberes y violarlos en efecto, y conservar á pesar de esto el corazón libre de toda mancha, esto es mas imposible aun que arrojarse en lo mas profundo de un volcan y salir ileso á pocas horas. Hay un medio, hermanos míos, hay un medio que es preciso buscar si queremos preservar á nuestro corazón de la corrupcion que lleva consigo el goce de los placeres; si no tenemos toda la fortaleza necesaria para alejarlos enteramente de nosotros, usemos de ellos con moderacion.

Usar con moderacion los bienes y placeres del mundo! ah! qué cosa tan difícil para la humana fragilidad! A donde quiera que el hombre se dirija, en cualquiera circunstancia en que se halle, siempre estan con él estas perversas inclinaciones que produjo el pecado en la naturaleza; estos pérfidos enemigos que se vuelven furiosos contra el que imprudente los halaga, y que solo saben obedecer al que haciéndose superior, ó mas bien, usando del dominio que sobre ellos tiene, los sujeta y esclaviza. No quisiera que llegarais á persuadiros de que os quiero reducir á una senda demasíadamente angosta; pero ello es indudable que es mas fácil renunciar completamente á estos placeres, que usar de ellos con moderacion. Confieso que el primer paso es violento, repugnante, superior á las solas fuerzas del hombre; por eso dijo Jesucristo que esto conducia á la perfeccion; mas con la gracia de Dios que nunca se nos niega, y con una recta intencion de nuestra parte todo se hace fácil y espedito. Lo que no podrá disputármese es que dado este paso, esto es, hecha la renuncia del mundo, hay muchos menos obstáculos que vencer para subir á la cumbre de la perfeccion evangélica. En qué está sino esa suma dificultad que halla Jesucristo en que se salven los poderosos? Mas fácil es, dice, que un camello pase por el ojo de una aguja que el que un rico entre en el reino de los cielos.

Pero si quereis convenceros mejor de esta verdad consultad las historias sagradas. Si no todos, la mayor parte de esos héroes de la religion que justamente se nos proponen por modelo de nuestras acciones renunciaron del todo las pompas y vanidades

mundanas; y no satisfechos con eso formaban empeño en violentar sus pasiones, en contradecir los estímulos del apetito, en oponerse á su propia voluntad. El continuo trabajo, el ayuno riguroso, el cilicio cruel, la sangrienta disciplina, la aspereza del lecho y del vestido; hé aqui el poderoso freno con que sujetaron la rebeldía de su carne: la oracion no interrumpida, el cotidiano exámen de sus miserias, el estudio constante en el misterioso libro de la cruz en que veian al unigénito de Dios ignominiosamente muerto por su causa, la meditacion profunda de su ignorancia, de su debilidad, del infeliz estado en que vinieron á este mundo, de su propension tan fuerte al vicio que mas deshonra y perjudica al hombre, y la dificultad casi insuperable de continuar mucho tiempo en la práctica de la virtud en que se funda toda su gloria, hé aqui las armas con que sujetaban el orgullo de su espíritu.

No tenemos nosotros otras: solo con ellas podemos hacernos fuertes contra los ataques del enemigo que nos tiene declarada la guerra y nos combate con obstinacion por arrancarnos la joya preciosa de la gracia: solo con ellas preservaremos á nuestro corazon de la inmundada y asquerosa mancha de la culpa con la que pretende afearle para alejar de él hasta las miradas del Dios de la santidad. Con estas armas y por estos medios podremos seguir constantes por la senda recta de la justicia y el camino de todas las virtudes, sin cuyo requisito, dice muy bien el Apóstol, es imposible gozar la vista clara del Señor, de aquel divino sol de justicia que, segun las espresiones de San Agustin, comunica su luz, su resplandor, su alegría, su misma felicidad á los ojos sanos, y llena de tinieblas, de obscuridad, de dolores y tormentos á los ojos enfermos. Por este medio conseguiremos subir al monte santo, en el que el Señor nos hará semejantes á sí mismo, como lo declara el apóstol San Pablo.

Bienaventurada mortificacion! qué inefables dulzuras producirán un dia tus agudas espinas! Bienaventurada pobreza! qué tesoros tan inmensos é inamisibles nos aseguras para un dia

eterno! Bienaventurada privacion! qué goces tan deliciosos, tan puros nos esperan en el elevado monte á que tú misma nos ayudas á subir! Bienaventurados trabajos! qué quietud tan envidiable, qué reposo tan dulce, qué tranquilidad tan encantadora, qué gozo tan cumplido nos proporcionas para el momento en que lleguemos al trono del Señor! Bienaventurada pureza! con qué exceso nos pagarás esa vigilancia con que hemos vivido para conservarte en nuestro corazon! Tú nos haces subir al monte santo de la gloria: tú nos conquistas aquel asiento que nos está ya preparado en la presencia de Dios; tú....

Este es, cristianos, el tiempo mas oportuno: si la naturaleza se resiste, si nos opone obstáculos, dificultades, peligros, volvamos la vista á nuestro redentor que voluntariamente se entrega á los tormentos de la pasion solo por ganar para nosotros la entrada de ese monte que estaba cerrada desde que el primer hombre tuvo la desgracia de pecar. *Ascendimus Hierosolimam*, dice á sus apóstoles: vamos á Jerusalem en donde se realizarán todas las profecías en que se declara el fin trágico que ha de tener el hijo del hombre. El consejo de los impíos se verificará conforme á los designios de mi padre; y el hijo del eterno será entregado á los ministros de la maldad, será escarnecido, abofeteado, escupido, azotado y vergonzosamente muerto; mas al tercero dia resucitará lleno de gloria y bañado de resplandores celestiales. Del mismo modo os digo yo, cristianos, *ascendimus Hierosolimam*: entreguémosnos á los ejercicios de piedad y mortificacion propios de este tiempo santo: privemos á nuestro cuerpo de esos placeres que nos pide por incitacion del enemigo: desechemos esas ideas de envanecimiento, de codicia y de liviandad que tanto manchan nuestro corazon; y estemos persuadidos á que al tercero dia, es decir, pasada esta vida de sueño y de figura, resucitaremos gloriosos, y subiremos, sin que haya cosa que pueda impedirnoslo, á ese elevado monte de la gloria en que viviremos tranquilos por toda una eternidad. Amen.



# PLATICA (1)

## DEL JUICIO FINAL.



### SUS SEÑALES Y CIRCUNSTANCIAS.



*Venit hora in qua omnes qui in monumentis sunt audient vocem filii Dei: et procedent quia bona fecerunt in resurrectionem vitæ; qui vero mala egerunt in resurrectionem judicii.*

Viene la hora cuando todos los que estan en los sepuleros oirán la voz del hijo de Dios: y los que obraron bien irán á resurreccion de vida; mas los que hicieron mal á resurreccion de juicio.

*Jcann. 5. vv. 28, et 29.*

Cuántas veces ha resonado en vuestros oídos el evangelio de este día sin haber hecho la menor impresion en vuestros corazones? Los mayores justos se han estremecido y llenado de terror al solo recuerdo de que se presentarán un día ante el juez soberano á ser residenciados de su vida. El profeta David al meditar lo terrible de aquel juicio sentía consternado que su espí-

(1) Pronunciada en la capilla de la cárcel pública de esta ciudad.

ritu queria salir del cuerpo, y para evitar el enorme peligro de que se veia amenazado tomó la firme resolucion de confesar su pecado y detestarle para siempre.

Y en verdad, que solo la ver las tristes señales que precederán á este grande acontecimiento se apoderará de todos los vivientes el terror, y la mayor parte desearian no haber jamás gozado el beneficio de la vida. Hambres, guerras, pestes, terremotos, asombrosa oscuridad de los ástros, llamas voraces que se apoderarán subitamente del universo mundo, que reducirán á cenizas las obras en cuya disposicion se han ocupado por tanto tiempo los mas grandes talentos, y en cuya ejecucion se han invertido inmensas sumas; llamas devoradoras que consumirán en un momento esos metales en que tienen puesta toda su confianza los necios mundanos.....

Ay! Señor, qué pecado han cometido los seres destituidos por su misma naturaleza de razon y sentimiento, por el que deban ser entregados á la cruel voracidad de aquellas llamas? será por ventura el haber llamado la atencion, cebado el apetito, y arrastrado tras sí el corazon de los hombres, de esas criaturas dotadas de conocimiento que van á comparecer en el tremendo tribunal del último de los dias? Y si aquellos seres irracionales no han cometido delito alguno por el que merezcan ser presa de aquel fuego, por qué han de ser incluidos en este anatema?

O inmensidad de los juicios de Dios! quién es capaz de penetrar aquel abismo? Hasta el pensarlo seria en nosotros un delito imperdonable: lo que debemos hacer es considerar por este aparato de magestad y poder, cuál será la suerte de los mismos hombres que, adornados de un alma espiritual y libre en sus operaciones, han corrido ansiosos en busca de los inmundos p'aceres de la tierra, y se han creido felices en su posesion; cuál será la suerte de los cristianos que instruidos por la fé de la necesidad indispensable de renunciar el mundo entero por seguir á Jesucristo, han renunciado y abandonado á Jesucristo por agradecer al mundo. No creais que la ira de Dios viene dirigida con-

tra las piedras y los troncos, ni contra los elementos y los brutos; el hombre, solo el hombre será entonces el desgraciado objeto de su furor é indignacion. Oid algunas de las cosas que han de suceder en aquel dia critico.

El angel del Señor hará la señal para este acto con el sonido de la horrisona trompeta que de uno al otro extremo del universo será oido claramente; que penetrará hasta lo mas remoto de los sepuleros, hasta lo mas profundo del lugar de los condenados, y subirá hasta lo mas elevado de la region de los cielos. Al eco de esta trompeta comparecerán sin la menor dilacion en un lugar ya destinado todos y cada uno de los hombres sin distincion de categorías ni de edades; y en el mismo momento se rasgarán los cielos dejando franca la salida al hijo de Dios que bajará rodeado de todo el aparato de su magestad; al mismo Dios que abrasado de amor por el hombre bajó en otro tiempo al casto seno de Maria para hacerse hombre como él; al Dios hombre que regó desde su mas tierna infancia nuestro suelo con su sangre preciosa; al buen pastor que llevó con tanto trabajo sobre sus hombros la ovejuela descarriada; al redentor amoroso que nos abrió tantas puertas para el cielo, cuantas fueron las heridas de que permitió llenar su cuerpo, y que vino precisamente á morir con la muerte mas inhumana para darnos la gloria mas inmensa.... Á este mismo hijo eterno de Dios y Dios verdadero como él, es á quien dejan expedito el paso las puertas celestiales, porque baja entonces á recoger el fruto de su pasion y de su muerte; á recobrar la sangre derramada por nosotros; á ver cómo han correspondido los hombres á un amor tan infinito; á tomar una completa venganza de todas las injurias que en pago ha recibido de ellos; mas breve, á juzgar á cada uno y premiarle ó castigarle en proporcion á sus méritos ó deméritos.

Lo habeis entendido bien? el juicio va á verificarse, y todo un Dios ha de ser el juez. Temed con fundamento, ó mortales! Vosotros poderosos, los que comprais en el mundo la injusticia,



temed, que ha de juzgaros un Dios inexorable. Temblad, pecadores, que ha de juzgaros un Dios infinitamente justo, y el pecado no se castiga sino con el infierno. Temed, justos, que ha de juzgaros un Dios santo por esencia, y ante él estará vuestra virtud llena de manchas é imperfecciones. Temblad, mundanos, que ha de juzgaros un Dios inmenso que está viendo con la mayor claridad y sin la menor escepcion todas vuestras acciones, y hasta los mas ocultos pensamientos de vuestro corazon. Dios ha de ser el juez! estremézanse los hombres al saber que aun en sus ángeles no encuentra la pureza correspondiente á su gloria. Dios ha de ser el juez! ciérrense las becas blasfemas de esos apóstoles de Satanás que para lograr la satisfaccion de sus brutales apetitos, procuran como su detestable señor arrastrar consigo las almas al infierno asegurando con impío atrevimiento que ningun cristiano puede condenarse: cierran sus labios sacrílegos, y sepan que Dios es el juez, que pudiéndolo todo no puede menos entonces de dar á cada uno su merecido; al bueno y virtuoso la gloria eterna; al pecador, sea cualquiera su creencia, el infierno para siempre. Dejaría de ser Dios si pudiera obrar de otra suerte, pues sería lo mismo que dejar de ser justo, ó fiel á su palabra: no haya miedo que se separe un ápice de lo justo en un tribunal que tiene destinado para evidenciar su exactísima justicia.

Hé aqui la razon por qué se hará el juicio públicamente. Cuánto debe contribuir esta idea á que obremos de modo que no tengamos que avergonzarnos de haber obrado así! pues en aquel dia se hará patente á todos cuanto hayamos hecho y pensado. Allí ya no tiene lugar la hipocresía; acabóse entonces la pasion; no hay que temer el odio ó enemistad injustos; no hay que esperar el favor ni la indulgencia; finalizó el tiempo del fraude y del engaño. El justo manifestará en su frente la belleza incomparable, la verdadera hermosura de la virtud; y el pecador descubrirá en la suya la horrorosa deformidad de sus crímenes. La esposa fiel se presentará serena ante el adúltero esposo que

se aterrará al verla, y huirá precipitadamente por no poder soportar las reconvenciones que supone ha de hacerle. El hijo perverso quedará poseído de espanto ante el padre cariñoso que descubre entonces las monstruosidades del que suponía inocente. La tierna madre, el amigo verdadero, el extranjero desconocido, nadie podrá sufrir la abominable figura del infeliz pecador. Los crímenes perpetrados por uno solo, los adulterios de que solo tenían noticia los dos cómplices, las usurpaciones de algunos pocos, todo se hará patente: saldrán de entre las cenizas íntegros los escritos que quemados en el mundo aseguraron al usurpador la posesion de lo que no le pertenecía, privando de ella á quien tenía un derecho inviolable de justicia, y ocasionando tal vez la desgracia y la miseria de muchas familias. Allí no hay distincion entre el pobre y el rico, entre el poderoso y el desvalido, entre el noble y el plebeyo, entre el sacerdote y el simple fiel: tan solo se distinguirán los buenos de los malos; aquellos recibirán el testimonio mas auténtico del infinito amor que Dios les profesa y el premio mas apreciable y justo de su virtud; y éstos la conviccion mas terrible del odio que Dios ha profesado siempre al pecado, y el castigo mas espantoso por los que ellos han cometido. Irán los primeros en manos de los ángeles á gozar en los palacios de la gloria las delicias inefables preparadas á todos los hijos del Señor; y los segundos en las garras de los infernales dragones bajarán á los oscuros calabozos del infierno á sufrir en aquellas eternas llamas los tormentos con que se ha amenazado siempre al pecador y á que le destinaba siempre el perverso Lucifer. Irán unos.....

Parece un sueño, parece un delirio. Nada procuran con tanto empeño los impíos como borrar esta idea terrible del corazon de los hombres. Mas ay! lo que no puede conseguir su astuta perfidia lo consigue nuestra pasion desenfrenada: y todo por no reflexionar como debiéramos en nuestras postrimerias. Vosotros sin embargo, amados hermanos míos, os hallais para esto en una posicion muy ventajosa: vosotros á cada paso teneis motivos po-

derosos para recordar aquel juicio tan digno de temerse. Vosotros estais experimentando la justicia de los hombres. Ah! y si esta se os hace tan pesada, cuánto mas lo será la de Dios? cuánto mas digna de temerse su indignacion severa? Su justicia, decia muy bien el profeta David, es un abismo impenetrable. En los jueces de la tierra por mas severos, por mas exactos que sean suele tener lugar á las veces la compasion: no puede ocultárseles que no son incapaces, atendida la debilidad de su naturaleza, de cometer delitos que les obliguen un dia á implorar la clemencia de otros jueces; y la religion les pone delante la idea tremenda del formidable juicio que como á todos los hombres les está preparado para el mas terrible de los dias; y el deseo de inclinarse entonces en su favor la compasion del juez supremo, les estimula, les incita muy poderosamente á compadecerse, en cuanto sea compatible con la ejecucion de las leyes, de los desgraciados delincuentes á quienes tienen ellos que juzgar en la tierra. Cuántos delitos quedan en este mundo sin castigo porque las tinieblas ó la soledad los cubrieron con un velo que no puede penetrar toda la sagacidad de los hombres! No así en el tremendo juicio que á todos nos espera, en el que la vista del juez inexorable penetra hasta el pensamiento mas oculto de los hombres, y en el que para nada se necesitan delatores y testigos. Aquí con artificios, con engaños, con sobornos, con empeños se podrá evitar alguna vez, y se evita con efecto el castigo siendo ciertos los crímenes; allí, el juez es infinitamente sabio, infinitamente justo, del todo inexorable, y no hay tribunal superior á donde pueda apelar el hombre miserable pronunciada que sea su sentencia. Sentencia espantosa la que recaerá infaliblemente sobre los culpados! Todo cuanto podais padecer aquí es nada, es una delicia si se compara con la menor de las penas que en virtud de esta sentencia han de padecerse en la otra vida.

Ved aquí por que os dije que vuestro estado os facilita mucho la consideracion de estas espantosas verdades. Ahora digo mas, vosotros teneis andada una gran parte del camino; vuestros pa-

décimientos y privaciones, si practicais la virtud de la resignación, no pueden menos de atraeros la compasión y las gracias del omnipotente. Vosotros, cualquiera que sea vuestra condición, sois llamados á la gloria de la eternidad del mismo modo que los príncipes de la iglesia y los soberanos del mundo: vosotros, cualesquiera que hayan sido vuestros delitos, sois llamados á la gloria de los cielos, lo mismo que los anacoretas y los mártires. No desmayeis: no perdais las esperanzas: consolaos. La vida presente es menos que un momento si se compara con la vida futura que nunca jamás ha de acabarse. Todos los trabajos, todas las persecuciones y miserias terminan con la muerte para el justo y cuanto mas padeciere en el mundo, tanto mas se regocijará en el cielo. Acaso la amable y sábia providencia del Señor ha determinado enviar sobre vosotros las penalidades para poder acrecentar luego las delicias.

Ahl quién dejará de decidirse en el momento por el partido de la virtud que con tal abundancia derrama el consuelo y la dulzura en medio de todas las calamidades? Y qué puede, por el contrario, prometerse el miserable que, acometido de una pasión violenta, se rinde á su imperio, desobedece á su Dios, dá consigo en el abismo de la culpa, y tal vez vive de asiento en el estado horroroso del vicio? No creais que para esto os autoriza de modo alguno el desagradable estado en que por desgracia os hallais constituidos. Yo puedo aseguraros que me lastima en extremo; pues por mas que respete como debo, la justa severidad de las leyes, y que prescinda de que hayais dado ó no causa al tratamiento que se os hace, no puedo prescindir de que sois hermanos míos, hijos de mi mismo padre, ovejas compradas con la sangre de mi redentor, miembros de la misma iglesia á que yo pertenezco y á la que está vinculada la eterna felicidad que yo espero, almas marcadas con el sello del cordero celestial y que oireis acaso en el día del juicio una sentencia favorable que yo no he sabido merecer. Mi corazón humano y compasivo no puede sin conmoverse presenciar la desgracia de aquellos á quie-

nes con tan estrechos vínculos le unen la naturaleza, la piedad y la religion; pero no por esto debo ocultaros la verdad aunque pudiera contristaros ó causaros disgusto. Tened siempre presente el último de los días: mirad que en él nada valdrán los padecimientos sino se han sufrido con resignacion: y tened entendido que en vuestro estado esta virtud sola os hará acreedores á la misericordia del juez eterno, única cosa de la que pende la libertad verdadera en la posesion de la bienaventuranza que á todos desco.



---

---



# PLATICA (1)

## DE LOS DEBERES DE LAS RELIGIOSAS.



INSUFICIENCIA DE LOS PRETESTOS QUE SUELEN Oponerse á su CUMPLIMIENTO.



*Vovete et reddite Domino Deo vestro: omnes qui in circuitu ejus affertis munera.*

Haced votos y cumplidlos al Señor Dios vuestro todos los que al rededor de él traheis ofrenda.

*Ps. 75 v. 12.*

**E**l sacrificio que una persona religiosa hace á Dios de su libertad y del derecho de disponer de sus acciones, cediéndosele á este Señor que las manda por el órgano de sus superiores, es á la verdad muy grande, muy costoso, pero es el mas agradable á la divinidad, y por lo mismo el mas interesante á quien le ofrece. El hombre seducido por su enemigo quiso disputar

---

(1) Dirigida á unas religiosas de esta ciudad.



á su mismo criador el derecho que tenia para mandarle; y en justo castigo de su soberbia resolvió que todos sus descendientes lleváramos sobre nosotros el yugo de la obediencia á otros hombres. Nuestro divino redentor, para remediar el cúmulo de males que por aquella desobediencia habia venido sobre nosotros, se hizo obediente hasta morir en el patíbulo destinado á los delinquentes mas infames, no obstante ser él la inocencia misma. Los mayores héroes del cristianismo deseando imitar á su divino maestro, no contentos con los preceptos impuestos á todos los hombres, se han hecho una obligacion de cumplir los consejos del evangelio; se sometieron, y han sometido á todos sus hijos á unas leyes mas difíciles, mas árduas, pero mas perfectas y mas conducentes á la verdadera santidad.

Tales son, Señoras, las leyes, las reglas, las constituciones cuya observancia jurasteis á Dios en manos de vuestros superiores, y teniendo por testigos á los ángeles en vuestra profesion: esta observancia es la única que puede haceros amadas esposas de Jesucristo, y participantes de su gloria. Por lo mismo no extrañareis que os recuerde las palabras del real profeta que tan frecuentemente pronunciáis en el oficio divino: *vovete et reddite Domino Deo vestro, omnes qui in circuitu ejus affertis munera*: es indispensable que seais fieles en cumplir las promesas que con tanta solemnidad habeis jurado á Dios al pie del altar sagrado.

Ya sé, que el enemigo comun os presentará millares de dificultades para este cumplimiento, y multitud de preceptos para eludirle: las necesidades comunes y particulares, las leyes de la gratitud para con los bienhechores, la costumbre, hé aqui las principales armas de que el enemigo se vale para seducir á las religiosas: armas que, por mas fuertes que aparezcan á primera vista, son muy débiles en la realidad. No puede dudarse que nuestras pasiones dan una estension excesiva al nombre de necesidad, y que muchas veces reputamos ser necesario lo que no solo es supérfluo sino en gran manera perjudicial. Yo os suplico

que no olvideis la preciosa leccion que nos daba el Apóstol cuando decia, que logrando tener el alimento necesario aunque no regalado, y el vestido decente pero no magnífico, ya vivia contento y nada mas tenia que apetecer en el mundo. El nombre de necesidad jamás debe pronunciarse para el efecto por las personas que voluntariamente se han ofrecido á vivir en una absoluta pobreza, y que habiendo dado á su Dios cuanto tenian y pudieran tener, deben abrigar la mas segura confianza en que la providencia infinitamente sabia y justa nunca permitirá que las falte lo necesario: sería una monstruosidad pensar que abandonase á sus queridas esposas quien sin pedirselo dá alimento á las aves y riego benéfico á las plantas y á las flores.

La gratitud es una prenda recomendable, una obligacion de justicia; pero á quién debemos ser mas agradecidos, á Dios, ó á los hombres? de quién hemos recibido mayores beneficios? Sería seguramente, criminal y detestable el hombre que consintiera que nosotros faltáramos á la mas mínima de nuestras obligaciones para con Dios por hacerle á él un obsequio: mas dado caso que él lo consienta, nos será permitido hacerlo? en esta conducta no manifestaríamos que nuestro corazon dá la preferencia á las criaturas sobre el criador? no sería esto anteponer el mundo al mismo Dios? Y qué tienen ya que ver con el mundo (permitidme que os lo diga con las palabras de San Juan Crisóstomo), qué tienen que ver ya con el mundo las religiosas, con ese mundo cuyas pompas y vanidades renunciaron con tanta solemnidad en el bautismo, y cuya renuncia ratificaron é hicieron aun mas estricta por la profesion?

Acerca de la costumbre no negaré, antes confieso que siendo legitima sirve de excusa como que deroga la ley. Pero advertid bien que hablo de la costumbre legitima, pues para formar una costumbre de esta especie, ó que sea capaz de prevalecer contra una ley verdadera se necesitan muchas circunstancias que raras veces llegan á reunirse, siendo lo mas comun que con el nombre de costumbres se autoricen los abusos. Es-

te es un asunto que exige mucho estudio, mucha detencion y mucha buena fé. Mas aun suponiendo que en realidad exista esa costumbre, preciso es tener presente que la vida religiosa es un estado de perfeccion, y que las personas que á ella se han dedicado tienen una estrictísima obligacion de aspirar á conseguirle por cuantos medios esten á su alcance, aunque en esta vida no se verifique. Ahora bien, al estado de perfeccion se aspira procurando hacer en todo lo que parezca mas santo, lo mejor, lo mas perfecto: esto es precisamente lo que prescriben las reglas ordenadas por los santos fundadores que por lo comun fueron para ello inspirados de Dios, y las constituciones que al mismo efecto han formado los prelados despues de un maduro examen, de reiteradas consultas á varones virtuosos é ilustrados, y de oraciones fervorosas y repetidas.

Por último, Señoras (pues no quisiera abusar de vuestra paciencia), las leyes impuestas para vuestra direccion son la regla única pero infalible por donde habeis de ser juzgadas: si las observais con exactitud recibireis el premio; si faltáreis á su cumplimiento tendreis el castigo merecido. En este asunto no hay lugar á interpretaciones arbitrarias, ni á pretestos frívolos, ni á excusas impertinentes: si cumplis vuestros deberes, vuestras obras irán marcadas con el sello de la religion por razon del voto de obediencia que habeis hecho, y esta circunstancia las dará un mérito relevante en la presencia del celestial esposo: si faltais á ellos su inobservancia va señalada por la misma razon con una especie de sacrilegio que lleva consigo. Si cumplis vuestros deberes, todas las obras de superogacion serán del agrado del omnipotente y merecedoras por tanto de gracias ulteriores: si faltareis á ellos, aunque por otra parte os ejerciteis en las prácticas mas devotas, y hagais prodigios de virtud y de penitencia, todo será perdido porque no puede tener otro origen que el amor propio, y de ningun modo el amor de un Dios á quien hasta cierto punto despreciaríais contradiciendo á su voluntad.

Ya conozco vuestro sentimiento al oirme espresar asi, pero debeis suponer que hablo en general, y con el santo fin de inspiraros horror á estos pretextos que suelen oponerse al cumplimiento de la ley. Confieso ingenuamente que no creo que alguna entre vosotras piense de un modo tan ageno de vuestro estado y de vuestra religion, y que tengo por el contrario el dulce consuelo de vivir persuadido á que todas, todas sin excepcion, y de comun acuerdo anhelais por el mas exacto desempeño de vuestros deberes, por el mayor servicio de nuestro Dios, y por la perfeccion evangélica á que caminais en este santo retiro. Por lo mismo no he tenido por decoroso recordaros que la inobservancia pudiera tal vez arrancar de los prelados providencias serias y afflictivas á vuestro corazon: no, el temor de un mal temporal no debe ser el medio de que un orador cristiano se valga para escitar al cumplimiento de sus deberes religiosos á unas personas que tienen por norte de su vida el santo temor de Dios. Continudad, mis amadas Señoras, continuad fervorosas en la oracion, en el retiro y en las privaciones: sujetaos con humildad á las disposiciones de la providencia: soportad resignadas las necesidades y los disgustos con que os regala, y esperad confiadas y seguras en que, conociendo como conoce vuestra flaqueza, os sostendrá en la tentacion, os animará en el combate, convertirá en verdaderos motivos de alegria los que ahora creéis ser de tristeza, y premiará vuestros padecimientos con un galardón eterno. Amen.





# PLATICA <sup>(1)</sup> DE LA ORACION.



SU NECESIDAD Y SU EFICACIA.



*Si quid petieritis Patrem in nomine meo dabit vobis.*  
Si algo pidieréis al Padre en mi nombre os lo dará.

*Joann. 16.*

Siendo la oracion una de las principales áncoras de nuestra esperanza, y el remedio mas eficaz de todas nuestras necesidades, no estrañará V. S. I. que en las actuales circunstancias la tome por objeto de esta breve exhortacion, por mas que me conste haberlo sido ya de otras muchas que se han hecho en este mismo lugar. No necesito humillarme mucho para conocer y hacer manifiestas mis pocas disposiciones para recordar sus deberes á aquellos de quienes deberia yo tomar lecciones para aprender á des-

(1) Pronunciada en la sala Capitulare de esta Santa Iglesia.

empeñar fielmente los míos; sin embargo, constituido ya en esta especie de obligación, y deponiendo todos los temores, confiado tanto en la paciencia del auditorio como en la gracia del Espíritu Santo, doy principio á mi discurso.

Que la oracion es necesaria y obligatoria á todos los cristianos es una verdad tan indubitable como la de que nosotros dependemos de nuestro criador; pues por mas que nos conste ser el Señor infinitamente poderoso, é infinitamente bueno, y de consiguiente que puede y quiere librarnos de todos los males y concedernos todos los bienes, sabemos del mismo modo que es infinitamente sabio, justo y celoso de su honra, y que quiere por tanto que reconozcamos y confesemos el absoluto dominio que tiene sobre nosotros; que nos humillemos manifestándole nuestros deseos y necesidades, y que protestemos estar persuadidos á que solo de su mano benéfica y omnipotente puede venirnos todo cuanto deseamos. Que siendo esta una obligación indispensable á todos los hombres, lo es muy particularmente á los sacerdotes, y mas todavia á aquellos entre estos que por su ministerio parece no tienen otro destino en la iglesia, ninguno de cuantos han sido elevados á tan sublime dignidad puede ignorarlo, ni debe necesitar que se le recuerde: los salmos, los libros sapienciales, las epístolas canónicas de los apóstoles, su mismo ministerio, le hacen tener siempre á la vista esta sagrada obligación. Que la oracion es el remedio mas eficaz y seguro contra todos los males de la vida, lo saben perfectamente todos los que no desconocen del todo la existencia de alguna divinidad; pero los cristianos que creen en el evangelio, y con especialidad los que tienen motivo para saber lo que acerca de la eficacia de la oracion han dicho todos los PP.; lo que fundados en una feliz esperiencia nos han enseñado los mayores maestros de la vida espiritual, un Granada, un Rodriguez, un Puente, un Molina, un San Felipe Neri, un San Francisco de Sales, un San Vicente de Paul, y otros innumerables; y principalmente lo que el mismo Jesucristo dijo por su misma boca; los que saben, repito, todo



esto serian muy criminales en el tribunal de la justicia infinita sino se valieran de la oracion para conseguir el remedio de sus necesidades.

Jesucristo que ni tiene un interés en abusar de nuestra credulidad, ni es capaz de engañarnos, tiene empeñada su palabra, ha asegurado con juramento que nos concederá ciertamente todo cuanto le pidamos en la oracion. La historia de todos los siglos y naciones, la práctica constante de la iglesia católica de recurrir á la oracion en todas las calamidades públicas y particulares, y la costumbre de todos los cristianos que naturalmente y como sin libertad para otra cosa acuden á la oracion luego que se ven acometidos de alguna tentacion, ó sienten sobre sí el peso de la miseria; todo esto es un testimonio bien auténtico de que Jesucristo no hizo una promesa vana é ilusoria, sino que está pronto á prestarnos sus auxilios siempre que los solicitemos.

Es á la verdad muy vergonzoso que el cristiano tenga necesidad de que se le exhorte al cumplimiento de un deber tan fácil, y por otra parte tan provechoso. El infeliz mendigo no espera á que le esciten á pedir el sustento de que carece, como no se halle dominado de un orgullo inoportuno: á todas horas, en todas partes procura conmovier la misericordia de sus hermanos á fin de que socorran su indigencia. El enfermo que no ha perdido el uso de su razon ruega, insta, molesta, si es preciso, á todas las personas que conoce poderle prestar algun alivio á sus dolencias; y tanto es mayor el ansia con que les dirige sus súplicas cuanto mayores son sus padecimientos, y mas crítico el peligro en que se halla. Cualquiera que se encuentra en un apuro, en una necesidad practica las diligencias oportunas para librarse; solo el cristiano, á pesar de tener un conocimiento claro y exacto de sus necesidades espirituales, manifiesta desconocerlas; y estando bien convencido de que halla seguramente en la oracion cuanto pueda necesitar para remediarlas, la mira con indiferencia; y tal vez con un desprecio positivo é impío, privándola por este medio de su natural eficacia, y obligando al Señor á que

cierre del todo sus oídos, ó acaso, acaso agrave la mano de su misericordiosa indignacion cuando una calamidad en extremo afflictiva arranca del infeliz las súplicas á que solo entonces recurre. Oh! no puede ocultarse al infinitamente sabio que en aquellas circunstancias no es la religion, es sí tan solo su interés y amor propio quien le obliga á reconocer en su magestad el árbitro, único y libre dispensador de todos los bienes y de todas las calamidades. Qué imprudencial qué loca temeridad! hay por ventura un solo momento en que la fortuna y la desgracia, la salud y la enfermedad, la vida y la muerte no estén en las manos, no dependan en un todo de la providencia del Señor? nadie se atreverá á proferir tal desvarfo. Por qué, pues, hemos de recurrir con tanto ahinco en las mayores y mas urgentes necesidades á la oracion de que tan poco aprecio hacemos en el tiempo de la prosperidad? No es esto negar en la práctica el influjo directo, el pleno dominio de la providencia sobre las causas segundas, cuando no vemos estas abiertamente conjuradas contra nuestra existencia? Y tenemos la presuncion de creer y esperar que esa misma providencia altere con el objeto esclusivo de favorecernos las leyes constantes de la naturaleza; á esa misma providencia á quien en lo restante de nuestra vida consideramos como un ser despreciable ó indiferente?

No echemos en olvido que el mismo Dios que con una especie de juramento nos ha prometido concedernos cuanto le pidamos por medio de la oracion, nos amenaza tambien que cerrará los oídos á nuestras súplicas, y los ojos á nuestras lágrimas cuando violentados por la necesidad imploremos su proteccion, siempre que por una vil ingratitud nos hayamos hecho indignos de ella en el tiempo de la prosperidad. En cuyo caso, qué suerte podremos prometernos, si aun en el tiempo en que descarga sobre nosotros los azotes mas terribles de su indignacion ni aun pensamos en acogernos por medio de la oracion al abrigo de su misericordia?

Aquí es donde con mas particularidad deseo llamar la aten-

cion de V. S. I. Bien quisiera dejar sepultada en el silencio la reflexion que se me ofrece, mas de nada serviria en un tiempo en que los ojos lince del pueblo inclinado siempre á sospechar, y atento á descubrir defectos en el clero, no puede menos de advertirlo. Es constante que la mejor oracion, la mas agradable á Dios, la mas interesante para el cristiano, la mas excelente de todas ellas es el santo sacrificio de la misa; y por otra parte es demasidamente público el poco aprecio con que generalmente la miramos. Es en extremo ruboroso y aun repugnante el haberlo de decir, pero temo con fundamento que el silencio no pudiera menos de ser criminal. El dar principio á la mas augusta de las funciones de nuestra sacrosanta religion parece propiamente la señal para que todos huyamos del templo en que se celebra. Bien sé que hay ocupaciones que exigen la presencia de muchos en otras partes: no se me oculta que hay complexiones delicadas y que necesitan respirar algunos momentos para adquirir nuevas fuerzas y nuevo fervor en la oracion. Sin embargo, no tendré la osadía de hacer observaciones demasiado fundadas, pero nada decorosas, y que á ninguno de nosotros pueden ocultársele: diré solo que no debemos olvidar que lo hacemos á presencia del pueblo en el que se hallan algunas personas que tienen un grande interés en desacreditarnos: que lo hacemos delante de unos dependientes que, autorizados por nuestro mal ejemplo, huyen como nosotros aparentando necesidades que tal vez no tienen, pues observándonos mas de cerca llegan á convencerse de que no son muchas veces mas justas las causas con que nosotros nos alejamos del coro: que lo hacemos á la vista de unos niños á quienes sin pensarlo infundimos el desprecio del mas augusto y sublime de todos los misterios. Yo mismo les he visto llegar al coro con el incensario, mirar con una especie de irrision á uno y otro lado, y quedar como dudando si pasarán adelante por no ver objeto en quien poder ejercer su ministerio.

En vista de esto no será falta de fundamento si aseguro que este es el origen del ignominioso desprecio en que yacemos; de

la desconfianza con que son oídas las verdades que referimos, y de la indiferencia con que se mira la religion que predicamos. Cuando en desempeño de mi sagrado ministerio me veo precisado á exhortar á los penitentes á la práctica de la oracion, temo no me contesten con bastante fundamento, lo que sin razon alguna me han contestado mas de una vez en otras materias, es á saber: que si esta virtud fuera tan interesante no la mirarian con indiferencia los mismos que tratan de persuadir su eficacia y necesidad.

Miremos pues por el honor de nuestro ministerio: tratemos de sacrificar nuestras comodidades y algo mas si fuere necesario: dediquémosnos á la oracion con fervor y perseverancia para que nuestras oraciones sean tan eficaces como lo eran las de los fieles en tiempos mas felices; y puesto que tenemos en la mano un medio tan fácil, tan seguro, tan eficaz de librarnos de todas las miserias y necesidades, no queramos ser tan necios que las padecemos por voluntad, antes bien pongamos en práctica ese medio; recurramos á Dios por la oracion confesando nuestra dependencia á su ilimitado poder.





# PLATICA (1)

## DE LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES.

### SU UTILIDAD.

*Vigilate, et orate ut non intretis in tentationem.*  
Velad, y orad para que no entreis en tentacion.

*Matth. 26. v. 41.*

Por mas que me haya ejercitado sin la menor interrupcion por espacio de tantos años en el ministerio evangélico nunca creo haber experimentado tanta dificultad y confusion como experimento al hablaros esta vez. Si mis palabras se dirigieran á unos pecadores olvidados enteramente de Dios y abandonados á todos los desórdenes, mi propia miseria me sugeriria tal vez expresiones harto enérgicas para ponerles á la vista el cuadro tan desagradable de su vida; pero hablar del camino de la perfeccion, del fervor de la caridad, del modo de adelantar en la vida espiritual, reprender unos vicios que muchas veces puede dudarse

(1) Dirigida á las Hijas de la caridad de esta ciudad.

si existen, y elogiar unas virtudes..... Lo digo con mucho rubor, pero por desgracia con mucha verdad: este es un ejercicio nuevo, un idioma desconocido para mí. Ni me es permitido adular, ni quiero sonrojar á VV.; pero el empeño en que me hallo de hablar, y el conocimiento que creo haber adquirido de su carácter y de sus sentimientos me autorizan para que proponiéndome en todo su bien ponga á su vista sus virtudes y sus defectos.

Removidos los obstáculos que interceptan el camino de la perfeccion es necesario entrar por él si queremos arribar á la cumbre santa: quiero decir, que debemos parar la consideracion en el modo con que hemos de hacernos amables las obligaciones respectivas, cuyo cumplimiento ha de proporcionarnos el logro de nuestros deseos. De estas, unas son comunes á todas las personas de cualquier estado, condicion y sexo, como son los preceptos de la ley natural; y otras son peculiares y privativas á cada uno de los estados, cuales son las constituciones particulares de las naciones, de las corporaciones é institutos eclesiásticos y civiles, seculares y religiosos. Por ahora me ceñiré á los de la santa congregacion á que por la bondad y beneficencia del Señor pertenecen VV. Ya sé que voy á intrinarme en un confuso laberinto; pero sé igualmente que hablo en un santo retiro impenetrable á la vana curiosidad y mordaces sátiras de los mundanos en donde no temo poner de manifiesto mi ignorancia y mi sensibilidad.

Obra ciertamente de un santo de primer orden es la institucion á cuya sombra se practican esos ejercicios que no pueden menos de excitar las impresiones mas vivas, mas vehementes, mas tiernas. Obra digna del héroe de la religion, del prodigio de la virtud, del hombre que llenó de admiracion al mundo con sus virtudes, de un San Vicente de Paul. Si nada mas hubiera hecho en el discurso de su vida que instituir esta portentosa congregacion, solo esto bastaria para engrandecerle y hacerle acreedor al reconocimiento, á la gratitud, á las alabanzas y bendiciones de todo el universo.



Yo veo con admiracion tantas comunidades religiosas en donde se ocultan á la vista del mundo injusto, que censura todo lo que no es mundano, las virtudes mas sólidas y sublimes; pero sus individuos ó trabajan solo para sí, ó cooperan al bien de sus hermanos con solas sus oraciones, ó ejercen la beneficencia con un corto número de personas, en determinada materia, y acaso con esperanza de grandes premios y recompensas. Lo veo, lo admiro, y publico lleno de confusion propia las obras extraordinarias de la gracia; mas cuando veo á las inocentes hijas de la caridad, condenadas por su propia eleccion á la práctica de los ejercicios mas viles, mas despreciables, mas penosos, mas opuestos á la natural delicadeza humana; cuando las veo sujetas por su libre voluntad á una pena que la ley no se atreve á imponer á los que por sus crímenes son merecedores de los castigos mas severos; cuando las veo hechas esclavas voluntarias de la hez de todos los pueblos, de unos mendigos asquerosos llenos de hediondez y de miseria, y que se ocupan en servirles con el mismo celo y humildad que lo harian con los mas poderosos soberanos, en recoger con una imperturbable alegria sus inmundicias, en abrazarse con sus esqueletos fétidos y que exhalan humores muchas veces contagiosos; cuando veo esas almas verdaderamente grandes despreciar todos los peligros, atropellar por todos los obstáculos para derramar sobre aquellos infelices el consuelo, el alivio, la dulce resignacion en los trabajos, la paz y tranquilidad del espíritu generalmente desconocida para ellos, y todo esto sin esperanza de otra recompensa que los dicterios, las imprecaciones, los insultos de una gente sin educacion y sin principios de humanidad, y por lo mismo llena casi siempre de vicios; cuando veo á unas tiernas jóvenes deponer su natural timidez y delicadeza para manejar los cadáveres de sus hermanos, y prepararlos para el dia de la resurreccion general; cuando veo que apenas espira en estos admirables ejercicios de la caridad y misericordia cristiana una víctima generosa de su celo, lejos de acobardarse y retroceder, avivan las otras su fervor, é

instan por reemplazarla; cuando veo todo esto y lo demas que por prudencia paso en silencio, esta, exclamo entusiasmado, no puede ser de modo alguno obra de la humana flaqueza; no alcanzan á tanto las fuerzas del hombre pecador; aqui se palpa la virtud, aqui obra visiblemente la diestra del omnipotente. Y quien en este caso no bendecirá embriagado y estático el instante feliz en que cada una se sintió inspirada, en que diliberó, pidió y consiguió ser incorporada en esta bienaventurada comunidad? quién sería tan insensible que no se considerára dichoso en tener ocasion de ver por sus propios ojos tal cúmulo de virtudes, y que á proporcion que por unas partes crecen el desórden y la impiedad, se consolida por otras la religion y se perfecciona la virtud?

Es necesario, queridas hermanas mias, carecer enteramente de la luz de la fé y estar destituido de los principios de humanidad, para no ver en esas prodigiosas prácticas de la caridad el camino mas derecho de los cielos. Si el divino salvador en la sentencia que ha de pronunciar sobre las almas bienaventuradas asegura que aquella gloria es el galardón de la misericordia y caridad que se han ejercido con los infelices, y el arcángel San Rafael manifestó al Santo Tobias que su piedad con los difuntos en el tiempo del cautiverio fué motivo para que él mismo se encargára de recibir todas sus oraciones, presentarlas por su mano ante el trono de las misericordias, y exigir del Señor el inmenso cúmulo de gracias y beneficios que llovieron sobre aquel patriarca; qué no deberán esperar unas almas que sin cesar dia y noche estan ejercitando con indecible gusto todas y cada una de las obras de misericordia espirituales y corporales con los vivos y los difuntos, y á costa de tantos sacrificios y peligros? Yo me creo transportado á un nuevo mundo, habitado de personas de distinta especie, sin orgullo, sin vanidad, sin pasiones, y que morando aun en la tierra estan ya dotadas de unas cualidades verdaderamente celestes. Se me figura que por la triste palidez de los enfermos descubro una cosa muy superior á todo lo cria-

do; un no sé qué, que me aterra con su magestad, pero que me atrae, me encanta con su bondad y su belleza; la imágen de la divinidad que, ocultando con disimulo tantas misericordias para no privarlas del verdadero mérito, alarga en secreto sus manos divinas para recibirlas; y en recompensa destila sobre las generosas almas que las practican una porcion de aquella sangre omnipotente que redimió á todos los pecadores, y firma con ella de un modo irrevocable la sentencia de su bienaventuranza.

Suerte envidiable! suerte verdaderamente dichosa! oh y si yo pudiera cambiarla por la mia, ó entrar por lo menos á la parte! Mas ya que esto no pueda ser, quiera el Señor que la de VV. sea sólida y duradera.

Hé aqui una idea que viene á turbar el placer que experimentaba al contemplar tantas virtudes. Es ciertamente para mi corazon uno de los mas crueles sacrificios el contristar á VV., ya se lo he dicho antes de ahora: no soy de aquellos hombres preocupados que suponen á la tristeza inseparable de la virtud: pero sería yo tan temerario que por evitarlos la pena de un instante los espusiera á padecer los tormentos de una eternidad? infeliz de mí si tal hiciera. Mientras conserve el honroso y apreciable encargo de director espiritual de VV. debo llevarlas siempre sobre mis hombros, y soy responsable de su alma en el supremo tribunal de que no hay apelacion. Si las hijas perecen es seguro que no se salvará el padre; y si se salvan aquellas este podrá esperar no perecer: una misma debe ser su suerte. En esta suposicion si pareciesen á VV. ásperas mis espresiones, deben atribuirlo al verdadero afecto que las profeso, y al interés que no puedo menos de tomarme por su salvacion. Digo, pues, que no obstante todas las presunciones que haya en nuestro favor respecto á la continuacion de la práctica de la virtud, debemos vivir siempre con recelo de ser sorprendidos. Si la santidad del templo, la áspera soledad del desierto y la lobreguez austera del claustro estan espuestas á la influencia de las pasiones que llevan siempre consigo los hombres, cuánto mas lo estarán unas per-

sonas débiles por el sexo, delicadas por su complexion, y rodeadas siempre de peligros y ocasiones de toda especie? No se crea por esto que mi corazon abraza la mas mínima desconfianza ó el menor recelo acerca de sus puras é inocentes costumbres: al contrario, confieso con ingenuidad que son inexplicables el consuelo y la satisfaccion que experimento al ver á VV. libres de aquellas culpas enormes y groseras que tanto me afligen y dan que hacer en otras partes. Lo que quiero decir es que los peligros que á VV. rodean son mayores por lo comun que en otras comunidades religiosas; que sataná no pierde la menor ocasion de acometernos, y que por tanto es necesaria la mayor vigilancia.

Pero esto mismo debe ocasionarlas la mayor satisfaccion. Quien en semejante estado sabe conservar ilesa su virtud es preciso que contraiga unos méritos muy considerables en la presencia del Señor, y que esté las dispense unos auxilios eficacísimos. Yo no creo engañarme si aseguro que esto es debido á la prevision del santo fundador. El retiro, el silencio, la frecuente oracion, la meditacion de las verdades eternas, las privaciones, las austeridades á que VV. se condenan en estos dias, qué objeto tuvieron en la intencion de ese varón inspirado? Ah! bien conocia la facilidad con que ese temible enemigo de nuestras almas se insinúa en ellas valiéndose al efecto de los ardidés mas disimulados: tenia siempre presente que el salvador encargó á sus discípulos una suma vigilancia si querian verse libres de las asechanzas de tan perversa criatura; y como por otra parte no podia desconocer los peligros á que exponia á sus hijas en ese mismo género de vida que las prescribia, discurrió un medio de llamarlas, por decirlo así, la atencion, haciéndolas interrumpir sus diarias tareas por dedicarse de un modo nuevo y especial á la práctica de la virtud. Y quién es capaz de calcular los beneficios que sola esta disposicion habrá proporcionado? Evitar los defectos ordinarios, desterrar la tibieza, corregir los abusos, reanimar el espíritu para subir con mas alegría y ligereza á la cumbre de

la perfeccion, hé aqui los resultados inmediatos é infalibles de los ejercicios espirituales. Y podrán VV. negar que los han experimentado todos los años?

Ah! práctica sublime! ejercicio incomparable de nuestra religion! tú vienes á purificar estas almas de las leves imperfecciones que contraen en sus ocupaciones diarias: tú las preservas de cometer otras en lo sucesivo, y haciéndolas conocer los progresos que admite la virtud, las inclinas á caminar alegremente hácia ellos.

Esta es la razon por que apenas se hallará un solo fundador de alguna orden ó congregacion religiosa que, si espresamente no manda á todos y cada uno de sus hijos que se dediquen á la práctica de los ejercicios espirituales, no los exhorte al menos, ó les aconseje con la mayor eficacia. Inspirados por el Señor para formar unas instituciones cuya utilidad es no menos general que apreciable, no es fácil suponer que ignoráran el modo de conducir á sus alumnos á la perfeccion cristiana. En este ramo no exageraré si digo que ha sobresalido entre todos nuestro ilustre patriarca San Vicente de Paul; y por este medio ha sabido proporcionar á todos los estados una multitud de héroes que sino hubieran sido otros tantos pecadores famosos. Y descuidaria de aplicar á la porcion mas escogida de su grey una medicina que tan admirables efectos ha producido en los estranos? no era posible: en medio de una vida humilde, laboriosa, retirada, devota, constantemente mortificada; en medio de una vida repito (que me espreso de este modo porque mis palabras estan en este retiro al abrigo de la sátira de los mundanos), en medio de una vida que es una práctica continuada de todas las virtudes, quiere el santo que sus hijas se desentiendan de cuanto no sea de una obligacion indispensable por dedicarse esclusivamente á tratar del único asunto que debe fijar sus atenciones.

Pero me voy alargando contra costumbre. De lo dicho resulta que los ejercicios en que VV. se ocupan diariamente son muy acceptos á los ojos de Dios, y que por ellos las tiene prepa-

rado un premio superior á todos sus deseos; pero que no careciendo por su misma naturaleza de algunos peligros, é incurriendo VV. indudablemente en algunas faltas al practicarlos, es muy oportuna, muy saludable, de muchísimo interés para sus almas la institucion de estos extraordinarios en los que pueden purificarse de aquellas y cobrar ánimos para evitarlas en lo sucesivo. Procurarán VV., pues, amadas hermanas, asegurar en estos dias la práctica de la mas sólida virtud para todo el año, para toda la vida; y yo las prometo que se aseguran al mismo tiempo la gloria para toda la eternidad.







# PLATICA <sup>(1)</sup> DE LA PENITENCIA.

OPORTUNIDAD DE PRACTICARLA.



*Ecce nunc tempus acceptabile, ecce nunc dies salutis.*  
He aquí ahora el tiempo favorable, he aquí ahora el día de la salud.

2. Cor. 6. v. 2.

Como los animales guiados del instinto siguen constantemente las leyes que les ha prescrito la naturaleza, así los hombres sin otra guía que la costumbre se acomodan á las máximas que han hallado establecidas en el mundo: hasta los niños en la edad en que apenas empiezan á poner en ejercicio su razón, miran como una ley inviolable el destinar ciertos juegos y diversiones á diferentes tiempos del año. Y no parece muy puesto en el orden que esta especie de ley, que por desgracia es el escándalo de

(1) Pronunciada en esta Ciudad.

tantas almas y las arrastra tal vez á desórdenes criminales, se dé solo al olvido ó al desprecio cuando se trata de la práctica mas necesaria á nuestra salud y que no puede menos de redundar en bien de nuestras almas.

Costumbre es en la iglesia de Jesucristo el consagrar á la oracion y á la penitencia el tiempo santo de la cuaresma: costumbre tan antigua como la iglesia misma: costumbre nacida de la conducta del salvador que por espacio de cuarenta dias se entregó en el desierto á la mas austera mortificacion y á la oracion mas fervorosa: costumbre autorizada con el ejemplo de los apóstoles y seguida sin interrupcion por todos los verdaderos cristianos: costumbre prescrita por la iglesia, recomendada por los pastores, practicada por los justos, y apoyada en el interés mas sólido de todos los mortales.

Si, hermanos míos, apoyada en el interés mas sólido de todos los mortales. El interés por lo comun es el móvil de todas las acciones y de todos los sacrificios del hombre. Por qué trabajan sin cesar y con tanto ahinco el labrador y el artesano; por qué consumen su salud en el estudio y la vigilia el letrado y el fisico; por qué espone el comerciante sus caudales y arrostra los peligros de toda especie; por qué sino por el interés, por el deseo de adquirir medios de sostener con decoro su familia y su reputacion, y de acrecentar su fortuna? Por qué el enfermo mas habituado al regalo y á las comodidades se somete con resignacion á la lanceta, al cauterio, á las bebidas amargas, á la dieta mas rigurosa, sino por el interés, por el gran deseo que le anima de conservar la vida y recobrar la salud? Por qué se sujeta el ambicioso á las molestias, á las humillaciones, á los desembolsos indispensables á todo pretendiente, sino por el interés de subir á un puesto mas honorífico y lucrativo que el que entonces disfruta? El militar, el empleado, el artista, el mendigo, el voluptuoso, aun el justo, no saben obrar sino les mueve el interés. Y qué interés puede ser el que dirige cada una de sus acciones? Si exceptuamos al justo, no puede ser otro que una

miserable riqueza que se acaba con un infortunio, que se consume con el uso, y que es incapaz de poner al hombre á cubierto de la enfermedad, de la tristeza, de la calumnia, de la muerte; una gloria mundana que desaparece como el humo; que llama contra el infeliz que la posee los tiros de la envidia, de los celos, de la calumnia; que le tiene colocado siempre al borde de un precipicio tanto mas terrible cuanto mas elevada es la situacion á que le ha elevado: un placer momentáneo, un deleite vergonzoso que destruye á la vez la hacienda, la reputacion, el reposo interior, la robustez y la vida: una vida por último que, como dice muy bien el santo Job, lleva inseparablemente unidos á sí el dolor, la enfermedad, la inquietud, el ánsia, el temor, la tristeza, todas las incomodidades, y la necesidad absoluta de acabar con la muerte.

Triste condicion la del hombre! miserable naturaleza la de que se halla revestido! Siempre inquieto, y nunca seguro; anhelando siempre por ser feliz, y trabajando sin cesar por proporcionarse los medios que alejan cada vez mas de sí la verdadera fuente de la felicidad! Engañado como el perro de la fábula con una sombra de bien que se finge allá en su exaltada imaginacion, suelta los bienes reales y verdaderos sin poder alcanzar siquiera los fingidos. Y dado caso que los alcance; por mas que jogue tener en la mano la copa de los placeres y la agote hasta las heces, de qué puede contribuir á su felicidad? Cuanto estos sean mayores y mas apreciables á sus ojos, tanto se verá su corazon mas agitado é inquieto con la idea de perderles; tanto le asaltarán con mas viveza la idea de la muerte que le sigue á todas partes como la sombra, y que le dice con una terrible é insoportable aspereza "todo, todo se acabará para tí dentro de un momento." Sola la penitencia exime al hombre de cuidados, de inquietudes, de recelos y temores: sola la penitencia le proporciona la posesion de unos bienes verdaderos, sólidos, indestructibles: sola la penitencia le adquiere una felicidad completa, que lejos de acabarse empieza en el momento de la muerte, y

dura por toda una eternidad: sola la penitencia produce tesoros capaces de saciar nuestra codicia, honores que satisfarán nuestra desmesurada ambicion, placeres que colmarán nuestros deseos, salud que nunca se altera, vida que nunca se acaba, bienaventuranza verdadera y segura. Puede aspirar á mas el hombre? conoce un interés que pueda tener mayor atractivo para su corazon? En qué, pues, consiste que para todo es interesado sino precisamente para lo único que en verdad le interesa?

Oh! y con cuánta razon se queja nuestro amorosísimo Jesus de que los hijos del siglo son mas prudentes en su conducta que los hijos de la religion! Aquellos, consiguientes siempre á sus perversos principios, no dejan piedra por mover á fin de conseguir lo que una vez se propusieron; nosotros iluminados con una luz brillante y sobrenatural, conocemos el único verdadero bien, le deseamos, le pedimos, pero por una monstruosa contradiccion, lejos de dar un paso para buscarle, le repelemos, le arrojamos de nosotros cuando la providencia benéfica y compadecida de nuestra locura nos le ofrece. Ahora precisamente, en este tiempo santo un Dios á quien hemos ofendido con nuestros desórdenes, quiere amoroso deponer sus iras; nos convida con el perdon; nos franquea las puertas de su misericordia; nos llama para la penitencia, y el Apóstol en su nombre nos exhorta á que aprovechemos esta favorable ocasion de emprenderla. *Ecce nunc tempus acceptabile*, nos dice: hé aqui la ocasion mas bella; estos son los dias en que podeis asegurar vuestra salud. En este tiempo la iglesia, penetrada de dolor, representa delante de nuestros ojos la dolorosa escena de la pasion y muerte de nuestro Dios, para estimularnos á la consideracion de estos misterios que no pueden menos de movernos á la detestacion de los pecados que son la causa única de la pasion de Jesucristo. El santo por esencia será juzgado y sentenciado por los tribunales mas inicuos: el que lleno de amor da la vida á todas las criaturas será entregado á la muerte mas cruel é ignominiosa.

O amor infinito de Dios para con los hombres! y ó alevosa

ingratitude de los malos cristianos para con su Dios! Qué haceis ó desventurados, continuando en esos desórdenes que producen la muerte de vuestras almas y la de nuestro redentor? No veis que ese mismo Dios que nos llama á la penitencia tiene en su mano la fortuna y la desgracia, la vida y la muerte, la gloria y el infierno? no conocéis que puede acabarse su sufrimiento al ver que desoímos sus reiteradas voces?Cuál es vuestra fé? qué entendimiento es el vuestro si teneis la imprudencia de permanecer en la culpa?

*Ecce nunc tempus acceptabile: ecce nunc dies salutis:* estos son los dias que la misericordia del Señor tiene destinados con mas particularidad para recibir al pecador que reconocido de sus pasados extravios se acoge al puerto seguro de salvacion, á la penitencia sin la que es segura la ruina de los que han tenido la desgracia de perder la inocencia. Estos son los dias marcados acaso por la providencia para nuestra regeneracion. Infelices de nosotros si los dejamos pasar sin aprovecharlos como hemos dejado á tantos otros! Ay! cuántos, cuántos que en el año anterior oyeron y no aprovecharon este aviso, poseidos ya de una rabiota desesperacion se repiten incesantemente á sí mismos estas palabras para acrecentar bien á pesar suyo su tormento y su eterna desgracia. *Ecce nunc tempus acceptabile:* la ocasion, amados hermanos míos, es la mas crítica; aprovechémosla con ansia: las circunstancias seguramente son favorables; no las queremos perder. El Señor no quiere condenarnos, al contrario nos llama cariñoso; nos ofrece con instancias reiteradas el perdon, la gracia y la gloria; pero temed que es muy posible que nos abandone si aun resistimos por esta vez á su llamamiento. Los últimos esfuerzos de la divina misericordia, siempre se han manifestado en las calamidades y tribulaciones públicas que ha descargado sobre su pueblo. Y quién las ha experimentado todas á un tiempo y con tanto rigor como nosotros? Guerras desoladoras, sediciones imponentes, pestes destructoras, hambres crueles, terremotos terribles, sequedades inauditas, intemperies ri-

gurosas, las calamidades todas se han sucedido en pocos años como las olas del mar embravecido que la una impele á la otra. Quién hay entre nosotros que no las haya visto por sus ojos? quién que no haya experimentado muchos, ó algunos de sus efectos?

No tendré yo la temeridad de decir que la penitencia nos libra de estos males; diré sí, que nos libra seguramente del todo ó en mucha parte del terror que llevan consigo. Tal es el efecto de esa penitencia saludable á que nos llama la iglesia en este tiempo santo. Puede haber cosa de mayor interes? No seamos necios, cristianos; no dejemos escapar esta tabla venturosa que á todos nos asegura el puerto de salud. *Ecce nunc tempus acceptabile: ecce nunc dies salutis.* Venid, asíos todos de ella. Todos, digo: cualesquiera que sean vuestros delitos, todos los perdona la penitencia; á todos alcanza su eficacia. Por mas envejecidos que esteis en el vicio; por mas años que hayáis vivido de asiento en él, todo lo vence la penitencia. Con la penitencia lo podemos todo, y sin ella todos perecemos segun el testimonio del mismo Dios por su Profeta. La suerte de una eternidad está acaso pendiente de la eleccion que hagamos en este momento. Si nos decidimos por la penitencia seguramente somos bienaventurados; de lo contrario sin remedio somos infelices. No os haré la injuria de dudar de vuestra resolucion: veo con la mayor alegría que en vuestro interior todos, todos sin excepcion abrazais el partido seguro, os decidís por la penitencia: está bien, pues yo en nombre de Jesucristo os aseguro la posesion de la gloria.







quien que no haya experimentado muchos, á algunas de las  
ciencias, y la temeridad de decir que la penitencia nos li-  
bra de estos males.

## PLATICA (1)

### DE LA VIDA MONÁSTICA.

tiempo santa. Puede haber en la mayor parte de los santos  
necios, cristianos, no debemos escabar esta talis ventura que á  
todos nos asegura el puerto de salud. Escócese siempre acorpe-  
lida, como dice Salom. Y emi, asise todos de ella. Toda. di-

**DELICIAS QUE LAS RELIGIOSAS DISFRUTAN EN ELLA SI CONO-  
CEN LA DIGNIDAD Á QUE LAS ELEVA.**

Estas en el vicio; por las  
de todo lo que la penitencia. En la penitencia lo podemos tener  
de sí, y todos por el testimonio del mismo. Dios  
por su P. de la sueta de castidad esta mas penitencia de

*Et nunc magnificabitur Christus in corpore meo, sive per vitam,  
sive per mortem. Mihi vivere Christus est, et mori lucrum.*

Tambien ahora será Cristo engrandecido en mi cuerpo, ya sea por  
vida, ya por muerte. Porque para mi el vivir es Cristo, y el morir ga-  
nancia.

*Philip. 1. vv. 20 et 21.*

interior todos, todos sin excepción, para que sea con firme de ten-  
dada por la penitencia, para que en nombre de Je-  
cristo se asegure la posesion de la gloria.

**S**i alguna alegría pudiera ser completa, y alguna satisfaccion  
pura en la vida presente, lo sería sin duda la de un alma que,  
llamada de Dios al retiro del claustro, dócil á su vocacion, le  
ha ofrecido el sacrificio entero de sí misma, y ha abandonado  
ya todos los cuidados y temores á la segura confianza que la  
inspira el amor de un Dios que recibió afectuoso un sacrificio

(1) Pronunciada en Zamora ó en Caellar.

de tanto precio. Este estado parece tan natural, tan tranquilo, que es difícil, sino imposible, hallarle igual sobre la tierra. No obstante, y por mas que yo abomine la perfidia y monstruosidad de esos mundanos ilusos que atribuyen á este género de vida el disgusto, el pesar, la desesperacion; no obstante, digo, este camino tan florido al parecer no deja de abrigar algunas espinas. Ay de aquellas religiosas que envaneidas con el título de esposas de Jesucristo descuidaren el cumplimiento de los deberes que se impusieron al consagrarse á este estado! Y ya que las circunstancias me son favorables quiero, Señoras, recordaros que vuestra felicidad está cifrada exclusivamente en sujetaros á los que el mundo llama trabajos, y renunciar los que llama placeres: solo á este precio podreis gloriaros de tener aun en esta vida por esposo al mismo Dios.

Por esposo al mismo Dios! y quién es capaz ni aun de concebir el júbilo, la satisfaccion, la gloria de que debe gozar el alma que merezca tener tal esposo? Una criatura miserable esposa de su criador omnipotente! una alma pecadora desde el principio de su existencia, y destinada en pena de su culpa á vivir entre miserias, esposa de un Dios que es la suma bondad, la santidad infinita, la magestad suprema! esposa de un Dios que siendo la verdad misma nos asegura que por este feliz enlace se hace una sola de las que antes eran dos personas! Quién pudiera jamás prometerse un honor tan sublime, una dicha tan completa, una gloria tan consumada?

Pero esto mismo, qué responsabilidad tan grande os impone, hijas mías! qué cargos tan graves! qué gratitud tan ilimitada! qué sumision tan completa! qué deseo tan eficaz de imitar en lo posible la conducta ejemplar del esposo, y de sujetaros á las afrentas, humillaciones, padecimientos á que él se sujetó! Porque, á la verdad, sería la mayor imprudencia, la osadía mas sacrilega suponerse de mejor condicion que el esposo. Este es todo un Dios, sí, pero un Dios que viene al mundo sin tener casa en que hospedarse, cuna en que reclinar su cuer-

po, ni aun pañales en que ser envuelto. Es un Dios, sí, pero un Dios que sabe pasar los cuarenta días con sus noches sin dar el menor alimento á su cuerpo. Es un Dios, sí, pero un Dios que sin haber sido capaz de ofender á su eterno padre en la menor cosa, le obedece sin réplica hasta beber las últimas heces del amargo caliz que le tenia preparado para evitar la desgracia de sus mismos enemigos. Es un Dios, sí, pero un Dios abatido hasta lo sumo; un Dios en quien se ejercen las mas atroces inhumanidades, de quien se hace la mofa mas escarnecedora, á quien se levantan las calumnias mas enormes, á quien se atormenta con una fiereza diabólica, y se da la muerte en la mayor afrenta. Es un Dios, sí, pero un Dios vergonzosa y cruelmente azotado, coronado de largas y agudas espinas, clavado de pies y manos en una cruz ignominiosa, escarnecido de la chusma mas insolente, muerto con la mayor infamia.

En esta suposicion, las que tienen por esposo á un Dios tan paciente y benigno, podrán quejarse de la escasez de su fortuna? de que las falte lo necesario para la vida? podrán echar de menos los regalos y la abundancia? podrán resentirse de la dureza, de la injusticia con que se las trate, y de la regidez de los preceptos y leyes que se las impongan? podrán rehusarse á prestar los sacrificios que se las exijan, por dolorosos que sean? podrán desdeñarse de recibir todo género de afrentas? podrán dejar de emplearse con toda alegría en los ejercicios de austeridad, de mortificacion y de penitencia? podrán parecerlas duros é insoportables los trabajos de esta vida? podrán vivir sin ellos? no se avergonzarán de dejar pasar un momento sin atormentarse á sí mismas? Qué esposas dignas de este nombre no cifran su mayor satisfaccion en participar de la suerte de su esposo?

El grande apóstol huía ciertamente de todas las glorias; ninguna reconocia por verdadera sino la de llevar siempre sobre sus hombros la pesada cruz de su divino maestro. En los primeros tiempos de la iglesia nadie se creia feliz sino era perseguido,

atormentado y muerto por amor de este celestial esposo. Los hombres mas favorecidos de la fortuna aborrecian, renunciaban, arrojaban de sí todas las riquezas, juzgándose indignos aun del escaso, grosero y amargo alimento que les ofrecian las plantas en la soledad de los desiertos; y todos á una repetian sin cesar y con incomparable alegría las palabras de aquel apóstol: *mihí vivere Christus est, et mori lucrum.*

A los cristianos de solo nombre, á esos hombres, débiles hasta el extremo de juzgarse fuertes, se les figura imposible esta conducta, criminal y enemiga de la humanidad. Ignorantes! quisieran orgullosos dar la ley á su mismo Dios, é ilustrar al infinitamente sabio. Ellos se suponen felices y se dan el parabien cuando la fortuna, aparentando favorecerles, les proporciona el descanso, la comodidad, la abundancia, los honores, los empleos lucrativos, todo aquello que ansiaban. Ehl misarables! disbertad de ese sueño letárgico en que el demonio os tiene adormecidos; disbertad; y abriendo los ojos á la luz clara de la verdad vereis que todo se desvanece, como dijo muy bien un profeta; y que acaso todo ello se ha convertido en motivo de dolor, y en instrumento de vuestra desgracia. Terrible espectáculo por cierto! pero él debe haceros conocer lo insensata que es vuestra admiracion por el crecido número de almas que ponen todo su conato en alejar de sí una felicidad que buscais vosotros á costa de tantos sacrificios, y que renuncian gustosas á cuanto reputais vosotros digno de aprecio por asegurarse esa vida obscura, mortificada y violenta, cuyo solo nombre os horroriza. Esa misma admiracion viene á confirmar á quella verdad que nos dice el Espíritu Santo; á saber, que el hombre animal, ó el que vive solo por los sentidos y para los sentidos, no es capaz de formar idea de las delicias espirituales con que regala el Señor á las almas que penetradas de la nobleza de su ser, desean vivir como los ángeles. Pero abandonemos por ahora á estos ilusos, y ocupémosnos en la dicha que gozan estas almas en medio de todas las privaciones. Jesucristo mandó espresamente á los primeros modelos

de la vida religiosa que recorrieran todo el universo sin llevar consigo dinero, provisiones, alforjas, ni otras ropas que la pobre túnica con que cubrían su desnudez. Y la conservación de aquellos hombres extraordinarios en tan estrema pobreza, la dulce tranquilidad de sus almas en medio de las mas horribles persecuciones, su alegría en medio de los tormentos, su vigor y fortaleza á pesar de un ímprobo y nunca interrumpido trabajo, y los testimonios irrecusables de la protección especialísima, milagrosa, con que la providencia remuneraba constantemente tantos sacrificios como hicieron solo por seguir á su divino maestro, movió, estimuló á todos los cristianos de aquellos tiempos, únicos felices y solo felices por este medio, á renunciarlo todo, á privarse de todo, á arrostrar todos los peligros, todas las persecuciones, todos los trabajos; á hacer que el número de los religiosos igualase al número de los cristianos. Y qué extraño que lo hicieran así? no equivale, no es incomparablemente superior la providencia de un Dios á todas las riquezas, á todos los cuidados, estudios y diligencias de los hombres?

Al despedirse ya de sus apóstoles el salvador pudo asegurarles, atestiguándolo con la esperiencia, que en ningún tiempo, en ningún pueblo, en ninguna circunstancia les faltó el menor de los auxilios, consuelos y bienes que pueden llamarse tales, de cuantos á costa de muchos desvelos se procuran por otros medios los hombres. Quién guiaba despues los cuervos con el pan á la Tebaida, las ciervas con lo que la naturaleza destinaba para alimentar á sus hijuelos á la triste habitacion de los anacoretas.....? Pero dónde voy? me olvido de que hablo á personas religiosas? á unas almas que saben como yo haber asegurado un profeta que no es posible que el justo eche de menos la menor cosa de las que desea; y que el mismo Jesucristo prometió que ademas de la vida eterna se darían en una feliz abundancia todos los bienes temporales á los que los renunciasen de corazon por asegurarse el reino de Dios y su justicia? Ah! si, nada es capaz de inquietar á unas almas que

tienen por esposo al omnipotente, por mas peligros de que se hallan rodeadas. Conozco la miseria de nuestra naturaleza: sé por una esperiencia fatal que tenemos todos un enemigo sa- gaz, fuerte, y obstinado en destruir á toda costa el reposo y las delicias que produce la virtud; un enemigo que reanima y estimula los deseos impresos en nuestro corazon por una natu- raleza pecadora, y amortiguados, mas no estinguidos por los esfuerzos de la caridad: veo que los israelitas, asistidos del modo mas especial en el desierto por la divina providencia, suspiran inconsolables por el grosero alimento que en fuerza de un pe- noso trabajo é inhumanos tratamientos conservaba su miserable existencia en la corte de Faraon: veo á la muger de Lot, sa- cada como por milagro de la misma providencia de entre las llamas vengadoras que reducian á cenizas las ciudades nefan- das, volver ansiosa sus ojos hácia la casa en que dejaba su corazon: quiero decir, que el enemigo acaso pintará con demasiada vi- veza en vuestra imaginacion las comodidades, los regalos, la libertad, la abundancia, los placeres que gozábais ó pudiérais gozar en el siglo; y al mismo tiempo para llamar hácia ellos con mas eficacia vuestra atencion presentará por otra parte con los colores mas horribles la pobreza, la soledad, el silencio, la mortificacion, la abnegacion absoluta de sí mismas á que teneis que vivir sujetas en el retiro del claustro. Sin embargo, yo es- toy seguro que por ninguno de estos medios logrará seduciros, pues una continuada esperiencia os ha hecho conocer que vues- tras fuerzas y disposiciones auxiliadas por la gracia del Señor son superiores á las austeridades y privaciones de la vida mo- nástica, y que con ellas sujetais á vuestras pasiones y triunfais completamente de vuestros enemigos. Unas esposas verdade- ras de Jesucristo se glorían de llevar su cruz, y de sufrir por él los mayores trabajos.

Benedicid, hijas mias, las bondades del Señor que os libra en este santo retiro de los peligros que tanto abundan en otras partes. Gloriáos con el Apóstol de haber cargado sobre vues-



tros hombros la cruz que por vosotros llevó primero ese esposo divino; y cuanto fuere mas pesada tanto mayor y mas pura debe ser vuestra satisfaccion. Acaso, serán estos los últimos documentos que oigais de mi boca, y por lo mismo deseo gravarlos profundamente en vuestro corazon. Cuando vinisteis al claustro no traeríais otro objeto que buscar á Dios; el mismo supongo tendreis ahora; y á Dios solo puede hallarse en la cruz. La pobreza, la humildad, la mortificacion, hé aqui el camino que conduce á su morada; pero en esta hallareis la abundancia, los honores, el gozo, las delicias, los placeres verdaderos. Sujetáos, pues, con resignacion en esta vida á los primeros si quereis gozar los segundos con vuestro esposo en la otra.



---

---

# PLATICA (1)

---

---

## DE LA TRISTEZA Y ALEGRIA MUNDANA.

---

### ESENCIA, ORIGEN Y TÉRMINO DE UNA Y OTRA.

---

*Mundus autem gaudebit, vos autem contristabimini, sed tristitia vestra vertetur in gaudium.*

El mundo se gozará, y vosotros estareis tristes, mas vuestra tristeza se convertirá en gozo.

Joann. 16. v. 20.

Si algun filósofo, al ver el trastorno que sufre nuestra naturaleza en el orden puramente natural, ha llegado como á descubrir una culpa universal por la que Dios ha castigado á todos y cada uno de sus individuos; qué diria si tuviera conocimiento del monstruoso desorden que por lo comun nos domina con respecto á las cosas sobrenaturales? Lo estamos continuamente palpando, y aun se nos figura imposible. El cristiano sabe con la mayor certeza que son del todo infalibles las verdades de nuestra fé, y

---

(1) Pronunciada en Segovia.

obra como si las tuviera por evidentemente falsas. La fé le descubre con claridad la senda única y segura de la bienaventuranza para que la siga, y le manifiesta los muchos caminos que guían sin remedio al abismo de todas las desgracias para que los evite; y á pesar de esto, y de que por una necesidad inevitable desea, como cristiano y como hombre su felicidad, desprecia, abandona la senda de la gloria, y busca con ansia y corre precipitado por los caminos del infierno. Esto á primera vista parece increíble, pero una incontestable esperiencia nos está demostrando ser como lo acabo de decir. Veamos sino; quién hay en el mundo que no aborrezca y procure alejar de sí á toda costa el dolor, la aflicción y la tristeza; y que no emplee todos sus talentos, todas sus fuerzas en los medios de proporcionarse la comodidad, el regalo, el placer, la alegría? Aun aquellos pocos cristianos, que por la regularidad de sus costumbres nos admiran como verdaderos prodigios de virtud, no tienen recelo en manifestar con bastante frecuencia que buscan algunas recreaciones ó distracciones con que mitigar la tristeza, y aun ahuyentar completamente todos los disgustos y penalidades de la vida.

Sin embargo, la verdad eterna, entre las sublimes lecciones de moral que nos ha dado por medio de sus profetas, inculca la verdad de que son preferibles los trabajos y la tristeza á los placeres y comodidades. Dios, dice el Sabio, aflige, mortifica, y entristece á los que ama de veras; y por el contrario, suele regalar y permitir que vivan alegres y contentos en medio de los placeres á los que por sus pecados se han atraído su odio é indignación. Mejor es, nos dice el mismo en otro lugar, ir á la casa del dolor y del llanto que á la del deleite y de la risa, porque la mucha alegría por lo comun degenera en un amargo sentimiento, y la aflicción sufrida con paciencia produce luego un delicioso regocijo. Cuasi en los mismos términos lo declara nuestro divino salvador hablándonos en persona de los apóstoles por estas palabras: los hombres del mundo se alegrarán y regocijarán durante su vida miserable; vosotros por el contrario lo pasareis

en la tristeza y amargura; pero no desmayeis por eso, pues se cambiarán muy presto las suertes; vosotros, nadando en un mar inmenso de delicias, disfrutareis con la mayor tranquilidad el gozo, el júbilo, la satisfacción mas pura y mas completa, y aquellos gemirán inconsolables y desesperados, oprimidos con el peso de los mas agudos dolores.

Aunque careciéramos de estos preciosos documentos que llevan á nuestro corazon la convicción mas íntima, como que proceden de la verdad por esencia, no por eso dejaríamos de conocer las ventajas que sobre los placeres tienen los dolores. Ya lo experimentaron aun en este mundo los apóstoles, de quienes nos refiere San Lucas que salian de los tribunales inundados de júbilo al verse cubiertos de afrentas y agoviados de sentimientos é injurias. Ya lo experimentaron tambien tantos esclarecidos mártires como dieron con su sangre un testimonio de su fé, y tantos ejemplares anacoretas como se condenaron voluntariamente á una vida mortificada y austera. Qué fué sino lo que les hizo abandonar á estos todo cuanto en el mundo pudiera causarles alguna especie de placer por mas inocente que fuera, y buscar todo aquello que pudiera mortificarlos, atormentarlos, entristecerlos en el retiro de los desiertos ó de los claustros?

Oh! esperanza consoladora! incomparable virtud! tú sola pudieras hacer amable un retiro, una aspereza, una mortificación, una negacion completa de sí mismo, una renuncia absoluta de todos los placeres temporales para asegurarse la posesion de las delicias eternas. Sola tú, virtud preciosa, eres capaz de inspirar unos sentimientos tan contrarios á la naturaleza del hombre pecador: tú sola sacarías al hombre de la sociedad á que nace inclinado, por conducirle al desierto donde no puede gozarse otra compañía que la de las fieras y las aves. Ah! bien procuras instruir á tus amadores de que en cambio nada hay que pueda impedirles el trato íntimo con su Dios.

Así es; en la soledad del desierto y en el tétrico silencio del claustro se entrega el hombre con una santa libertad á la con-

templacion de las verdades mas interesantes: alli oye á su Dios que hablándole al corazon le dice como al joven del evangelio: si tratas de subir al monte de la perfeccion renuncia, abandona todo aquello que te sirve de placer en el mundo, y sígneme. Y sin la mas leve interrupcion resuenan en sus oidos interiores aquellas otras palabras: el que quiera seguirme debe negarse completamente á sí mismo y llevar constantemente sobre sus hombros la pesada y afflictiva cruz de la mortificacion. Alli, cuando advierte la falta del alimento, del lecho, del abrigo, de toda comodidad; cuando una orden de los superiores viene á contradecir espresamente los deseos que le parecian mas arreglados y prudentes, se le representa en el momento el unigénito de Dios en el portal de Belen, en el desierto, en el monte de las olivas, en el pretorio, en el calvario; le hace ver todas las aflicciones que padeceria, y la conseruacion de que se veria sobrecogido al considerar que el eterno padre no se prestaba á sus ruegos; le pone á la vista los instrumentos odiosos de la pasion, la cruz ignominiosa, la muerte inhumana; y todo esto, al paso que le afflige y atormenta, le infunde una resignacion extraordinaria en los padecimientos; y su corazon se halla inundado de júbilo cuando al punto, variando la escena, se le aparece el redentor gloriosamente resucitado como á los discípulos en el camino del castillo, y le dice; *hæc oportuit pati Christum, et ita intrare in gloriam suam.*

Para que el unigénito del mismo Dios pudiera con justicia entrar en posesion de la gloria, que era suya, fue necesario que padeciera la tristeza, la amargura, y que se sujetara á los tormentos y á la muerte; y cuanto mayores han sido sus aflicciones y desconsuelos tanto son mas deliciosas las dulzuras de su gloria. Visto esto, necesitarémos otros alicientes para negarnos á cuanto el mundo pueda ofrecernos de agradable, y abrazarnos con todos los disgustos y aflicciones? necesitaron los mártires nuevo impulso para presentarse con intrepidez á los enemigos del nombre cristiano en busca de una muerte tan gloriosa como

cruel? necesitaron otros motivos los santos anacoretas para retirarse al desierto y ejercitarse en una continuada mortificacion, en una austera penitencia? Ah! el dolor de pocos momentos les aseguraba el gozo de una eternidad: una tristeza insignificante les conducia á la posesion de un infinito regocijo. He aqui lo que les hacia o liso los placeres y deliciosas las lágrimas.

Sí, Señores; el mundo padece una equivocacion harto perjudicial: se figura que son insoportables la amargura, el dolor y la tristeza en que yacen aquellas almas que privándose de todas las diversiones y comodidades se entregan esclusivamente al retiro, se ejercitan en la mortificacion, se alimentan con las lágrimas; tal estado parece el mas digno de lástima á los ignorantes mundanos que cifran toda su felicidad en los gozes asquerosos de los sentidos. Como nunca han tenido la dicha de pertenecer al número de los hijos de Dios, no saben apreciar lo que vale un llanto pasagero que proporciona una alegría sin fin. Cómo se equivocan en sus juicios! y no puede menos de ser así puesto que se funden solo en lo que se ve por defuera. Cuánto mas dignos de lástima son ellos! Yo quiero suponerlos en aquel estado en que creen haber llegado al colmo de la felicidad; esto es, cuando despues de haber practicado las mas esquisitas diligencias, sujetándose á los mas costosos sacrificios y á las mayores humillaciones, empleado tal vez una parte considerable de su hacienda, y perdido en gran parte la salud por las vigiliass, las privaciones, los desórdenes, consiguieron al fin el objeto que tanto apetecian. Y bien, estan satisfechos sus deseos; hasta las heces agotaron ya la copa del deleite; nadie en el mundo es capaz de privarles de aquella satisfaccion.... Desventurados! y los remordimientos de su conciencia? y aquellos gritos alarmantes que oyen sin cesar interiormente? y aquel gusano roedor, que por mas que procuren distraerse, les recuerda con la mayor obstinacion, les hace ver con la mayor claridad la espada vengadora de la divina justicia levantada sobre sus cabezas, y abierto debajo de sus pies el abismo que los espera, el dragon infernal que



ensancha sus fauces para devorarles, el soplo de la divina indignacion que dá la mayor actividad á las voraces llamas en que estan ya para caer? todos estos objetos que en vano se empeñan en negar porque jamás se apartan de su imaginacion; todos estos objetos, digo, no les hacen verdaderamente infelices, por mas que en el exterior y segun el juicio del mundo sean afortunados y dichosos?

Apelo al testimonio de vuestra propia conciencia: si por desgracia os habeis hallado en la situacion que acabo de referir, no habeis experimentado esa inquietud interior, ese temor de la justicia divina? Por mas que la presencia de ese mismo objeto, cuya posesion hace vuestras delicias, haya suspendido algunos momentos ese estado de ansiedad y de turbacion, no habeis vuelto al punto á caer en la misma tristeza, en el mismo abatimiento? Ninguno que hable de buena fé puede negarlo. Infeliz el que lo negara con verdad! desventurado el pecador que no siente ya sus propios remordimientos! Ay! qué le queda que esperar? endurecido su corazon, abandonado por el Señor á sus perversas inclinaciones..... Me estremezco, amados hermanos míos, al considerarlo; mi sangre queda congelada en las venas al recuerdo de tal idea. Ved el fin de esos placeres con que el mundo nos seduce: la obstinacion! la ceguedad del entendimiento! el abandono de Dios! Malditos placeres! funesta alegría! fatales diversiones!

Bendita mortificacion! deliciosos trabajos! apreciables lágrimas! me decido por vuestro partido. Tiempo es ya, cristianos, de usar de la razon con que adornó nuestra alma el criador: no nos dejemos seducir tan groseramente del pérfido Satanás como nuestro primer padre. Por mas que se esfuerce en persuadirnos á que en esa fruta prohibida, en esos placeres que tanto alhagan en esa alegría que tanto embelesa está nuestra felicidad, no le demos crédito alguno; reflexionemos los males que Adán ocasionó á toda la naturaleza por ceder á tan lisongeras sugerencias. Por mas que trate de disuadirnos que nos entreguemos á la mortifica-

cion, á las lágrimas, á la penitencia exagerando los rigores y las insoportables molestias de semejante vida, no le creamos; por prestar oídos aquel á sus voces llegó á persuadirse de que efectivamente era un mal el estado en que Dios le había puesto, privándole de una fruta la mas deliciosa y cuyos resultados eran nada menos que adquirir una ciencia sublime, unos conocimientos infinitos, la sabiduría del mismo Dios. Examinemos en sí mismos los placeres y las delicias del mundo por una parte, y las lágrimas y los trabajos por otra: comparémosles: veamos si es sólida, verdadera y permanente la alegría de los primeros, y si es insoportable, horroroso, sin fin el dolor de los segundos.

Pero qué! yo estoy poniendo en duda lo que todos creéis y confesáis espresamente: es mil veces preferible el estado de los justos, por mas atribulados que se hallen, al de los pecadores por mas felices que parezcan. La felicidad de estos no solo es pasajera, es ademas muy peligrosa, es muy funesta, es muy temible, es tal vez, como dije antes, un efecto de la indignacion de Dios: la tribulacion del justo es una señal casi infalible del amor que Dios le profesa, y del premio que le tiene reservado en la otra vida. La tribulacion es el medio con que Dios quiere purificarle para hacerle acreedor á toda la efusion de sus bondades, y á que el término de su vida temporal sea el principio de otra eternamente bienaventurada; cuando para el pecador será tal vez el de una muerte sin fin, sin término. El mundo se alegrará se regocijará entregándose á locos pasatiempos; vosotros privados de toda diversion y comercio humano estareis tristes y afligidos; pero no desmayeis por eso en vuestros santos propósitos, que dentro de poco vuestra tristeza y vuestras lágrimas se convertirán en una alegría extraordinaria, en un júbilo inesplicable: *mundus gaudebit, vos autem contristabimini, sed tristitia vestra vertetur in gaudium.*

He concluido con las mismas palabras con que dí principio á esta ligera exhortacion: solas ellas son suficientes, como dichas por la sabiduría infinita, para haceros conocer la diferencia que

hay de la alegría del pecador á la aparente tristeza del justo. Solo falta que os resolvais á elegir la que mejor os parezca. Podréis acaso tener alguna duda en la eleccion? En tal caso seriais los mas necios, los mas locos de los hombres; mas insensatos aun que los mismos brutos.

Vos, Dios mio, podeis infundir en su alma un rayo de luz que los haga conocer..... digo mal, no necesitan conocerlo, lo saben todos perfectamente: necesitan solo que les dispenseis los auxilios de vuestra gracia, unos para emprender el camino que saben ser mas recto, otros para continuar caminando por él sin intermision hasta llegar á la cumbre de la gloria, á aquel lugar felicisimo en que, terminados los trabajos, las incomodidades y los disgustos de esta vida se disfrutará la paz, el reposo, la satisfaccion, la alegría en que consiste la verdadera felicidad.





## PLATICA (1)

### DE LA ENCARNACION DEL VERBO.



RECONOCIMIENTO QUE EXIGE DE LOS HOMBRES ESTE ASOMBROSO  
MISTERIO DEL AMOR DIVINO.



*Et verbum caro factum est, et habitavit in nobis.*  
Y el verbo fué hecho carne, y habitó entre nosotros.  
*Joann. c. 1. v. 14.*

La religion y la naturaleza nos prescriben unánimes la obligacion de adorar al Señor en espíritu y en verdad. La iglesia nos exhorta continuamente á que postrados en la presencia de Dios tributemos á S. M. el obsequio de las alabanzas, acciones de gracias, oraciones y sacrificios; y á venerar á los héroes que mas se han esmerado en los ejercicios de la religion. Y la piadosa devocion á los sagrados corazones de Jesus y Maria nos proporciona con frecuencia el desempeño de nuestro deber en esta parte. Justo es, cristianos, que reconocidos á los grandes beneficios que

(1) Pronunciada en Segovia en la congregacion de los sagrados corazones.

tenemos recibidos del hijo de María y de la madre de Jesús, les tributemos el homenaje de una gratitud sincera y religiosa. En todas ocasiones estamos obligados á ello, pero difícilmente se nos propondrá un motivo que lo exija tan imperiosamente como el que se ofrece hoy á nuestra memoria.

El verbo de Dios se hizo hombre. Misterio sublime! misterio adorable! misterio de los misterios! misterio en que se halla como pendiada toda la economía de la divina providencia en orden á nuestra felicidad, y el fundamento, el ejercicio y el fin de toda nuestra religión! El verbo de Dios se hizo hombre. Al oír una nueva tan extraordinaria se aterra el infierno y el cielo se llena de asombrosa admiración; pero solo el hombre coge el fruto de esta obra por excelencia divina. Si fijamos en esto la consideración veremos palpablemente que exige de justicia los testimonios mas auténticos de nuestra gratitud.

Formado el hombre con el solo fin de gozar eternamente la bienaventuranza en compañía de su mismo criador, se había inhabilitado por su culpa para conseguir tanto bien; mas su corazón estaba formado de tal suerte que no podía menos de anhelar por aquella felicidad; así es que no gozándola se ve por necesidad agitado siempre de una cruel inquietud, y su destino no puede ser otro que la miseria, el dolor, la desesperación. Por su pecado se precipitó de lo mas encumbrado de la gloria al mas profundo y desesperado abismo: perdió la gracia de Dios que es el fundamento de la vida bienaventurada, y en toda la naturaleza no le queda el menor arbitrio para poderla recobrar. Suplicas, sus lágrimas, su arrepentimiento, sus sacrificios, todo es insuficiente, pues por grande y heroico que pudiera ser todo está encerrado en la limitada esfera de la naturaleza, y la gracia y la gloria son de un orden infinitamente superior; no, entre todos los hombres y los mismos ángeles no puede merecerse la felicidad para un hombre solo. En tal caso solo le quedan dos caminos para evitar su ruina; ó que el Señor por un puro efecto de su bondad y misericordia se digne condonarle la deuda,

perdonarle graciosamente la culpa, y eximirle de la pena; ó que si su providencia tiene irrevocablemente decretado que se observe en la reparacion una esacta justicia le depare el medio de verificarlo. Para esto es necesario un redentor omnipotente; un salvador que unido sustancialmente á la divinidad goce un poder infinito, una magestad infinita, una virtud infinita, una caridad infinita; que pueda ofrecer un sacrificio cuyo mérito sea infinito para poder aplacar la indignacion del Señor ofendido, y exigir de justicia el perdon, la gracia y el derecho á la gloria para todo el género humano.

Desventurada situacion la de los mortales si de entre ellos hubiera de salir ese redentor! pero el Señor compadecido de tan deplorable suerte se le habia ofrecido con toda la verdad de su palabra, y esta sola esperanza aliviaba en parte su miseria. Mas un Adan penitente, un Abel justo, un Abran obediente, un José casto, un Job pacientísimo, unos Macabeos fuertes, unos profetas cruellísimamente martirizados, nadie, cualesquiera que sean sus virtudes, nadie descubre la entrada en el camino para el reino de la gloria: todos suspiran ardientemente por la venida del Mesías, y sola esta esperanza calma en cierto modo la inquietud de sus corazones. Llega en fin el día suspirado: llega el tiempo para el que, según el testimonio unánime de los profetas, estaban reservadas á los hombres todas las bendiciones y gracias; llega la época destinada en los consejos de la sabiduría infinita para que tuvieran lugar la libertad y el remedio del hombre: llega la hora en que el ángel del cielo saluda á Maria en nombre del Señor; y apenas, asegurada esta de la verdad, presta su consentimiento á la propuesta que la hace, se realiza en un ángulo retirado de Nazaret el misterio que tantos siglos habia tenido en expectativa á todo el universo. Una virgen se hace madre con asombro de toda la naturaleza, como lo tenía predicho el Señor por Isaias: una criatura forma de su propia sustancia á su mismo criador, le da la vida y el alimento en su mismo seno. Maria ha engendrado á todo un Dios.



Maria es la madre de Dios. Qué elevacion, qué honor! Mas el unigénito del Eterno Padre se hace hijo de Maria: Dios se hace hombre. Qué abatimiento, qué humildad, qué amor!

Aqui teneis, cristianos, el hombre que se necesitaba para dar á Dios una satisfaccion condigna por nuestro pecado: es verdadero Dios, es hijo eterno del Dios vivo, pero acaba de tomar nuestra carne en las entrañas purísimas de Maria, y es por tanto hombre verdadero como nosotros. Aqui teneis el que rompe las cadenas de nuestra esclavitud; el que hace desaparecer la ignominia, el oprobio, el pecado de nuestra miserable naturaleza; el que hace que el hombre, miserablemente caido, vuelva á la gracia, y recobre el derecho á la gloria de su Dios.

Ay, hermanos míos! considerémoslo con atencion: jamás se aparte de nuestra memoria este importante misterio si queremos sacrificar en las aras de la gratitud todas las pasiones por mas vehementes que sean. Imponderable sería el beneficio que nos hubiera hecho el Señor si dejando obrar á su misericordia nos hubiera perdonado absolutamente la culpa: quién sería capaz de agradecer debidamente un acto que nos libraba de tan grande responsabilidad? Mas conciliando con esta los derechos de su justicia, hacerse Dios-hombre, único medio de merecernos el perdon.... Asombroso misterio del amor divino! Ya no me extraña que al oirlo se escandalicen unos, y blasfemen otros reputándolo por locura. Grande sería la merced del rey que perdonase la vida á un reo sentenciado ya por sus crímenes al último suplicio; y este acto de clemencia exijiera un eterno agradecimiento; mas si para conceder este beneficio tuviera el rey que presentarse en público delante de sus mismos vasallos en traje y con apariencias de reo, cargado de prisiones, cubierto de ignominia, sujeto á la oscuridad, á la hediondez, á las incomodidades inseparables de un calabozo, y espuesto á morir afrentosa y cruelmente á manos de un verdugo; quién sería capaz de ponderar el mérito que este acto incomparable de bondad y amor aumentaría al de su misericordia? quién podría ja-

más persuadirse á que esto llegara á realizarse? Y sin embargo, todo ésto sería nada comparado con lo que vemos que pone hoy por obra la misericordia del Señor.

El apóstol San Pablo, bien examinado este misterio, no acierta á encarecer semejante prodigio de humildad. Se humilló, se abatió á sí misma la magestad suprema, dice en una parte. Y conociendo que estas palabras eran todavía poco espresivas añade en otro lugar: el rey soberano de los cielos se anonadó y apareció en el mundo, no ya cubierto con el traje de esclavo, sino tomando su misma naturaleza, uniéndola á sí sustancialmente; y se hizo verdaderamente hombre miserable, pasible, condenado al oprobio, á los tormentos, á la infamia, á la muerte.....

Inefable fineza del amor divino! Veamos aquí, amados míos, la ternura con que nos ama su corazón que se espone á tantos males por proporcionar el remedio á nuestra miseria: y veamos también la intensidad con que nos ama el de su madre santísima que espone, por decirlo así, la prenda más querida de su alma por dar al mundo tal redentor. En atención á esto es fácil inferir que sería la más negra ingratitud, la más execrable injusticia el que nos rehusáramos á cualquier sacrificio que traten de exigirnos el hijo ó la madre. No hablemos aquí de pecados: es del todo imposible que sin perder el juicio y la razón tenga el hombre la osadía de ofender á su Dios si se acuerda de la humildad y misericordia que tanto abundan en este adorable misterio. Quiero haceros el obsequio de creer que unas personas que se dedican á la devoción de los sagrados corazones de Jesús y María aborrecen el pecado como el mayor de los males, pues es la espada cruel que les atraviesa inhumanamente. Os pido, por tanto, algo más; esto es, que considerando la gloriosa elevación á que os encumbra este misterio del amor, degradándose al mismo tiempo el Dios omnipotente hasta el extremo de vestirse de nuestra carne despreciable, os hagais dignos de llamaros hermanos de ese Dios humanado, imitando sus virtudes y poniendo en práctica sus consejos. No queráis atraeros la indigna-

cion divina ejercitándoos con tibieza en estas prácticas religiosas, á que con tanto gusto os habeis consagrado: dejad á los ilusos que se burlen de ellas, que ridiculicen lo que nunca han sabido apreciar. Desdichados! ay! cuánto es de temer que para ellos no haya encarnado el redentor!

No quiero, amados hermanos, contristaros y acaso llenaros de horror recordando lo que yo desearia ignorar acerca de los escándalos que á cada paso presenciamos, y que apesar de mi tibieza, de mi disipacion y desorden llena de amargura mi razon, y me obliga á mirar con tedio la vida, como lo hacia por otro motivo el Santo Job: lo que pretendo es inspiraros saludables precauciones para impedir la propagacion del ma ya que no podamos remediar este del todo; y evitar que se apodere de las almas dedicadas á la práctica de la piedad, sino podemos desarraigarle de los infelices conducidos por la perversidad del corazon á la ceguedad del entendimiento, y tal vez al abismo de una funesta reprobacion.

Bendigamos incesantemente las misericordias del Señor que tan de lleno se nos manifiestan en este misterio: vivamos siempre reconocidos á un favor que ni aun seríamos capaces de sospechar, y entonces podremos gloriarnos de ser individuos de la naturaleza que hoy toma el unigénito de Dios, y estar seguros de coger un dia los copiosos frutos de la Encarnacion.





## PLATICA PRIMERA (1)

DE LA NATIVIDAD DE N. S. JESUCRISTO.

MOTIVOS DE JÚELO QUE PROPORCIONA Á LOS CRISTIANOS.

*Evangelizo vobis gaudium magnum, quod erit omni populo; quia natus est vobis hodie salvator.*

Os anuncio un grande gozo, que será para todo el pueblo; que os ha nacido hoy el salvador.

*Luc. 2. vv. 10. et 11.*

Al querer cumplir aquella ley ú obligación que para con vosotros me impone la costumbre introducida mucho tiempo hace en todo el pueblo cristiano, os aseguro con ingenuidad que me hallo perplejo sin saber que deciros, sin saber que desearos, sin saber como manifestaros el afecto verdadero que os profeso. Está ya muy comunmente recibida la costumbre de dar las pascuas con unas espresiones que dan á entender que se desea toda suerte de prosperidades. Y esta es una de las principales causas de la

(1) Pronunciada en su iglesia parroquial de Ouatavella.

perplejidad. Porque, qué bienes puedo yo desearos á vosotros? Cuando con una complacencia que no soy capaz de esplicar he visto que en lugar de los escesos de la intemperancia, de la lujuria y de la soberbia con que otros ignorantes celebran el nacimiento del hijo de Dios, irritándole y profanando tan admirable misterio con aquellas demostraciones con que procuran honrar su memoria y solemnizar su festividad; cuando he visto la devoción, la alegría, el celo con que á pesar de todos los inconvenientes habeis concurrido todos, ó la mayor parte, con los inocentes pastores á adorar en este templo al Dios niño; á entonar con los ángeles los preciosos himnos de sus alabanzas; á ofrecerle con los piadosos reyes el sacrificio de vuestros corazones, y á rendirle con los verdaderos justos el incienso de las mas humildes oraciones y súplicas: cuando he presenciado unas escenas tan tiernas y religiosas mi corazon se llenaba de un júbilo extraordinario, de un regocijo inesplicable al considerar ese fondo de piedad que manifestais, y que, á decir verdad, no me permite desearos género alguno de felicidades pues sería haceros la injuria de suponer que careciais de ellas.

Oh, hermanos míos! sin que esto sea adularos, yo os aseguro que, previas vuestras disposiciones, casi no puedo dudar que os hallais poseidos del espíritu de una caridad fervorosa; que sois el principal objeto del amor y de la benevolencia del Señor; que desde la eternidad estais escogidos para compañeros de su gloria; que vuestros nombres están escritos en el venturoso libro de la vida, y que ya en el cielo os están preparadas las sillas y labradas las coronas de la inmortalidad. Ved si tengo justos motivos de felicitaros por tanta dicha, y de felicitarme á mí mismo por la parte que en ella pueda haber tenido: ved si podré deciros como el ángel á los pastores, que os nuncio el gozo mas justo, la alegría mas completa, porque efectivamente os aseguro que para vosotros ha nacido el salvador. Sí, mil y mil parabienes os doy por tanta felicidad.

Pero mi satisfaccion es mayor cuando hago estensiva á todos

esta dichosa nueva. Nadie, os diré con el gran P. S. Leon, nadie hay á quien no comprenda. Ancianos venerables, alegres jóvenes, inocentes parvulitos, viudas desconsoladas, madres prudentes, delicadas doncellas, hombres y mugeres de todas clases, edades y gerarquías, á todos sin escepcion alguna os doy la enhorabuena; á todos os manifiesto la inmensa alegría que rebosa mi corazon al ver las demostraciones de cristiano regocijo con que celebráis la pascua del nacimiento del salvador.

Tal vez extrañareis que nada diga de felicidades temporales, de esos bienes cuya posesion tanto anhelan los mundanos; pero odiando por caracter la lisonja, y mucho mas en este lugar santo, os digo que no debo desearos las riquezas cuando os anuncio el nacimiento de un Dios sin casa en que hospedarse, sin vestido con que cubrir su desnudez, sin lecho en que reclinar su tierno cuerpecito, sin medios con que poder alimentarse: no debo anhelar por ningun concepto que disfruteis las comodidades de esta vida cuando os anuncio el nacimiento de un Dios, verificado fuera de su pueblo, lejos de sus parientes, en la lóbrega estrechez de un establo, en los crudos rigores de un invierno, en el triste desamparo de una absoluta soledad: no estoy en el caso de solicitar para vosotros la elevacion y la grandeza cuando os anuncio el nacimiento de un Dios cuya divinidad se oculta con el velo de nuestra carne miserable; de un Dios que elije para su madre una muger humilde, pobre y desconocida; y para decirlo de una vez, de un Dios que con asombro de los cielos toma sobre sí la fea é ignominiosa marca de pecador en la ceremonia de su circuncision: no me pertenece desear que consigais la victoria sobre vuestros enemigos cuando os anuncio el nacimiento de un Dios que siendo enemigo vuestro depone sus iras, oculta su magestad y grandeza, abandona, por decirlo asi, el sublime trono de su gloria, se desnuda de los gloriosos atributos de inmortal é impassible solo para humillarse, para sufrir, para dar su preciosa vida por vosotros, para reconciliaros con su eterno padre, para repa-



rar y satisfacer la horrible injuria que le habáis hecho con vuestro pecado.

Oh! mis sentimientos respecto á vosotros en este dia son mas nobles, mas elevados: la felicidad que os anuncio es de un orden infinitamente superior á la que son capaces de proporcionar los caducos bienes de este mundo: la alegría que os aseguro tiene un origen incomparablemente mas precioso. Teneis á Dios por compañero de vuestra naturaleza: llegó ya el venturoso momento de vuestra libertad, el cumplimiento de vuestras esperanzas, el fin de vuestros deseos, el término de todas las promesas del Señor: revocóse ya la terrible maldicion que contra vosotros habia fulminado el infinitamente justo en el fatal instante de vuestra primera culpa: cesaron ya las iras, las enemistades entre Dios y vosotros: ya vino el reparador de vuestra falta, el salvador de vuestras almas; vuestro libertador, que rompiendo con su venida las pesadas cadenas de vuestra esclavitud os saca del tiránico poder del mas cruel enemigo; vuestro redentor, que revocando la sentencia de vuestra eterna desgracia, os abre las puertas del verdadero paraíso.

Benditas sean eternamente, Señor, vuestras misericordias: gracias sean dadas á vuestra bondad por tan inmensa beneficencia: alaben los ángeles tal esceso de caridad: publiquen los cielos vuestras glorias. Dignaos, Dios mio, aceptar el sacrificio que en accion de gracias por tan imponderables favores voy á ofrecer en nombre de todo este pueblo. Ya veis cuán interesado me hallo en su felicidad verdadera: esta es la que os pido para mis feligreses; y por mas que mi indignidad me confunda, tengo la osadía de esperar que recibireis con agrado el incienso de mi oracion. O Dios miol cuando descubro las señales que me dan á entender que os habeis dignado determinar su libertad, como movido de un superior impulso, me postro el primero en vuestra presencia, os adoro como los primitivos cristianos en espíritu y en verdad, y asombrado al contemplar un misterio tan grande, os irindo del modo que mi pequeñez lo permite las gracias mas

reverentes: la alegría de que sabeis estar penetrado mi corazón es la prueba mas convincente de mi gratitud.

A pesar de todo lo dicho, y sin que sea mi ánimo contradecirme á mí mismo, ni ahogar en vuestro pecho el júbilo que deben haberos producido mis palabras, no puedo menos de exhortaros á que desterreis enteramente el maldito gérmen de la division y de la discordia, de la enemistad y de la venganza, si quereis asegurar la paz que hoy os ofrece el salvador. Seria por cierto una monstruosidad que al tiempo que nuestra madre la iglesia celebra el misterio mas espresivo del amor, de la humildad, de la mansedumbre, de la paciencia, de la caridad del Dios niño, y del ardiente deseo que le anima de procurarnos la paz y la reconciliacion, nos empeñáramos nosotros en conservar en nuestro pecho los sentimientos de rencor y venganza tan opuestos al espíritu del cristianismo. No, no se avienen bien las ideas de enemistad y de ira con la paz que os encarga el salvador que os la ofrece de buena voluntad. Ya conocereis que aludo á ese hecho, hasta cierto punto escandaloso, que tuvo lugar dias pasados en este pueblo, sin mas objeto que..... Pero ya se han reconocido los perpetradores del crimen, y tengo la dulce satisfaccion de anunciar que la buena armonía se ha restablecido, por mas que algunos trabajasen por poner una eterna discordia entre los unos y los otros. Y cómo no sería asi, cuando celebramos el misterio de la paz? cuándo sabremos apreciar debidamente este beneficio!

Decidme os ruego; no habeis conocido cuán apetecible sea el bien de la paz? no habeis llegado á experimentar la resignacion con que ella nos ayuda á llevar los trabajos de la vida? Ah! como descansa el hombre de todas las fatigas en el seno de una familia en que reina la paz! con qué gusto se auxilian los consortes, con qué placer se ayudan en las incomodidades del matrimonio, y con qué anhelo solicitan mutuamente el remedio de sus males cuando disfrutan el beneficio de la paz! Pero si este llega á faltar, todo se trastorna, todo cambia de aspecto.

De qué sirve entonces la hacienda, de qué la salud, de qué los hijos, de qué los parientes, de qué todas las cosas sino de dolor y de tormento? Reflexionad sobre vosotros mismos, y vereis que la discordia descomponen las familias, arruina los pueblos, lleva la desolación á los campos, destruye las naciones.....

Me he estendido mas de lo que creia y de lo que pertenece á exhortaciones de esta especie. Concluyo excitándoos á la alegría por vuestra felicidad como hice en el principio, y asegurándoos en nombre del Señor la paz verdadera asi como la anunciaron los ángeles á los pastores de Belen. Estudiad á todas horas este inefable misterio, y sentireis renacer cada dia el júbilo en vuestros corazones, y reanimarse los sentimientos de paz y de caridad para con vuestros hermanos. Adorad humildes al Dios niño que viene á proporcionaros tanto bien; manifestadle vuestra gratitud, y estad persuadidos á que no tardareis en coger el fruto en la bienaventuranza que en este dia vino á aseguraros. Amen.





## PLATICA SEGUNDA (1)

### DE LA NATIVIDAD DE N. S. JESUCRISTO.

#### RESIGNACION QUE INSPIRA LA CONTEMPLACION DE ESTE MISTERIO.

*Evangelizo vobis gaudium magnum, quod erit omni populo.*

Os anuncio un grande gozo, que será á todo el pueblo.

*Luc. c. 2. vv. 10 et 11.*

Lejos de desdenarme, amados hermanos míos, de venir á deramar entre vosotros los consuelos de la religion, acaso tomaré ocasion para engréirme, y seguramente tengo á mucho honor el hablaros en este dia. El misterio que os anuncio no debe ser declarado por los medios ordinarios. Un espíritu celestial es enviado para revelarle á los sencillos pastores; y el cielo goza la presencia de un astro nuevo y de una extraordinaria claridad y hermosura para insinuar á los infieles lo mismo que cuatro mil años de prodigios, de profecías, de castigos y beneficios no pudieron persuadir al pueblo escogido. Misterio admirable, interesante,

(1) Pronunciada en la capilla de la cárcel pública de esta ciudad.

divino! que llena de honor á quien le anuncia, y de de gozo y felicidad á los que le oyen. A todos digo, con el ángel á los pastores, os doy una nueva que debe llenaros de alegría: *gaudium magnum*: y no solo á vosotros sino á todos los hijos de Adán: *quod erit omni populo*. A todos, para manifestaros que vosotros tambien sois participantes, podeis ser iguales, escodereis acaso á los grandes, á los poderosos, á los reyes, y aun á los pontífices en la participacion de los tesoros, del honor y de la gloria, que merece á los mortales un Dios inmortal, que se hace nuestro hermano segun la carne, y que empieza la carrera de su vida temporal por las humillaciones y los trabajos.

Sí, hermanos míos, sí; el mas poderoso de los reyes, el mas santo de todos los mortales, el unigénito del eterno padre se digna nacer en la pobreza, en el desprecio, en el abandono, en la incomodidad; y apenas acaba de salir á la luz del mundo, toma sobre sí la nota mas humillante; hace imprimir en su cuerpo demasiado tierno y delicado el vergonzoso sello, indicio en los demas hombres de la esclavitud infame á que los redujo su pecado. Qué dulce lenitivo, qué consuelo tan delicioso para todos aquellos que la providencia del Señor aflige con las penalidades, trabajos, desprecios, y todo género de males en la vida presente! Qué consuelo para todos vosotros, amados hermanos míos! El mundo ciego, insensato, injusto os hace tal vez objetos de sus desprecios, insultos y odios: los jueces se ven precisados á daros en rostro con vuestros delitos ciertos ó supuestos, y aun á imponer á cada uno el castigo á que le juzguen acreedor por unas culpas que ya pasaron, y que probablemente detestais con sinceridad, dado caso que las hayais cometido; pero el Dios niño y su divina religion no hacen distinciones entre el esclavo y el libre, entre los reos y sus jueces. La brillante luz que dirige á nuestras almas para desvanecer las tinieblas del error y del pecado, penetran igualmente la lobreguez del mas recóndito calabozo que la suntuosidad del palacio mas soberbio. Oh! y cuántas almas felices santificaron las prisiones y ennoblecieron las cárceles en los

primitivos siglos de la iglesia, purificándose por este medio, y saliendo de allí para los palacios de la gloria!

Es verdad que, como se explica el gran Tertuliano, aquellos héroes del cristianismo no tenían otro delito que el ser verdaderos cristianos; pero también lo es que por muchas y enormes que puedan ser nuestras culpas, si llegamos á aborrecerlas de corazón, entramos seguramente á la participacion de las gracias y bendiciones del Señor, y adquirimos un derecho incontestable á su misma gloria sea la que quiera nuestra suerte en el mundo. Malhechor insigne y famoso por sus delitos y escándalos era aquel que mereció oír de boca del redentor estas consoladoras palabras: hoy mismo estarás á mi lado en las delicias del paraíso.

No, hermanos míos, para nuestro divino salvador nunca hubo ni habrá diferencia entre el judío y el griego: es un Dios infinitamente rico que derrama los tesoros inmensos de sus misericordias sobre todos los que le aman, sin hacer el menor caso de su condicion, ni de alguna de sus circunstancias. Y aun atendiendo á las palabras del real profeta, podemos inclinarnos á creer que mira con especial compasion á los miserables que sufren los rigores de la necesidad y de las prisiones. Su religion divinamente caritativa exhorta á todos sus hijos á que visiten, consuelen y alivien en el modo posible á los infelices encarcelados, socorriéndoles en sus necesidades, dulcificando los rigores de su amarga situacion y animándoles á sufrir con resignacion sus trabajos con la esperanza consoladora de una suerte constantemente feliz y bienaventurada en el reino de la inmortalidad. Por este medio y con esta deliciosa esperanza procura la religion mitigar vuestras penas y privaciones. Qué importa padecer, vivir en el abatimiento, en la infamia, en la ignominia, y aun morir si fuera necesario? la vida presente es un momento indivisible comparada con la eternidad que á todos nos espera. Allí, esto es, en la eternidad, podeis ser completamente felices: allí podeis gozar de todas las riquezas, de todos los placeres, de todas las comodidades imaginables: allí podeis recibir una corona de gloria in-



mortal, y una silla de honor entre los mas grandes cortesanos del cielo. Y qué digo yo podéis? en vuestra mano esta el conseguirlo. Yo ministro aunque indigno del autor de esa misma religion vengo á convidaros en su nombre con esta dicha: enviado de Dios á vosotros, como lo fué el ángel á los pastores, os aseguro que para vosotros ha nacido el salvador; que por vosotros ha empezado á derramar su sangre preciosa y ofrecérsela al eterno padre en el misterio de su circuncision; que á vosotros dirige sus palabras, como dirige á los Magos la estrella, para llamaros á la participacion de su fé, de su gracia y de su gloria. Consoláos pues, hijos míos, y no os abandonéis en manos de una horrible desesperacion. Consoláos: el Dios omnipotente que tiene en su mano la suerte de todas las criaturas decia á sus primeros discípulos, y en su nombre á todos los verdaderos cristianos: vosotros padecereis y los mundanos gozarán los bienes de la tierra; vosotros llorareis y reirán ellos; vosotros sereis perseguidos, presos, conducidos á los tribunales; pero la muerte hará que cambien los destinos, y vuestra tristeza se convertirá en regocijo, en delicias vuestras penas, y vuestras privaciones en una fuente inagotable de todos los bienes. Esperad confiados en las promesas de un Dios cuyas palabras son palabras de verdad eterna. Acogeos sin temor alguno al abrigo de la religion, que ella con su escudo impenetrable os defenderá de todos los trabajos, de todos los enemigos, de todas las desgracias. Acogeos al abrigo de esta religion divina: estudiad sus verdades interesantes; amad y practicad sus saludables preceptos; si quereis gozar aun en este miserable destierro la paz, la libertad, el honor que Dios tiene destinado para solo sus hijos. Acogeos al abrigo de la religion...

Y quiéntendrá mejor proporcion que vosotros para ello? Vuestros son todos los momentos. Libres del trabajo, de los cuidados, de toda clase de negocios, no hay un instante que no podais emplear libremente en la contemplacion de los juicios, de las bondades, de las misericordias del Señor. Vuestra suerte os demuestra la inconstancia de la fortuna, y os hace ver por esperien-

cia cuán despreciable y aun odioso es el mundo en sí mismo, y cuanto debería serlo para los hombres. El deseo de la libertad representará en vuestra imaginación la esclavitud insoportable y desesperada á que los desventurados réprobos viven sujetos para siempre en el abismo de todos los males; y la santa y apreciable libertad que gozan en el cielo los amigos del Señor.

Hay mas: si necesitáis ó juzgais oportuno el auxilio y la asistencia de los sacerdotes, todos ó los mas nos presentaremos gustosos siempre que arrepentidos queráis descargar el peso de los pecados con que os oprime vuestra conciencia. No lo dudeis; todos nos emplearemos con alegría, con estremada complacencia en remediar vuestras principales necesidades, sabiendo como sabemos que un Dios justo tiene prometido su bienaventuranza á los que se emplean en consolar al triste, en instruir al ignorante, en alimentar al hambriento, en vestir al desnudo, en visitar al enfermo ó encarcelado, procurando en todos casos la salvacion de las almas. Vivid persuadidos á que nosotros os repartiremos la luz de la doctrina, el consuelo de los sacramentos, el pan de los cielos, los tesoros de la iglesia, y el derecho á la bienaventuranza como pudiéramos hacerlo con nuestros mas íntimos amigos ó con los Señores mas nobles y poderosos.

Hé aqui los bienes que con su nacimiento os trae el hijo de Dios; y el justo motivo que teneis para llenaros de esperanza, de consuelo y de alegría. Adorad, hermanos míos, al Señor como merece ser adorado: besad humildes la mano del que os aflige ahora, sin duda para colmaros eternamente de consuelos y prosperidades. Purificad vuestras almas en el saludable baño de la penitencia, y podeis estar persuadidos á que para vosotros es el Salvador que hoy nace; para vosotros su amistad y gracia; para vosotros sus bendiciones y misericordias; y para vosotros, por último, las dulzuras inefables, los tesoros inmensos de su gloria en la corte de los cielos. Amen.



---

---

# PLATICA (1)

## DE LA CIRCUNCISION DE JESUCRISTO.

---

### SUMISION QUE DEBEMOS PRESTAR Á LOS DESIGNIOS DE LA PROVIDENCIA.

---

*Qui dedit semetipsum pro nobis, ut nos redimeret ab omni iniquitate, et mundaret sibi populum acceptabilem, sectatorem bonorum operum.*

Que se dió á sí mismo por nosotros, para redimirnos de todo pecado y purificarnos para si como pueblo agradable, seguidor de buenas obras.

*Ad Tit. 2. v. 14.*

**H**ace hoy ocho dias os dije que el unigénito de Dios habia descendido á la tierra para unirse á nuestra naturaleza miserable precisamente por nuestra causa y para nuestro provecho. Hoy nos da una de las pruebas que con mas evidencia demuestran esta verdad interesante. El Dios de Jacob, de Isac y de Abran cumple fidelisimamente el pacto impuesto por él mismo á este último pa-

---

(1) Pronunciada en Segovia.

triarca, prometiéndole las bendiciones mas apreciables para todos y cada uno de los creyentes de quienes le constituye padre y cabeza. El hijo adorable de Maria al dia octavo de su nacimiento recibe en su carne inmaculada la marca ignominiosa con que Abran á los noventa y nueve años de existencia firmó á nombre de su numerosa posteridad la alianza mas feliz entre el criador y sus criaturas: y en este dichoso momento empiezan á cumplirse las bendiciones inmensas que le prometió el Señor en tan gloriosa circunstancia.

En este dia parece que tiene principio aquella dilatada y felicísima generacion que el todopoderoso compara con las estrellas del cielo: en este dia los hijos del nuevo Abran empiezan á asegurar el derecho, no á la tierra de promision, sino al cielo que es el objeto verdadero de todas las promesas que el Señor hizo al padre glorioso de todos los fieles. Jesucristo, sujetando sus carnes delicadas al cruel cuchillo de la circuncision, libra á toda la descendencia de Adan del yugo insoportable de la ley de Moises: destierra de sus almas la ignorancia; rompe las cadenas del pecado; pone un freno poderosísimo á la violencia de las pasiones, y la saca de la dura esclavitud del demonio. Jesucristo se apropia hoy el nombre verdadero de Salvador del mundo, y da principio á su glorioso ministerio derramando aquella sangre inocente que apenas está formada.

Admirable y digno por cierto de la mas atenta consideracion del alma cristiana es este misterio! El eterno acaba de nacer: empieza á morir el inmortal: Dios aparece hecho hombre, y luego se vierte la sangre de este hombre para procurar la gloria de su Dios. O sangre preciosa! sangre adorable! sangre divina!

Arcángel santo! la sangre que hoy se derrama es la que tú viste separar en el seno de Maria para formar de ella la bendita humanidad de tu criador? Trinidad sacrosanta! es esta acaso la sangre que salió de vuestras manos para hacerse una misma cosa con vuestra santísima naturaleza? Cristianos! veis en la sangre que hoy se derrama la sangre de vuestro Dios? dónde está

aquella pureza, aquella inocencia, aquella santidad, todas aquellas cualidades inseparables de la persona divina? La circuncision no era al mismo tiempo la señal y el remedio del funesto pecado? No se borraba con la sangre vertida con tanto dolor en semejante ceremonia la horrible mancha que nuestro primer padre imprimió en toda la naturaleza con su pecado? Qué sello, pues, tan afrentoso viene á ser este para el Dios de la santidad? Qué obscuridad, qué impureza, qué defectos se advierten en esa sangre purísima? Será la corrupcion afrentosa de la culpa? pero la persona divina es absolutamente incapaz de pecado; así que ni en su naturaleza ni en la nuestra pecará jamás. Será.....? Pero en qué me detengo? Ah! ved y confesad las misericordias del Señor: publicad y agradeced el exceso de su abrasada caridad: y en esa preciosa sangre ennegrecida, afeada, cubierta de ignominia, conoced el afecto de vuestras culpas. *sb oziroig oibaq la*

*sb* Del seno dichoso de Maria sale nuestro adorado Jesus cargado ya con todos nuestros pecados para librarnos á nosotros de su cruel é insufrible peso, y de sus eternos y horrorosos castigos. Del vientre felicísimo de Maria sale un Dios niño para salvar á todo el linage humano, y sacarle de la inmensa desgracia en que para siempre se habia sumergido. Por eso en esta augusta ceremonia se le señala el nombre adorable de Jesus: aquel dichoso nombre que fué anunciado á sus padres por el ministerio del arcángel, instrumento feliz y glorioso de la mayor elevacion de Maria: aquel nombre augusto decretado en los juicios eternos en que se firmó la sentencia de la inmortal bienaventuranza de los justos: aquel nombre dulcísimo de donde proceden todas las delicias que tanto embriagan á los dichosos espíritus que gozan eternamente la presencia del Señor: aquel nombre magestuoso que con tanto poder hace que se doble la rodilla de los hombres, de los ángeles, de los mismos espíritus infernales. *sb babimamud of*

Si el titulo de Criador no asegurara suficientemente el dominio que Dios tiene sobre todas las criaturas, el de Salvador que le hizo comprarnos á tan subido precio le daría un derecho in-

violable á todo cuantó hay en nosotros. Y pues en este dia empieza á serlo derramando su sangre infinita, dejando á un lado todas las demas consideraciones, debemos solo fijarnos en esta, y postrarnos por lo mismo á sus pies ofreciéndole todo cuanto poseemos, jurándole á él solo un amor firme, constante y eterno; un amor sobre todas las cosas; un amor con todo nuestro corazon, con toda nuestra alma, con todas nuestras fuerzas. Es, pues, una usurpacion, un robo sacrilego el que hace todo cristiano que emprende una obra, sea la que quiera, sin dirijirla á la honra y gloria de Dios. Y qué diremos del infeliz que, obedeciendo á su pasion, desprecia su magestad, desconoce su dominio, pisa sus leyes, ultraja su honra, y con el mas indigno vilipendio se coloca de nuevo bajo las banderas de sataná?

Oh, Dios mio! será posible que el hombre tome pretexto para conducirse con vos de un modo tan monstruoso de esas mismas humillaciones á que os sujetais precisamente por su amor? viendó imprimir en vuestro cuerpo esa señal infame del pecado.....?

Ayl! cuánta es nuestra miseria, cristianos! qué deplorable nuestra ceguedad! Pretenderemos orgullosos criticar la conducta del infinitamente sabio? Qué! por entre esas señales, por mas degradantes que sean, no descubrimos otras no menos expresivas de su divinidad? Que se engañaran los carnales judíos que á nada atendian sino á lo que veian sus ojos, pudiera ser hasta cierto punto excusable; pero que se engañen los cristianos que caminan iluminados por la brillante luz de la revelacion; que estan palpando los prodigiosos efectos de este misterio; eso no tiene disculpa; su obcecacion es monstruosa y acreedora á toda la indignacion del cielo.

Pero es si se quiere mas deplorable aun que unas personas que se precian de someter su razon á la palabra de Dios se quejen de que este nos impone leyes muy duras, que exige de nosotros sacrificios muy dolorosos. Eh! qué son todos ellos, os diré con el Apóstol, si se comparan con la gloria que nos ofrece por recompensa? un labrador sufre todas las intemperies, se priva del sue-



ño y del reposo, se somete á un continuado é improbo trabajo por la esperanza de una cosecha que muchas veces se malogra sin culpa suya: un comerciante se expone á mil peligros, se entrega á la inconstancia de los elementos por el deseo de una fortuna que tal vez se convierte en una completa desgracia; un militar arrostra mil veces la presencia terrible de la muerte por el anhelo de una victoria que acaso no pueda conseguirse sino á costa de su vida. Y el cristiano rehusa privarse de un placer vergonzoso, de una venganza que le degrada y envilece, de un interés que solo sirve de acrecentar sus inquietudes, sabiendo con la mayor certeza que le espera en premio un tesoro inagotable, unas delicias inmensas, una gloria eterna?

Pero sin necesidad de esto; nos parecen dolorosos los sacrificios que nos exigen? entregémosnos á la contemplacion del misterio de este dia: examinemos detenidamente el inocente parvulillo cuya sangre es derramada apenas empieza á vivir en el mundo, y veremos confundida nuestra soberbia, desvanecidos nuestros pretestos, pues sin necesidad, sin obligacion, sin estar comprendido en la ley, se presta á esta ceremonia la mas dura, la mas cruel, la mas ignominiosa; y esto precisamente para enseñarnos la mas humilde obediencia. Compromete su tranquilidad, su reputacion, su salud y su vida: sacrifica su honra; oculta su divinidad, y manifiesta solo los defectos de una naturaleza débil, pasible, mortal, llena de imperfecciones y miserias: oculta su gloria, y confundiéndose con el resto de los hombres pasa por uno de los que necesitan marcar su sangre para ser inscripto en el número de los del pueblo escojido: oculta su santidad y presentando su cuerpo al cuchillo, tolera y sufre que se le repunte pecador, hijo de maldicion y de ira; borron ignominioso que con nada se limpia sino con la sangre del cordero.

Pudo llegar á mas la dignacion humilísima de nuestro divino Jesus? El mismo que adoramos en esos altares, y en cuyo solo nombre fundamos la esperanza de nuestra gloria, siendo la misma inocencia, la misma gloria, la misma divinidad, toma sobre sí

todas nuestras miserias; carga con la pena de todas nuestras culpas; se humilla, se abate, se anonada, se somete á la mas inicua persecucion y á la muerte mas inhumana; y quiere ser reputado por un pecador indigno por no resistir en la menor cosa á los decretos de su eterno padre.

Y quién será el hombre que ose quejarse de las leyes que le impone su criador, de los sacrificios que su salvador le exige, de los trabajos con que gusta afligirle la providencia? Peligran nuestra fortuna, nuestra salud, nuestra honra si cumplimos con la ley? Dios es el único dueño de todos estos bienes, y tiene un inviolable derecho á privarnos de ellos por el solo beneplácito de su voluntad. Nos priva de la persona mas amada, de la tranquilidad, de la fortuna, de la subsistencia? paremos un poco la consideracion: reflexionemos que nada sucede sin un orden espreso de la divina providencia; y viendo hasta donde llega la resignacion de su divino hijo resignémosnos con una humildad semejante ya que no pueda ser igual. Qué! importarán mas nuestra salud y nuestra honra que las de nuestro divino salvador? habrá uno solo que tenga la blasfema osadía de aspirar como Lucifer á compararse con su Dios? Eh! dejemos ya de ser insensatos, y lejos de rehusar las tribulaciones y los infortunios, apetezcámoslos puesto que, á escepcion del pecado, todos vienen de la mano del Señor. No seamos tan impíos que nos determinemos á resistir á la voluntad divina, ó desobedecer sus sacrosantas leyes. No seamos del número de los malos cristianos para quienes son duros, no ya los consejos mas difíciles del evangelio, sino los preceptos. Despreciemos las mofas de los pecadores, los insultos del mundo y la infamia del siglo á imitacion del niño que hoy nos enseña ser este el único medio de grangearse el aprecio del padre celestial, y de conseguir el premio prometido á los verdaderamente humildes y obedientes. Amen.





persecucion y la muerte nos habuimos y quanto ser reputado por un pecador indigno por no resistir en la menor cosa a los de-

# PLATICA PRIMERA (1)

## DE LA EPIFANIA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.



la ley? Dios es el unico benefactor de los hombres y tiene un invisible derecho a privarnos de ellos por el solo beneficio de su voluntad. Nos priva de la persona mas amada de la tran-

### DESTINO QUE DEBEMOS DAR Á NUESTRAS RIQUEZAS.

consideracion. Resoluciones que nada suelde sin un orden es- presos de la divina providencia; y siendo hasta donde llega la re- signacion de su divino hijo resignámonos con una humildad se- mejante ya que no pueda ser igual. Qué! importaria mas que

*Omnes de Saba venient, aurum et thus deferentes, et laudem Domino annuntiantes.*

Todos los de Saba vendrán, y traerán oro é incienso, anunciando alabanza al Señor.

*Isai. 60. v. 6.*

estos y tales de tribular las tribulaciones y los sufrimientos, que a excepción del pecado, todos vienen de la mano del Señor. No somos tan impios que nos determinemos

Si es verdad que, como dice el Señor en el libro de Job, ninguno está del todo esento del pecado, ni aun el tierno infante de un solo dia, tambien lo es que el mismo dice por boca de San Pablo, que ninguno es escludido de la redencion universal de Jesucristo, ni el judío, ni el griego, ni el idólatra, ni el bárbaro. El autor de toda la naturaleza es el redentor de todos y cada uno de sus individuos. A todos se estiende su amor: á todos alcanza el mérito de sus acciones: por todos es ofrecido el precio de su sangre: á todos llama por el conducto de su religion á la

(1) Pronunciada en su iglesia parroquial de Ontalvilla.

posesion de su gloria. Esta es la causa por qué la iglesia procura que todos los fieles tributen en este dia al salvador las mas humildes y rendidas gracias, y que conserven siempre la memoria de un beneficio tan escesivo.

Los reyes del oriente que, guiados por una estrella milagrosa, se presentan en el portal misterioso de Belen, se postran reverentes delante del Dios recién nacido, y le ofrecen generosas las producciones mas preciosas de sus provincias; son un símbolo, ó misterio que nos interesa mucho mas de lo que pensamos nosotros. Aqui vemos la infidelidad sacada de las tinieblas de sus errores: aqui la luz brillante de la fé y el ejercicio de la verdadera religion conducen como por la mano á los miserables mortales á la vista encantadora y adorable presencia de su Dios: aqui nos vemos llamados nosotros mismos, atraidos por la benéfica y poderosa mano del Señor que por un puro efecto de su bondad y misericordia nos saca del abismo de nuestra ceguedad, del cieno de nuestro pecado, de las cadenas de nuestros vicios, de la esclavitud de nuestras pasiones; que nos eleva al monte santo de su iglesia; nos ilumina con los rayos brillantes de su fé, nos adorna con la dichosa estola de su gracia; y adoptándonos por sus amados hijos, nos constituye herederos de sus infinitos bienes: aqui nos asegura libertarnos pronta y completamente de todos los trabajos y miserias de este lugar de destierro para ponernos en posesion de los regalos, tesoros y delicias de la feliz eternidad.

Qué suerte tan venturosa la nuestra! cuán puro é inmenso debe ser nuestro júbilo! qué espresivo nuestro reconocimiento! cuán sincera nuestra religion! Nada teniamos de nuestra propia cosecha sino la corrupcion y la culpa: en todo rigor de justicia éramos acreedores á las molestias, á la desgracia y al infierno; pero el Señor compasivo dirige á nuestros corazones los rayos de su fé como dirigió los de la nueva estrella á los ojos de los felices Magos. No hay que buscar otro fundamento de nuestra grandeza y elevacion: sola la misericordia de Dios nos ha distingui-

do y separado del hereje, del impío, del gentil, del ateo; y dejándolos á ellos en el desgraciado camino del infierno nos ha puesto á nosotros en la senda dichosa de la gloria. Y aun yaceremos en un ocio detestable? Ay! sigamos diligentes la voz amorosa del Señor: busquemos con ansia el astro luciente de la fé: corramos intrépidos por el camino que nos señala esta brillante estrella: huyamos lejos del bullicio, del tumulto, del precipicio del siglo. El astro se oculta de la vista de los Magos todo el tiempo que se detienen en Jerusalem sin embargo de que no lo hacen por otro motivo que por averiguar el punto en que ha nacido el hombre-Dios. Asi se ofusca la fé entre el humo de las pasiones, y los vapores de los vicios; se debilita entre el fuego de los escándalos; desaparece entre el bullicio del mundo; se apaga entre los deseos de la tierra y los gustos del sentido.

Huyamos, huyamos, hermanos míos, de la pérvida de Jerusalem; es decir, de aquellos lugares en que estan como de asiento los vicios y los pecados. En donde se maquina la muerte del salvador no puede lucir la estrella que ha de guiarnos á su adorable presencia. Busquemos ansiosos la verdadera fuente de la salud, del deleite, de la gloria; quiero decir, busquemos á Dios, y postrados ante su magestad augusta reconozcámosle por único dueño de todo el universo, por absoluto Señor de nosotros mismos, de nuestra fortuna, de nuestra existencia, de nuestra felicidad. Este es el fondo de la religion verdadera. Esta no consiste, como estan falsamente persuadidos muchos cristianos, en ciertas fórmulas de oraciones que por lo comun se profieren con los labios sin que el corazon tenga en ellas la menor parte. La religion consiste en reconocer y protestar que Dios es el absoluto dueño de todos los bienes de fortuna, de naturaleza, de gracia y de gloria. Es cierto que la oracion es una de las señales con que protestamos este dominio completo de Dios sobre todas las criaturas; pero ella sola es regularmente hablando dictada y movida por el propio interés, y no por la religion.

La oblacion y el sacrificio han sido mirados siempre como

demostraciones de la religion verdadera. Abel justo y Cain pecador ofrecieron al Señor sus dones, enseñados por aquel que no pudo recibir la enseñanza sino del mismo Dios. Los patriarcas y profetas de nada cuidaban tanto como de ofrecer sacrificios al omnipotente en todos los sucesos de su vida. Los Magos ofrecen á Jesucristo el oro, la mirra y el incienso; y hasta los rústicos piadosos pastores le presentan aquellos dones que les permite su pobre estado. Y cómo no sería así, cuando tuvo la generosidad de llamarlos los primeros al seno de su religion? Animados de estos ejemplos los cristianos luego que tuvieron libre el ejercicio de su religion, consagraban como á porfia al solo culto del Dios verdadero todas sus facultades, haciendas y hasta sus personas y vidas: todos á competencia miraban como una sagrada obligacion el devolver á Dios por sus religiosas ofrendas lo mismo que el Señor les habia concedido por su natural beneficencia. Esto es lo que ha producido los templos tan magníficos que justamente arrebatan la admiracion de todos los hombres: esto es lo que ha consagrado al culto del Señor los metales y las piedras mas preciosas. Las matronas cristianas, á imitacion de las hebreas, se han despojado á sí mismas con indecible complacencia del oro, de la plata y pedrería que engalanaba sus cuerpos miserables para adornar el templo del Señor, y construir los vasos necesarios para el augusto sacrificio. Esto es lo que ha hecho á los templos de Jesucristo poseedores de las heredades y riquezas que por último han escitado la envidia y avaricia de los impíos.

Ay! todo ha cambiado de aspecto desde entonces. Qué notable diferencia; qué terrible contrariedad; qué vergonzosa confusion resulta comparando nuestra piedad con la de nuestros religiosos padres! Permitid algun desahogo á mi dolor. Consultad á todos los monumentos de la antigüedad, y en ellos vereis profundamente grabado el celo de vuestros mayores: apenas habrá una piedra en que no esten impresos sus gloriosos nombres: mas en dónde hallará los vuestros la posteridad? en qué ángulo de la



obra que gracias al Señor hemos concluido en este pueblo, (1) dejarémos esculpidas la generosidad y religion de sus habitantes? Tres veces la habeis visto interrumpida por falta de medios; y en ciento y cincuenta vecinos no se ha encontrado uno solo que se haya ofrecido á conducir graciosamente un seron de arena. Nada tiene que agradecer á sus hijos esta iglesia que se confesará siempre muy obligada á los favores que ha recibido de los estraños. Pueblo ha habido en la comarca que sin yo saberlo se ha ofrecido á portear de valde toda la piedra; otros han adelantado con piadosa liberalidad los restantes materiales y el trabajo sin cuyo auxilio aun tardaria mucho en concluirse; y vosotros..... Eh! me avergüenzo, y quisiera distar millones de leguas de vuestro lado. Vosotros.....

No me es posible continuar sin encenderme en celo por la gloria de Dios como me ha sucedido cuantas veces he reflexionado sobre esto. Hombres sin piedad y sin fé! qué podremos esperar de vosotros los ministros de la religion cuando asi os conducís con vuestra madre? si por un decreto de la divina providencia nos viéremos reducidos á las circunstancias de los primeros pastores, seguro es que para morir no necesitaríamos la cruel espada de los tiranos. Apenas nos amenaza este golpe, y ya se complacen algunos en decir públicamente que ninguna falta hacen los sacerdotes. Dicen bien; para ellos son inútiles los ministros de la religion, como lo son los templos, los sacrificios, la re-dención y la gloria: para ellos.....

No quiero molestaros mas: perdonad mi extravío, y volvamos para concluir al misterio adorable de este dia. Los Magos se nos proponen como modelos que debemos imitar. Reconociendo y confesando con ellos que todo y especialmente el haber sido llamados á la fé, lo debemos á la amorosa beneficencia del Señor, ofrezcámosle como ellos, no solo el incienso de las oraciones, si-

---

(1) Alude á la construccion de la torre campanario, y armadura del tejado y dos naves de la iglesia del mismo pueblo, terminada en 1818, cuyo coste ascendió á 77191 rs.

no la mirra de la penitencia y el oro de la misericordia. No creais que será perdido lo que se expendá en el culto de vuestro Dios. Examinad todas las historias y vereis que cuando los cristianos consagraban sus riquezas en obsequio de la religion prosperaban en todas partes; que cuando se enriquecian los templos con los donativos de los fieles se enriquecian mucho mas sus bienhechores; que parece que el Señor echaba su amorosa bendición sobre todas las empresas en que se empeñaban los cristianos. Pero desde que la piedad de estos se ha resfriado, y aun se ha convertido en robo sacrílego; desde que en vez de presentar al Señor las ofrendas y oblaciones en reconocimiento de su supremo dominio y en gratitud por los beneficios que nos dispensa, se aplican á usos profanos los vasos de su templo y los tesoros de su iglesia, sufrimos todos los fatales efectos de su terrible maldición. El trabajo crece, y lejos de disminuirse la pobreza crece en proporcion: se aumenta la industria y así se aumenta la miseria; y á escepcion de unos pocos que tal vez engruesando con el sudor y la sangre del pobre están atesorando la ira de su Dios en todas partes reina el trabajo, la escasez, la calamidad y la desgracia.

Imitemos, repito, á los Magos religiosos: sin pensar siquiera en que pudiera perjudicar á sus intereses aquel largo y penoso viage apenas oyen interiormente la voz de su Dios; le emprenden con prontitud y alegría; y si no volvieron ricos de bienes temporales, adquirieron en la mayor abundancia la gracia divina, origen de todos los tesoros que merecen este nombre. Pres-témosnos con docilidad á las inspiraciones del cielo: secundemos sus designios: ofrezcamos al Señor todo cuanto poseemos, y principalmente nuestro corazon que es lo que él busca con mas empeño; y en recompensa nos enviará esa milagrosa estrella que alumbrándonos en las oscuras y dificiles sendas de esta peligrosa vida nos encaminará á la posesion de la verdadera gloria. Amen.





## PLATICA SEGUNDA (1)

### DE LA EPIFANIA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

#### BENEFICIO DE LA VOCACION Y GRATITUD QUE EXIGE.

*Ubi est qui natus est rex judaeorum? vidimus enim stellam ejus in oriente, et venimus adorare eum.*

Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? porque vimos su estrella en el oriente y venimos á adorarle.

*Matth. 2. v. 2.*

Uno de los cultos mas agradables á Maria Santísima es seguramente el unirnos con el espíritu á la iglesia para celebrar las solemnidades instituidas en honor de su divino hijo. La que hoy celebramos es una de las mas antiguas en la iglesia, de las mas gloriosas para nuestro redentor, de las mas interesantes é instructivas para el pueblo cristiano. Como tal debemos nosotros celebrarla.

Es en efecto de mucha gloria para Jesucristo, pues en este misterio se celebra la manifestacion de su divinidad. No hable-

(1) Pronunciada en Segovia.

mos de las profecías antiguas que se cumplen hoy con la mayor exactitud; pero es indudable que los cielos dieron un auténtico testimonio de la divinidad de Jesucristo presentando aquella nueva y brillantísima estrella que condujo á los Magos al portal de Belen. Estos, á pesar del velo humilde por no decir indecente, con que la veían cubierta, la testificaron del mismo modo obedeciendo ciegamente las órdenes del cielo, emprendiendo sin la menor resistencia ni dilacion aquel dilatado viaje, preguntando sin que antes hubieran tenido la menor noticia por el nuevo rey de los judíos que acababa de nacer, y rindiendo á sus pies las adoraciones mas humildes y los presentes mas significativos. Los pontífices y sabios de la ley tambien dieron el mismo testimonio, manifestando por los libros santos el preciso y determinado lugar en que debia nacer el hombre-Dios. Lo mismo testificó el cruel Herodes, llenándose de turbacion y sobresalto, y decretando contra todas las leyes de la humanidad el horroroso degüello de tantos inocentes sin escluir á su propio hijo. Finalmente lo testificó el mismo Dios con la creacion de la estrella, con la adoracion de aquellos reyes tan poderosos, y con librarse á sí mismo de la muerte que intentaba Herodes en aquella inhumana mortandad.

Dios ha mirado por su propia honra: no puede haberla mayor que la de ser conocido y adorado como Dios: pero al mismo tiempo miraba tambien por nuestro provecho. Esto que á primera vista no se descubre con tanta claridad en el presente misterio es precisamente lo que yo quisiera declarar de modo que quedara profundamente gravado en vuestros corazones, y que escitara en vosotros la mas justa gratitud por tan inmenso beneficio, y la mayor vigilancia para conservarla por todo el tiempo de la vida.

Ningun conocimiento tenian aquellos reyes ó sabios del divino salvador que habia de venir al mundo: ignoraban que hubiese otro Dios que los viles ídolos de quienes eran desgraciados adoradores: las máximas del gentilismo, la profesion de la ma-

gía, los vicios de la idolatría, les hacian indignos de un don tan soberano y celestial; pero ven la nueva estrella, la siguen, llegan á Belen, y gozan la dicha de ver, confesar y adorar al Dios que viene á redimir al género humano. Y no solo esto, sino que se inscriben en su religion, se hacen miembros de su cuerpo, participan de su misma vida y naturaleza, y aseguran su misma gloria. No es esto precisamente lo que nos ha sucedido y sucede á todos nosotros? no hemos sido como ellos sacados por una mera gracia del Señor de las tinieblas de la ignorancia, de la obscuridad del error, de la miseria de la infidelidad, y colocados en el seno de la religion á que está vinculada la eterna bienaventuranza? Oh! entre tantos millares de infelices que nacen, viven y mueren en el gentilismo ó en la herejía, que desgraciadamente perecen sin conocerlo, y que merecen el infierno con las obras que por ignorancia juzgan ser las virtudes mas sublimes; por qué nosotros tenemos la dicha de haber nacido en el seno de la iglesia católica, de haber sido libertados de la cruel y vergonzosa esclavitud de la culpa cuando éramos incapaces de pedirlo, de desearlo, de conocerlo? por qué desde la niñez hemos sido lavados en la sangre divina del cordero celestial, haciendo nuestros todos sus méritos y virtudes, y adquiriendo su precio infinito para la menor de nuestras buenas obras, y un inviolable derecho á la misma gloria que él disfruta?

Ay, Señores! con qué humilde reconocimiento debemos prostrarnos en la adorable presencia del salvador, sacrificar en esas aras todas nuestras pasiones, nuestros afectos é intereses, y consagrarnos esclusivamente á su culto y servicio!

Qué misericordia es, gran Dios, la que habeis usado con nosotros? cuántos miserables habeis dejado por vuestros juicios siempre justos, en el error y el paganismo, cuya vida, cuyas costumbres y religion demuestran que os hubieran adorado con mas sincero y humilde respeto; que os hubieran servido con mayor abinco y perfeccion; que hubieran aprovechado vuestras gracias y correspondido á vuestras misericordias incomparable-

mente mejor de lo que lo hemos hecho nosotros! Bondad sumal amor infinito! qué miseria es la nuestra? palpamos los excesos de vuestra beneficencia, pero somos incapaces de comprender vuestra bondad: solo sabemos que nos amais infinitamente mas de lo que podemos merecer; y que solo el exceso de vuestro amor nos distingue de tantas naciones idólatras que ni os conocen, ni os adoran, ni entrarán en la participacion de vuestra bienaventuranza.

Yo quisiera, hermanos míos, que jamás se apartara de nuestra consideracion este soberano beneficio; que le meditáramos con la mayor atencion, y que no nos expusiéramos á perderle por nuestra ingratitud. Pero hace ya muchos años que despedaza mi corazon una idea insoportable. Examino la historia de todas las naciones empezando por la del pueblo de Dios, y veo que, á proporcion que se han aumentado los vicios, han disminuido la religion y la fé, hasta que llena la medida de aquellos, cansado ya Dios de sufrir á los pecadores, los ha vuelto ya la espalda, los ha entregado á la deplorable ceguiedad de su corazon, los ha sumergido en las tinieblas de la herejía, y los ha excluido para siempre de su reino: demasiadamente conocidos son por desgracia semejantes ejemplares. Y cuáles son nuestras costumbres? en qué nos distinguimos de aquellas desgraciadas naciones? qué uso hemos hecho de las luminosas estrellas que el Señor ha puesto incesantemente á nuestra vista, de las voces amorosas con que tan repetidas veces nos ha llamado al cumplimiento de nuestros deberes, y de los fuertes golpes que á cada paso ha descargado sobre nosotros para obligarnos á reconocer y confesar que solo él es nuestro rey, nuestro Señor y nuestro Dios? La relajacion general de las costumbres es para mí una triste prueba de que si conservamos la fé es tan solo porque no hemos sufrido tentaciones contra ella. Mas por nuestra desgracia estamos muy espuestos á experimentarlas, si es que ya no las experimentamos. La impiedad va sin el menor rebozo sembrando entre nosotros sus máximas llenas de veneno. Se ridiculizan y dan al desprecio las prác-



áticas piadosas, y hasta los sacramentos de la iglesia. La existencia del purgatorio y del infierno, la espiritualidad é inmortalidad del alma, la providencia de Dios, la divinidad de Jesucristo, estas y otras no menos interesantes verdades no solo se dudan, abiertamente se niegan por algunos ignorantes orgullosos. La católica España detesta semejantes monstruos, y las leyes que actualmente rigen los condenan y persiguen; mas ellos saben eludir la ley y propagar sus abominables errores. Infelices de nosotros si nos dejamos seducir! Huyamos como de la peste mas contagiosa de todos los que desprecian las prácticas de piedad, y mucho mas de los que tienen la insolencia de impugnar y perseguir la religion santa en que por la gracia de Dios hemos sido criados.

Vosotros con especialidad, padres de familia, emplead en este cuidado toda la vigilancia posible con vuestros hijos: mirad no perezcan por culpa vuestra esas almas inocentes. Ellos incautos estan dispuestos del mismo modo á las impresiones de la verdad que á las del error; pero este último es muy halagüeño de suyo; es muy conforme á nuestras pasiones; se imprime en el alma con mucha facilidad, y dificilmente ó de ninguna manera se borra de ella. Huid y separad vuestros hijos del mas ligero peligro de la impiedad. Debeis tener presente que apenas entraron los Magos en Jerusalem y se detuvieron á conversar con el impío Herodes, por mas que se propusieran en ello un buen fin, desapareció de su vista la estrella que los encaminaba á Jesucristo. Es verdad que volvieron á descubrirla luego que se apartaron de los enemigos del Señor; pero si nosotros la perdemos de vista, volverá á aparecérsenos? Ay! y qué inmensa desgracia la nuestra! la sola consideracion del menor peligro en esta parte me oprime, me aterra, me hace prorrumpir en un amargo llanto.

No permitais, Señor, que venga sobre nosotros un golpe tan terrible: mirad con ojos benignos esta porcion escogida de vuestro rebaño; y por sus ruegos valorados con vuestros méritos salvad á vuestro pueblo, y echad vuestra paternal bendicion sobre

vuestra heredad. Para conseguirlo prometemos firmemente prestar oídos á vuestros llamamientos, seguir vuestras inspiraciones, y corresponder á vuestras gracias con la prontitud, docilidad y firmeza con que lo hicieron los Magos. Con ellos confesamos que la mayor dicha nuestra es el haberos hallado; y postrados como ellos delante de vuestra magestad os adoramos con la mas profunda sumision; os ofrecemos un entero y completo sacrificio de nosotros mismos, y renunciamos en vuestras manos todos los bienes de la tierra: hacienda, tranquilidad, honor, vida, y mil vidas que tuviéramos, todo lo dejaremos con gusto con tal que no nos falten vuestra fé, vuestro amor y vuestra gracia.

Este es, amados hermanos míos, el bien principal que os deseo á todos en el año presente para que merezeais en él su aumento y la perfeccion para los futuros. Amen.



De poco interés parece el misterio que celebra el Iglesia en este día. Todas las naciones acostumbraban por lo general presentar y presentar sus hijos en el templo, imitando en favor de ellas las divinas misteriosas por medio del sacrificio. Lo oportuno, la meditación de esta festividad describe en ella los misterios mas sublimes. Mas como no sea posible reducirlos todos en un solo discurso sin hacer demasiado largo el discurso, me ocuparé en demostrar la gran dig-

---

---

# PLATICA (1)

## DE LA PRESENTACION DEL NIÑO JESUS EN EL TEMPLO.

---

DIGNACION DE JESUCRISTO EN ESTE MISTERIO, Y EJEMPLOS  
QUE EN ÉL NOS DA.

---

*Tulerunt illum in Jerusalem ut sisterent cum Domino.*

Le llevaron á Jerusalem para presentarle al Señor.

*Luc. 2. v. 22.*

**D**e poco interés parece á primera vista el misterio que celebra la iglesia en este dia. Todas las madres acostumbran por lo regular presentarse y presentar sus hijos á Dios en el templo, implorando en favor de ambos las divinas misericordias por medio del sacerdote. No obstante, la meditacion atenta de esta festividad descubre en ella los misterios mas sublimes. Mas, como no sea posible reunirlos todos en un solo discurso sin hacerle demasadamente difuso, me ocuparé en demostraros la suma dig-

---

(1) Pronunciada en Segovia en la congregacion de los Sagrados Corazones.

nacion de nuestro redentor en este acto, y el ejemplo que con él nos da.

La madre del verbo encarnado hace hoy al Señor en el magnifico templo de Jerusalem la ofrenda mas grande, la mas apreciable que jamás puede ofrecerse. El santo sacerdote que la recibe se llena de júbilo, y arrebatado de un prodigioso entusiasmo desprecia todo el mundo, no hace caso aun de su propia vida, y embriagado con la deliciosa presencia de su Dios hecho hombre "nada tengo ya que desear sobre la tierra, exclama; la muerte misma no será capaz de turbar la dulce paz y el placer inmenso en que se inunda mi alma habiendo visto con mis propios ojos al deseado de todos los siglos, á la brillante lumbrera que viene á iluminar el universo mundo, al suspirado redentor de Israel, al glorioso salvador de Adan pecador y de toda su innumerable descendencia." La célebre profetisa, que por espacio de ochenta años no se habia apartado del templo ocupada en una continua oracion, y sujeta á un ayuno no interrumpido esperando este dichoso momento, llena de regocijo confiesa públicamente la divinidad del salvador, y se empeña en hacerla conocer á todos los fieles de Jerusalem.

Examinando con atencion al inocente parvulillo que Maria pone en manos del anciano venerable, y escuchando los admirables cánticos con que este sacerdote y la ilustre profetisa bendicen al Señor, y le dan gracias por el cumplimiento de sus deseos y por ser llegado ya el tiempo de la felicidad, como que se descubre cierta contradiccion. Porque, quién es el que ha de hacernos felices? un débil mortal, un tierno niño, que de todo carece, que nada puede sin el auxilio ageno; que está sujeto á todas las miserias, como el resto de los hombres; que es rescatado como ellos, y que no puede ofrecer por su rescate sino el precio que ofrecen los pobres mas miserables? un inocente pequeñuelo en quien no se descubren aun las señales de racional, y que se viene á ofrecer á su Dios en accion de gracias como si le hubiera librado graciosamente de la esclavitud de la culpa?

¿Cómo así, justo Simeon? el que viene á iluminar á todas las naciones, vendrá él mismo envuelto en tinieblas? el que viene á redimir á Israel ha de venir amarrado con las cadenas de la misma esclavitud? el que trae la salud para todos los mortales será presa de la muerte? el que ha de merecernos á todos la gracia será vil esclavo de la culpa?

No, á la verdad; sino que para darnos ejemplo de humildad y de obediencia se presenta Jesus de este modo. Asi que, bien puede proseguir Simeon en sus cánticos, y bien puede gloriarse María de que la ofrenda que conduce al templo importa mas que todas las riquezas del mundo; mas que todos los animales de la tierra, del agua y del aire; mas que todas las criaturas juntas. El mismo criador, el hijo del eterno, el unigénito de Dios cubierto de nuestra miserable naturaleza se ofrece hoy á su eterno padre como si fuera un siervo despreciable, como si no fuera el mismo Dios. No, de ningun modo le comprendia la ley promulgada por Moises, pues es infinitamente superior á todas las leyes: su madre tampoco tenia obligacion de presentarle, pues sabia que su concepcion habia sido obra del mismo Dios; mas ambos humildes se sujetan á la ley que no les obliga para enseñarnos á cumplir sin excusa las obligaciones que el Señor ha querido imponernos. La oferta que hacen es verdadera, es absoluta y sin reserva, para manifestarnos que todo se lo debemos á Dios. No dudan que el Dios de las misericordias no permite, como los ídolos detestables, que delante de sus aras se derrame la sangre de los hombres: saben que todos los padres pueden rescatar á sus propios hijos por dos pichones ó tórtolas, y cinco siclos, que vienen á ser unos cuarenta reales con corta diferencia; y María en efecto redime por este precio á su adorado Jesus.

Dije y repito que esta oferta es absoluta. El santo Simeon se me representa como el otro ángel que intima al patriarca Abrahá el terrible decreto de sacrificar á su hijo único. Este niño, dice, será el blanco funesto de la contradiccion; y el alma santísima de su madre ha de ser un dia atravesada con el cruel cu-

chillo del dolor mas acerbo. El hijo y la madre ven por estas palabras la persecucion, los tormentos, la muerte afrentosa que por la salud de los hombres tienen que sufrir, el uno en el cuerpo y la otra en el corazón; mas nada los acobarda, nada los asusta: su oferta es tan verdadera como absoluta. El tierno infante se ofrece como otro Isac á llevar sobre sus hombros la leña para el sacrificio; y la madre generosa, sabiendo que Dios tiene mas parte que ella en su hijo, ó por mejor decir, que todo es del Señor y nada suyo, le entrega por mas que lo resista su amor; promete como otro Abrahán empuñar ella misma, si fuese necesario, el cuchillo que la sacrifique, y aun sacrificarse á sí misma, dar su vida por promover la gloria de su Dios.

Religion santa! Cuán admirables son las ideas que inspiras en el alma de tus verdaderos hijos! el origen de todas las esperanzas, el motivo de todas las glorias, la fuente de todas las felicidades, el objeto de todos los cariños, todo un Dios es ofrecido generosamente en tus aras venerables.

Cuál fué vuestra admiracion, glorioso sacerdote, penitente profetisa; cuál vuestro asombro, ángeles bienaventurados; cuán grande vuestro júbilo, trinidad beatísima, al ver esta preciosa ofrenda, y el espíritu de religion con que se ofrece? Parece que el mismo Dios apenas encuentra expresiones bastantes enérgicas para declarar la grandeza, el heroismo del sacrificio que se dispone á ofrecerle el patriarca Abrahán, y prometiéndole las bendiciones mas gloriosas y universales, le dice: *quia fecisti rem hanc*: porque has hecho una obra tan heroica; porque tu virtud ha sido tan sublime; porque tu mérito ha sido tan relevante; por eso tú, y tu feliz y numerosa posteridad sereis el objeto de mi amor, de mi beneficencia, de mi misericordia. Quién, pues, podrá explicar ni aun concebir lo que el Señor se agradó con la ofrenda que le hace Maria de su hijo; lo que apreció el sacrificio que le hace del salvador; y la humildad con que se le presenta, con que le coloca en sus manos, con que se resigna en su adorable voluntad? La sublime exaltacion del nombre dulcísimo de Jesus, la



manifestacion portentosa de su divinidad, y la gloria de su religion; la publicacion de las glorias de Maria, su asuncion esclarecida y el culto que se la da con tanta solemnidad en todo el orbe cristiano como á verdadera madre de Dios, todas estas son unas débiles señales del soberano, del inmenso, del infinito galardón con que en el cielo remunerará el Señor las virtudes que practicaron en este dia, y que solo podrán ser conocidas en el cielo.

Por lo dicho podeis convenceros de que nunca se pierden los dones que se ofrecen al Señor, pues es un juez justo que nos promete ciento por uno, una dichosa eternidad por un momento de penitencia, unos tesoros infinitos por un polvo de basura, una gloria inmortal por una mortificacion instantánea. Pero qué! no sabremos obrar sino movidos por un vil y sórdido interés? En qué nos distinguiríamos entonces del ciego gentil, y aun del bruto irracional? De qué sirven la revelacion y el entendimiento? Dónde estábamos cuando se decretó nuestra existencia? Hemos contribuido de algun modo á la creacion de nuestro espíritu, ó á la formacion de nuestro cuerpo? Son producciones nuestras los animales que nos sirven, los metales que nos enriquecen, la tierra que nos alimenta, el aire que respiramos, la inmensidad del cielo que nos favorece con sus benignas influencias? Cómo hemos salido de la esclavitud de sataná; de qué suerte hemos adquirido el derecho á la gloria prometida? Por qué medios hemos llegado á ser hijos del mismo Dios, y coherederos de Jesucristo? Cuándo.....? Jamás acabaría si pretendiera reflexionar como debo sobre este asunto: y por no molestaros mas, quiero recordaros que el Señor, al establecer la ley de que se le ofreciesen todos los primogénitos, dió por razon á Moises que todas las cosas son suyas.

Así es á la verdad: todo es del Señor, y todo por consiguiénte debemos ofrecérselo de buena voluntad. Pero ay! que lejos de ser así, vemos llegar el dia, empezamos el trabajo, nos damos á la diversion, nos entregamos al sueño, nos abandonamos al pecado sin acordarnos de que hay un Dios que todo lo ve, que todo

lo ha criado, á quien todo le es debido, y que sin la menor resistencia nos lo arrebatará todo en el momento que le acomode. O insensatez, ó ingratitud! Lejos de nosotros este detestable vicio: demos á Dios con mano liberal lo que es suyo, persuadámosnos á que es una locura el querer prosperar violando las leyes y los derechos del Señor que es el autor de todas las propiedades: démosle con mano agradecida, como la madre de Jesus, lo principal de nuestros bienes de naturaleza y de fortuna, de cuerpo y alma: empleemos lo principal de nuestra vida en su culto y religion.

Vosotros con especialidad, siervos devotos de María, servid al hijo y á la madre con un corazon sincero, desinteresado y religioso: continuad con fervor la obra que voluntariamente habeis empezado: honrad, venerad, solemnizad los misterios de María y de su adorado Jesus: dejad á los poderosos el cuidado de la basura y de la tierra; dejadles el orópel de los honores del mundo, y cuidad vosotros del incienso de la religion, y de la honra verdadera que es la que resulta del ejercicio de la virtud. Hace mucho tiempo que se ha abandonado á los pobres el culto del Señor; pero no dudeis que le aprecia y estima mas que todo el oro de los avarientos. Lejos de vosotros todo estímulo de vanagloria, de fausto, de superfluidad, si no quereis tener la desgracia de pertenecer al desventurado número de aquellos para cuya ruina dijo el Santo Simeon que venia el niño Jesus. Servid al Señor animados del espíritu de la religion: presentadle en defecto de bienes temporales una voluntad sincera de agradarle, un deseo puro de servirle, un corazon humilde, una alma virtuosa, que seguramente sereis los que el mismo profeta dijo que resucitarian á una vida inmortal por los méritos del mismo Dios niño; y conseguireis en ella las riquezas que no se acaban, las delicias que no fastidian, la gloria que no se disminuye, y la corona que no se marchita. Amen.





## PLATICA (1)

### DE LA ASCENSION DEL SEÑOR.

MEDIOS CON QUE SE ADQUIRIÓ JESUCRISTO LA GLORIA, Y CON  
LOS QUE HEMOS DE ADQUIRIRNOSLA NOSOTROS.

*Nonne hæc oportuit pati Christum, et ita intrare in gloriam suam?*

Pues qué no fue menester que Cristo padeciese estas cosas y que así entrase en su gloria?

*Luc. 24. v. 26.*

**C**onsolador, edificante y digno de la consideracion de los cristianos es por cierto el espectáculo que recuerda hoy á sus hijos la santa iglesia. Aquel mismo salvador que, humillado, blasfemado, crucificado y muerto en un infame patíbulo, llevó de tristeza el corazon de los apóstoles y ocasionó su cobardía, su infidelidad y desercion, sube hoy triunfante á los cielos aclamado de los ángeles, victorioso de la muerte, del pecado y del infierno, coronado por rey de la gloria; y asegura ya para siempre, á todos los

(1) Pronunciada en Segovia.

que quieran participar del fruto de la redención, el derecho á la bienaventuranza. Qué felicidad la nuestra! un Dios omnipotente deja hoy vencidas todas las dificultades; nos enseña el camino del cielo, le allana y siembra de delicias; y nos asegura, si queremos seguirle, la posesion de una bienaventurada inmortalidad.

Para formar de esto la mejor idea posible figurémosnos que como los apóstoles en Jerusalem, nos hallamos reunidos en este santo templo en la deliciosa-presencia de Dios humanado que desde ese augusto tabernáculo nos está dirigiendo los brillantes rayos de su sabiduría celestial, consolidando los fundamentos de nuestra esperanza, y dándonos palpables testimonios de su amor y su bondad. Supongamos del mismo modo que de improvviso vemos que su bendita humanidad se separa de la tierra, se remonta sobre los aires, y rodeada de una blanca y resplandeciente nube de magestad y de gloria, se dirige, se aproxima, llega á lo mas elevado del empyreo; y que entre las aclamaciones de aquellos bienaventurados espíritus, entre los himnos mas armoniosos y solemnes es conducido al s6lio de la divinidad con la pompa y magnificencia propias de la magestad suprema; colocado sobre los ángeles, sobre los tronos, sobre los apóstoles, sobre los serafines, coronado por rey y Señor de cielo y tierra; sentado á la diestra del eterno padre, y puesto ya con la mas célebre publicidad en posesion de la gloria; de una gloria infinitamente superior á la de todas las criaturas. Los ángeles felices, los venturosos ancianos de quienes se hace mencion en el Apocalipsi, los moradores todos de la corte celestial se postran admirados en su presencia, le adoran, le colman incesantemente de alabanzas y bendiciones, y emajenados de júbilo y alegría "digno es, repiten, el cordero celestial de recibir el honor, la gloria, la bendicion, la fortaleza, la sabiduría, la virtud, la divinidad, la corona y el imperio por los siglos de los siglos."

Podrá compararse con este triunfo el de los mas esclarecidos guerreros de los romanos? podrá compararse con este honor el que dispensaron en otro tiempo Faraon á José, y Baltasar á

Daniel? podrá compararse con la alegría que causa en nuestras almas esta consideracion.....? Mas, qué ha de compararse con ella? Qué! hay por ventura dicha alguna en que nos quepa tanta parte? Los débiles mortales, precisados á separarse de sus amigos y parientes, suelen ofrecerles, como lenitivo del dolor que ha de causarles su ausencia, la esperanza tal vez fingida, ó al menos poco segura de algunos bienes que por este medio han de proporcionarles. Mas el unigénito de Dios, cuya sabiduría y bondad no tienen límites, cuyas promesas y palabras son del todo infalibles, procura no ya consolarnos, sino infundirnos un regocijo el mas sólido y completo, Voy, dice al despedirse de sus discípulos, voy á prepararos el lugar, la silla y la corona. Pero aun no lo dice todo: y casi me atrevo á asegurar sin temor de equivocarme que pudiera decir: "voy á tomar posesion á vuestro nombre, por vosotros y para vosotros del reino de la inmortalidad."

Qué felicidad la nuestra dije antes, y vuelvo á decir ahora! nuestro es ya el cielo; nuestra es la bienaventuranza; nuestras son las delicias, las riquezas, el gozo, el inmenso cúmulo de bienes que se conceden á nuestro divino salvador en este dia. Continuaré aclarando este misterio.

Dos padres, ó cabezas diametrales, opuestas de todo el género humano reconoce el Apóstol, que son Adan y Jesucristo. El primero niega á su Dios la obediencia y nos hace inobedientes á todos; llama sobre sí la miseria y á todos nos hace miserables; pierde la inmortalidad y á todos nos hace esclavos de la muerte; se hace indigno de permanecer en el paraiso y para todos cierra las puertas del cielo. El segundo viene precisamente á reparar los daños y remediar los males que nos habia originado el primero. Para ello toma sobre sí toda la responsabilidad que gravitaba sobre nosotros: satisface superabundantemente á la justicia divina ofendida: obedece un precepto duro: consume un sacrificio que no puede menos de ser aceptado en el tribunal de las misericordias: triunfa completamente de la muerte, del pecado, del infierno: lleva por trofeo de su triunfo atada á su dorada car-

roza la miserable esclavitud en que yacíamos todos: rompe, deshace nuestras cadenas. Digámoslo de una vez; cumple la oferta que hizo de satisfacer por nuestros pecados: hace revocar la sentencia de condenacion fulminada contra nosotros: desbarata las fuerzas del infierno, y nos libra de su tiránico dominio: nos abre por su obediencia las puertas de la gloria que el primer padre nos habia cerrado por su soberbia; y toma por sí y para nosotros posesion de la bienaventuranza.

Ya conozco que la consideracion de los bienes que nos proporciona el salvador en su ascension gloriosa á los cielos debe producir en nosotros un júbilo incomparable; sin embargo, y aunque fuera muy justo que nos entregáramos á tan dulces emociones, yo quiero por ahora llamar vuestra atencion á otro punto del mayor interes. Es verdad que posesionado ya el salvador del reino de la bienaventuranza es indispensablemente necesario que hayamos de gozarle nosotros, porque no puede ser feliz el cuerpo cuyos miembros sean oprimidos de dolor y de miseria; pero no lo es menos, por el contrario, que los miembros vivos han de participar indefectiblemente del dolor y de las incomodidades con que sea afligido el cuerpo. El hombre no debe esperar el tiempo de la muerte para incorporarse con Jesucristo, pues entonces acaso no les será ya posible: esta incorporacion de que depende la felicidad sobrenatural y eterna debe hacerse en la época de la vida. Y cuál fué durante la suya la situacion del redentor? bien sabeis que se entrega á un doloroso sacrificio continuado sin interrupcion por el espacio de treinta y tres años que aquella duró. La sabiduría del mundo no alcanzaba á conciliar tantos trabajos y tan sensibles padecimientos con tan completa inocencia y santidad. Aun los que tuvieron la dicha de ser instruidos en las saludables máximas de la religion hallaban dificultades para esto; con una providencia infinitamente justa les parecían inconciliables los tormentos, los sacrificios y la muerte del Nazareno. Animado del espíritu del Señor el príncipe de los apóstoles, y deseando su mayor aprovechamiento, les dice á todos: *Nonne hæc*



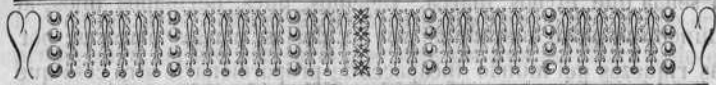
*oportuit pati Christum, et ita intrare in gloriam suam?* para haber de entrar el hombre Dios en posesion de una gloria que era propia suya, no fué necesario por ventura que empleára todo el discurso de su vida en una violenta lucha con sus enemigos, en un sacrificio cruel y continuado?

Este es el camino derecho, el único que el salvador, dejó abierto para el cielo: por esta senda subió al reino de la bienaventuranza, y por esta deben subir cuantos aspiren al glorioso dictado de miembros verdaderos del salvador, y á la participacion de su gloria. El exterior á la verdad es áspero y desagradable, pero qué suavidad y dulzura no presenta su interior á los que fijan atentamente sus miradas en el término feliz á que los conduce? No hay en el mundo carrera que no presente incomodidades, y que no exija sacrificios á los que la emprenden; y á pesar de eso todo se acomete sin dificultad y aun con gusto por la esperanza del galardón. El deseo de un pequeño y nada seguro ascenso hace que camine intrépido y animoso el militar por entre las bayonetas y las balas que á cada momento cortan en su presencia las esperanzas con la vida de sus compañeros. El artesano no solamente sufre el impropio trabajo, sino que le busca con ansia, sin que le arredren la intemperie, el sudor y los peligros, para proporcionarse los medios de ofrecer á su cuerpo un escaso y grosero alimento que le fortalezca para resistir el trabajo del dia siguiente. Y el cristiano rehusará las mortificaciones de esta vida momentánea sabiendo con certeza que se asegura por su medio los inmensos tesoros y las delicias inamisibles de una eternidad?

Sería la mayor imprudencia aspirar á la gracia, al amor, á la beneficencia de algunas personas, mirando con desprecio sus acciones, desdeñándonos de imitar sus ejemplos, y haciendo precisamente lo que mas la desagrada y molesta; del mismo modo sería una locura imperdonable aspirar, no solo á la gracia de Dios, sino tambien á su gloria menospreciando sus consejos, desobedeciendo sus preceptos, y negándonos abiertamente á seguir

la senda que él nos marca. Dejemos, pues, hermanos míos, al mundo insensato que anhele por las glorias, por los placeres, por las riquezas del mundo incapaces de proporcionarle otra cosa que un tardío y doloroso desengaño; y no separando nosotros la vista de la gloria que la iglesia nos recuerda, y que nuestro divino Jesus nos proporciona en este dia, dirijamos todos nuestros conatos á conseguir las delicias que en ella se disfrutan. Tengamos presente que las virtudes de los gentiles y filósofos no tienen otra remuneracion que el humo de la vanagloria, cuando las de los cristianos son recompensadas con la gloria verdadera. Imitemos, por último, en lo posible los padecimientos de nuestro divino maestro en vida, si queremos subir con él en la muerte á su gloria. Amen.





# PLATICA PRIMERA (1)

## DE LA NATIVIDAD DE MARIA SANTISIMA.

### EFFECTOS DE LA HUMILDAD.

*Quia respexit humilitatem ancillæ suæ, ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes.*

Porque miró la humildad de su esclava: pues ya desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones.

*Luc. 1. v. 48.*

Nada mas puesto en razon que el infinitamente santo eligiese para madre de su unigénito la virgen mas pura, la mas santa, la mas perfecta de todas las vírgenes. La providencia de Dios que jamás obra por casualidad ó sin razon; que nada determina sin el prudentísimo consejo de su infinita sabiduría, veia desde toda la eternidad la perfeccion excelente de esta niña prodigiosa. Qué digo yo veia? formó en la misma eternidad este compen-

(1) Pronunciada en esta ciudad.

dio de todas las gracias y virtudes. Asi es que bien puede decirse que la formacion de María fué la obra que en toda esta duracion infinita de siglos fijó las principales atenciones del omnipotente. Todo convenia al decoro y á la grandeza de la elegida para tan sublime ministerio. Sin embargo, no parece esto suficiente para que la iglesia haya destinado á esta festividad un evangelio en que todos los elogios que se tributan á esta prodigiosa criatura estan limitados á decir que de ella nació el niño Jesus.

Con efecto; á cualquiera parece extraño á primera vista que una iglesia, que nada tiene por digno de alabanza sino la sólida virtud, coloque, digámoslo asi, todas las glorias de María en una cualidad que no dependia de su eleccion, y que el mismo salvador dió á entender que por sí solo no engrandece á la criatura. Pero bien considerado, aunque la iglesia no aplicara en este dia á María los elogios que de ella hacen los SS. PP, solo recordar que es la muger feliz de cuyo seno nació el salvador es un elogio que excede á cuanto de ella puede decirse; porque, como canta la iglesia y defienden los teólogos, ella mereció en cierto modo ser elegida para tal destino: *quæ sola fuisti digna portare regem cælorum.*

Pero dejando á un lado todo esto; cuáles pensais que serian las prerrogativas con que adornó el Señor esta grande alma para prepararla dignamente á la divina maternidad? ó qué fué lo que en el interminable discurso de la eternidad obró la sabiduría omnipotente para grangear en María las alabanzas de todo el orbe? No quiero tener suspensa vuestra consideracion. La misma Señora nos lo declara con mucha expresion en pocas palabras: *quia respexit humilitatem ancillæ suæ, ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes.* Aqui teneis á la omnipotencia empleada por toda la duracion de los siglos eternos en formar una alma verdaderamente humilde. Dichosa humildad que tantos elogios proporcionaste á la que nacia para ser exaltada sobre todos los coros angélicos! Dichosos nosotros si por medio de es-

ta virtud excelente tratamos de adquirirnos la admiracion de los ángeles y el amor de todo un Dios!

Hé aqui la principal leccion que la iglesia pretende dar á los cristianos amantes de nuestro divino Jesus y de su benditísima madre: ella nos propone los medios de conseguir con facilidad todo cuanto deseamos. Asi es que si queremos atraernos la admiracion de los hombres, las alabanzas de los ángeles, y el amor del mismo Dios, como María, tenemos espedito el camino; seamos humildes como ella. Si queremos acercarnos, unirnos entrañablemente al hombre-Dios, y hacernos iguales á él en el sentido en que se permite la espresion, y dueños de todas sus gracias, como María, en nuestra mano está el conseguirlo: seamos humildes como María. Y por qué no hemos de serlo? qué obstáculos pueden oponerse? tal vez nuestra soberbia? Ah! es verdad; estamos demasiado poseidos por desgracia de esta vil passion, y nada tiene de extraño que nuestro entendimiento sea víctima de la ceguedad mas estúpida. El deseo mismo de nuestra elevacion, el amor de la propia escelencia regulado por la fé es quien debiera obligarnos á buscar la humildad mas profunda. Qué! diremos que el comerciante que arriesga una crecida suma á los cambios del comercio, ó á la inconstancia de los vientos, es un pródigo, ó un temerario, que busca medios de destruir su propia fortuna? todo lo contrario; por el deseo de acrecentar sus riquezas, y acaso por estar dominado de la avaricia, espone una pequeña suma á fin de lograr unos tesoros inmensos. No obstante, este podrá equivocarse y venir á parar en la miseria por aquellos medios que él juzgaba mas apropósito para asegurarse la opulencia. No asi el humilde: este tiene segurísima la ganancia; y cuanto mas procura humillarse y abatirse, tanto mas se eleva y engrandece. El mundo ignorante desprecia al humilde viéndole abatido por sí mismo, ó por sus hermanos; pero los ángeles, el mismo Dios le ensalzan y glorifican; y aun el mundo, pasado aquel momento, se ve precisado á hacerle justicia honrándole como á un héroe verdadero. Sucede con el hu-

milde lo que con el arquitecto de quien el ignorante, viéndole hacer fosos profundos en la tierra se persuade que trata de hacer un pozo, ó que pretende bajar á los abismos; mas luego que por las disposiciones de aquel ve levantarse un edificio tanto mas sólido y elevado cuanto son mas profundos los cimientos, conoce su ignorancia, confiesa su necedad, y admira la prudencia y conocimientos del director. Del mismo modo, digo, sucede con el humilde: al verle someterse resignado á las disposiciones de la providencia, recibir las injurias sin alterarse, ceder á un invasor injusto, y acaso mas débil que él, el honor y la victoria; buscar su propio envilecimiento; al presenciar todo esto el insensato le mira con desprecio; censura sus acciones pareciéndole viles y despreciables; le insulta; mas luego que considera seriamente su conducta, ve que ha vencido al mayor y mas terrible de los enemigo que se ha vencidos; á sí mismo; que ha vencido todo el poder del infierno sin otras armas, ni por otros medios que con la práctica de la humildad. El orgulloso, por el contrario, vencido cobardemente de su pasion, se sumerge temerario en el abismo de la mayor ignominia; somete su cuello al insoportable yugo de la mas miserable, la mas indigna, la mas infame de todas las criaturas.

Cuando ensoberbecido Luzbel aspira orgulloso á la igualdad con su criador, se les representa á sus necios partidarios lleno de grandeza y magestad; mas el prestigio desaparece al momento, pues ven con la mayor claridad que se ha envilecido hasta lo sumo, que se ha degradado hasta el punto de hacerse menor que el mas estólido de los jumentos. Y cuando los judíos ven que nuestro amorosísimo redentor, cargado de afrentas, de vituperios y de ignominias, muere en la cruz sin oponer la mas mínima resistencia, le insultan con descarada y sacrilega osadía; pero aterrados poco despues viéndole subir á lo mas encumbrado de la gloria, se ven precisados á confesar llenos de confusion que han cometido el mayor desatino persiguiéndole con tal encarnizamiento; á adorar postrados la magestad suprema que con



tan decidido empeño se propusieron envilecer; y dirigir sus oraciones y súplicas al mismo Dios contra quien habian dirigido sus insolentes blasfemias.

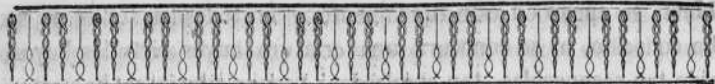
María escondida en un rincon obscuro, olvidada de su noble y real prosapia sometién dose ciegamente á los dolorosos sacrificios que Dios la exige, adorando con humildad al salvador cuando parece tratarla con la mayor aspereza; María considerada en estas circunstancias parece al punto un alma baja y envilecida; mas á poco tiempo de un cabo al otro del mundo cristiano resuenan sus elogios y aclamaciones; las generaciones todas la dicen llena de gracia y de gloria; y esto no por otra causa sino como ella misma dice, por haberse humillado tanto.

En suma, la humildad hace al hombre como impecable; y es imposible que resida la virtud donde tiene su asiento la soberbia. La humildad constituye la verdadera grandeza de alma como que la hace muy superior á todas las criaturas; pero la soberbia la envilece, la degrada, pone de manifiesto su debilidad que la inhabilita para ejercer un acto noble, y aun para abrigar un sentimiento de nobleza. La humildad abate por un momento al hombre en la tierra y á vista de los insensatos mortales, pero es solo para ensalzarle eternamente en la presencia de Dios, de los ángeles, y de todos los grandes de la corte celestial; la soberbia, por el contrario, le engrandece para con los ciegos é ilusos mortales, cuyos elogios y atenciones nada valen y son fingidos las mas veces; y le hace despreciable á todos los que, conociendo el mérito de la verdadera grandeza, no pueden menos de arrojar de sí con ignominia al orgulloso que pretende sobreponerse á los demas.

Os he marcado el camino por donde podeis sin dificultad llegar á uniros intimamente con vuestro Dios: por él caminó María, y su union con el verbo encarnado es la mas íntima, la mas prodigiosa y admirable. Os he enseñado el origen de todos los honores y de todas las grandezas, y el fundamento de todas las alabanzas, bendiciones y glorias. María subió hasta este origen,

María se apoyó en este fundamento, y en todos los siglos no se ha conocido, ni se conocerá una criatura cuyas virtudes hayan sido tan reconocidas, tan ensalzadas, y cuya gloria se haya publicado con igual solemnidad. Decidámonos, pues, por la humildad, ya que por su medio nos aseguramos tantos bienes. Seamos humildes á imitacion de María: ocultemos en el fondo de nuestro corazon todas las prendas que pueden hacernos apreciables á los ojos de los hombres, que es el mejor medio de que las premie el Señor. Y si por nuestra dicha el Señor se dignára concedernos algunas de esas prerrogativas que suele conceder á sus hijos, gloríémonos en público cantando las misericordias de un Dios lleno de amor por el hombre, y atribuyámonos á nuestra humildad; pues es seguro que á esta virtud ha mirado el Señor para obrar de ese modo. Ojalá llegue para nosotros este venturoso momento! él sería el principio de la vida eterna en que, como Jesus y María, seríamos exaltados, y felices. Amen.





## PLATICA SEGUNDA (1)

### DE LA NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA.



#### MODO DE ASEGURAR EL DESTINO PARA QUE NOS FORMÓ LA PROVIDENCIA DIVINA.



*De qua natus est Jesus.*  
De la que nació Jesús.

*Matth. 1. v. 16.*

**A**l oír los elogios que de María hace la iglesia en el día de su nacimiento, nadie podrá dudar que la coloca en el mundo la divina providencia para un destino demasíadamente sublime y elevado. Hija predilecta del omnipotente; esposa del espíritu divino, la obra maestra, la primera de las obras del criador; superior en gracias, en virtudes y en méritos á todos los justos; estos y otros no menos nobles y significativos son los títulos que dan á esta prodigiosa niña San Gregorio, San Pedro Damiano, San Bernar-

(1) Pronunciada en Segovia en la congregacion de los Sagrados Corazones.

do y cuantos PP. han hablado de sus glorias, y que la iglesia la aplica en este dia. Mas esta sábia y piadosa madre, como si se propusiera reunir en uno solo todos sus elogios, solo nos dice en el evangelio que nace para ser madre de Dios: *de qua natus est Jesus*. Esta circunstancia me ha hecho reflexionar que tambien nosotros podemos fundar nuestra gloria en la sublimidad del destino para que hemos sido criados, y que nos reserva el Señor para la vida futura. Y pues en otras ocasiones os he hablado ya detenidamente de las circunstancias de este misterio, quiero hoy ocuparme en haceros conocer lo importante que es reflexionar despacio el elevado fin que el Señor se propuso en nuestra formacion, y á que nos encamina con sus auxilios.

Con efecto; una de las consideraciones en que con mas frecuencia y atencion deben ejercitarse los hombres es sin duda alguna en la del fin para que han sido criados. Cuanto sea este mas noble tanto serán mas eficaces las diligencias que deben practicar para conseguirle, y el empeño con que procuren remover los obstaculos que impiden ó retardan su consecucion. Pero y cuál es el fin para que nos ha formado la diestra del omnipotente? Será cierto que, como nos enseñan unánimes los catequistas, un Dios infinitamente sabio y poderoso nos ha criado para que le acompañemos en su misma gloria; para que en union de los celestiales espíritus entonemos aquel himno eterno, *santo, santo, santo*? Será cierto que nuestra elevacion en aquel reino feliz ha de ser tanta que supere la esfera de nuestros ilimitados deseos? Será cierto que habiendo nacido sujetos á todas las miserias de la carne y del pecado, hayamos de igualarnos no solo á los mas encumbrados espíritus, sino al mismo Dios, como dice el Apóstol?

Qué consideracion esta tan digna del hombre! Ay! la verdad infalible de la fé nos enseña dos caminos diametralmente opuestos por uno de los cuales ha de ser cada uno conducido á su destino. Pero qué suertes tan diversas y contrarias están preparadas á los mortales en el fin de su carrera! Conviniendo solo en

la eternidad de su duracion, la una reúne todos los tesoros, la otra todas las privaciones: aquella todas las delicias, esta todos los tormentos: la primera el gozo mas delicioso, la segunda la mas desesperada tristeza: la primera ofrece en el cielo un inmenso cúmulo de todos los bienes, la segunda en el infierno un abismo insondable de todas las miserias. Una de estas dos suertes ha de ser indefectiblemente el paradero de cada uno de nosotros; pero cuál será?

Terrible perplejidad! Bien sé que no es dado al mortal conocerlo con certeza, á menos que el Señor se dignara revelárselo; sin embargo, no faltan medios por donde podemos conjeturarlo. Miremos atentamente lo que somos al presente, ó inframos con mucha probabilidad lo que seremos en lo sucesivo. Vivimos bajo el orden admirable de una providencia que, habiendo fijado desde la eternidad el destino de cada una de sus criaturas, desde el primer momento de su existencia las va dirigiendo hácia él, y proporcionando los medios mas fáciles, los mas conducentes y adecuados para conseguirle.

No se crea por esto que nos quita la libertad de obrar y de conducirnos á nuestro modo. Cómo se concilie uno y otro, es un misterio que debemos respetar profundamente si no queremos esponernos á caer en el mas grosero y perjudicial de los errores. Bástenos saber que Dios, infinitamente bueno y feliz, desea comunicar en la parte posible á sus criaturas la felicidad que él mismo goza; asi es que nos ha criado á todos para ser compañeros y participantes de su gloria. Qué felicidad! tener, poseer y gozar de todo un Dios eternamente en premio de unas virtudes que se han practicado en pocos momentos, y en las que ha tenido tanta parte el poderoso influjo de la gracia divina!

Examinémosnos atentamente, cristianos: comparemos las disposiciones que sin prevención ni parcialidad alguna descubrimos en nosotros mismos con el precio incomparable de la corona inmortal que nos espera en el término de nuestra vida. No hablemos de las circunstancias que rodean á nuestro nacimiento; todo

en él es miserable, todo ignominioso: por nuestra desgracia al venir al mundo traemos ya grabado en nuestra frente el sello de la mas infame vileza, y nuestra alma, imágen la mas perfecta del criador cuando sale de sus manos, viene ya afeada, oscurecida, esclavizada con la culpa. Supónese que de esta regla general está exenta la niña que hoy nace para ser madre de Dios, y cuya concepcion immaculada veneramos como una de sus mayores prerrogativas. Su alma, al unirse con el cuerpo, fué preservada de contraer aquella fea mancha que contraen las nuestras: tan glorioso y sublime era el ministerio para que estaba destinada desde la eternidad en los consejos de la sabiduría increada.

Nosotros hemos sido formados, como he dicho, para reinar con Dios en la gloria; mas si atendemos á los principios de nuestra vida no es posible persuadirnos á esto; una gloria tan sublime parece que exijia un nacimiento, si no tan glorioso como el de María, pero al menos que se asemejara de algun modo. Sin embargo, perdimos por la soberbia el derecho á ese glorioso destino, y sola la humildad sería capaz de recobrárnosle. Y esta es precisamente la razon por que la providencia ha permitido que nuestro nacimiento sea no solo muy diferente del de María, sino oscuro y envilecido hasta el extremo. Pero quiere tambien que reconozcamos el poder eficazísimo de su gracia, la estension ilimitada de su misericordia, la inmensidad inefable de su amor y de su bondad; y apenas se verifica nuestro nacimiento, sin que por nuestra parte pudiéramos pedirlo ni aun desearlo, su diestra bienhechora obra en nuestro interior la mutacion mas admirable; borra con las aguas del bautismo todas nuestras ignominias; rompe todas nuestras cadenas; nos saca de entre las crueles garras de un enemigo que orgulloso se envanecia de contarnos en el número de sus esclavos; nos separa del camino anchuroso de la perdicion, y nos coloca por su propia mano en la preciosa senda de la inmortalidad. Y lo que es mas, ya en aquel venturoso momento nos declara que nos ha criado para hijos suyos, como declaró á María que la habia formado para madre suya.



Cierto es que en esto hay una gran diferencia, porque la divina maternidad es obra esclusiva de la gracia del Señor, y nosotros aunque hayamos sido formados para hijos de Dios, pero de ningun modo podremos ascender á esta cualidad excelsa si no cooperamos por nuestra parte: nuestros méritos vienen á asegurar aquella eleccion. Pero en eso mismo se manifiesta la imprudencia de nuestra conducta. María, á pesar de su eleccion consumió todos los momentos de su vida, empleó todos sus talentos y potencias en acrecentar sus virtudes haciéndose cada dia mas perfecta, mas amable, mas preciosa á los ojos del que la escogió entre todas las criaturas, mas acreedora á aquellas prerrogativas que la han atraido las aclamaciones de todo el universo. Y nosotros? Oh! qué confusion: nosotros practicamos la humildad, la obediencia, la castidad, esas virtudes que tanto admiramos en María? procuramos siquiera tener una idea verdadera y esacta de la virtud? Necios! sabemos que sin practicarla nos es del todo imposible la consecucion de la gloria, y la despreciamos como si una providencia infinitamente justa, bajo cuya direccion vivimos, pudiera cambiar el orden establecido desde la eternidad. Qué mas (casi me es vergonzoso decirlo) qué mas! sabiendo que una de las señales por donde podemos inferir de algun modo que pertenecemos al dichoso número de los escogidos es la de aprovechar ú oír con fruto la palabra de Dios, yo veo con harto dolor de mi corazon que á pesar de ser tan frecuentes las exhortaciones á la virtud, al fervor de la caridad, á la perfeccion de la vida cristiana, no por eso dais un paso hácia adelante.

Ay, hermanos míos! unas personas dedicadas al culto de los corazones de Jesus y de María debieran esmerarse mas en imitar estos dos modelos de perfeccion. Hay alguno que pueda gloriarse de profesar alguna de tantas virtudes como se recuerdan en el nacimiento de la madre de Jesus? estudiamos en su purísimo y amantísimo corazon el modo de conducirnos? Y no siendo así, tendremos motivos para creer que somos del número de los

escogidos? esperaremos una recompensa infinita de la mano del Señor? Qué funesto error! El reino de los cielos, dice el Apóstol, padece violencia; y el hombre que ha de conseguirle es indispensable que se violente á sí mismo en esta vida. Y en otro lugar, la eleccion á la gloria se asegura con el trabajo, con las obras, con las virtudes. La vid infructuosa dice Jesucristo, para nada sirve sino para el fuego. En vosotros no se advierte la menor violencia como no sea respectó á esas acciones deformemente groseras de que tal vez os absteneis por respetos humanos: por lo demas, yo no descubro esas virtudes mas nobles, esa perfeccion á que debierais aspirar. El trabajo..... acaso en estas mismas prácticas teneis un medio de huir de él. No es este, por cierto, el camino que ha de conducirnos al feliz destino. Qué importa que no os abandoneis á los excesos de una vida licenciosa; que frecuentéis los sacramentos; que tomeis voluntariamente alguna mortificacion, si amais al padre, á la madre, al consorte, á vuestra propia vida mas que á Dios? es decir, si conservais aun en vuestro corazon un afecto desmedido á las cosas de la tierra?

Meditemos sin cesar el misterio de este dia, y aprenderemos á cumplir con exactitud nuestros deberes; y tambien sabremos apreciar lo que vale esta esclarecida niña. Formada para ser madre de Dios, y previendo aquella humildad heróica con que habia de colocar un dia toda su gloria en confesarse esclava del Señor, ya este la aseguró el dominio de sí misma, el derecho de reinar sobre todos los hombres y los ángeles, y aun sobre el mismo Dios con aquel género de superioridad que la naturaleza y la religion aseguran á los padres sobre sus hijos. Formada para ser madre de Dios, el cielo dirigió á su alma los clarisimos rayos de su luz, iluminándola de modo que de alli se comunicaba su brillo aun á los astros mas refulgentes en la iglesia de Jesucristo. Formada para ser madre de Dios, su corazon fué del todo abrasado con el activo fuego de un amor el mas tierno y compasivo hácia los hombres por cuya salud habia de verificarse en su seno purísimo el incomprendible misterio del hombre-Dios.

Formada para ser madre de Dios, fué colocada en la tierra desde el instante de su nacimiento, como en el cielo la estrella del norte, para que mirándola pudiéramos todos los mortales caminar derecha y seguramente al verdadero puerto de salud. Mirémosla, pues, sin perderla de vista en toda nuestra vida. Sigamos constantes esta estrella clarísima que nos alumbrá y dirige al mismo tiempo á ese venturoso destino á que somos llamados desde nuestra formacion.

A vos nos acogemos, poderosa niña; señálese el dia de vuestro nacimiento con uno de esos actos tan gloriosos á la religion y al que llevásteis en vuestro seno. Conseguidnos de él esa luz clarísima que desde este dia empezásteis á derramar por el mundo; pero haced de modo que ilumine nuestro entendimiento con una especie de violencia para que sin dificultad vea la senda, esa senda venturosa que ha de llevarnos á donde reinais con vuestro hijo y con la beatísima trinidad. Sea el dia de vuestro nacimiento temporal el en que nosotros renazcamos para la gloria. Amen.

FIN.

---

---

# INDICE.

---

---

Páginas.


PLÁTICA PRIMERA SOBRE EL SACERDOCIO.— <i>Influencia de la conducta de los sacerdotes en la veneracion que les dan los fieles.</i> .....	5
PLÁTICA SEGUNDA SOBRE EL SACERDOCIO.— <i>Dignidad y poder del ministerio sacerdotal.</i> .....	11
PLÁTICA DEL PERDON DE LAS INJURIAS.— <i>Obligacion especial de los sacerdotes de perdonar las injurias.</i> .....	17
PLÁTICA DEL RESPETO EN EL TEMPLO.— <i>Veneracion que deben tener en el templo los sacerdotes.</i> .....	23
PLÁTICA PRIMERA PARA UN INGRESO RELIGIOSO.— <i>Deberes especiales que impone el estado monacal á los que le profesan.</i> .....	29
PLÁTICA SEGUNDA PARA UN INGRESO RELIGIOSO.— <i>Apolo- gía del estado monacal.</i> .....	35
PLÁTICA TERCERA PARA UN INGRESO RELIGIOSO.— <i>Para- lelo entre la vida del justo y del pecador.</i> .....	41
PLÁTICA DE LA PENITENCIA.— <i>Delicias de la penitencia.</i> ..	47
PLÁTICA SOBRE LA RESIGNACION CRISTIANA.— <i>Fundamen- to y término de la resignacion.</i> .....	52
PLÁTICA SOBRE LA INSTRUCCION CRISTIANA.— <i>Deberes re- lativos en el párroco de instruir á los fieles, y en estos de aprovechar las instrucciones.</i> .....	58
PLÁTICA DE LA VOCACION.— <i>Señales de la predestinacion y corto número de predestinados.</i> .....	65
PLÁTICA DE LA PALABRA DE DIOS.— <i>Disposiciones indis- pensables para que sea provechosa.</i> .....	72
PLÁTICA PRIMERA DEL AMOR DE DIOS.— <i>Modo de amar á Dios.</i> .....	78
PLÁTICA SEGUNDA DEL AMOR DE DIOS.— <i>Condiciones del ver- dadero amor de Dios.</i> .....	84

PLÁTICA TERCERA DEL AMOR DE DIOS.— <i>Motivos que tenemos para amar á Dios</i> .....	90
PLÁTICA PRIMERA DEL AMOR DE DIOS Y DEL PRÓJIMO.— <i>En qué consista uno y otro</i> .....	96
PLÁTICA SEGUNDA DEL AMOR DE DIOS Y DEL PRÓJIMO.— <i>Cómo debemos amar á uno y otro</i> .....	102
PLÁTICA DE LA DEVOCION.— <i>Esencia de la devocion</i> .....	109
PLÁTICA SEGUNDA DE LA HUMILDAD.— <i>De ella depende la obediencia</i> .....	114
PLÁTICA PRIMERA DE LA HUMILDAD.— <i>Su esencia, y su premio</i> .....	121
PLÁTICA DE LAS AFLICCIONES DE ESTA VIDA.— <i>Motivos por que Dios nos aflige</i> .....	127
PLÁTICA DEL RETIRO.— <i>Delicias del retiro</i> .....	133
PLÁTICA DEL CONOCIMIENTO PROPIO.— <i>Necesidad de reflexionar sobre nosotros mismos</i> .....	138
PLÁTICA DEL PECADO MORTAL.— <i>Sus terribles efectos</i> ....	143
PLÁTICA DEL PECADO VENIAL.— <i>Desprecio que por él hacemos á Dios, y la facilidad con que nos conduce al pecado mortal</i> .....	149
PLÁTICA DE LA CONVERSION.— <i>Peligro que hay en dilatarla</i> .....	155
PLÁTICA DE LA PAZ DEL CORAZON.— <i>Felicidad de este estado</i> .....	163
PLÁTICA DE LA LIMPIEZA DE CORAZON.— <i>En qué consiste, y su recompensa</i> .....	170
PLÁTICA DEL JUICIO FINAL.— <i>Sus señales y circunstancias</i> .....	177
PLÁTICA DE LOS DEBERES DE LAS RELIGIOSAS.— <i>Insuficiencia de los pretestos que suelen oponerse á su cumplimiento</i> .....	185
PLÁTICA DE LA ORACION.— <i>Su necesidad y su eficacia</i> ....	190
PLÁTICA DE LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES.— <i>Su utilidad</i> .....	196
PLÁTICA DE LA PENITENCIA.— <i>Oportunidad de practicarla</i> .....	204
PLÁTICA DE LA VIDA MONÁSTICA.— <i>Delicias que las religiosas disfrutaban en ella si conocen la dignidad á que las eleva</i> .....	210
PLÁTICA DE LA TRISTEZA Y ALEGRÍA MUNDANA.— <i>Esencia, origen y término de una y otra</i> .....	217


<b>PLÁTICA DE LA ENCARNACION DEL VERBO.</b> — <i>Reconocimiento que exige de los hombres este asombroso misterio del amor divino</i> .....	225
<b>PLÁTICA PRIMERA DE LA NATIVIDAD DE N. S. JESUCRISTO.</b> — <i>Motivos de júbilo que proporciona á los cristianos</i> ..	231
<b>PLÁTICA SEGUNDA DE LA NATIVIDAD DE N. S. JESUCRISTO.</b> — <i>Resignacion que inspira la contemplacion de este misterio</i> .....	237
<b>PLÁTICA DE LA CIRCUNCISION DE JESUCRISTO.</b> — <i>Sumision que debemos prestar á los designios de la providencia</i> ..	242
<b>PLÁTICA PRIMERA DE LA EPIFANIA DE N. S. JESUCRISTO.</b> — <i>Destino que debemos dar á nuestras riquezas</i> .....	248
<b>PLÁTICA SEGUNDA DE LA EPIFANIA DE N. S. JESUCRISTO.</b> — <i>Beneficio de la vocacion y gratitud que exige</i> .....	254
<b>PLÁTICA DE LA PRESENTACION DEL NIÑO JESUS EN EL TEMPLO.</b> — <i>Dignacion de Jesucristo en este misterio, y ejemplos que en él nos da</i> .....	260
<b>PLÁTICA DE LA ASCENSION DEL SEÑOR.</b> — <i>Medios con que se adquirió Jesucristo la gloria, y con los que hemos de adquirírnosla nosotros</i> .....	266
<b>PLÁTICA PRIMERA DE LA NATIVIDAD DE MARIA SANTISIMA.</b> — <i>Efectos de la humildad</i> .....	272
<b>PLÁTICA SEGUNDA DE LA NATIVIDAD DE MARIA SANTISIMA.</b> — <i>Modo de asegurar el destino para que nos formó la providencia divina</i> .....	278







Concluye la lista de los Suscritores.

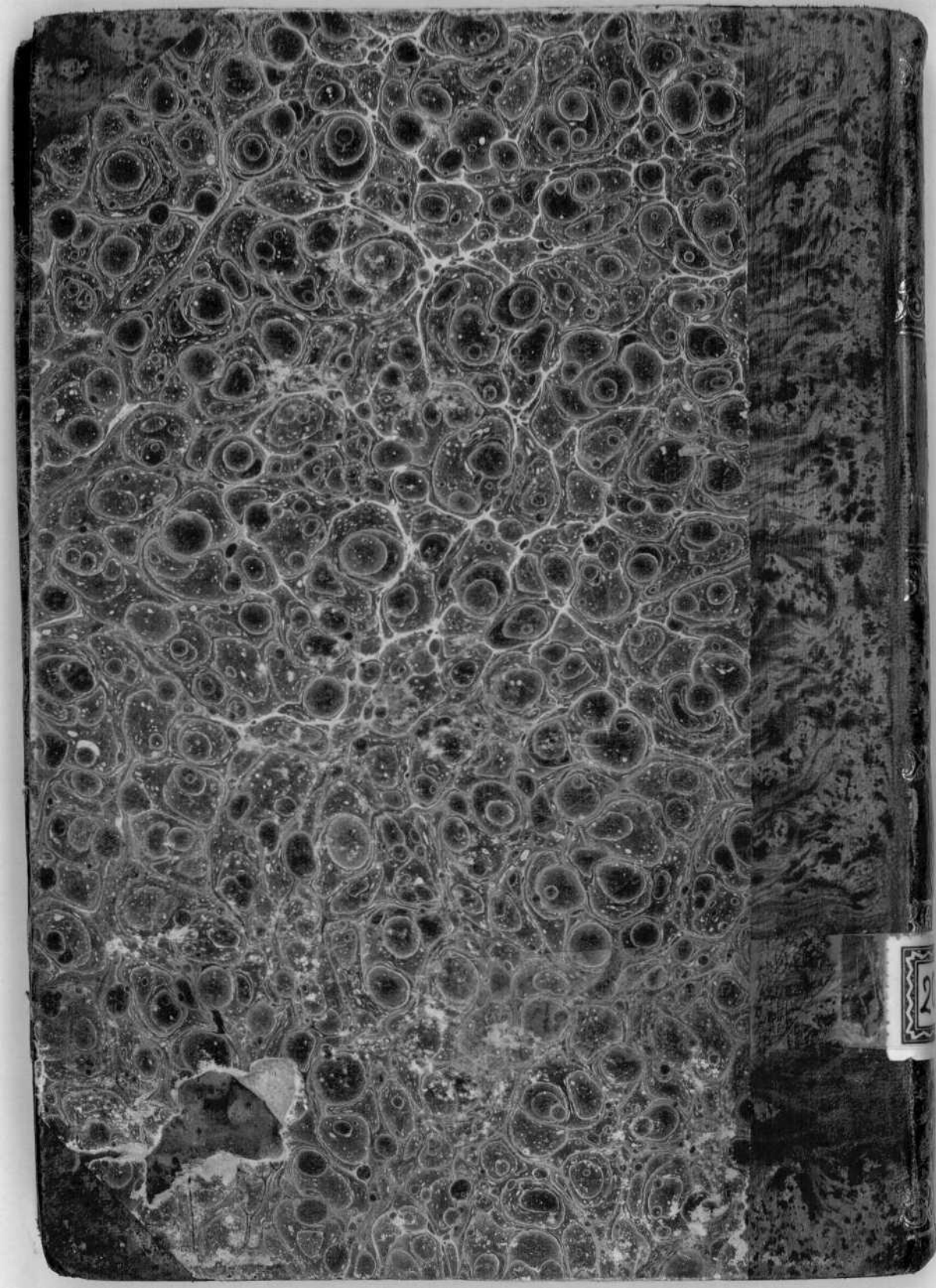


- |                                   |                        |
|-----------------------------------|------------------------|
| Sr. D. Pablo Bustillos.           | Sr. D. Angel Perez.    |
| D. Tomas del Rey.                 | D. Miguel Rodriguez.   |
| D. Pedro Rico.                    | D. Domingo Alonso.     |
| D. Diego Alvarez, por 2<br>ejemp. | D. Blas Alonso.        |
| D. Eusebio Abril.                 | D. Raimundo Braga.     |
| D. Benito Nieto.                  | D. Rafael Llorente.    |
| D. Narciso Garcia Pelillo.        | D. Casimiro Gil.       |
| D. Cipriano de la Fuente.         | D. Simon Benito.       |
| D. Manuel del Campo.              | D. Esteban Gallego.    |
| D. Vicente Rodriguez.             | D. Jacinto Corral.     |
| D. Domingo Lobo.                  | D. Ruperto Nieva.      |
| D. Casto Represa.                 | D. Tomas Dominguez.    |
| D. N. de Sepúlveda.               | D. Manuel Ballesteros. |











LATICAS

DEL

DR. GONZALEZ



2035A

